

Belarmino Elgueta Becker



EL SUEÑO Y LA VIDA en

EUGENIO GONZÁLEZ ROJAS

Belarmino Elgueta Becker



EL SUEÑO Y LA VIDA en

EUGENIO GONZÁLEZ ROJAS

**El sueño y la vida en
Eugenio González Rojas**

© Belarmino Elgueta

Inscripción N° 140.257

Impreso y editado por EDICIONES TIERRA MÍA Ltda.

Fono/Fax 5186316

Correo electrónico: tierramia@adsl.tie.cl

Composición: Salgó Ltda.

Santiago de Chile, junio de 2004

INDICE

PRÓLOGO Enzo Faletto	5
INTRODUCCIÓN	23
Capítulo primero LA UTOPIA SOCIALISTA	31
Capítulo segundo A LA MEDIDA DEL HOMBRE	67
Capítulo tercero EL VUELO DE LA PALABRA	103
Capítulo cuarto LA COMUNICACIÓN ORAL: ARTE MENOR	131
ALGUNOS TRABAJOS PUBLICADOS POR EUGENIO GONZÁLEZ ROJAS	161
EN TORNO AL PENSAMIENTO POLÍTICO DE EUGENIO GONZÁLEZ ROJAS Osvaldo Cazanga	165

PRÓLOGO

“Creo comprender mi época y apreciar lo que hay de inevitable en las exigencias del desarrollo técnico. Mientras más habitantes tenga el mundo, mayor progreso material será necesario para atender sus necesidades y más nos veremos alejados de la vida natural. Lo comprendo y me someto, pero no siento amor por esta vida. Preferiría otra más sencilla y más próxima a la naturaleza, donde los valores de la condición humana prevalecieran sobre los valores cuantificados de una técnica excesiva”.

(Eugenio González Rojas, declaraciones al diario *El Mercurio*, agosto de 1965).

Si puede hablarse de un ciclo histórico de la vida chilena, seguramente muchos coincidirían en señalar que el período que va entre 1920 y 1973 presenta características bastante acusadas para considerarlo como tal. La obra y la acción de Eugenio González cubre la casi totalidad de este tiempo, desde su desempeño como Presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, FECH, en 1922, antes lo había sido de la Federación de Estudiantes Secundarios, hasta la Rectoría de la Universidad de Chile, cargo al que renuncia en 1968.

Pertenece Eugenio González a la llamada “Generación de 1920”, término con el que se quiere aludir al grupo de jóvenes, principalmente universitarios –aunque no sólo ellos– que marcan en el plano intelectual y cultural una ruptura con el estilo político y cultural de la época para iniciar un nuevo ciclo.

Estudiosos de la realidad chilena señalan que es, en esos años, que se produce la quiebra del consenso que hasta entonces había articulado a la sociedad: consenso por cierto no sólo en torno a ideas sino que también implicaba formas de dominación y poder social. Podría decirse que lo que entra en crisis es el fundamento de legitimidad del ejercicio del poder. Tal estado de cosas, por cierto que no es privativo de la sociedad chilena. Es el mundo en su con-

junto que atraviesa por una fase convulsionada; el impacto de la primera guerra mundial, la revolución rusa de 1917, las profundas conmociones políticas y sociales en países como Alemania, Hungría, Italia, el surgimiento del nacionalismo y la constitución de nuevas naciones en Europa Central, principalmente, pero también el conmocionado surgimiento de la República China de Sun Yat Sen. América Latina no podía estar al margen de los acontecimientos. La revolución mexicana desde 1910 era expresiva de nuestras búsquedas y alternativas. En casi todas partes los sectores medios y populares empezaban a perfilarse como nuevos actores de la escena política, social y cultural. En Brasil, la llamada "Semana del Arte Moderno", que tuvo lugar en 1920, marca un punto de ruptura intelectual con el pasado inmediato; en América de habla hispana, la Reforma Universitaria de Córdoba de 1918, se expande desde Argentina a casi todo el resto de los países y da inicio a un movimiento que a poco andar permeará la casi totalidad de las nuevas opciones políticas.

Lo que en los años 20 empieza a quedar de manifiesto es la distancia que separa al conjunto de las ideas consagradas, políticas, institucionales y culturales, de la propia realidad social, y son precisamente los jóvenes, junto al naciente movimiento obrero, los que empiezan a dar cuenta de esta fractura. En el ámbito político aparece como evidente que el Estado no es un Estado moderno, puesto que su legitimidad no está fundada en relaciones ciudadanas ampliadas. Se puede decir por ejemplo que a menudo no se es senador porque se hayan obtenido los votos de verdaderos ciudadanos sino más bien porque se poseen inquilinos en el fundo. Sin exagerar demasiado la nota, podría decirse que el modelo de relaciones sociales no es el que se constituye entre ciudadanos libres sino que lo es el tipo de autoridad y relaciones que se forman en la hacienda. Modelo tanto en el plano de la relación social de dominación como también en el plano cultural. Es, por tanto, una cierta forma de dominación oligárquica, principalmente por la exclusión de la participación en el juego político de vastos sectores, grupos medios, populares y por cierto, campesinos.

Si bien, el régimen era oligárquico, también se ha hecho notar que se trataba de una oligarquía dotada en ciertos casos de algunos grados de flexibilidad, lo que se expresaba en su capacidad de absorción de elementos modernizadores.

Lo importante es que esta absorción no significa que se transformara al fundamento de la dominación.

El sistema es capaz de absorber pero afirmando el sentido mismo de la dominación.

Los jóvenes del año 20 se enfrentaban decididamente al sistema oligárquico

y a sus rasgos elitarios, claramente expresados en la estructura partidario de la época, la que puede caracterizarse casi sin duda como de “partido de notables”.

Eugenio González, en un artículo del periódico de los estudiantes y jóvenes intelectuales de esos años –*CLARIDAD*– resume su juicio crítico de la política en Chile, del modo siguiente:

“Si el juego inflexible de la razón no fuera suficiente para demostrarnos la ineficacia de la política al uso, bastaría a ello el examen desapasionado del ciclo histórico que, arrancando del caos revolucionario de 1891, viene a terminar en las enconadas hostilidades de hoy. Toda esta época –en la anterior hubo hombres honrados e idealistas– ha sido por parte de los partidos chilenos, un escarnio continuo a las aspiraciones populares, una atropellada búsqueda del éxito sin mesura y sin moral, un desaforado aprovechamiento de los altos cargos para usufructo de círculos o de individuos”.

La rebelión juvenil de la cual Eugenio González es expresivo, adquiere fuertes connotaciones de rechazo ético-moral al estado de cosas existente y este rechazo quiere expresarse incluso a través de una exacerbación del gesto: “es preciso reaccionar, es urgente. Alguna vez hay que terminar con las contemplaciones, las concesiones al ambiente y lo que llaman los lisiados del carácter, ‘buenas formas’. A las conciencias endurecidas por la hipocresía hay que llamar con los pies. Digamos nuestra palabra de verdad y sigamos adelante, sin mirar lo que produce atrás. Dar a cada cosa el nombre que le pertenece, quemar el decorado de la tragicomedia cotidiana, ser al fin la aterradora magnificencia de la verdad; he aquí lo que corresponde a los hombres, a los jóvenes sobre todo.”

(Eugenio González, *Claridad*, septiembre de 1924)

Se trata de una juventud rebelde que, como muchos han sostenido, manifiesta la irrupción en la sociedad de los nuevos sectores medios que se sienten injustamente postergados y asfixiados por el sistema imperante. La interpretación es probablemente injusta pero no debe dejarse de lado el hecho de que ellos mismos tratan de trascender el constituir un grupo que solo reivindica particulares intereses, por importantes que estos sean. Definiendo su propia rebeldía, Eugenio González escribe:

“No es una lucha de clases lo que alienta nuestra inquietud ni el objetivo de nuestras constantes rebeldías. Las clases desaparecen ante la magnífica vastitud del ideal innovador. El fervor contagioso de lo que distingue nace de su tremenda significación humana. Porque, por sobre toda otra cosa, es una protesta de la vida agobiada por instituciones y sistemas normativos que obliteran el desarrollo integral de nuestra personalidad”.

(*Claridad*, septiembre 23 de 1922).

Agreguemos que el subtítulo que encabeza el párrafo es: “El imperativo de la libertad”. Rebeldía entonces, causada por situaciones y circunstancias pero que quiere reivindicar algo más que una situación de hecho, diríamos hoy día, que es a la “condición humana” a la que se alude.

Este lenguaje que acude al valor y significado de lo humano, más allá del interés inmediato, no es un recurso verbal que a veces pudiera parecer altisonante, sino que en Eugenio González implica una real preocupación. El rechazo al sistema imperante asume la forma de rechazo al capitalismo y adquiere una connotación intensamente moral: esto lo lleva, al igual que otros de sus contemporáneos, a concebir la existencia de una pugna entre progreso moral y progreso material. Un tema que estará presente en todo el transcurso del pensamiento de Eugenio González es el de la degradación del hombre generada por las formas del desarrollo capitalista y su acentuación del utilitarismo y egoísmo de las conductas sociales.

En su juventud, adhiere Eugenio González a las ideas libertarias que comparten muchos de los grupos anarquistas de su época. En ellos encuentra no sólo un fundamento de rebeldía sino también un motivo de esperanza. Son sus compañeros de la revista *Claridad* –entre muchos otros– José Santos González Vera, Manuel Rojas, Pablo Neruda, Juan Gandulfo, Oscar Schnake, Sergio Atria y con ellos comparte inquietudes y aspiraciones. La adhesión a las ideas libertarias se funda en Eugenio González en la importancia que atribuye a la persona como individuo y en la esperanza de una sociedad más justa y solidaria. Escribe:

“Desde luego los ideales libertarios exigen para su realización el nacimiento de una nueva conciencia, el desarrollo de hábitos inéditos de cooperación solidaria, la formación de un medio favorable al pleno florecer de las individualidades. Estos ideales son fuertes y puros porque dan al destino humano un sentido de perfeccionamiento infinito. Significan una cumbre hacia la cual, según todas las probabilidades visibles, conduce la evolución histórica. Actualmente, es cierto, no tienen otra implicancia que la de su esperanza. Sus energías en marcha, que se abren pase dificultosamente a través de la estulticia de los hombres y la solidez de las instituciones seculares, son acicate del progreso”.

(*Claridad*, noviembre de 1924).

El hombre, la persona, era la preocupación principal y este énfasis lo lleva a evaluar de manera crítica ciertas posturas socialistas: “El socialismo, tendencia democrática, atendía a la multitud pero descuidaba a los individuos. Junto a él, nació como una derivación lógica el acratismo. Venía a ser algo así como una exaltada continuación del liberalismo individualista. Combatía,

como éste. la injerencia vejatoria e inútil del estado, y propiciaba su destrucción. Su tendencia estaba en formar conciencia y personalidades, en hacer hombres. Abandonaba la vaguedad romántica de la sociedad considerada como una e indivisible para asentar sus posibles conquistas en el terreno de lo real y de lo simple: el hombre”.

(*Claridad*, septiembre de 1923).

Tiene importancia rescatar el significado de la influencia de las ideas anarquistas en los jóvenes intelectuales de la generación de Eugenio González, los temas que plantearon, incluso polémicamente con las corrientes socialistas de origen marxista, y principalmente con la vertiente leninista, fueran los del carácter de la revolución, el problema del Estado, el tema de la libertad, la relación entre ética y política, asuntos todos que permitieron, por decirlo así, la formación de una conciencia más “universal” en los nuevos grupos emergentes, la constitución de una identidad que trascendía lo particular e incluso, una visión de la nación desde una perspectiva abierta a los temas que planteaba el mundo contemporáneo. Por sus formulaciones decididamente antioligárquicas y contestatarias respecto a la realidad chilena, la protesta de los jóvenes intelectuales consiguió alejar a los sectores más instruidos de la nación, de una actitud relativamente complaciente respecto de la realidad social y cultural, conformando una nueva conciencia de las grandes aspiraciones nacionales. De hecho, y más allá del lenguaje circunstancial, la protesta juvenil era un intento de representación del interés nacional en oposición a una oligarquía a la que se le otorga el carácter de la anti-nación, los que sólo obedecen a intereses económicos externos, a los que se encuentran ligados y utilizan la noción de patria para encubrir sus mezquinos afanes.

En gran parte del ideario anarquista del que se nutría la joven intelectualidad de la época en oposición a la oligarquía, surge la idea de que el pueblo se constituye como un modelo a partir del cual se forman los nuevos valores de la sociedad y la nación; el pueblo aparece como la forma histórica de una nacionalidad ideal. No obstante, a ese respecto, la mirada de los jóvenes chilenos y particularmente de Eugenio González, es mucho más pesimista: “Nada ha cambiado, nada cambiará verdaderamente, porque este pueblo es ciego y tiene la sensibilidad dormida, reacio a las excitaciones de la rebeldía y al rescate de la esperanza. Por otra parte, no hay fuertes organizaciones de lucha social que fijen el sentido del movimiento obrero; dominan en todos los círculos la desconfianza del egoísmo, el temor. El pueblo es demasiado niño y se entretiene con cualquier cosa, hasta con un Decreto de Ley o con una Asamblea Constituyentes. Lo espera todo de arriba, de la acción pública, de la iniciativa del Estado. No obstante es posible que llegue a convencerse de su

propia fuerza, se embriague con las ilusorias perspectivas de un porvenir que puede ser suyo y marche hacia adelante, destruyéndolo todo, creándolo todo". (*Claridad*, mayo de 1925).

Paradójicamente es posible que esta noción de un pueblo inerme conduzca a estos jóvenes anarquistas a una revalorización de la idea del Estado que, dada la condición ya señalada del pueblo, empieza a ser concebido como el instrumento práctico de la unidad nacional y, por sobre todo porque su función puede ser el desarrollar una educación popular. En Eugenio González y sus compañeros, muchos de ellos maestros y profesores, la educación popular no sólo concebida como transmisión de saberes sino que también la constitución de una "comunidad" educativa, quizás prototipo de una nueva relación social pero también la educación y sobre todo la educación universitaria que a ellos les toca vivir, es críticamente enjuiciada.

La situación cultural chilena se compara con la de otros países hispanoamericanos y la conclusión a que se llega es severa: "¿y dónde están los maestros, los hombres que en austeras meditaciones "hayan cincelado las cuatro fases del alma" para ofrecerla a los que llegan como un ejemplo vivo y un acicate de la noble emulación? Miremos hacia afuera: en México, Vasconcelos, educador y estadista; en Uruguay Vaz Ferreira el filósofo y admirable glosador; en Argentina José Ingenieros, artista y divulgador de las nuevas escuelas sociológicas; en España Miguel de Unamuno, áspero inquietador de conciencias, y tantos otros. Entre nosotros, nada"...

La crítica se continúa y no es sólo la ausencia de maestros la que se lamenta: "no existe entre nosotros un verdadero espíritu universitario. Ni profesores ni estudiantes se sienten efectivamente vinculados la Universidad. Pasan, los unos por la cátedra, cumpliendo el cotidiano deber. Su enseñanza es árida, adusta, huérfanos de toda provechosa simpatía comunicativa. Los otros reciben los conocimientos con esa indiferencia resignada del que los considera medios indispensables para arribar a términos utilitarios".

(*Claridad*, septiembre 9 de 1922).

Pero no todo es visión pesimista. Existe la esperanza de la juventud, de la juventud de América y de la juventud de quienes la formaron: "Los novísimos ideales sociales y políticos que en vano tratan de levantarse sobre el movido terreno de sociedades en decadencia, no podrán sentarse y realizarse sino en la energía adolescente de la América". Se quiere, como tarea de los jóvenes, una América unida, capaz de contribuir de este modo al desarrollo de todos: "más, el ideal de unificación se ha mantenido vivo con la fuerza de un inmortal imperativo histórico. Robustecerlo no es labor propia de los gobier-

nos entregados como están a las imposiciones de un capitalismo exorbitante. Ello corresponde a la libre juventud de hispano-américa. Debemos trabajar con tenacidad optimista por la grandeza americana, por que así como preocupados por nuestro propio perfeccionamiento individual contribuimos al perfeccionamiento colectivo, dedicando nuestro esfuerzo al porvenir de América Latina hacemos obra de beneficio para la humanidad”.

(*Claridad*, abril 28 de 1923)

Escapa a la competencia de quien escribe este prólogo el poder referirse con propiedad a la obra estrictamente literaria de Eugenio González. Sin embargo, es imposible no hacer unas breves referencias a sus cuentos y novelas publicadas.¹

En las mismas páginas de *Claridad*, a veces con el pseudónimo de Ariel y Juan Cristóbal, o en las revistas *Índice* y *Atenea*, se encuentran varios ensayos y fragmentos literarios que corresponden a su obra. Es interesante que en la novela *Más afuera* escrita a instancias de amigos que le pedían narrara la experiencia de preso político en la isla Más Afuera del Archipiélago Juan Fernández, durante la dictadura del General Carlos Ibáñez, elude el relato de su propia experiencia y se orienta fundamentalmente a la Historia de Vida de los presos comunes, a un submundo cuya historia es la miseria y el delito. El destierro, en la isla, al permanecer reclusos en un mundo sin lazos con el exterior, conduce a estos hombres a una situación cada vez más degradada. Muchos han visto en Eugenio González una mirada pesimista y, por cierto que hay razones verdaderas para así sostenerlo, pero se tiene la impresión que junto a este pesimismo existe el afán de señalar un peligro, la posibilidad siempre presente de involución de la condición humana.

Si en *Más afuera* (1930) los personajes narrados pertenecen en su mayoría al mundo del lumpen, en *Destinos* (1940) los objetos de la narración son personajes de la clase media. Acá no es la monotonía forzada del destierro y el aislamiento la que pesa sino la monotonía y la lóbreguedad de la propia existencia. Los personajes: oficinistas, pequeños empleados, secretarías, jubilados, estudiantes, se mueven en un mundo de oprimente chatura, en algún momento pareciera que se abre una opción, que se ofrece una salida, pero nunca se consigue elevarse a la suficiente altura como para alcanzarla. Este constante fracaso está también en su novela anterior, *Hombres* (1935), relato acerca de un grupo, principalmente anarquista, que trató de transformar una

¹ Sobre su narrativa ver: Juan A. Epple, “La narrativa de Eugenio González Rojas en: *Eugenio González: maestro del socialismo chileno*. Centro de Estudios del Movimiento Obrero SALVADOR ALLENDE. México, 1981.

huelga de obreros de calzado en huelga general. El resultado es la derrota. Son esclarecedores algunas líneas de la novela que Eugenio González escribe: “la culpa era, en realidad, de todos, es decir, de nadie. Los soñadores de la revolución puestos en torbellino de los hechos, habían calculado mal la potencia humana de las masas que pretendían dirigir. Las habían considerado como entidades abstractas, colmadas de virtudes absolutas, con las cuales es posible trazar de antemano, como quien resuelve un problema matemático de fuerzas, en sentido inmediato de porvenir”.

“Pero las masas eran humanas, susceptible tanto de la pasión como del desaliento y, sobre todo, abrumadas por un instinto casi animal de la fatalidad. Apáticas, castigadas, ¿quién podría despertar en ellas el anhelo místico que hace superior a los desfallecimientos de la carne, al derrotismo de la voluntad, que no percibe la voluntad, que percibe la alentadora proximidad del triunfo?”.

En la novela *Noche* (1942), que a juicio de los críticos es, quizás, la mejor lograda literariamente, el tema es el arduo intento de huir de la banalidad de lo cotidiano, la liberación que se encuentra en una relación amorosa liberada de ataduras tradicionales y en un refugio, en el mundo íntimo, la noche. Pero lo que está al otro lado de esa intimidad amorosa, el pasado de su pareja, se transforma con obsesión que conduce a la locura y lleva a dar muerte a quien se ama. El obseso se pierde en el día que ya es la noche.

Por cierto que el conjunto es narrativa amarga, el crítico citado, Juan A. Epple, apunta: “Quizás la desorientación inicial que resulta de la crisis mundial del año 1929, con fuertes repercusiones en el país, unido al fracaso de la breve experiencia socialista de 1932, expliquen en parte este sentimiento de frustración y desilusión que se advierte en muchas obras del período”.

La generación de 1920, con su expresión en la Federación de Estudiantes de Chile, la vinculación de estos con el movimiento latinoamericanista que surge de la Reforma Universitaria de Córdoba de 1918 y la conformación de una nueva conformación literaria que logra dar identidad cultural a los sectores medios y populares que aparecen en la escena político-social chilena, procesos en los cuales, como se ha dicho, participa activamente Eugenio González, constituyen antecedentes valiosos, aunque por cierto no los únicos, en la formación del Partido Socialista de Chile.

Siempre se ha señalado como un dato curioso que la Constitución de este Partido, el 19 de abril de 1933, fuera posterior a la llamada “República Socialista de los 12 días”, el 4 de junio de 1932. En realidad, el partido fue más bien el resultado de eso y no su antecedente. Eugenio González participó como Ministro de Educación en el Gabinete de la “República Socialista” y, posteriormente, fue uno de los miembros fundadores del partido. La proclama de la Junta de

Gobierno de la República Socialista constituirá, por largo tiempo, el fundamento de los principios básicos de la propuesta socialista chilena. Entre sus rasgos principales se destacan la fuerte crítica a la clase dominante, a la que se caracteriza como “una oligarquía al servicio del capitalismo extranjero y no preocupada por las necesidades colectivas del pueblo chileno”; la denuncia al predominio del capital extranjero en la economía nacional, una crítica a la orientación económica de tipo liberal; y se subraya la condición de miseria de los sectores populares. En consonancia con lo anterior, se proponen como objetivos: la liberación económica del país respecto al capitalismo externo, una opción económica de orientación socialista y “nacionalista constructiva”, con una economía nacional bajo control del Estado; significativa importancia atribuida a la educación; y justicia social resumida en la consigna: “alimentar al pueblo, vestir al pueblo, domiciliar al pueblo”, lo que más tarde se transformará en la consigna del Frente Popular, en 1938: “pan, techo y abrigo”.

El Partido Socialista intentó aglutinar y expresar a un conjunto muy amplio y heterogéneo de sectores cuyo principio de unidad estaba dado por la situación conflictiva frente al régimen y el tipo de dominación económico social existente. Más que intentar ser la expresión política de una clase en particular, pretendía ser la expresión de una situación que se definía como “revolucionaria” y en la cual los más variados grupos podían participar. En uno de sus manifiestos, se declaraba: “no se viene a nuestro partido porque sea intelectual u obrero, se viene porque se ha adquirido conciencia revolucionaria del actual momento histórico”.

Eugenio González participó activamente en la vida del Partido Socialista pero se reconoce que su mayor aporte, especialmente en lo político doctrinario, lo realizó entre los años 1945 a 1957. En 1947 redactó la fundamentación teórica del Programa del Partido Socialista; entre 1948 y 1950 fue Secretario General del PS; entre 1949 y 1957 ocupó el cargo de senador de la república.

Podría quizás decirse que la gran preocupación de Eugenio González, como político, fue la del significado cultural del socialismo. Se ha visto cómo en sus escritos juveniles y en su obra literaria, el centro de sus preocupaciones es la condición humana y el peligro constante de su degradación, ésta le parece ahora tanto más amenazante: “el hombre ya no es el hombre en la terminología al uso, aún entre políticos de avanzada: cifra de la estadística, un elemento de cálculo de la producción de bienes y servicios, una pieza en el complejo engranaje industrial. Nunca, tal vez, en la historia universal, se habría producido semejante confusión de los medios y los fines, una transmutación tan negativa de los valores vigentes en la convivencia”.

(El Socialismo: Unico Fundamento de la Democracia.)

La mirada no está estrechamente circunscrita a la situación chilena, es de toda una época de la que se habla: “sobre todo en el tiempo en que vivimos, tiempo del desprecio del que hablará Malraux. Desprecio del hombre: desprecio, por lo tanto, de los valores del espíritu, de los cuales es portador y a los cuales, sin embargo, aspira en tensa búsqueda de su plenitud vital; desprecio, en fin, de las potencialidades superiores de una cultura que amenaza desintegrarse bajo el peso de una civilización técnica en portentoso desarrollo. Hay una expresión que revela la tergiversada estima predominante en casi todos los círculos sociales: se habla con énfasis ominoso del “capital humano”: ¿Podrá llevarse más lejos la degradación de lo humano por la economía?”

La crítica al capitalismo, como momento de la historia universal, está fundada en lo que se considera el despojo de la capacidad creativa de grandes mayorías en la ausencia de derechos reales de la persona: “Despojado de su dignidad ética y convertido en precaria mercancía, el trabajo humano quedó sujeto a la mecánica ley de la oferta y la demanda, dentro de la libre concurrencia de las fuerzas económicas. Así, mientras se reconocían enfáticamente en la letra de las constituciones los “derechos del hombre y del ciudadano”, quedó la masa asalariada sometida a una servidumbre económica que, en muchos aspectos, era aún más intolerable que la del esclavo antiguo y la del siervo medioeval”.

(Fundamentación Teórica del Programa del Partido Socialista).

La querrela contra el capitalismo surge, entonces, de una preocupación por la continuidad de la cultura, que se ve amenazada y porque éste se apoya en la virtual negación de la persona humana. Se trata de un capitalismo que, como el aprendiz de brujo, desató fuerzas –la técnica– que no es capaz de controlar; pero la incapacidad de control está dada por la chatura humana del propio inventor, aunque la amenaza ya es para todos: “pero, sobre todo, se irá acentuando en las nuevas generaciones la deformación psicológica producida por la creciente enajenación de la vida propia del industrialismo supertecnificado, lo que implica como inevitable proceso correlativo una progresiva deshumanización del hombre. El carácter sórdidamente utilitario de la civilización burguesa ha deformado ya las mentalidades dentro de todas las clases sociales, encuadrándolas en una estrecha concepción de los fines de la existencia”. (op. cit.)

Frente a esta imagen del capitalismo, el socialismo, para Eugenio González, era un intento de rescatar al hombre de su servidumbre y el establecimiento de una “legítima jerarquía tanto en los valores como en las cosas. En su contribución a la fundamentación teórica del Programa del Partido Socialista perfiló con gran claridad el contenido humanista de la propuesta y la impor-

tancia cultural del socialismo como movimiento histórico. La postura anticapitalista, como se ha visto, subrayaba la deshumanización que tal sistema implica, pero al mismo tiempo dirigía sus críticas a los negativos rasgos burocráticos y autoritarios del modelo soviético. Recogía la vocación latinoamericanista en un propósito de acción común de los países de la región y señalaba para Chile la necesidad de compatibilizar su desarrollo política, social y cultural –que se reconocía– con la urgencia de un desarrollo económico vigoroso al servicio de las mayorías.

Se enfatizaba el contenido humanista del socialismo, del que se aspiraba que expresara de manera positiva una opción de continuidad y desarrollo cultural de la humanidad, en donde la persona humana se constituiría en el valor central. El socialismo debía proponerse el llevar a cabo el máximo desarrollo de las fuerzas productivas conjuntamente con el máximo de desarrollo humano. La meta era hacer posible la liberación del hombre, que en el capitalismo se consideraba limitada por el régimen de propiedad privada. Se trataba de garantizar para todos la más amplia libertad espiritual.

El socialismo se fundaba, en su concepción, en una consideración histórica del hombre, alejándose de este modo de dogmatismos y rigideces: “El socialismo no formula principios absolutos, de abstracta validez universal, no se afirma tampoco en un concepto metafísico y, por lo mismo, intemporal, de la naturaleza humana; parte de una consideración realista del hombre concreto, sujeto de necesidades siempre cambiantes y portador de valores siempre relativos, del hombre histórico y social que crea las condiciones objetivas de su propia vida y va siendo, a la vez, condicionado por ellas en el proceso de la existencia”.

(Fundamentación Teórica del Programa del Partido Socialista).

Un instrumentalismo sin principios debía ser ajeno a toda concepción socialista, incluso –Eugenio González postulaba– que la fuerza ética y el significado cultural del socialismo se enraizaba en el restablecimiento de la subordinación de los medios a los fines y en la capacidad de que estos últimos se determinaran de acuerdo a una jerarquía de valores cuyo eje sería la dignidad de la persona. El desarrollo de la técnica, la organización de la economía y la configuración del Estado deberían hacer posibles, conjuntamente, la libertad política, la justicia económica y el desarrollo espiritual. El egoísmo y el individualismo exacerbado debían ser reemplazados por formas de acción colectiva, incluso la socialización de los medios de producción como propósito, subrayaba el contenido social de la misma, se trataba de generar la posibilidad de que el conjunto de la sociedad enfrentara de modo colectivo la tarea de promover la satisfacción de las necesidades existentes.

Pero nada podía justificar una limitación al ejercicio de la libertad, se postulaba la absoluta identidad entre socialismo y libertad, no sólo como objetivo final del socialismo, sino como condición indispensable para su propio desarrollo: “el socialismo recoge, pues, las conquistas políticas de la burguesía, para darles la plenitud de su sentido humano. Por lo tanto, todo régimen político que implique el propósito de reglamentar las conciencias conforme a cánones oficiales, siendo contrario a la dignidad del hombre, es también incompatible con el espíritu del socialismo. Ningún fin puede obtenerse a través de medios que lo niegan: la educación de los trabajadores para el ejercicio de la libertad tiene que hacerse en un ambiente de libertad”.

(Fundamentación Teórica del Programa del Partido Socialista).

Es, en definitiva, la ausencia de la libertad lo que lleva a rechazar el modelo soviético: “en resumen, la trágica experiencia soviética ha demostrado que no se puede llegar al socialismo sacrificando la libertad de los trabajadores en cuanto instrumento primario de toda creación revolucionaria y garantía indispensable para resistir las tendencias hacia la burocratización, la arbitrariedad y el totalitarismo”. (op.cit.)

El énfasis en la libertad implica, también, en la formulación de Eugenio González, un compromiso con la forma democrática, y esto es particularmente relevante, a su juicio, como tarea del socialismo en América Latina: “He aquí el primer deber del socialismo en América Latina: esforzarse por la vigencia del régimen democrático, por implantarlo donde nunca ha existido, por restablecerlo donde haya sido abrogado, por perfeccionarlo si tiende a anquilosarse obstruyendo el progreso social. Aunque sobremanera defectuosa, la actual democracia tiene en si misma los factores de su perfeccionamiento ulterior. Entra la dictadura y la anarquía tradicionales. polos de la política latinoamericana, el socialismo está decididamente por el régimen de derecho dentro del estado democrático. Ni aún a pretexto de realizar una política social de avanzada y de sostener actitudes antiimperialista, puede el socialismo comprometerse con gobiernos generados y mantenidos por la fuerza, como varios de los que afrentan la conciencia civil del continente”.

(El Socialismo, único fundamento de la democracia).

Lo que interesa poner de relieve por sobre todo es el significado que la política asume para Eugenio González. En sus propias palabras: “¿Es eso la política? ¿Simple juego de mentiras convencionales en la lucha por el poder? Si así fuera, si se tratara del poder por el poder, si no hubiera nada trascendente al poder mismo, la democracia carecería de sentido. Pero la política en

una democracia debe ser otra cosa: actividad de creación de las formas en que ha de dignificarse cada vez más la vida del hombre, función de servicio de las necesidades y las aspiraciones del pueblo. Para hacerla, hay que tener una cabal comprensión de las realidades y las posibilidades del país y también claros principios y normas para orientar la acción. Hay que atenerse, en política, fundamentalmente a los hechos, pero situándolos en una perspectiva. El realismo sin principios se agota, por lo común, en una política de arbitrios superficiales, oportunistas; el doctrinarismo sin respeto por la realidad conduce, por su parte, inevitablemente al fracaso”.

(La controversia permanente: Socialismo y Liberalismo).

La política es por tanto, ética, y preocupación por la ética. Refiriéndose a la sociedad chilena en su momento, reclamaba un restablecimiento de la moral cívica, afectada por un relajamiento del espíritu público, de los sentimientos de disciplina y responsabilidad, de la voluntad de trabajo, de cooperación y de servicio, de respeto a valores esenciales de la convivencia. Verá con preocupación cómo, en todas las categorías sociales, se imponen los apetitos egoístas, los afanes de lucro fácil y la mezquindad del utilitarismo. Concebía la política y por sobre todo la que correspondía al Partido Socialista, casi como una función pedagógica y al ejercicio de la misma como una actividad ejemplar: “No concebimos la política como medio de encumbramientos personales. Tampoco como ocasión de popularidad y vanagloria. Menos aún como empresa de utilización partidista del poder del Estado. La concebimos como actividad de servicio, como severa vocación patriótica. Corresponde a los partidos de avanzada social, a los partidos que tienen la responsabilidad del porvenir, imponer un nuevo estilo en la vida pública, por encima de cualquier subalterno y transitorio cálculo electoral, un estilo de veracidad y rectitud de ética ejemplar”.

(El Socialismo, como único fundamento de la democracia)

Eugenio González asumió la rectoría de la Universidad de Chile en el año 1963, y por cierto que no era éste un hecho fortuito. Desde sus tiempos juveniles, como estudiante del Instituto Pedagógico, se había dedicado a la docencia, tanto en la enseñanza secundaria como, posteriormente, en la educación superior, siendo en 1957 Director del Instituto Pedagógico y poco más tarde decano de la Facultad de Filosofía y Educación. Para el Rector de la Universidad los años juveniles no estaban olvidados. En un discurso que como Rector pronunció en la celebración de los 75 años del Instituto Pedagógico, rememoraba a la generación de los años 20: “eran hermosos tiempos, de anhelante vigilia. Diversos caminos se abrían ante nosotros, todos ellos orienta-

dos hacia el mismo horizonte de plenitud humana, todavía imprecisamente destacada sobre un fondo de matinal claridad, que creíamos era la del inmediato porvenir, aunque sólo era la proyección de nuestra esperanza. Eran también duros tiempos, cargados de contradictorios impulsos. Había que superar el caos interior de la adolescencia, siempre atribulada, en medio del derrumbamiento de los soportes institucionales y morales de la sociedad tradicional. Afanosamente buscamos en los libros y en los hechos –más en los libros que en los hechos– esclarecimiento para nuestro espíritu, que orientara nuestra voluntad de creación”. En directa referencia señalaba: “Llegamos al Instituto Pedagógico en una época de profunda inquietud colectiva. Había terminado la primera guerra mundial entre los grandes Estados, pero se continuaba dentro de ellos –y en todas partes– la pugna entre los poderes conservadores del orden social en crisis y las fuerzas empeñadas en instaurar un régimen de perfecta justicia y auténtica libertad donde cada individuo –como se decía en el lenguaje de entonces– pudiera “vivir plenamente su vida física, intelectual y moral en el ámbito de una cultura renovada”.

Pero no se trataba sólo de una rememoranza nostálgica. Los temas que de temprano preocuparon a Eugenio González –y a muchos de sus compañeros de generación– fueron atención preferente de su idea de la Universidad. Por ejemplo, la dimensión latinoamericana; la universidad es casi por definición ecuménica, pero sin perjuicio de lo mismo, el Rector señalaba que la Universidad de Chile debía encarar el cumplimiento de la tarea específicamente regional: “la tarea de promover iniciativas adecuadas para coordinar las orientaciones y recursos de las universidades latinoamericanas con vistas a su ulterior correlación orgánica”.

(Discurso al asumir la Rectoría).

Constataba la existencia de esfuerzos de integración que manifestaban el propósito de crear instituciones económicas, judiciales y políticas de carácter suprarregional, pero afirmaba que “corresponde a las universidades latinoamericanas ir preparando, de consuno, las bases morales necesarias para que proyectos de tanta trascendencia histórica puedan realizarse”.

Quería para la Universidad un papel activo, pero sin confundirla con una estrecha política partidista y menos de sesgos ideológicos o confesionales, no obstante la Universidad era, para él, “una entidad moral que no puede estar al margen de los imperativos de la justicia que impulsan el progreso social”. Subrayaba que: “compete a la Universidad el tomar como suyos los problemas de nuestro pueblo y proponer para ellos soluciones trascendentales”. Para que tal tarea fuese posible, consideraba que la Universidad debía ser capaz de enfrentar críticamente todas las ideas y ser un lugar donde pudiera exponerse y discu-

tirse todas las doctrinas. Consideraba como parte de la historia de la Universidad de Chile el que siempre hubiese estado en la avanzada del conocimiento social. Esta democracia interna aparecía indisolublemente ligada a la autonomía académica. Correspondía pues, mantener las tradiciones de tolerancia y defender los fueros de la conciencia libre, subrayaba con firme convicción: “La Universidad sin libertad no es Universidad”.

Eugenio González había dedicado gran parte de su vida a la política activa y si alguna vez esa tarea quizás se le planteó como contradictoria con su muy acentuada vocación de educador, sólo lo fue respecto al tiempo a dedicar a una u otra cosa y no porque las considerara antitéticas. Muy por el contrario, su propia formación filosófica lo orientaba a una síntesis superior de ambas. Al inaugurar el año académico de 1964, señalaba: “no olvidemos que para los griegos –de quienes derivan muchos cánones de la cultura moderna– la ética y la política se identifican; ni que la educación es, en cuanto proceso formativo y orientador de las nuevas generaciones, una forma superior de la política. Corresponde a la Universidad el cultivo y la enseñanza de las ciencias y las artes en sus formas y manifestaciones de mayor categoría intelectual y “el bien es –decía Aristóteles– el fin de todas las ciencias y artes y el máximo bien está, sobre todo, en la suprema de todas las artes que es la política. El bien político es lo justo”. Adecuando el concepto aristotélico a nuestra circunstancia histórica, podría decirse que es lo justo lo que hace prevalecer el bien social sobre el interés privado, dirimiendo falsas opciones entre los derechos y los deberes del hombre”.

Mucho se discutía en la época en que Eugenio González era Rector de la Universidad, acerca de la función que la Universidad le cabía como colaboradora, en un plano técnico, de las políticas nacionales. Sin negar esa tarea, el Rector valoraba una acción que consideraba propia de la Universidad: “es también la Universidad –y debería serlo principalmente– una persona moral que toma conciencia de las fuerzas creadoras que aparezcan como impulsos ciegos de la voluntad colectiva. Esto significa que la Universidad tiene la obligación de esforzarse por orientar el movimiento social hacia objetivos valiosos de convivencia superior. Defendiendo en toda circunstancia y sin claudicaciones las conquistas dignificadoras de la personalidad humana”.

(Entrevista a revista *Ercilla*, 4 de noviembre de 1964)

Si a todos debía servir la Universidad, Eugenio González enfatizaba un deber para con el pueblo, puesto que decía: “La Universidad vive del pueblo y en él se sustenta”. La Universidad debía preocuparse para que la ciencia y la técnica mejoren sus condiciones de vida, favorecer la creación artística que expresara su espíritu y la dignificara, darle estímulos de superación espiritual y

crearle acceso en forma sistemática a los bienes culturales. Propiciaba que la Universidad ampliara y reforzara sus vínculos con las organizaciones sindicales y cooperativas, proporcionándoles ayuda técnica en la solución de sus problemas y programas de extensión educativa y artística. Esperaba para el cumplimiento de ese objetivo una participación activa del movimiento estudiantil: “asigno a esta forma de actividad estudiantil (la acción social) una extraordinaria importancia por sus efectos educacionales y sociales. Realizada conjuntamente por estudiantes de facultades diversas, les permitirá tomar conciencia de que, siendo correlativos los problemas de una comunidad cualquiera, deben ser abordados en su compleja totalidad para encontrar las soluciones valederas. De este modo, el punto de vista social prevalecerá sobre el unilateralismo profesional”.

(Discurso de inauguración del año académico, 1964).

Conviene resaltar que la propuesta del Rector no apelaba sólo a una solidaridad estudiantil con la comunidad nacional, sino que consideraba la acción social como una actividad formativa para los propios estudiantes, podría decirse que postulaba que la conciencia de lo social haría posible una unificación del saber, amenazado por una estrecha especialización profesionalizante.

Fue su preocupación permanente el que la Universidad fuera el centro de una cultura realmente integrada, donde la investigación científica y tecnológica se desarrollaran al máximo de las posibilidades existentes, pero que, de igual modo, lo hiciera la producción intelectual y artística. Quería superar una Universidad en donde Facultades, Escuelas, Institutos y Centros sólo se relacionaban entre sí a través de las mecánicas conexiones del sistema administrativo. Pensaba que la Universidad existente, a pesar de sus méritos, aún no era una real Universidad: ¿Qué le falta, entonces, para serlo?: que los profesionales y científicos que prepare sean también personalidades cultas, que todos los que a ella ingresan y en ella trabajan comen conciencia de los valores intelectuales y éticos que confieren sentido humano y social a las disciplinas que cultivan, que los planes, programas y métodos de estudio de las diversas facultades conduzcan –sean cuales fueran los rigurosos quehaceres de la especialización respectiva– a una comprensión integrada de la naturaleza y la sociedad del mundo físico y cultural en que vivimos”.

(Discurso de inauguración del año académico, 1964).

Se requería de una visión integrada de la cultura, pero por sobre todo una clara conciencia de los valores fundamentales que debían guiarle y esto le parecía de primordial importancia respecto a un desarrollo científico y tecnológico que al nivel mundial no mostraba un sentido de superación humana, sino que,

muy por el contrario, decía: “mientras más instrumentos del poder entrega la ciencia a los individuos y a los Estados, más imperativa se hace la necesidad de que el espíritu del hombre se abra a una comprensión generosa y fraternal del bien, la belleza, la justicia, la libertad, la paz. La ciencia sólo será valiosa en la medida que contribuya a proporcionar a la humanidad los fundamentos de una vida digna”.

(Discurso en la sesión inaugural de la Facultad de Ciencias, 1965).

Una visión humanista fue la que siempre orientó al sentido de su propia vida, y la quería para la Universidad. Un humanismo actualizado, pero que conservara la esencia del humanismo clásico. Se requería un nuevo planteamiento de la unidad de la ciencia, una convergencia de los conocimientos en una concepción integrada del mundo, de la sociedad y de la vida. El humanismo estaba amenazado y correspondía a la Universidad preservarlo: “corresponde, pues, a la Universidad, poner en acción todos sus recursos docentes para atenuar al menos en la juventud de sus aulas las deformaciones espirituales que en ella produce el desenfreno utilitario y la mecanización técnica de la sociedad industrial, en su mezquina visión económica de la vida. Es decir, la Universidad debe esforzarse por cumplir cabalmente la misión humanista que le es propia”.

(Discurso al asumir la Rectoría).

Educación, declaraba Eugenio González, es un proceso vital y la relación educativa una relación humana; sus instrumentos eran los propios de la vida y muy afines a los del arte. En su discurso de conmemoración de los 75 años del Instituto Pedagógico –en el Instituto que se formó– comentaba: “... porque educar será siempre suscitar en los seres humanos la revelación de lo mejor de ellos mismos por virtud de la incitación magistral, como en el diálogo socrático; la técnica no podrá reemplazar al espíritu en ninguna empresa del hombre, menos en la educación”.

Y don Eugenio fue siempre, como profesor, como universitario, como político, como hombre, un educador.

ENZO FALETTO

INTRODUCCIÓN

El socialismo y los intelectuales

En el desarrollo del socialismo latinoamericano, han tenido un papel fundamental algunos intelectuales en el siglo veinte, hasta constituir un legado insustituible para el movimiento popular. El Partido Socialista de Chile recibió esta rica herencia, es decir, las corrientes teórico-políticas preexistentes en este continente, que orientaron las luchas de los trabajadores. Estas corrientes ideológicas provenían de tres fuentes conexas: el socialismo rioplatense, el leninismo (el pensamiento de Lenin, no el marxismo-leninismo, dogmatización de Stalin) y el ideario de Mariátegui, todas ellas vinculadas a la historia del movimiento obrero continental. A comienzos de los años treinta, gravitaban fuertemente esas tendencias en América Latina, a través de las cuales numerosos intelectuales de esta parte del mundo recorrían un camino similar al de los europeos, como Kautsky, Adler, Labriola y Gramsci, con matices que los diferenciaban de éstos, condicionados por su propia realidad.

El socialismo de inspiración marxista se difundió en los países del Río de la Plata a través de las clases obreras urbanas provenientes de la inmigración europea, principalmente italiana y española, abriéndose camino en pugna con la corriente anarquista, también de origen metropolitano, hasta imponerse en definitiva. Los sectores más conscientes lucharon porque los trabajadores se dieran una organización política propia. Pero los partidos socialistas surgidos entonces en esos países no realizaron una verdadera acción revolucionaria, precisamente, por carecer de una teoría adecuada. El modelo de esta corriente reformista fue la socialdemocracia alemana anterior a la Primera Guerra Mundial. No obstante, en Argentina surgió en aquellos años un pensador excepcional –el Dr. Juan B. Justo– en torno a quien se desarrolló el Partido Socialista de ese país. Figura importante en la Segunda Internacional, intentó fundar la ac-

ción socialista a partir de la lucha de clases y en la perspectiva de la democratización nacional. Por lo mismo, ese Partido Socialista se definía como la dirección política de la clase trabajadora, en cuanto debía asumir la hegemonía en la transformación de la sociedad. Pese a dicha definición básica, al igual que la socialdemocracia europea, no contó con una estrategia de poder.

El chileno Luis Emilio Recabarren militó en sus destierros en los partidos socialistas de Argentina y Uruguay, contribuyendo, posteriormente, a la creación de los partidos comunistas de esos mismos países, después de convertir al Partido Obrero Socialista en Partido Comunista en Chile.

La revolución rusa de 1917 produjo, por su parte, un impacto deslumbrante en América Latina. Aun en el socialismo argentino hubo entonces hombres, como José Ingenieros, que vieron en ella, al revés de la socialdemocracia europea, a la “buena nueva” que se esperaba desde el tiempo de Marx, del mismo modo que, más tarde, otro viejo socialista, Alfredo L. Palacios, reconociera a la revolución cubana como la avanzada de la revolución latinoamericana. La victoria de octubre había replanteado la conquista del poder como una tarea actual y previa a la transición socialista, superando una larga controversia desarrollada en la socialdemocracia. Así el leninismo, con su fuerte impronta, se proyectó en la fuerza subjetiva de las masas, conducidas por un partido de nuevo tipo.

El leninismo no sólo tuvo ese atractivo sino que además afirmó lo que en Marx fue únicamente un esbozo: el carácter específico de los procesos revolucionarios en los países atrasados, derivado de la naturaleza del desarrollo histórico de los mismos. Esta clara autonomía de la situación revolucionaria de dichos países estaba contenida en la tesis sobre la cuestión colonial, aprobada en la Internacional Comunista, bajo los auspicios del propio Lenin, y cancelaba la subordinación de la lucha en ellos al triunfo del proletariado en los países centrales o metropolitanos, como había sostenido la socialdemocracia europea desde fines del siglo XIX y hasta la Revolución de Octubre. No obstante esta apertura del leninismo en el ámbito ideológico no permitió el desarrollo inmediato de una teoría y una práctica específicamente latinoamericanas en el marco del marxismo, por la supeditación del movimiento comunista mundial a los requerimientos de la política de la Unión Soviética impuesta por el estalinismo.

Aquella tarea le corresponderá a José Carlos Mariátegui, al margen de las internacionales y los partidos comunistas. Marx se había planteado al final de su rica vida intelectual, aunque sin resolverla plenamente, la duda acerca de si era posible aplicar los presupuestos fundamentales de su teoría a países europeos atrasados, como Rusia y Polonia. Por su parte, Lenin había supera-

do la idea de que la revolución socialista sería el resultado de la maduración de la sociedad capitalista en cada uno de los países, por su hipótesis de que dicha maduración del capitalismo debía entenderse a nivel histórico-mundial. Mariátegui, por último, señaló que el socialismo realizará, en los países atrasados, las posibilidades históricas todavía vigentes del capitalismo, así como también que sólo el socialismo puede estimular, primero, y realizar, después, las tareas de la revolución democrático-burguesa y oponer una valla definitiva al avance de la penetración económica e ideológica del imperialismo.

Muerto Lenin en 1924, su lúcida concepción de la autonomía de la situación revolucionaria en los países coloniales y semicoloniales del mundo, fue desarrollada en Asia por Mao Tse Tung, extrayendo sus diversas consecuencias estratégicas. A la misma tarea decisiva dedicó a su vez su esfuerzo intelectual Mariátegui, en América Latina, para cuyo efecto cuestionó los supuestos en que se basaba la visión tradicional del marxismo. Para ello puso en el debate nuevas temáticas, como el carácter del desarrollo económico de los países dependientes, su proceso de constitución como naciones, la imposibilidad histórica de una revolución democrático-burguesa por la supeditación de las burguesías internas al imperialismo, la nueva definición de las fuerzas motrices de la revolución y el carácter socialista de ésta. En 1923, Mariátegui afirmaba: “La revolución social necesita históricamente la insurrección de los pueblos coloniales. La sociedad capitalista tiende a restaurarse mediante una explotación más metódica y más intensa de sus variadas colonias políticas y económicas.” Esta meta se alcanzaría sólo después de la Segunda Guerra Mundial, pero el imperialismo inventaría el instrumento de la “deuda externa”, que le permite succionar la economía de los países atrasados y apoderarse de sus activos nacionales.

El desarrollo económico y social de esta región es, según el pensador peruano, diferente al del viejo continente, por lo que no existe entre ambos una relación entre atraso y avance, sino una dependencia deformada y conflictiva del primero respecto del segundo, que requería ser definida en su especificidad para extraer conclusiones estratégicas. La redefinición de la naturaleza de las formaciones económico-sociales implica a su vez un cambio en la caracterización de las clases y de los sujetos sociales de la revolución, extendiendo su énfasis particular hacia los temas de las masas, de los elementos ideológicos y culturales, de los factores subjetivos y todo ello en el marco de su interés por la formación del bloque histórico capaz de desarrollar la acción vinculada al proyecto socialista. Se trata de una variada temática, analizada por medio del método marxista, que abrió una nueva perspectiva a la lucha por el socialismo.

La muerte prematura de Mariátegui, a los 35 años de edad, detuvo este proceso teórico (el desarrollo del marxismo latinoamericano) que él inauguró con

tanto brío, hasta que la revolución cubana –treinta años después– replanteó a través de su práctica política algunos de los temas fundamentales esbozados por aquél. En este encuentro histórico, destacó la presencia de Che Guevara, quien retomó el hilo conductor del proceso teórico que viene del socialismo rioplatense, pasa por el leninismo y culmina con Mariátegui, en cuyo decurso puede considerarse también a Eugenio González, con la Fundamentación Teórica del Programa del Partido Socialista de Chile, aprobada en 1947. Es la teorización de varias generaciones socialistas de América Latina, que lucharon también en su última etapa al margen de las internacionales.

Mariátegui agregó entonces que no existía en Perú, como no ha existido jamás, una burguesía progresista, con sensibilidad nacional, que se proclamara liberal y democrática y que inspirase su política en los postulados de su doctrina. De esta caracterización de la burguesía interna infiere la estrategia revolucionaria. “La emancipación de la economía del país - expresa en el preámbulo del programa del Partido Socialista del Perú, en 1928- es posible únicamente por la acción de las masas proletarias, solidaria con la lucha antiimperialista mundial. Sólo la acción proletaria puede estimular, primero y realizar, después, las tareas de la revolución democrático-burguesa, que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y cumplir. Este juicio sobre la situación del Perú es, naturalmente, aplicable al conjunto de los países de América Latina, particularmente a Chile, a la luz del proceso de desnacionalización realizado por la dictadura burguesa, de 1973 a 1989, y continuado por los gobiernos posteriores.

El pensamiento de Mariátegui es, en suma, un marxismo abierto, que no sólo integra corrientes diferenciadas, pero declaradas como marxistas, sino algunas otras que no son contradictorias con la doctrina científica del socialismo, como la de Sorel, de quien rescata la idea del mito, en cuanto utopía posible porque “la fantasía no tiene valor alguno sino cuando crea algo real”, con cuyo concepto relaciona las luchas desde la independencia de España hasta sus días, con el heroísmo, en cuanto a la emoción de la época. Esta sensibilidad mariateguiana se funda en la voluntad humana y postula que “la fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia, está en su fe, en su pasión, en su voluntad”. Esta idea del heroísmo es la que se ha manifestado en todas las luchas contemporáneas, desde la revolución cubana, donde 12 sobrevivientes de un desastre realizaron un prodigio social, hasta quienes han combatido en las sierras y ciudades de América Latina. Forma parte también de este proceso la rebelión de los estudiantes, que tanta gravitación ha tenido en las luchas populares. Esta confianza en la fe y la voluntad está presente, antes que él, en Lenin y en la Revolución de Octubre.

Este pensamiento del “amauta” es, asimismo, una creación en cuanto se aplica al estudio de las condiciones particulares que rigen el desarrollo de la región, como lo hizo Lenin, en Rusia, y Mao Tse Tung, en China, en la caracterización de las respectivas formaciones económicas y sociales. De esta lectura del marxismo de Mariátegui se extraen algunas conclusiones estratégicas asimiladas por el socialismo chileno, por intermedio de Eugenio González (Tesis sobre la Revolución Latinoamericana). Dicho en breve, como recapitulación, ellas consisten en la caracterización de la incapacidad de la burguesía interna para conducir la lucha por la liberación nacional (tareas de la revolución democrático-burguesa), el papel hegemónico de la clase obrera, dentro de un frente más amplio de trabajadores, en el proceso de transformación social; la realización plena de la nación vinculada a un proyecto antiimperialista y el carácter socialista de la revolución continental, en cuyo proceso se realizarán las tareas nacionales y democráticas. Estas ideas estuvieron contenidas también en los programas que se formularon en las campañas presidenciales de Salvador Allende, en los años comprendidos entre 1952 y 1973, es decir, durante 20 años.

Esta fue también la posición, así como la función, de Eugenio González como intelectual. En tanto maestro se ocupó de los problemas de la sociedad y la cultura, comprendidas las ciencias y las artes, desde el punto de vista y la perspectiva del socialismo. Por lo mismo, concibió la universidad como un centro de estudios superiores, no sólo destinado a formar profesionales (especialistas) sino preocupado de todos los saberes, para formar también hombres cultos e influir en el mejoramiento de la sociedad. Conjuntamente con esta función educativa, se incorporó desde joven al socialismo, en cuanto partido de los trabajadores (manuales e intelectuales), con un proyecto de liberación social, en el que luchó durante su existencia. En ambos planos, fue crítico del sistema de dominación bajo la hegemonía del capitalismo y combatiente de la nueva fuerza social emanada de las luchas de los trabajadores, es decir, intelectual orgánico del socialismo.

Como teórico socialista, Eugenio González se puso al servicio de la apasionada búsqueda por el movimiento obrero de un camino para el desarrollo nacional y su liberación social, en cuyo esfuerzo recuperó la rica herencia dejada por el pensamiento democrático y positivista del siglo anterior, que condicionó, en forma favorable, la recepción del marxismo. Influido profundamente, además, por el pensamiento anarquista predominante en los años veinte, transmitió al Partido Socialista el sentido ético y el amor por la libertad, que pasará a constituir una constante en su horizonte político. Las concepciones teóricas de Eugenio González sobre la revolución latinoamericana encuentran, sin duda, sus raíces en aquellas fuentes del marxismo ya mencio-

nadas, es decir, en el socialismo rioplatense, en el leninismo y particularmente en el pensamiento de Mariátegui.

La concepción de un partido de la clase trabajadora que se propone realizar la revolución socialista en un área semi-colonial y atrasada, con un capitalismo dependiente, donde las burguesías internas exhiben su incapacidad para impulsar una revolución democrático-burguesa, así como su inferencia de que sólo a través del socialismo es posible escapar del subdesarrollo, son asimiladas de dichas fuentes. Contrariando el concepto de la revolución democrático-burguesa, como etapa diferenciada, el “amauta” peruano sostuvo, en los años veinte, la relación de las tareas democráticas con las socialistas, como se planteará después por el socialismo chileno.

En los primeros años del siglo XXI vuelve a tener una gran importancia el papel de los intelectuales en la reformulación del socialismo como proyecto de liberación social de los trabajadores. En algunos países de Europa y de América Latina se levantan voces que se anticipan a anunciar la próxima crisis del neoliberalismo y el resurgimiento del socialismo como movimiento revolucionario, particularmente en los países en vías de desarrollo. Con este repunte teórico-práctico comienzan también a reaparecer los intelectuales de izquierda, desplazando a los especialistas o expertos, servidores, por sobre todas las cosas, del Estado capitalista. El nuevo intelectual no sólo es una persona dedicada al cultivo de las ciencias y las artes, sino que se proyecta en el ámbito de la cultura como creador en sus distintos sectores, pero con preferencia en la política (uno de los sectores de la cultura) y en relación con los partidos de trabajadores que luchan por el socialismo, independientemente de sus medios de vida.

En otros términos, esa relación que se ha venido expresando a la luz del marxismo, desde Kautsky a Gramsci, desde Justo a Mariátegui, recobra su validez. Como ha dicho Nelly Richard “la figura más emblemática para la izquierda ha sido, siempre, la del intelectual como productor o articulador de ideologías: el que pone su capacidad racionalizadora —sintetizadora de ideales, al servicio del programa de luchas sociales y enfrentamientos políticos, modelizado por el instrumento revolucionario del partido”. Este tipo de relación entre los intelectuales y el socialismo es el que se ha destacado precedentemente, señalando la elevada y positiva función desempeñada por aquellos. “La valorización del intelectual como figura que no solo interpreta los sistemas ‘cultura’ y ‘sociedad’, sino que también cuestiona sus razones, es parte de un dimensionamiento de la cultura que le reconozca capacidad para alterar o subvertir lo que las instituciones van persuasivamente modelando como regla o código (A ver intelectuales, ¿en qué estamos?, 1992)

De acuerdo a la concepción gramsciana, los intelectuales pueden ser orgánicos o no orgánicos al sistema, sean éstos conscientes o no de su posición y su función. La situación es clara. “Como la función del intelectual consiste en ser mediador entre la hegemonía y su base social, o se es orgánico a la estrategia de poder de la clase dominante, quedando enlazado con el Estado del poder, o se es orgánico a la nueva fuerza social que brota desde la sociedad, en donde, en sociedades de carácter capitalista, la clase obrera juega un papel dirigente en esa alianza de clases, y es esto lo que determina su posición en esa fuerza social. (Beba C. Balbé y Beatriz S. Balbé: La función y la posición de los intelectuales, 1990).

En el proceso de “conquista” de los intelectuales, que planteara Kautsky, sucede muchas veces que éstos comiencen un comportamiento crítico a la hegemonía burguesa, a partir de su relación con el movimiento social y el partido de los trabajadores, para concluir con la decisión de asumir la lucha por el socialismo. En Chile, surgen hoy algunos pocos intelectuales que proyectan, todavía muy tímidamente, una nueva luz en la línea clásica del socialismo.

Recién transcurrido el centenario del nacimiento de Eugenio González Rojas, conviene recordar su trayectoria en el siglo XX de Chile. Nacido en 1903, se proyectó en la historia desde 1920 a 1976, fecha de su muerte, como maestro y rector de la Universidad de Chile, escritor de notables páginas de la literatura nacional, fundador del Partido Socialista, senador y dirigente de esa organización política. Como pocos hombres, destacó en forma tan brillante en la cultura de nuestro país, dejando una huella perdurable en la enseñanza, en el arte y la política, combinando la vida y el sueño en la historia. Distinguido por su excelencia en todas sus acciones, se convirtió en ejemplo para colegas, camaradas y, sobre todo, para la juventud.

En dicho marco ideológico, presento este libro a través de cuatro capítulos:

El primero – LA UTOPIA SOCIALISTA – se refiere a su pensamiento socialista y la relación del Estado y la educación. El segundo – A LA MEDIDA DEL HOMBRE – trata sobre el papel desempeñado en la educación con sus aportes profesionales. El tercero – EL VUELO DE LA PALABRA – concierne a sus creaciones en la literatura nacional, tanto en sus prosas juveniles como en la narrativa mayor. El cuarto – LA COMUNICACIÓN ORAL: ARTE MENOR – corresponde a sus relaciones sociales a través de sus clases y conversaciones.

Por último, se presenta como apéndice una relación de publicaciones de Eugenio González Rojas.

Capítulo primero

LA UTOPIA SOCIALISTA

El Estado y la educación

Eugenio González emergió al escenario histórico en 1920, año que simbolizó un período caracterizado por una profunda ebullición de las ideas y la apertura de un proceso de reformas en la sociedad y el Estado. Entonces no se apagaban aún las resonancias de aquellos jubilosos días del Centenario, durante los cuales la oligarquía había conmemorado la emancipación de España, ante la indiferencia de las masas desposeídas. A un siglo de distancia, había recordado la “contraconquista” realizada por las burguesías criollas, con los consiguientes “repartimientos”, que dividieron las colonias españolas de América en una veintena de naciones del tamaño de la ambición de cada uno de sus caudillos y de las clases sociales que los apoyaron. Luis Emilio Recabarren se encargó de señalar, en su ensayo *Ricos y Pobres en un siglo de vida republicana*, que tales festividades constituían un sarcasmo frente a la vida miserable de las clases sometidas –campesinos y obreros–, mientras Valentín Letelier y Alejandro Venegas pusieron al descubierto las lacras de la sociedad de entonces, convirtiéndose en aguafiestas del jolgorio de la burguesía.

Más allá de aquellas alegres resonancias, el período inaugurado en 1920 marcó un proceso de democratización en que el Estado hegemónico por la oligarquía durante todo el siglo XIX y los comienzos del siglo XX, fue sustituido por el Estado burgués caracterizado como democrático y representativo. Este período de transición exhibió diversas modalidades que le confirieron una notoria inestabilidad, tanto en el ámbito político como en el socio-económico, lo que tenía su origen en la estrecha base social en que se asentaba la vieja estructura del poder surgido de las guerras por la Independencia. Este Estado excluía a los nuevos sectores de clase que habían traído consigo

la aspiración y la voluntad de cambiar la sociedad y la economía, como lo eran la pequeña burguesía y los trabajadores urbanos y rurales que, no obstante, todavía a comienzos del siglo XX no tenían ninguna participación significativa en el proceso nacional.

Durante este lapso, nuevos factores influyeron en la situación de inestabilidad social y política. Por una parte, el ascenso de aquellos últimos sectores sociales, lo que pasó por un cambio en la orientación del movimiento de los trabajadores, que evolucionó del enfrentamiento directo al Estado oligárquico hacia la negociación dentro de los marcos de la nueva forma adoptada por éste, a través de la Constitución promulgada en 1925 y del Código del Trabajo dictado un año antes. El agotamiento del sistema de partidos tradicionales y el quiebre de las alianzas políticas, por otra parte, trajeron consigo a su vez los movimientos socioeconómicos y políticos que buscaron una representación más apropiada de las diversas clases y nuevas bases para asentar los compromisos entre aquéllas, en los que habrían de sustentarse las modificaciones del Estado. En este proceso jugaron un papel importante las Fuerzas Armadas, compitiendo sus caudillos con los civiles en la conducción política del país, lo que trajo consigo una sucesión de golpes militares durante una década (1924-1933).

Las clases dominantes tomaron conciencia, en el período en referencia, de que debían enfrentar un proceso de cambios y adecuaciones de su poder, aunque lo resistieron por los medios a que estaban acostumbradas: la violencia. Este proceso estuvo determinado por la transformación de la base material de dicho poder, debido a que la industria del salitre había experimentado un agotamiento a partir de la primera guerra mundial y durante la crisis capitalista de comienzos de la década de los treinta, que demostró la debilidad y dependencia de la economía nacional, fundada en la exportación de materias primas. Por esta circunstancia, dicho proceso exigió la modificación del Estado oligárquico de modo que éste, sobre una base social más amplia, pudiera afrontar y resolver gradualmente las demandas sociales y políticas de los nuevos sectores de clase surgidos en el país. Es el llamado “Estado de compromiso”.

Este proceso de cambios trajo consigo profundas alteraciones, tanto en el ámbito económico como en el político, por lo que puede considerarse –el lapso transcurrido entre 1920 y 1938– como un período de transición, entre el viejo Estado oligárquico y la constitución del nuevo Estado burgués, democrático y representativo, que se prolongará hasta 1973, cuando la propia burguesía interna, asociada con el imperialismo, decidió prescindir de él, instaurando una dictadura genocida durante 17 años. En dicho período se sucedieron largas y cruentas luchas sociales y políticas que comprometieron

a todas las clases, a sus organizaciones partidarias y gremiales, así como a las Fuerzas Armadas. Estas luchas condicionaron controversias apasionantes, contiendas electorales, huelgas generales, golpes militares, represiones obreras e intentos revolucionarios, hasta desembocar en una nueva ruptura del orden social y político.

Para una mejor comprensión de las temáticas que se tratan en este ensayo conviene establecer algunas precisiones sobre el Estado, porque este concepto condiciona, a su vez, la interpretación de los procesos de cambios económicos, sociales y políticos del período. De la manera más breve, se puede decir que Marx propuso una teoría del Estado estrechamente relacionada con la teoría general de la sociedad y de la historia, que extrajo, a su vez, del estudio de la economía política. Esta concepción comprende la clara distinción del Estado como superestructura, como dominio de clase, como transición y la extinción del mismo. Son cuatro aspectos fundamentales que es necesario aprehender y tener siempre presente porque ellos, por sobre todas las revisiones que se han formulado, mantienen su vigencia. Así fue concebido el Estado también por Eugenio González, como lo señalaré en el curso del presente trabajo.

De acuerdo a ese marco de análisis, el Estado, en cuanto conjunto de instituciones políticas en las que se concentra la fuerza o poder de la sociedad capitalista, es una superestructura respecto a la base social en que se desarrollan las relaciones materiales de existencia. “La vida material de los individuos, que en modo alguno depende de su simple ‘voluntad’, su modo de producción y la forma de intercambio, que se condicionan mutuamente, constituyen, expresa Marx, la base real del Estado y se mantienen como tales en todas las fases en que siguen siendo necesarias la división del trabajo y la propiedad privada, con absoluta independencia de la voluntad de los individuos. Y estas relaciones reales, lejos de ser creadas por el poder del Estado son, por el contrario, el poder creador de él”.¹ Por lo mismo, el Estado es siempre el instrumento de poder de la clase dominante.

El Estado es, pues, dependiente de la sociedad y de su clase dominante, por lo que se define en el *Manifiesto Comunista* de 1848 este poder político como “el poder de una clase organizada para oprimir a otra clase. La infraestructura económica condiciona a la superestructura política porque en la primera se forman las clases sociales y se manifiestan sus antagonismos, por lo que el Estado ...” no es, tampoco, más que la forma de organización que los burgueses se dan por necesidad, tanto hacia el exterior como hacia el interior, a fin de organizar recíprocamente su propiedad y sus propios intereses. El Estado es la forma bajo la que los individuos de una clase dominante hacen

valer sus intereses comunes y en la que se condensa toda la sociedad civil de una época.² Tales son los dos primeros aspectos fundamentales del Estado.

Esta dominación de clase explica la evolución experimentada por el Estado capitalista, puesto que éste no surgió históricamente como democrático. “Su progresiva democratización fue resultado de un largo y violento proceso de extensión de los derechos civiles, políticos y sociales, que aseguró las libertades requeridas para el ejercicio pacífico de la competencia política, pero debe subrayarse que esa apertura no fue una benévola concesión ‘desde arriba’ sino el remate de la movilización política de las clases subalternas que, con su protesta y reivindicaciones, sus partidos y sindicatos, forzaron la democratización del Estado liberal”.³ Las grandes revoluciones burguesas generaron los estados capitalistas, pero no la democracia ya que ésta, con sus limitaciones de clase, se fue configurando a través de las luchas populares, con avances y retrocesos, desde el siglo XVIII hasta ahora.

El Estado es, pues, una maquinaria que crea cada clase según sus exigencias, por lo que la transición del poder, de una clase a otra, supone la sustitución de las instituciones. En el caso de la dominación de los trabajadores, la nueva forma que asumirá este instrumento de clase encarará la transformación revolucionaria de la sociedad, es decir, el tránsito de la sociedad de clases a la sociedad sin clases. El nuevo Estado, al proponerse la eliminación del antagonismo de clase, tiende a su gradual extinción, y por ello es diferente de los anteriores tipos de Estado, porque deberá extinguirse, es un Estado de “transición”. Esta fase, en el desarrollo de la sociedad, se presentará con la revolución socialista. Ellos son los otros dos aspectos fundamentales de este órgano de poder.

Los problemas del Estado comprenden, naturalmente, los de la educación, los cuales surgen y se desarrollan en curso del tránsito de la comunidad primitiva a la sociedad dividida en clases. Pero la lucha de clases propiamente tal se desarrolla en una fase de la evolución de la sociedad, que requiere un prolongado período previo en el que, aunque existen las contradicciones sociales, los intereses de las clases no se manifiestan de manera clara. El marxismo lo señaló desde el comienzo. En *Miseria de la Filosofía*, Marx distinguió entre clase **en sí** y clase **para sí**, considerando a la primera, como pura existencia económica, por el papel que desempeña en el proceso de la producción, y a la segunda, como existencia a la vez económica y psicológica, por la conciencia adquirida del papel histórico que desempeña. De este modo, para que la clase **en sí** llegue a convertirse en clase **para sí** es necesario un proceso largo en el tiempo, de confrontación y esclarecimiento de la teoría y la práctica. En el *Manifiesto Comunista*, de 1848, se reafirmó esta concep-

ción, en el párrafo primero, al afirmar que la historia de la sociedad humana es la historia de las luchas entre opresores y oprimidos, lucha ininterrumpida, **velada** unas veces y otras **franca** y abierta. La educación, por eso, ha estado relacionada con la lucha de clases hasta hoy.

Las clases dominantes adquirieron, antes que las clases dominadas, conciencia de sí mismas, por lo que también condicionaron la educación a la defensa de sus propios intereses, distinguiendo entre la educación que se impartía a uno y otro sector social. La educación para ellas mismas y la educación para los otros, esta última orientada a imponerles la desigualdad como algo proveniente de la naturaleza de las cosas o de la divina providencia. Este proceso es perceptible históricamente, desde la Antigüedad a la Época Contemporánea, el que se reproduce en Chile, por lo mismo, desde la Colonia y hasta los días que vivimos. El análisis de esta temática –educación y lucha de clases– lo realiza Julio César Jobet en su libro *Doctrina y praxis de los educadores representativos chilenos*, en el que se refiere a la enseñanza desde la Conquista, en el siglo XVI, a la década de los sesenta, en el siglo XX.

Importancia de la teoría

Tales son las circunstancias y los problemas sociales y culturales que le correspondió afrontar a Eugenio González cuando se asomó a la historia, enfrentándolos con la clave del desarrollo nacional, señalada por Valentín Letelier –instrucción y sufragio– reformulada por él en términos más modernos y completos como **educación y lucha de clases**. Letelier publicó en 1896, en efecto, un ensayo titulado **Los pobres**, en el que analizó la aparición de los partidos obreros, sosteniendo que, hasta entonces, los gobiernos oligárquicos sólo habían satisfecho las necesidades de las clases superiores, con absoluto olvido de las clases trabajadoras. No obstante, reconoció una obra positiva al gobierno liberal de la época: “Todo lo que ha hecho por los pobres se reduce, sustancialmente, a la instrucción y al sufragio, esto es, a ilustrarles para que conozcan mejor sus miserias, y a armarlos para que puedan exigir por sí mismos el remedio de sus males. Sorprenderse del apareamiento del socialismo es sorprenderse de que la instrucción popular rinda su fruto más genuino, el de dar capacidad al pueblo para estudiar sus propias necesidades”.⁴ Ello explica, por lo mismo, la resistencia de los sectores conservadores a la educación popular y al desarrollo de la democracia.

El pensamiento y la acción de Eugenio González giraron, en efecto, en torno

a dichas cuestiones. En ambas áreas dejó una huella muy profunda, que el movimiento popular debería destacar y difundir dada su utilidad en las luchas del presente y del futuro. Como maestro de filosofía, su oficio principal fue el de pensar, por lo que comprendió la importancia de la teoría en la vida social. La razón por qué cada clase, en su proceso de ascenso, elabora su pensamiento teórico, para afrontar los problemas reales generados por el desarrollo de la sociedad en su respectiva época. La burguesía formula la suya a través de la afirmación individualista del hombre, el liberalismo económico y la soberanía nacional. “El individualismo –expresa Henri Lefebvre– trató de sustituir la teoría pesimista de la jerarquía (inmutable en su fundamento y cuya justificación se halla en un ‘más allá’ puramente espiritual) por una teoría optimista de la armonía natural de los hombres y las funciones humanas”.⁵ Supera así la concepción medieval, basada en una jerarquía estática que descansaba políticamente en el feudalismo y la monarquía de derecho divino, si bien esa misma burguesía vuelve hoy hacia una concepción pesimista y autoritaria. Los ciclos de brutales dictaduras en América Latina comprueban esta aseveración.

El proletariado se arma, a su vez, con una teoría revolucionaria: el marxismo. Esta concepción advierte y valoriza realidades que no comprendía el examen de conciencia individualista. Estas son “realidades naturales (la naturaleza, el mundo exterior); prácticas (el trabajo, la acción); sociales e históricas (la estructura económica de la sociedad, las clases sociales, etc)”.⁶ El marxismo surge como la concepción del mundo que permite la comprensión de los conflictos y problemas de la sociedad actual, así como su transformación para establecer la sociedad sin clases, emancipando a los trabajadores y, con ellos, a toda la humanidad. Esta concepción teórica ha servido de fundamento al socialismo en cuanto proyecto de emancipación social de los trabajadores.

Pero, si bien todas las clases requieren de un instrumental teórico, no es igual la urgencia imperativa que tiene cada una de ellas para la defensa de sus intereses. La burguesía, movida sólo por la necesidad de preservar el orden establecido, no siente la inquietud de explicarse racionalmente las contradicciones que se presentan en la sociedad de clases, ni mucho menos la voluntad de buscar soluciones reales para ellas. Tiene, en su favor, el peso de los hábitos de obediencia y la violencia institucionalizada, fundamentos de la contrarrevolución. La clase trabajadora, en cambio, necesita una explicación racional de su explotación económica y sometimiento político, que le ofrezca una perspectiva para su liberación integral, lo que pasa por la formación de su conciencia de clase.

Pero los marxistas –entre ellos Eugenio González–, no se aferraron a la teoría como un dogma, sino como una guía viva para la acción, capaz de refle-

jar en sí el cambio constante, y a veces imperceptible, de la vida social. La teoría es contrastada periódicamente por la historia, pero sirve, siempre, para interpretar la realidad. Lenin, en *Carta sobre táctica*, de abril de 1917, repite la fórmula tan expresiva de Goethe: “la teoría es seca, amigo mío, es gris; pero el árbol de la vida es eternamente verde”. Así concibieron al socialismo revolucionario sus fundadores, sin glorificar “la teoría de ayer que, como teoría, en el mejor de los casos sólo traza lo fundamental, lo general, sólo abarca de un modo aproximado la complejidad de la vida”. El derrumbe de los sistemas comunistas de Europa del este y de la propia Unión Soviética, es la mejor demostración de la fragilidad de los dogmas convertidos en fundamento de las instituciones sociales.

Por esa relación de la teoría y de la historia, cabe distinguir entre la doctrina comunista y el modelo soviético (instrumentación del marxismo por Stalin), así como también representan una dualidad contradictoria los evangelios y la Iglesia Católica en cuanto institución, desde el siglo quinto, cuando el emperador romano Constantino la convirtió en instrumento del Estado. Esta diferencia se percibe materialmente cuando uno visita en Roma las catacumbas, donde buscaban refugio y seguridad las muchedumbres miserables de primitivos cristianos perseguidos por el imperio romano, y la catedral del Vaticano, donde reside el poder y la magnificencia de la Iglesia Católica.

En este marco teórico hay que considerar, en primer término, el pensamiento político de Eugenio González. No obstante el conocimiento directo y personal que tuve de él, a través de miles de horas de conversación en 12 años de trato diario, para los efectos de este análisis utilizaré sólo sus concepciones escritas. En tal sentido, comienzo por decir que su participación política lo destacó como la figura más completa del socialismo chileno en el ámbito de las ideas. Ningún otro de sus militantes influyó tan profundamente en el desarrollo de su teoría. Durante los 12 días de la República Socialista de 1932, cuando tenía sólo 29 años, se desempeñó como Ministro de Educación y al año siguiente intervino en la fundación del Partido Socialista, el 19 de abril de 1933, no ocupando cargos en su dirección nacional hasta octubre de 1946, en que fue designado miembro del Comité Central por el XI Congreso General realizado en Concepción, en cuya directiva se destacó por su sólida formación cultural.

Este Comité Central, que a los 28 años de edad encabezó Raúl Ampuero Díaz, encomendó al “ciudadano” González la tarea de elaborar el proyecto de **Fundamentación Teórica del Programa Político del PS**, que fue aprobado en una Conferencia Nacional convocada para el efecto en 1947. En el período siguiente (1948-1949), se desempeñó como Secretario General por designación

del XII Congreso del Partido Socialista, y en los años 1949 a 1957 lo representó en el Senado. En el curso de esta actividad política puso en evidencia su sólida formación como filósofo y científico social, conquistando el reconocimiento de sus compañeros y el respeto y admiración de sus adversarios, como lo hizo presente el senador liberal Raúl Marín Balmaceda, en el homenaje de despedida que le rindió el Senado, cuando Eugenio González, por decisión propia, abandonó el parlamento para retornar a la Universidad de Chile.

Como teórico socialista, Eugenio González se puso al servicio de la apasionada búsqueda, por el movimiento obrero, de un camino para el desarrollo nacional y su liberación social, en cuyo esfuerzo recuperó la rica herencia dejada por el pensamiento liberal y positivista del siglo anterior y que condicionó en forma favorable la recepción del marxismo. Influido profundamente, además, por el pensamiento anarquista predominante en los años veinte, transmitió al Partido Socialista el sentido ético y el amor por la libertad, que pasará a constituir una constante en su horizonte político. Quizás esta última tendencia y la trotskista, transmitida por la Izquierda Comunista, incorporada al PS en 1936, marcaron a esa colectividad con un espíritu autocrítico que lo ha conducido a sucesivas crisis y divisiones en su práctica política.

Eugenio González tenía un concepto cabal sobre la necesidad y el contenido de un programa. La reconstrucción del Partido Socialista, en 1947, constituía una tarea por demás difícil, que apenas se iniciaba entonces con los pasos ya dados para reagrupar los cuadros dispersos o estratificados en grupos. Su cabal cumplimiento requería, en efecto, el desarrollo de la capacidad teórica de sus militantes, unida a la persistente práctica organizativa, que diera satisfacción, además, a tres niveles fundamentales de elaboración política: el programa, la estrategia y la táctica. Estos tres elementos habían de configurar el nuevo proyecto histórico del partido. Todo proyecto revolucionario requiere de un programa que encarne los intereses reales de la clase por él representada. Pero la formulación de un programa no es una tarea sencilla, toda vez que no se trata ni de una proclama ni tampoco de una recopilación de consignas, sino que es el instrumento fundamental para la organización y conducción de la lucha de los trabajadores, tras la conquista del poder y la transformación de la sociedad.

En estos últimos términos era insoslayable asumir la realidad histórica específica que le correspondía enfrentar, enriqueciendo el acervo de su teoría política con aspectos extraídos directamente de la experiencia de otros procesos. Sólo así se podía descubrir, en la inmediatez de la realidad, las tendencias más generales del desarrollo capitalista en nuestro tiempo y su reflejo en Chile, cuáles eran los objetivos reales, inmediatos e históricos, quiénes sus

adversarios principales y los aliados políticos, así como cuáles los caminos y las formas de lucha por las que había de conducirse la acción revolucionaria. La reconstrucción programática es, por consiguiente, un instrumento organizativo esencial en toda la fase de lucha por el poder, aunque sus modalidades puedan variar según las distintas condiciones. Es el fundamento, también, de la homogeneidad política que requiere el partido –centrada en su programa y la teoría que le sirve de fundamento–, para articular su actividad, contribuir en la educación de los trabajadores y el desarrollo de su conciencia de clase y valorar sus experiencias más próximas. Un partido sin programa es como un barco sin brújula y que, por lo tanto, navega a la deriva en la historia.

Ya antes de la fundación del Partido Socialista, quienes serían sus creadores habían caracterizado el estado de la economía del país y el carácter antinacional de la burguesía interna, al tiempo que afirmaron la conciencia antiimperialista, en el Programa de Acción Económica Inmediata ofrecido al pueblo durante la República Socialista de 1932. “Todo ha sido entregado sistemáticamente al extranjero”, señaló el documento, a consecuencia de lo cual la administración del crédito, el ejercicio del comercio interno y externo, el control de los salarios y el mercado del trabajo “se han escapado de nuestras manos”. La situación era más grave todavía. Las empresas extranjeras se habían apoderado ya de las actividades productivas de materias primas y de una gran parte de los servicios de utilidad social. He ahí el balance de una economía dependiente, caracterizada por el abismo abierto entre la prodigalidad burguesa y el pauperismo obrero.

Un año después, el Partido Socialista aprobó, en su Primer Congreso General Ordinario, de octubre de 1933, un Programa de Acción Inmediata. Este programa planteó, en el orden nacional, una serie de transformaciones estructurales de la sociedad y otras medidas de carácter social y, en el orden externo, definió la lucha contra el imperialismo, exigió el establecimiento de relaciones permanentes con la Unión Soviética, afirmó su autonomía de la II y la III Internacionales, promovió la unidad de la clase trabajadora mundial, caracterizó la personalidad singular de la revolución latinoamericana y formuló el objetivo de la unidad de las futuras repúblicas socialistas del continente. En 1935, se amplió y perfeccionó dicho programa en su Segundo Congreso General Ordinario. Posteriormente, el Partido Socialista proclamó la candidatura presidencial de Marmaduke Grove y dio a conocer un Programa Mínimo, que comprendía un balance de la administración oligárquica y las soluciones ofrecidas al movimiento popular. Planteaba que sólo un cambio de régimen económico y social resolvería los grandes problemas del país y

anunciaba el advenimiento del Estado Socialista. Todas estas definiciones, fueron adoptadas en su Tercer Congreso General Ordinario.

Después vino la “charca”. Una década sin preocupación por el programa, durante la cual las cúpulas dirigentes se sentaron en la mesa a participar en el festín de la colaboración ministerial, con olvido absoluto de los principios socialistas, hasta que una nueva generación, formada en la FJS y movilizada con la consigna “ahora o nunca” restableció el orden de los valores del socialismo, sustituyendo una política practicista por una política de principios. Entonces renació el interés por el programa.

En 1947, el P.S. aprobó, en una Conferencia Nacional, un nuevo programa dentro de un riguroso marco teórico, cuya fundamentación se examinará más adelante. Por ahora sólo deseo señalar que este programa formuló dos líneas de acción en el marco de la lucha por el poder de los trabajadores. La primera preconizó la nacionalización de las industrias básicas y del sistema bancario, la reforma agraria, el manejo estatal de los servicios públicos, especialmente los de seguridad social, salubridad y educación. La segunda, una activa industrialización, técnicamente planificada, contando, para ello, con las condiciones naturales del medio geográfico, como son las riquezas básicas (cobre, hierro, energéticos, etc.) y las capacidades o aptitudes predominantes en la población, para producir con vistas a satisfacer las necesidades de consumo de los mercados interno y externo. La convergencia y movilización de las fuerzas sociales comprometidas con estos objetivos, se orientarán hacia la conquista del actual Estado y su transformación. Posteriormente, el socialismo chileno compartió su programa, actualizando sus objetivos inmediatos con los demás partidos de la izquierda, en sus campañas electorales y durante el Gobierno Popular, hasta 1973.

Las ideas revolucionarias de Eugenio González están sintetizadas en la Fundamentación Teórica del Programa aprobado por el Partido Socialista en 1947. En dicho marco teórico se formulan las cuestiones esenciales de la lucha por el socialismo, de las cuales examinaré, en esta oportunidad, aquéllas que le confieren su carácter peculiar. Ellas se relacionan fundamentalmente con la manera como asumió el marxismo, con las tesis sobre la revolución latinoamericana, con el camino hacia el socialismo, con la definición de la fuerza hegemónica de la revolución, con la apreciación de la libertad y el humanismo socialista y con la relación del Estado y la democracia. Estas cuestiones constituyen las claves para entender al socialismo chileno hasta 1973, por lo que centraré en ellas el presente análisis, teniendo en cuenta, además, que él intervino también en la formulación de la Declaración de Principios aprobada en 1933, en el acto de fundación del PS.

El marxismo: un debate siempre abierto

El socialismo es, para Eugenio González, una expresión de la cultura, del nuevo concepto de cultura definido por Marx en el siglo XIX y por pensadores contemporáneos como Weber, Spengler, Scheller, Mannheim, Levy-Strauss, Ortega y Gasset y otros, todos conocidos por él a través de sus profusas lecturas. Por su carácter antropológico, la cultura no se identifica como una parte de las actividades y productos humanos, sino con todo aquello que el hombre hace en cuanto hombre. Su diferencia con el viejo concepto es clara. No la limita sólo a las expresiones “nobles” del espíritu, como se consideraba en la Antigüedad y en la Edad Media, con una connotación clasista, por cuanto sólo ciertos sectores sociales tenían acceso a ella. En el discurso sobre **El socialismo frente al liberalismo** expresa esta concepción. “El sentido de la historicidad de lo humano, de su esencial temporalidad, tan característico del espíritu de nuestra época, lleva a una interpretación relativista de la cultura en todos sus órdenes: de las ideas y de las instituciones, de las formas del arte y de las modalidades del Estado, de los sistemas filosóficos y de los regímenes políticos, de las creencias religiosas y de las categorías económicas”.⁷ En suma, todos los sectores del quehacer humano.

Esta misma concepción la expone en otros términos Ludovico Silva. “Si la cultura es –dice este ensayista venezolano– en el nuevo y antropológico sentido del término, todo aquello que el hombre crea en cuanto hombre, y si toda esta creación asume hoy el carácter de capital, de mercancía (al menos en el mundo capitalista), entonces la cultura, la sociedad entera y sus productos, es opuesta al desarrollo integral del hombre. En términos de Marx la cultura tiende a parcializar la **allseitige Entäusserung** o alienación omnidimensional del hombre. Naturalmente hay que ver esto con ojos dialécticos: la misma cultura que produce hoy esa alienación universal, también crea unas condiciones materiales –desarrollo de las fuerzas productivas, crecimiento tecnológico, etc.– que resultarán indispensables para la desalienación universal, la socialización efectiva de la cultura”.⁸

Con una amplia y profunda formación filosófica, Eugenio González asumió el marxismo como método de interpretación de los fenómenos sociales y como guía para la acción, de cuyo concepto derivó la autonomía en el análisis de la realidad nacional y en la elaboración de una estrategia de lucha, constituyendo el instrumental más valioso para la revolución chilena. Como pensamiento creativo, el marxismo tiene que encarar constantemente problemas inéditos que plantea la historia aportando soluciones también nuevas en las luchas de los hombres para satisfacer sus necesidades e ideales. Es, por eso,

una concepción crítica y abierta; no un sistema cerrado, como lo definiera el stalinismo, concepción esta última que se ha derrumbado por la acción de la perestroika en el mismo país donde tuvo su origen y desarrollo.

En este sentido lo asumió el Partido Socialista de Chile desde su fundación, con una posición contraria al dogmatismo, considerándolo en todo instante como un pensamiento en constante discusión y enriquecimiento. En sus elaboraciones teóricas coincidió con las nuevas corrientes interpretativas y, en algunos aspectos, se anticipó intuitivamente en caracterizaciones que, mucho más tarde, investigaciones sociales le darían una fundamentación científica. Como parte integrante del movimiento revolucionario latinoamericano recogió las tendencias preexistentes en éste y proyectó orientaciones generales que fueron puestas a prueba, con distintos resultados, en el proceso histórico de nuestro continente. El mérito no es desdeñable si se tiene presente que, al fundarse este partido, el único marxismo difundido en América Latina era el de la Internacional Comunista, es decir, el marxismo soviético, gravitando desde entonces la controversia sobre la sucesión de Lenin: Stalin contra Trozki.

En breves trazos procuraré demostrar esta interpretación, pero antes es preciso preguntarse ¿qué es hoy el marxismo?, una cuestión por demás controvertida. En el período finisecular del diecinueve era fácil definir esta concepción como el pensamiento de Marx, complementado por Engels y apenas interpretado o, más bien, difundido por la primera generación de seguidores del maestro. Mas, a partir de la revolución rusa, la situación cambió radicalmente. El marxismo ya no fue sólo una concepción teórica, sino que comprendió también prácticas revolucionarias, no siempre coincidentes, que confrontaron la validez de aquélla con la experiencia histórica. Marx murió hace más de un siglo y, desde entonces, su pensamiento se ha utilizado muchas veces como justificación “ideológica” de estrategias y tácticas que no han conducido al socialismo, como sucedió en los países de Europa del este. De la misma manera se usa hoy al liberalismo, en el mundo capitalista, es decir, como ideología de una economía transnacionalizada y manejada por el imperialismo en su propio beneficio.

En esta perspectiva cabe señalar, desde luego, que Marx no se ha petrificado ni es inmóvil, sino que, por el contrario, sólo inauguró un movimiento que continúa su desarrollo. “Aunque su proyecto, expresa uno de sus intérpretes, haya sido en su mayor parte científico, no fue especulativo, no se encerró en sí mismo consumiéndose en la unidad de un sistema cerrado. Al contrario, ha dado nacimiento a una sucesión encadenada de prácticas y estrategias revolucionarias, ha engendrado productos que viven y se oponen a la sociedad

actual; esos “productos” no son exclusivamente ideas y conocimientos, sino agrupaciones humanas que, invocando al marxismo, son capaces de poner en movimiento inmensas fuerzas materiales”.⁹ En este sentido el marxismo se distingue de las filosofías tradicionales en que está siempre inconcluso y rechaza toda clausura del sistema.

El surgimiento de las sociedades que proclamaron su transición socialista escindió pues al marxismo, en dos grandes fases, a tal punto que hoy, cuando se discute la existencia de una crisis del mismo, muchos se refieren al “socialismo realmente existente” y no al pensamiento de Marx. Este es, por cierto, un tema que no examinaré ahora. Sin embargo, conviene señalar que existe heterogeneidad acerca de lo que debe entenderse por marxismo entre quienes enarbolan su bandera en la lucha por transformar a la sociedad burguesa, hasta el punto que autores como Whright Mills, hablan de los marxismos y de los marxistas, porque existen diferencias entre ellos tanto en las temáticas que tratan como en las alternativas revolucionarias que proponen.

Actualmente, el marxismo es un debate siempre abierto, como lo señalara, en 1947, Eugenio González. Este pensamiento, esencialmente crítico, ha sido objeto de distintas interpretaciones en medio de continuos procesos revolucionarios en el siglo XX. El propio Marx ha estado en el centro de la controversia, distinguiéndose entre el Marx joven y el Marx maduro, así como él mismo ha sido diferenciado de Engels. Muchos otros pensadores, definidos como marxistas, han exhibido a su vez diferencias respecto a ambos y entre sí. Similar situación se presenta en los procesos revolucionarios desarrollados bajo la bandera del marxismo, donde surgieron modelos no capitalistas de desarrollo, que no generaron sociedades socialistas y que hoy retornan al capitalismo. Aquellos procesos encontraron resistencias a sus deformaciones en sus propios países, pero éstas fueron aplastadas por la fuerza.

Reconocer esta situación no constituye, sin embargo, una concesión revisionista. Sólo es la constatación de los límites de la teoría: sencillamente, Marx no dejó a sus seguidores una teoría acabada de una vez y para siempre. Lenin advirtió precisamente que Marx “sólo nos ha proporcionado las piedras angulares ...”. Entre los autores contemporáneos, Althusser agregó algo más categórico todavía: “Lo que nos ha dado, dice, no es un sistema total, unificado y concluido, sino una obra que conlleva principios teóricos y analíticos sólidos y, junto a ellos, dificultades, contradicciones y lagunas. No hay por qué asombrarse. Si nos han dado el comienzo de una teoría de las condiciones y de las formas de la lucha de clases en las sociedades capitalistas, sería insensato creer que podría ser «pura» y completa desde sus orígenes”¹⁰. No hay en esta herencia marxista –agrega el mismo filósofo– una verdadera teo-

ría de las organizaciones de la lucha de clases y antes que nada del partido y del sindicato.

Preocupado del desarrollo histórico de la sociedad humana, tampoco Marx se dedicó a ofrecer recetas para los problemas inmediatos. En este sentido, Umberto Cerroni sostiene con razón que “Marx ha basado sus razonamientos sobre largos períodos de la historia, y no es menos cierto que las perspectivas de corto plazo están en Marx tan arraigadas en la crítica de lo existente que no anticipa casi ninguna indicación política concreta. Lo que nuevamente significa que las mas graves responsabilidades deben ser atribuidas, tanto en el plano interpretativo como en el ejecutivo, a quienes (y son muchísimos entre los seguidores de Marx) han reducido, por así decirlo, las distancias entre la teoría y la práctica, entre la ciencia y la política.¹¹ De modo que no hay otro camino que pensar con nuestras propias cabezas los problemas sociales de hoy, sin otra ayuda de Marx que los fundamentos para la comprensión de la realidad que nos legó con su método. La conclusión anterior debe complementarse con la convicción de que una cosa es la teoría y otra la historia, porque nunca deben identificarse los modelos con la realidad, como lo hizo el stalinismo y lo hace hoy el neoliberalismo.

En este sentido, Lukács confirma esta conclusión ya que en un momento en que se discutía sobre ortodoxia marxista dice que ésta se refiere exclusivamente al método. En efecto, el filósofo húngaro expresó ya en 1919: “Pues suponiendo –aunque no admitiendo–, que la investigación reciente hubiera probado indiscutiblemente la falsedad material de todas las proposiciones sueltas de Marx, todo marxista «ortodoxo» serio podría reconocer sin reservas todos esos nuevos resultados y rechazar sin excepciones, todas las tesis sueltas de Marx sin tener, en cambio, que abandonar ni por un minuto su ortodoxia marxista. Así, pues, “marxismo ortodoxo” no significa reconocimiento acrítico de los resultados de la investigación marxiana, ni “fe” en tal o cual tesis, ni interpretación de una “escritura sagrada”. En cuestiones de marxismo, la ortodoxia se refiere exclusivamente al método”.¹² En un prólogo escrito en 1967, para su libro *Educación y Conciencia de Clases*, el viejo Lukács reiteró la validez de este juicio de su juventud. Ningún marxista debería incomodarse, pues, por la acción de los intelectuales curiosos que siguen buscando los errores de Marx, constituyendo inventarios de los mismos, porque son muchos y, por lo tanto, nunca los terminarán de identificar todos, considerando la inmensa obra escrita de este gran pensador.

Las tesis sobre la revolución latinoamericana

Tal es también la concepción de Eugenio González. Como ya se ha dicho, con su participación teórica, el socialismo chileno desde su nacimiento, asumió el marxismo como una posición crítica, contraria a todo dogmatismo. En su Declaración de Principios, aprobada en el acto de fundación, el 19 de abril de 1933, expresa; “El Partido acepta como método de interpretación de la realidad el marxismo, rectificado y enriquecido por todos los aportes científicos del constante devenir social”.¹³ Curiosamente, esta declaración, por una parte, coincide con la definición de Lukács pero, por otra, la contradice en apariencia, ya que el pensador húngaro agrega que ese método no puede continuarse, ampliarse, ni profundizarse más que en el sentido de sus fundadores, excluyendo de esta manera al parecer su rectificación.

Catorce años más tarde, Eugenio González expresó en la Fundamentación Teórica del Programa del PS, en 1947: “La doctrina socialista no es un conjunto de dogmas estáticos, sino una concepción viva, esencialmente dinámica que expresa, en el orden de las ideas políticas, las tendencias creadoras del proletariado moderno. Producto de una situación histórica definida, ella se ha cernido en su desarrollo al ritmo del movimiento social, enriqueciéndose de continuo con la experiencia de lucha de la clase trabajadora”.¹⁴ En este documento, ya no se habla de rectificación y, en cambio, se afirma que “el marxismo proporciona un método fecundo de interpretación sociológica”, hasta el punto que hoy se considera que este pensamiento no suplanta a las ciencias sociales, pero éstas tampoco pueden prescindir de él en su desarrollo, porque es parte de ellas mismas.

Georg Lukács hace presente, por otro lado, que “La mejor formación teórica no sirve absolutamente de nada, si se limita a lo general”.¹⁵ Para ser eficaz en la práctica ha de expresarse en la solución de los problemas particulares, esto es, las realidades objetivas que debe confrontar la praxis revolucionaria. Es, precisamente, la mayor insuficiencia y, por lo tanto, debilidad del movimiento popular latinoamericano: no haber creado una teoría específica con raíces en su propia realidad. Como alguien ha expresado, Marx no pensó en Chile o en el conjunto de los países de nuestro continente, pero los socialistas tienen el deber de hacerlo, como lo abordó Mariátegui en los años veinte.

La discusión teórica sobre la revolución en Latinoamérica ha dado lugar igualmente a un largo debate. Durante varias décadas han chocado con estrépito dos concepciones básicas: La tesis stalinista sobre la revolución por etapas, la primera de las cuales es la democrático burguesa, que será la obra de una alianza de cuatro clases sociales –el proletariado, el campesinado, la pe-

queña burguesía y la burguesía nacional– y la tesis que concibe a la revolución como un proceso continental ininterrumpido de carácter socialista, cuya fuerza motriz es un frente de trabajadores, que constituye la mayoría social en cada uno de nuestros países. Esta última es la concepción del socialismo chileno y encuentra su base en la Fundamentación Teórica del Programa de 1947 y en su concepción estratégica de Frente de Trabajadores.

El Programa de 1947 retomó, en su Fundamentación Teórica, los postulados de unidad latinoamericana contenidos en la Declaración de Principios del PS de 1933. Para eso, caracterizó la situación existente entonces en el continente, cuyos problemas económico-sociales tenían rasgos que no se daban en otras partes del mundo, y reafirmó la voluntad partidaria de abordarlos, “sin subordinar nuestra posición revolucionaria a los fines políticos, económicos y estratégicos de ninguna de las grandes potencias que actualmente luchan por la hegemonía mundial”.¹⁶ En este capítulo de Fundamentación Teórica están contenidas todas las tesis sostenidas por los socialistas chilenos sobre la revolución latinoamericana, expresadas de manera esquemática, pero posteriormente desarrolladas en sus congresos generales.

La primera se refiere al destino común de nuestros pueblos. “Para que la América Latina pueda influir en la conservación de la paz y en el destino de la civilización es necesario que deje de ser una expresión geográfica y se convierta en una realidad política”. Pero no se queda sólo en el postulado general, sino que desciende al principio programático: la lucha por la unidad continental sobre la base de la formación de una economía orgánica antiimperialista. Define a continuación el contenido social y nacional de esta lucha. “La política socialista en la América Latina tiene un doble significado: es el único medio eficaz para la emancipación de las masas obreras y campesinas y la única garantía cierta de nuestra independencia nacional y continental”.¹⁷ Es el proyecto político unido al desarrollo e independencia de la gran nación, como hoy lo plantea para sí la Comunidad Económica Europea, a través de la construcción del gran hogar común europeo. De acuerdo a esta tesis ¿no sería más importante priorizar la integración económica y política de la América Latina, ahora, en vez de continuar con la fábula del tiburón y las sardinas, a que se refiriera el Presidente de Guatemala, Juan F. Arévalo y que hoy se reproduce con la llamada “iniciativa de las Américas” o acuerdo de libre comercio?

La segunda, caracteriza el subdesarrollo y la dependencia de esta área del continente. “Nuestra estructura económico social presenta las contradicciones de fondo propias de los países semicoloniales y dependientes que dificultan la acción revolucionaria de los partidos populares. Junto a formas de vida y de trabajo de tipo feudal, como las que existen en la agricultura bajo el

régimen del latifundio, tenemos una fragmentaria producción industrial dependiente en sus principales rubros del control técnico y financiero del capitalismo internacional”.¹⁸ Realidad que debe ser abordada y superada por la acción revolucionaria del socialismo, eliminando la subordinación y dependencia del imperialismo. Esta formulación la expuso el socialismo chileno más de 20 años antes que se desarrollara la teoría de la dependencia, en la década de los setenta.

La tercera señala la incapacidad de la burguesía para cumplir sus objetivos históricos. Ella no ha desarrollado, ni en lo económico ni en lo político, la totalidad de sus posibilidades como clase dominante. Por otra parte, agrega: “...las clases dirigentes, tomadas en su conjunto, se encuentran psicológica y socialmente retrasadas en el campo de las rápidas transformaciones de la economía moderna. No están en condiciones de llevar a cabo la política constructiva de gran alcance que ha de colocar a nuestros países a la altura de la circunstancias históricas”.¹⁹ No pueden realizar la revolución democrático-burguesa cumplida en los países desarrollados, por estar dominadas por el imperialismo, lo que se corrobora hoy por la desnacionalización de la economía, la deuda externa y la fuga de capitales, así como por su absoluto sometimiento a las políticas “neoliberales” impuestas por los grandes países capitalistas en su propio beneficio a través del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y otros organismos.

La cuarta establece que las tareas no cumplidas por la burguesía serán realizadas por la clase trabajadora, la que actuará a través de partidos socialistas nacionales, coordinados entre sí. “Las condiciones anormales y contradictorias en que nos debatimos, determinadas por el atraso de nuestra evolución económico-social en medio de una crisis, al parecer decisiva, del capitalismo, exigen una aceleración en el proceso de la vida colectiva; tenemos que acortar las etapas mediante esfuerzos nacionales solidarios para el aprovechamiento planificado del trabajo, de la técnica y del capital que tengamos a nuestra disposición”.²⁰ Tareas que sólo realizará la clase trabajadora a través de la revolución socialista porque todos los caminos del capitalismo dependiente han fracasado hasta el punto que ha aumentado la proporción de pobres en general, en la América Latina, en una dinámica de empobrecimiento creciente.

La quinta define, en efecto, la revolución latinoamericana como socialista. De acuerdo a los antecedentes sobre las condiciones objetivas del continente, no cabe otro curso probable para el desarrollo revolucionario. “Por ineludible imperativo de las circunstancias históricas las grandes transformaciones económicas de la revolución democrático burguesa –reforma agraria,

industrialización, liberación nacional– se realizarán, en nuestros países latinoamericanos, a través de la revolución socialista”.²¹ La revolución es, pues, un proceso ininterrumpido de carácter socialista, que en la actualidad está bloqueado transitoriamente, pero no vencido de manera definitiva en cuanto proyecto de emancipación social de los trabajadores.

La caracterización precedente es una cuestión decisiva, vinculada con un problema fundamental de la lucha revolucionaria, el que se refiere a las relaciones entre la teoría de clase y la conciencia de clase. Dicho de la manera más breve, si esa concepción estratégica no se convierte, en efecto, en la conciencia política de las masas trabajadoras no adquirirá eficacia alguna en la lucha por el socialismo. Sólo un gran bloque de trabajadores educado en este sentido cumplirá su papel de fuerza motriz de la revolución socialista. Esta consideración es tan cierta que induce a la burguesía internacional a contribuir generosamente en la campaña interna de desinformación y tergiversación políticas que se realiza diariamente en Chile, con montañas de papel impreso, conjuntamente con la radio y la televisión.

Para arribar a las definiciones anteriores, Eugenio González se compenetró del desarrollo del debate marxista, desde la primera generación de seguidores de Marx hasta los contemporáneos, cuyas obras eran conocidas cuando se elaboró el programa socialista de 1947. Este debate puede dividirse en tres períodos. El primero, comprende desde la fundación de la II Internacional a la revolución rusa; el segundo, de este acontecimiento, que marca un corte, hasta la deformación stalinista, y, el tercero, del surgimiento de la crítica a dicho proceso adelante, pasando por la revisión que tuvo lugar en los países socialistas de su propia experiencia, a partir de la perestroika y la glasnost, impulsadas por Gorbachov, que desencadenó el derrumbe de la URSS. Hoy se podría decir que está planteada una revolución en el marxismo, reclamada desde la periferia del capitalismo, porque “la historia ha demostrado que el potencial revolucionario en el sistema capitalista, al menos hasta ahora y para el futuro inmediato, reside en la periferia y no en el centro como se suponía en el marxismo”.²²

El movimiento de creación y discusión teórica se ha prolongado así por más de un siglo. La primera generación socialista centró su preocupación en el estudio del pasado en busca de una luz que la condujera al asalto del poder burgués, desencadenando resonantes polémicas entre revisionismo y ortodoxia. La generación siguiente –con Lenin a la cabeza– puso el énfasis en los análisis concretos de la nueva época histórica hasta culminar con la más grande revolución de todos los tiempos, en abierta oposición a las concepciones socialdemócratas. Pero tampoco este proceso se detuvo ahí, sino que continuó su marcha con

la última generación de teóricos marxistas, que asumió principalmente el estudio de los problemas del poder convertidos, en última instancia, en problemas políticos. Ella estableció, a su vez, sus diferencias críticas con las generaciones precedentes, constituyendo un paso más en la “escalera de la historia” que conduce al “asalto al cielo”, dentro de la utopía y la esperanza.

El camino hacia el socialismo

La década comprendida entre 1947, en que se formuló el programa del PS, y 1957, en que se elaboró la concepción estratégica de Frente de Trabajadores, es de intenso trabajo teórico, en el que se vio fuertemente involucrado Eugenio González. Agotada la experiencia populista, el Partido Socialista, bajo la conducción principal de Raúl Ampuero, señaló un nuevo camino: la construcción del más amplio Frente de Trabajadores bajo la hegemonía de la clase obrera revolucionaria, la formulación de una plataforma común de la lucha para el período inmediato y la elaboración de un programa de construcción socialista. Este Frente de Trabajadores, que tiene su germen en la “alianza de trabajadores manuales e intelectuales” planteada en 1933 y su cristalización en el “poder popular” de 1970-1973, supone poner fin a las políticas de conciliación con el frente de los capitalistas, o con una de sus fracciones, en el marco del programa burgués de consolidación del capitalismo. Este camino es un proceso de autonomización política de los trabajadores, por medio del cual desarrollan su capacidad para programar sus alternativas de acción en la lucha por el poder y la transición socialista. En este marco conceptual, la clase trabajadora adopta una política independiente de la política burguesa, superando de este modo la fase en que el movimiento obrero se limitó a la crítica de las alternativas capitalistas. Desde el punto de vista programático, en el Frente de Trabajadores los intereses de las clases explotadas se proyectan a través de la radicalización del proceso revolucionario tras los objetivos socialistas. Tal fue la experiencia del gobierno de Allende. En los frentes populares, conducidos por fracciones burguesas, en cambio, sólo se consideran reducidas soluciones para los intereses de corto plazo de los trabajadores por intermedio de programas orientados hacia la consolidación del sistema capitalista. Tal es el camino de los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia, instalados a partir de 1989.

Eugenio González puso de este modo en el centro de la preocupación de los trabajadores –fuerza motriz de la revolución– la cuestión del poder. La

Fundamentación Teórica, siguiendo la orientación de la Declaración de Principios de 1933, define por eso la vía revolucionaria a través de la caracterización del Estado burgués. “Como órgano coercitivo –expresa– el Estado es un producto de la lucha de clases y su función consiste en defender, mediante la fuerza si es necesario, los privilegios de la clase dominante. Cuando los antagonismos de clase hayan desaparecido, el Estado, en su actual carácter de aparato represivo, carecerá de razón de ser”.²³ Es la definición clásica del marxismo. Si alguna duda hubiera existido sobre la validez de esta definición, el golpe militar de 1973 y la dictadura consiguiente la disiparán completamente.

Pero el socialismo chileno no se limita a ella, sino que define su objetivo estratégico. Así queda patente en el documento aludido. “La conquista del actual Estado es, sin embargo, condición previa de la revolución socialista. No podrá realizarse la transformación radical de la estructura de la sociedad sin un desplazamiento del poder político de la minoría capitalista a la clase trabajadora”.²⁴ Esta formulación excluye, pues, la posibilidad de transición socialista dentro de la institucionalidad burguesa, como lo postula la socialdemocracia más avanzada, así como la colaboración en gobiernos hegemonizados por partidos que representan los intereses de esta clase dominante y constituyen, por lo mismo, una línea de defensa del imperialismo. La experiencia del Gobierno Popular de 1970-1973 confirma esta conclusión.

Eugenio González reafirmó dicha posición en el mismo documento de manera categórica, al definir el carácter del Partido. “El socialismo es revolucionario. La condición revolucionaria del socialismo radica en la naturaleza misma del impulso histórico que él representa. No depende, por lo tanto, de los medios que emplee para conseguir sus fines. Sean éstos cuales fueren, el socialismo siempre es revolucionario, porque se propone cambiar fundamentalmente las relaciones de propiedad y de trabajo como principio de una reconstrucción completa del orden social. Las formas y medios de lucha para desplazar a la burguesía serán determinados por “la resistencia que ofrezcan los grupos privilegiados a las fuerzas en ascenso de la revolución socialista”. Más que eso. “Las condiciones objetivas y subjetivas determinarán en cada país los caracteres en que se desenvolverá el proceso revolucionario”.²⁵ En esta última materia, el movimiento popular adquirió una experiencia, si bien dolorosa, de inobjetable valor, en los años 1970-1973, acerca de cómo aprecia el poder del Estado la clase dominante, que no puede ni debe olvidarse.

Desde su fundación, el Partido Socialista señaló como agente histórico de la revolución a la clase trabajadora, concepto en el cual comprende a clases y capas sociales explotadas en la sociedad capitalista, que constituyen la mayoría social en el país. Desde la primitiva “alianza de trabajadores manuales e

intelectuales”, formulada a partir de 1933, al “frente de trabajadores”, hay una sola línea de pensamiento y acción. Esta afirmación tiene especial relevancia en el presente cuando, desde la burguesía, se busca la división del movimiento obrero a través de dos o más centrales sindicales y la ruptura del entendimiento socialista-comunista. No se propugna igual división respecto al movimiento gremial de los patrones.

En el apartado de la Fundamentación Teórica del Programa de 1947, titulado “El socialismo y la clase trabajadora”, se define dicho concepto. “Para el socialismo, el concepto de clase trabajadora no está circunscrito a los sectores urbanos del proletariado industrial, sino se extiende a todos aquellos que, no siendo poseedores de instrumentos de producción de riqueza material, obtienen sus medios de subsistencia en forma de sueldos, salarios o remuneraciones directas, con el empleo de su capacidad personal de trabajo. La clase trabajadora es, en todos los países, la mayoría nacional”.²⁶ Esta concepción formulada por Eugenio González en 1947, se presentó en la década de los años sesenta como un “descubrimiento” del eurocomunismo, por la terciarización de las economías desarrolladas, es decir, por el crecimiento de los servicios (tercer sector de la economía).

El concepto de clase trabajadora es más amplio todavía que la alianza de obreros y campesinos definida por Lenin, pero no elude el papel hegemónico del proletariado señalado por Marx. “Así entendida, –agrega la Fundamentación Teórica– la clase trabajadora comprende desde los profesionales libres hasta los campesinos a Jornal. Ello no obstante, es la clase obrera la que experimenta en sí, con mayor intensidad, su condición de explotada en la sociedad capitalista. Es ella, en consecuencia también, la que objetivamente representa el núcleo central del movimiento revolucionario de los trabajadores”.²⁷ Por eso, en el marco de esta concepción del socialismo chileno, de nada sirve el esfuerzo de algunos analistas de hoy por mostrar la reducción del proletariado y el crecimiento de capas medias diferenciadas, que luchan con mayor agresividad por sus reivindicaciones sociales, porque el uno y las otras constituyen, en conjunto, a la clase trabajadora, que representa a la mayoría de la sociedad actual.

En esta realidad inobjetable se basa el Frente de Trabajadores. Constituyendo, la clase trabajadora, la mayoría social del país, puede desarrollar el proceso revolucionario, el cual requiere el impulso unitario y coherente de ella. Históricamente, la viabilidad de la revolución surge de la fusión del movimiento popular con el pensamiento socialista. Por eso, el socialismo chileno, después de definir su estrategia, puso su mayor empeño en unir a las masas tras dicha estrategia por medio de alianzas como el Frente de Acción

Popular y la Unidad Popular. En la Fundamentación Teórica del Programa define como uno de sus objetivos inmediatos: "La unidad de la clase trabajadora es condición necesaria de la revolución socialista, tanto en el orden económico como en el orden político. El socialismo propicia, por lo tanto, la organización unitaria, nacional e internacional, de los trabajadores para la lucha por sus reivindicaciones específicas de clase. Esta unidad es más indispensable para la acción revolucionaria que deberá llevar, en un momento determinado, a los sindicatos y demás organismos obreros a la lucha directa contra la sociedad capitalista en su conjunto".²⁸ Línea, esta última, que estuvo presente también en las declaraciones de principios de la Confederación de Trabajadores de Chile, (CTCH), y de la Central Única de Trabajadores (CUT). Tal es la línea tradicional del movimiento obrero, desde su nacimiento, a fines del siglo XIX, hasta ahora, por lo que no ha prosperado la concepción de las centrales sindicales "ideológicas" importada para dividir al movimiento obrero, ni tampoco la apertura, en este mismo sentido, ofrecida por el "nuevo" Código del Trabajo (el Plan Laboral reformado).

En relación con el camino hacia el socialismo, cabe agregar que el Partido Socialista se alzó, desde su nacimiento, en contra del intento del comunismo soviético de establecer una ideología oficial para el movimiento revolucionario mundial, que terminó por derrumbarse como todas las construcciones artificiosas. No esperó, pues, las crudas revelaciones de Krushev en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética para enjuiciar teóricamente a la reversión stalinista. Por el contrario, se anticipó diez años en la denuncia de la omnipotencia de la burocracia estatal que, lejos de erradicar la dominación del hombre por el hombre, la degradación de la persona humana y la alienación económica, política y espiritual, mantuvo estos fenómenos. Más aun, el comunismo soviético tuvo que esperar más de 40 años para abrir el debate sobre la falsificación historiográfica de la Revolución de Octubre y arribar a conclusiones similares a las formuladas por Eugenio González en 1947.

La discusión sobre el stalinismo que presupone la **perestroika** y la **glasnost** puso en evidencia que muchas de las consecuencias materiales y morales de su prolongado predominio no han sido finiquitadas. Estas modificaciones que se operaron en la sociedad soviética no pueden ser consideradas ya en la vieja e impropia perspectiva, esto es, como un movimiento lineal e inexorable hacia las metas trazadas y por las que lucharon Lenin y los bolcheviques, como "el único camino justo" por disposición de la "preclara" vanguardia. Ni mucho menos como la continuación de la "sabia política aplicada por Stalin". Todas esas perversiones de la teoría marxista han sido aventadas al esterco de la historia.

Más allá de las distintas maneras de entender el gran debate de los años ochenta, interesa destacar una opinión generalizada entonces en la Unión Soviética en el sentido de que el socialismo que soñó Lenin no se plasmó en la vida. En su visión, el régimen que se impuso como alternativa no tuvo carácter socialista. Para quienes así conciben las cosas, lo que sucedió en los años de la perestroika y la glasnost expresa apenas el renacimiento de las esperanzas en el socialismo, en el trabajo libre y creador, en el bienestar colectivo y en la democracia. De ahí surge la necesidad de una nueva revolución, para lo cual no hay que renunciar a la utopía, porque aquel ha sido el curso de todas las revoluciones, particularmente de la burguesa de 1789, en Francia, que transcurridos más de 200 años, después de muchos ascensos y caídas, dejó como legado a la humanidad algunos principios y derechos válidos hasta hoy. Por otra parte, los resultados finales de las revoluciones no se miden por años ni por décadas, sino por épocas enteras.

La historia siempre depara sorpresas en los acontecimientos del porvenir. ¿Quién hubiera pensado hace sólo algunos años que, el 26 de julio de 1988, el doctor Yuri Afanasiev hiciera la siguiente afirmación en el diario Pravda: “No considero que la sociedad que hemos creado sea socialista, incluso deformada (pues) ...la «deformación» concierne a las bases vitales, al sistema político y, decididamente, a todo lo demás. Para entender aquella afirmación, hay que determinar los rasgos fundamentales del socialismo. Desde luego, la cuestión de la propiedad sobre los medios de producción, la liquidación de la enajenación del pueblo respecto al poder y a la propiedad, el desarrollo económico, la justicia social, las libertades civiles, los derechos humanos y la democracia. Todo ello integrado en una nueva sociedad.

Este notable hombre de ciencia soviético así lo estableció antes del derumbe de la Unión Soviética, sosteniendo que estaba convencido, por el análisis histórico que había realizado, que “no solamente no existe la propiedad del pueblo, sino ni siquiera la propiedad estatal. La propiedad en la URSS se encuentra en manos del aparato del Estado. A pesar de los enormes esfuerzos que hemos realizado no se ha podido liquidar la enajenación del pueblo respecto al poder y a la propiedad. Entonces, afirmar que la sociedad soviética es socialista y no ha liquidado la enajenación es, por lo menos, paradójico”.²⁹ Estas afirmaciones se formularon en Moscú y se reprodujeron en el exterior. He querido mencionar estas opiniones de un destacado comunista ruso para dejar constancia de la validez del juicio de Eugenio González contenido en la Fundamentación Teórica del Programa del Partido Socialista de 1947, escrito 42 años antes de la perestroika.

Eugenio González había afirmado en ese documento: “La revolución de

octubre tiene, en la historia del movimiento proletario, una significación trascendental. Por primera vez, a través de ella, la clase obrera se apoderó del Estado y emprendió una política tendiente a crear las bases objetivas y subjetivas para la construcción ulterior del socialismo. Esto implicaba la acelerada transformación, a través del proceso revolucionario, de una sociedad todavía semifeudal en una sociedad democrática orientada hacia el desarrollo de una economía de tipo socialista”.³⁰ Pero no sucedió así. Para constatar la desviación experimentada por este proceso revolucionario no era necesario esperar la perestroika, que llegó demasiado tarde.

El socialismo chileno, a través de aquel documento básico, elaborado por Eugenio González, se anticipó a señalarla en más de cuatro décadas. “Sin embargo, la política inicial de socialización del poder económico se fue convirtiendo en una mera estatización que condujo progresivamente a un régimen de capitalismo de Estado, dirigido por una burocracia que ejerce el poder en forma despótica, sometiendo a una verdadera servidumbre a la clase trabajadora. De este modo, los auténticos fines del socialismo, para servir a los cuales se realizó la revolución de octubre, se han ido desvirtuando cada vez más en función de una política de Estado que no tiene en cuenta los intereses de los trabajadores”.³¹ ¿No es eso mismo lo que plantearon los obreros de la Unión Soviética a fines de la década de los ochenta del siglo XX? Las grandes huelgas de mineros formularon reivindicaciones similares a las que se plantean en los países capitalistas.

Libertad y humanismo socialista

En oposición a la experiencia soviética, el socialismo chileno ratificó el sentido y valor de la libertad cuando los pueblos luchaban por ella en el período de entreguerra y en los campos de batalla de la segunda guerra mundial. Producto de la evolución económica y social de las sociedades modernas, el socialismo recoge las conquistas políticas de la burguesía –las cuales fueron posible con las luchas del proletariado– para darles la plenitud de su contenido humano. “El sacrificio de las libertades en un régimen colectivista conduce inevitablemente a inéditas formas sociales de carácter clasista y antidemocrático del todo ajenas al sentido humanista y libertario del socialismo. Ningún fin puede obtenerse a través de medios que lo niegan: la educación de los trabajadores para el ejercicio de la libertad tiene que hacerse en un ambiente de libertad”.³² Es, de nuevo, la Fundamentación Teórica del Pro-

grama de 1947 la que proclama estos principios reivindicados en la Unión Soviética y demás países del llamado socialismo real de Europa del Este, antes y después de su derrumbe, por los propios partidos comunistas y por sus sucesores, tras su cambio de nombre y programa.

El socialismo chileno, a través de Eugenio González, se encuentra en buena compañía en esta materia. No puedo mencionar a todos, pero corresponde citar algunos. Rosa Luxemburgo define la libertad como el único medio capaz de proporcionar una formación política consciente a las masas, aún frente al autoritarismo bolchevique. Max Adler sostiene que, en una sociedad dividida en clases, (habría que recordar que las sociedades en transición también lo están), la libertad es bandera de la clase obrera independientemente de la mejora de sus condiciones materiales. Kari Korsch, anticipándose a las deformaciones “comunistas” niega la posibilidad de que los obreros puedan influir en la producción de sus propias condiciones de vida con el ascenso al poder de déspotas que imponen su voluntad en contra de ellos. Herbert Marcuse, partidario en su juventud de Rosa Luxemburgo y miembro de la escuela de Frankfurt, vuelve a plantear el concepto de libertad, aún en un sentido más amplio, continuando la tradición marxista.

La exigencia de libertad se ha formulado, ya no sólo por los teóricos marxistas, sino por los propios trabajadores en los procesos revolucionarios que han dado lugar a las sociedades en transición. Yugoslavia en 1948, Hungría en 1956, Checoslovaquia en 1968 y Polonia en 1981. Los sucesos producidos en estos países se inspiran en similares consideraciones a las contenidas en la Fundamentación Teórica del Programa de 1947 del socialismo chileno. En Checoslovaquia se habló, en su hora, de un socialismo de rostro humano, como si pudiera existir otro de rostro inhumano o, dicho en términos del checo Kalivoda, “si es posible hablar de un modelo staliniano de socialismo, sólo cabe hacerlo en el sentido de que es un modelo no marxista de socialismo”. Esta cuestión básica estuvo en el centro de la discusión abierta por Gorbachov en la Unión Soviética, desde 1985, así como en la mayoría de los países del campo socialista, proceso que hizo crisis cruenta en China y trajo consigo el derrumbe de los regímenes comunistas de Europa del este en 1989 y de la Unión Soviética en 1991.

Actualmente, constituye una verdad indiscutible que la clase trabajadora no puede desempeñar una real función política en el socialismo sin libertades democráticas. La ausencia de éstas la recluye a su lugar de trabajo, condenándola a una especie de corporativismo. La democracia socialista o es integral o no es democracia. Ella descansa en la unión de la autonomía de los productores y la autodeterminación de los ciudadanos, de la gestión de las empresas con la par-

ticipación de las organizaciones obreras y la dirección política por ellas mismas. Debe consistir, en suma, en la combinación de la democracia directa y la democracia representativa, con la hegemonía de la mayoría social: la clase trabajadora. La lucha de los revolucionarios en los países del este de Europa fue por la redefinición de los socialismos reales y no por el retorno al capitalismo, aunque sí hay sectores que pretenden aprovecharse del río revuelto para obtener una “ganancia de pescadores”. No me refiero, por cierto, a los sectores capitalistas que asumieron el poder en algunos de esos países, sino a los que todavía luchan por recuperar los valores del socialismo.

Este sentido de libertad, consubstancial al socialismo, fue ratificado enfáticamente por el Partido Socialista de Chile, a través de Eugenio González, en un momento histórico en que la humanidad expresaba su repugnancia ante los crímenes masivos cometidos en campos de exterminio y de trabajo forzado por el hitlerismo y el stalinismo. En este sentido era fiel al pensamiento de los fundadores. En efecto, en 1842, escribió Marx: “El peligro mortal para cualquiera persona reside en perderse a sí misma. Por lo tanto, la pérdida de la libertad es un peligro mortal para el hombre”. Este concepto es corroborado por Engels, en 1847, al afirmar: “No tenemos deseos de comprar la igualdad al precio de la libertad”. Por eso, el socialismo supone el paso del reino de la necesidad al reino de la libertad.

La permanente crítica al proceso soviético facilitó el desarrollo de una concepción democrática del poder, que implica la socialización no sólo de la economía, sino también de las instituciones políticas. La experiencia soviética demuestra, precisamente, que no es posible edificar el socialismo sin una profunda revolución en la generación y el ejercicio del poder, que promueva y garantice la participación directa del pueblo, así como el respeto irrestricto a los derechos humanos. Por lo mismo, el socialismo chileno nunca se hizo solidario con la ausencia de libertad, con la arbitrariedad y con el terror que caracterizaron el proceso en el este de Europa. Por el contrario, inspirado en el humanismo marxista, captó y promovió las exigencias democráticas. La libertad es un valor permanente e irrenunciable en toda forma de organización social, que conlleva la capacidad real de decisión de todo el pueblo, pero no basta sostener estos principios en los textos Jurídicos, sino que su práctica debe darles credibilidad política.

La caudalosa corriente histórica del socialismo chileno exhibe una preocupación constante por asegurar la facultad inalienable del pueblo a decidir su propio destino en un ambiente de libertad. Así lo ha demostrado en los momentos críticos de nuestra historia más reciente. En el período 1932-1933, al nacer, cuando enfrentó la gran crisis del sistema capitalista, y en el período

1970-1973, al ser aplastado por las armas, cuando trató de superar la quiebra definitiva del régimen demoliberal, ofreciendo a las masas una conciencia de poder y haciéndolas sentir la experiencia de ser protagonistas principales de la historia. En ninguna otro tiempo el pueblo chileno fue más libre y se sintió más próximo al socialismo que en esos momentos de crisis revolucionaria.

El análisis precedente nos conduce a obra cuestión controvertida que pasará a adquirir, en el debate marxista, una profunda repercusión algunos años después de la publicación del Programa del Partido Socialista de Chile, en 1947. Se trata de la polémica sobre marxismo y humanismo. La Fundamentación Teórica adoptó, en dicho año, una posición inequívoca al respecto. “El socialismo es, en su esencia, humanismo” –expresa–, precisando en seguida su contenido y alcance. “A la actual realidad del hombre, mecanizado como simple elemento productor por las exigencias del utilitarismo capitalista, opone el socialismo su concepción del hombre integral, en la plenitud de sus atributos morales y de sus capacidades creadoras”.³³ En este sentido, el hombre crea la historia, esto es, la estructura social que luego lo moldea, pero que va generando al mismo tiempo las condiciones de liberación, con lo cual el hombre superará también su propia enajenación, porque es el creador de sí mismo.

El socialismo chileno tampoco está solo en este terreno. Son muchos los teóricos, en efecto, que han destacado el contenido humanista del marxismo, incluso en la Unión Soviética, después del XX Congreso del PCUS, pero hay quienes también trataron de rebajar esta connotación, como el filósofo comunista Louis Althusser, quien inauguró la controversia sobre este asunto en 1964, es decir, diecisiete años después del Programa del Partido Socialista, suscitando la intervención en el debate de varios pensadores comunistas y socialistas. Althusser señaló entonces la importancia de esta polémica como “un hecho sintomático de la coyuntura teórica e ideológica del marxismo contemporáneo”.

En 1965 se publicó *Socialist Humanism. An International Symposium* por Doubleday, Garden City, Nueva York, cuya primera reimpresión en España se hizo en 1980 por Ediciones Paidós Ibérica S.A., Barcelona, con el título *Humanismo Socialista*. Este libro fue coordinado por Erich Fromm, quien consiguió la colaboración de numerosos autores de oriente y de occidente, muchos de los cuales eran marxistas, aunque había también entre aquéllos liberales y católicos, para tratar una materia estrechamente relacionada con el socialismo. Los ensayos contenidos en este volumen tratan sobre el humanismo, el hombre, la libertad, la alienación y la práctica. Pero, en general, ponen el acento en el humanismo socialista, formulado por Marx porque éste,

“fue el primero –expresa Fromm en la Introducción–, que postuló la imposibilidad de separar la teoría de la práctica, el conocimiento de la acción, los fines espirituales del sistema social.”³⁴

Por el mismo tiempo se realizó la polémica sobre el humanismo, desencadenado por Louis Althusser con la publicación de su artículo titulado **Marxismo y humanismo** en Cahiers de L.I.S.E.A., en junio de 1964, en Francia, y después en la revista Crítica Marxista, en Italia. Este artículo fue escrito por Althusser, a petición de Erich Fromm, para la obra mencionada, pero no «fue reproducido en ella, por ser “contrario a la línea general de su proyecto”. A dicho trabajo dio respuesta en **Clarté** Jorge Semprún y, posteriormente, Nouvelle Critique publicó ambos artículos, abriéndose una discusión en la que participaron los filósofos Michel Simón y Michel Verret. Estos trabajos fueron reproducidos en el libro *Polémica sobre marxismo y humanismo*, publicado por Siglo Veintiuno Editores, colección mínima, en 1968, en México, con numerosas reediciones. El interés de los lectores ratificó la afirmación con que Louis Althusser comenzó su escrito: “El humanismo socialista está a la orden del día”, así como confirmó también la previsión anterior de Eugenio González, cuando señaló: “El socialismo es, en su esencia, humanismo”, en la Fundamentación Teórica del Programa de 1947.

Es esta última connotación la que tiene precisamente el humanismo socialista en el pensamiento de Eugenio González. No es éste, por cierto, un concepto idealista, que diga relación con la supuesta naturaleza humana. El mismo despeja cualquier duda al respecto. “Como socialistas –dice– consideramos el concepto de libertad en relación con las condiciones de vida de la época. No se trata de la abstracta libertad de los filósofos ni de la libertad para la explotación de las masas preconizada por el liberalismo burgués”.³⁵ Para precisar en seguida que cada etapa del desarrollo histórico ofrece a los hombres determinadas posibilidades de libertad, dentro del conjunto de relaciones objetivas que resultan fundamentalmente del régimen de propiedad y de producción. En el capítulo tercero del presente ensayo, volveré a transmitir su juicio sobre la “naturaleza humana”, cuando polemiza sobre liberalismo y socialismo.

De otra parte, Eugenio González diferencia explícitamente el humanismo socialista de aquéllos que lo precedieron, desvirtuando otra objeción corriente. “El humanismo de la revolución burguesa ha tenido que limitarse a las formas políticas y jurídicas y, aún dentro de ellas, se ha manifestado más en las leyes que en los hechos. El humanismo de la revolución socialista, que ha de eliminar la división de la sociedad en clases de intereses contrapuestos, tiene, en cambio, un carácter total”.³⁶ No obstante, dentro de este marco de

discontinuidad y contradicción, el humanismo socialista recoge los valores de protesta y de crítica sociales contenidos en el humanismo burgués, realizándolos plenamente en la perspectiva universal y liberadora del socialismo.

Althusser, en la línea del escolasticismo soviético, no niega la existencia del humanismo socialista, sino que considera una ruptura en el pensamiento de Marx hacia 1845, que escinde una primera fase “ideológica”, de una segunda fase “científica” (teórica). Desde este punto de vista, acuñó la infortunada caracterización del marxismo como antihumanismo teórico, reconociéndole sí, al humanismo socialista, un carácter ideológico. Por otra parte, dentro de este último concepto, distingue entre el humanismo de clase, que según él se habría expresado en la Unión Soviética durante cuarenta años mediante la “dictadura del proletariado” (todo el período stalinista), y el humanismo de la persona, vigente a partir de la transformación de aquélla en Estado de todo el pueblo”. Así, a la mitología filosófica, Althusser opone la mitología científica.

Con todos los riesgos de los esquematismos, procuraré precisar, en forma por demás somera, los términos de la discusión. De acuerdo a la crítica y superación por Marx del mito filosófico de la “naturaleza humana”, de la antropología especulativa, es posible distinguir en la palabra humanismo un sentido filosófico, en cuanto concepción del mundo, en el que la práctica humana es deducida de la esencia del hombre, considerado como el fin supremo de la historia, –opuesta a la teísta– y un sentido real, en cuanto concepción que afirma el valor del hombre y tiene por objeto, en los límites de una época histórica determinada, la satisfacción de sus necesidades vitales y aspiraciones de libertad, al tiempo que le atribuye la capacidad de construir la historia en persecución de sus propios fines.

El marxismo rechaza todas las formas de especulación metafísica acerca de la “esencia” del hombre, destacando que “semejantes conceptos siempre involucran la aceptación injustificada de la veracidad absoluta de experiencias adquiridas por ciertas clases sociales en determinados períodos históricos”, es decir, promovían estas experiencias a la categoría de principios objetivos e invariables. Por el contrario, proporcionó una interpretación científica del hombre activo. “Al analizar las múltiples formas de actividad humana, Marx demostró cómo éstas crean un ámbito específico de vida humana fundado sobre el medio natural y las necesidades biológicas del ser humano, pero que se eleva por encima de estas condiciones preliminares y crea una realidad separada que progresa, junto con el desarrollo de las actividades materiales y sociales del hombre. En todo período de este desarrollo histórico el hombre es plasmado por dicha realidad y simultáneamente es creador de la misma: el hombre es el mundo del hombre”.³⁷

En esta materia es apropiada la compañía de Ernest Bloch. “Lo humano, dice este pensador marxista, no se encuentra, por consiguiente, en cada sociedad como generalidad alguna existente, sino en el proceso laborioso, y se alcanza solamente a través del comunismo. El moderno punto de vista proletario no sólo no elimina el valor humanismo sino que lo posibilita. Y cuanto más científico es el socialismo, tanto mayor es su preocupación por el hombre y tiene más a la vista la superación real de su alienación. Esta interpretación explica, a mi juicio, el aforismo de Terencio a que alude Marx: “Soy un hombre y nada de lo humano me es ajeno”. Sólo así se logrará la emancipación humana. “Entonces nuestros semejantes, expresa Bloch, ya no serán, como en la faceta egoísta burguesa de los derechos humanos, frenos y obstáculos para nuestra libertad, sino que todos los hombres vivirán unidos en la comunidad de la libertad”.³⁸

Estado y democracia

Eugenio González contribuyó igualmente, de manera lúcida, en el marco de las definiciones teórico políticas del socialismo chileno, al esclarecimiento de la relación del Estado con la democracia, a partir de la afirmación inicial de éste sobre la necesidad de una democracia real. En sus primeros años y en plena lucha contra el fascismo, el nuevo partido sostuvo la defensa de las garantías democráticas, las libertades públicas y los derechos sociales y humanos por “todos los medios a su alcance”, contra cualquiera tentativa de violencia reaccionaria. Pero esta “defensa de las instituciones democráticas no entraña la aceptación del corrompido sistema político puesto en práctica hasta ahora”, toda vez que la nueva democracia supone superar el sistema capitalista”.³⁹

De esta manera cruda y sin ambages, lo expresa Luis Zúñiga, a la sazón jefe político del Partido Socialista, para agregar en seguida: “La defensa de las normas democráticas no importa una abdicación para la lucha paralela por la conquista del socialismo. Los socialistas chilenos no abandonarán jamás esta finalidad, encarnada ya en el corazón de los trabajadores, porque no han organizado un partido socialdemócrata dentro del conglomerado de partidos existentes”.⁴⁰ Palabras que revisten hoy plena actualidad y gravitan en la conciencia de los trabajadores, cuando después de 17 años de sobreexplotación y dictadura, se les ofrece un régimen de transición a la democracia sin justicia, tanto en materia de derechos humanos como en la distribución del ingreso.

Los dirigentes de esos años tenían una clara comprensión de este tema, lo

que explica conceptualizaciones como la siguiente: “Sólo la sustitución del régimen económico individualista por el orden económico socialista aportará el bienestar y la justicia a la colectividad. ¿La democracia por la democracia? No. Sería un criterio reaccionario y absurdo. Revelaría complicidad con las clases oligárquicas. En la trayectoria cumplida por los movimientos sociales del mundo no cabe más que una política admisible: la democracia al servicio del pueblo. Esta es la finalidad que no debemos perder nunca de vista”.⁴¹

Entonces, ya se reconocía que es el socialismo el que califica a la democracia, dándole un contenido revolucionario, en cuanto constituye aquél un proceso hacia la conquista de la igualdad y la libertad. El socialismo chileno ha expuesto, en múltiples ocasiones y documentos, que reconoce y aprecia las luchas populares por conquistar y hacer efectivos cada vez mayores derechos democráticos en el interior del sistema capitalista, o recuperarlos cuando se han perdido, como sucediera en Chile en el período 1973-1989. Más aún, su mayor avance hacia el poder político lo logró tres años antes a través de un proceso electoral. Esta valoración y práctica no se confunde, sin embargo, con la concepción reformista de que la democracia, en las condiciones de dominación burguesa, se puede ampliar por sí sola hasta conducir al socialismo, sin que medie un cambio revolucionario en la hegemonía social, a partir de la cual los trabajadores pasen a dirigir el proceso de construcción socialista. No puede olvidarse tampoco que los “demócratas” de la burguesía prescindan o abjuran de ella cuando conviene a sus intereses de clase, como sucedió entre 1973 y 1989 en Chile.

Eugenio González, presentado por algunos como defensor de la democracia burguesa, es quien ha definido con mayor claridad la concepción del socialismo chileno sobre la democracia. En efecto, el carácter de permanencia que algunos pretenden conferir a la democracia burguesa, considerándola no como una categoría histórica y, por lo tanto, eminentemente cambiante con el desarrollo de la sociedad humana, sino como una categoría absoluta, fue refutada también tempranamente por el socialismo chileno. “Por razones obvias, la clase dominante en un momento dado –la clase que ejercita el derecho de propiedad sobre las fuerzas materiales de producción– asigna, al orden institucional que la favorece, un carácter de permanencia que, por su naturaleza misma, él no puede tener ya que en su propio seno se van generando nuevas fuerzas sociales, representadas por una nueva clase, las que han de provocar, andando el tiempo, modificaciones revolucionarias en la estructura y el funcionamiento de la sociedad”.⁴² Es, de nuevo, la Fundamentación Teórica del Programa de 1947 la que establece el orden de los principios. De manera complementaria con la caracterización anterior, el mismo documento básico rechaza

ese neutralismo social o desclasamiento preconizado por una especie de socialismo burgués. “El fenómeno de la lucha de clases –más virtual que explícito en las sociedades antiguas y medievales– es, en la época moderna, fundamentalmente económica, el factor dinámico por excelencia de la vida histórica. De él resalta la progresiva inestabilidad de las sociedades modernas agitadas en su base misma por las fuerzas de antagónico sentido, irreductibles a cualquiera integración dentro de las actuales relaciones de producción”.⁴³

Rechaza de este modo la concepción abstracta, indiferenciada desde el punto de vista de clases, de la democracia, considerándola, en cambio, como una categoría histórica. Cada etapa del desenvolvimiento histórico, expresa, ofrece al hombre determinadas posibilidades de libertad, dentro del conjunto de relaciones objetivas que resultan fundamentalmente del régimen de propiedad y de producción”.⁴⁴ En este marco conceptual, es coherente la afirmación contenida en dicho documento: “Las libertades que proclamó la burguesía han sido, por eso, letra muerta para los que no disponen sino de su fuerza de trabajo. Esta afirmación escrita por Eugenio González no ha perdido su valor, por cierto, con el transcurso del tiempo y la experiencia que los chilenos hemos vivido en las últimas décadas sino que, por el contrario, se ha acrecentado.

Conforme a su filiación marxista, sostuvo igualmente una caracterización correcta del Estado burgués. “Como órgano coercitivo, el Estado es un producto de la lucha de clases y su función consiste en defender, mediante la fuerza si es necesario, los privilegios de la clase dominante. Cuando los antagonismos de clases hayan desaparecido, el Estado, en su actual carácter de aparato represivo, carecerá de razón de ser”.⁴⁵ Dicho de otra manera, en tanto existan clases existirá Estado, el que siempre representará a la clase dominante, con lo que, de paso, rechaza las absurdas ideas de neutralidad o de autonomía del Estado, no comprometido con los intereses de la clase dominante en la sociedad, como sostienen los socialdemócratas, con distintos matices. Pinochet y la derecha nos dieron una lección brutal y dolorosa sobre esta materia.

La relación entre este Estado y la democracia es definida asimismo por el socialismo chileno: “Expresión política de la burguesía y del capitalismo, el Estado democrático liberal tiene órganos diferenciados de poder que expresan el juego de los intereses de clases dentro de un orden jurídico definido, pero carecen de una estructura que corresponda a la naturaleza de las fuerzas sociales que en él actúan, sobre todo en el plano de las actividades directamente productoras. La democracia concebida así, de una manera mecánica, tiene un alcance puramente formal y la libertad interpretada como una expresión abstracta de la soberanía no pasa de ser una ficción metafísica”.⁴⁶ Esto lo

escribió Eugenio González hace medio siglo –y antes que él lo sostuvo Marx–, y no existe ninguna demostración de que ello hubiera cambiado. Por el contrario, el golpe militar, la dictadura y “el restablecimiento de la democracia”, bajo la Constitución de 1980 y las leyes políticas complementarias dictadas por la burguesía y aprobadas por el “parlamento” de los cuatro capos, comprueban las definiciones del Estado y de la democracia de la clase dominante expuestas en la Fundamentación Teórica tantas veces citada.

La concepción anterior lleva al socialismo chileno a plantearse, a través de Eugenio González, la conquista del Estado burgués para sustituirlo por el Estado socialista durante la edificación de la nueva sociedad. Así lo señala la Fundamentación Teórica: “La conquista del actual Estado es, sin embargo, condición previa de la revolución socialista. No podrá realizarse la transformación radical de la estructura de la sociedad sin un desplazamiento del poder político desde la minoría capitalista a la clase trabajadora”.⁴⁷ Esta afirmación supone la concepción estratégica del poder dual, que mantiene su vigencia por encima de las divagaciones incoherentes que postulan la realización del socialismo a través de la extensión de la democracia burguesa, como si esta clase dominante lo hubiera permitido en algún lugar del planeta.

El nuevo Estado fue definido por el socialismo chileno, a través de Eugenio González, como una República Democrática de Trabajadores, que descansa en el cambio de las relaciones económicas y sociales, de modo de establecer el control social de los medios de producción y el derecho de los trabajadores a participar en la dirección de la economía a través de un sistema de planificación democrática. Esta nueva forma de Estado desarrollará modalidades directas y representativas de la soberanía popular, generará una legalidad socialista que habrá de garantizar la plenitud de los derechos humanos, sociales, económicos, políticos y culturales, así como respetará el libre funcionamiento de los sindicatos y demás organizaciones sociales. Esta concepción se basa en el pensamiento de Marx, en el que el socialismo y la democracia están indisolublemente unidos, principio que se rompe en la revolución soviética por el acoso de las potencias capitalistas, durante la guerra civil, y que después Stalin convierte esta necesidad transitoria en virtud permanente, fundamento de las deformaciones posteriores. Eugenio González así lo establece en la mencionada Fundamentación Teórica: “Resueltos los antagonismos de clase por la socialización del poder económico, la autoridad pública ha de ser la expresión superior de la interdependencia de las funciones colectivas. La desaparición paulatina de las formas estatales de control político, correlativa al desarrollo planificado del trabajo social, hará posible una verdadera democracia, es decir, una democracia orgánica en la que los hombres –ciudadada-

nos y productores—realizarán la integración de lo individual y lo colectivo, de la libertad y la necesidad”.⁴³ El socialismo será así, como ya se ha dicho, un proceso hacia la conquista de la igualdad y de la libertad. En esta perspectiva, la República Democrática de Trabajadores no se ha propuesto, desde el comienzo, una estructura acabada, sino que sólo representa un proyecto indicativo que se irá configurando en la lucha misma por alcanzar sus modalidades definitivas una vez desplazada la burguesía del poder.

El poder popular, surgido en los años 1970-1973, en cuanto germen de poder dual, no alcanzó el desarrollo requerido hasta constituirse en la base orgánica del nuevo Estado, lo que sólo es posible a través del desplazamiento de la burguesía del poder. No obstante, fue el resultado de una actividad nacida desde la base social y de los requerimientos de la lucha de clases. Por no responder a un modelo preconcebido en detalle, la estrategia de poder dual es, pues, un proceso de creación de las masas revolucionarias. En este sentido, el poder popular constituyó, sin duda, un ensayo de democracia socialista. Eugenio González fue testigo, en su vejez, de una experiencia en que el pueblo chileno procuró convertir la teoría desarrollada por él en práctica revolucionaria. La derrota por las armas de esta experiencia popular no significa, por último, su invalidez, porque ella ha quedado, como lo que es —una importante experiencia— en la memoria colectiva.

La concepción de la democracia expuesta por Eugenio González y sostenida, hasta 1973, por el Partido Socialista, se basa en el pensamiento de Marx, quien consideró a la democracia burguesa como formal, porque ella reconoce ciertos derechos y libertades, así como también cierto tipo de representatividad, pero al mismo tiempo está limitada, en tales aspectos, por su carácter de clase y su sujeción a la propiedad privada de los medios de producción. En cambio, el socialismo, entendido como la sociedad de transición al comunismo, asume las conquistas democráticas alcanzadas en la sociedad burguesa, confiriéndoles un contenido social que supera los límites que les impone ese carácter de clase, y los desarrolla hasta conjugar su sentido representativo y directo.

Por su parte, el Estado de transición, aunque se sustenta, como todo poder estatal, en la fuerza, no puede dejar de ser democrático, en el proceso de edificación de la nueva sociedad. De este modo, una vez constituida la sociedad comunista se establecerá la democracia de la libertad, con lo que la democracia, de simple medio bajo la hegemonía burguesa, se convertirá en fin. Este pensamiento de Marx está expuesto en *La guerra civil en Francia* y en *Crítica del Programa de Gotha* y fluye coherentemente en la Fundamentación Teórica del Programa de 1947 del Partido Socialista de Chile.

NOTAS

- 1 Carlos Marx, Federico Enqels, *La ideología alemana*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1982, página 386
- 2 Ibidem, págs. 68 y 69
- 3 Atilio Borón, "Entre Hobbes y Friedman. liberalismo económico y despotismo burgués en América Latina", revista *Cuadernos Políticos* n°23, México, enero-marzo de 1980, página 46
- 4 Citado por Julio César Jobet en *Los precursores del pensamiento social*, vol II, Editorial Universitaria S.A., Santiago de Chile, 1956, pág. 63
- 5 Henri Lefebvre, *El marxismo*, EUDEBA, Buenos Aires. 1973, pág 9
- 6 Ibidem
- 7 Eugenio González, "El socialismo frente al liberalismo", del libro titulado *Pensamiento teórico y político del Partido Socialista de Chile*, Quimantú Ltda, Santiago, 1972, pág. 95
- 8 Ludovico Silva, *Anti-manual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos*. Monte Avila Editores SA., Caracas, 3ª edición, 1979, págs. 171 y 172
- 9 Jean Desant, "El marxismo", capítulo de *La filosofía de Foucault, del marxismo a la fenomenología*, Ediciones Mensajero, Bilbao. 1974, págs.378 y 379
- 10 Louis Althusser, "Dos o tres palabras (brutales) sobre Marx y Lenin", Revista *Dialéctica*, año V, n°8, Puebla, junio 1980, pág. 101
- 11 Umberto Cerroni, "Marx y Lenin", Revista *Nueva Política*, vol. II. n°7, México, 1979. pág. 226
- 12 Georg Lukács, *Historia y conciencia de clases*, Editorial Grijalbo S.A., México, 1969, págs. 1 y 2
- 13 Eugenio González, "Fundamentación Teórica del Programa de 1947", Revista *Caminos de Libertad*, EILA S.A., México, 1979
- 14 Ibidem
- 15 Georg Lukács, *Lenin*, Editorial Rosa Blindada. Buenos Aires. 1963. pág. 40
- 16 Eugenio González. Ibidem
- 17 Ibidem
- 18 Ibidem
- 19 Ibidem
- 20 Ibidem
- 21 Ibidem
- 22 Paúl Swesy, "Por una revolución en el marxismo", en: *Marx a cien años*, Universidad Autónoma de Sinaloa, México, 1984, pág. 196.
- 23 Ibidem
- 24 Ibidem
- 25 Ibidem
- 26 Ibidem
- 27 Ibidem
- 28 Ibidem
- 29 Jorge Ramírez C. de Novosti, Moscú, 19 de enero de 1989, reproducido en *Excélsior*, México, de 20 del mismo mes y año.
- 30 Eugenio González, Ibidem
- 31 Ibidem
- 32 Ibidem
- 33 Ibidem

- 34 Erich Fromm, *Humanismo socialista*, Ediciones Paidós Ibérica S.A., Barcelona, 1980, págs 45 y 46
- 35 Ibidem
- 36 Ibidem
- 37 Bogdan Chuchodowski, "III Humanismo renacentista y humanismo marxista". En: *Humanismo Socialista*, Ediciones Paidós, Ibérica S.A., Barcelona, 1980, págs. 45 y 46
- 38 Ernest Bloch, "El hombre y el ciudadano según Marx", En: *Humanismo Socialista*, pág. 240
- 39 Luis Zúñiga, "El Partido Socialista, Partido del Pueblo", 1938, reproducido en: *Pensamiento Teórico y Político del Partido Socialista*, Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda., Santiago, 1972, pág. 18
- 40 Ibidem, pág. 19
- 41 Ibidem, pág. 20
- 42 Ibidem
- 43 Ibidem
- 44 Ibidem
- 45 Ibidem
- 46 Ibidem
- 47 Ibidem
- 48 Ibidem

Capítulo segundo

A LA MEDIDA DEL HOMBRE

Aprender para enseñar

La otra vertiente del pensamiento de Eugenio González fue la educación hasta el punto de que es posible afirmar que su vida estuvo regida por ese juicio de Kant que muchos maestros repiten para influir en sus discípulos: “El hombre no llega a ser hombre sino mediante la educación”. Conviene también recordar al respecto a Marx, con la tercera tesis sobre Feuerbach: “La doctrina materialista según la cual los hombres son producto de las circunstancias y la educación, y según la cual los hombres transformados son, en consecuencia, el producto de otras circunstancias y de una educación distinta, olvida decir que los hombres son quienes cambian las circunstancias, y que es necesario educar al mismo educador”. En otras palabras, el cambio social es siempre obra del hombre mismo. En esa forma se dio la relación entre educación y lucha de clases en la actividad de Eugenio González, a través de toda su vida; en él se sucedieron, en efecto, los procesos de aprender para enseñar, en la larga lucha por transformar a la sociedad en el sentido socialista, de acuerdo al principio de Protágoras de que “el hombre es la medida de todas las cosas”.

El joven Eugenio González hizo sus estudios de humanidades en el Instituto Nacional y cuando terminaba éstos fue designado Presidente de la Federación de Estudiantes Secundarios, recién fundada. En 1920, a los 17 años, ingresó al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile para estudiar Pedagogía en Castellano. En 1922 fue elegido Presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, FECH, y participó activamente en las luchas estudiantiles y políticas, a partir de ese mismo año, en que se realizó un movimiento que culminó con una huelga general en la Universidad de Chile, cuyo rector era

entonces el profesor Domingo Amunátegui Solar. Pero no todo era huelgas, en ese tiempo, sino también cultivo intelectual. En los años veinte, la FECH publicó, primero, la revista *Juventud* y, después, la revista *Claridad*, en la última de las cuales publicó Eugenio González numerosos artículos. Los estudiantes universitarios de ese período participaban, además, en actividades de extensión cultural, dictando clases en escuelas y colegios nocturnos, así como charlas en los sindicatos y otros organismos sociales, donde concurrían trabajadores que sentían interés por el teatro, la música y la literatura.

Astolfo Tapia recuerda que esos años eran tiempos románticos, en los cuales, con ocasión de celebrarse el primer Congreso Continental de Estudiantes, se compuso el Himno de los Estudiantes Latinoamericanos, con letra de José Gálvez y música del maestro Enrique Soro, cuyo estribillo dice: “Juventud, Juventud, torbellino/ soplo eterno de eterna ilusión/ fulge el sol en el largo camino/ que ha nacido la nueva nación”.⁴⁹ Eugenio González pertenece, precisamente, a la generación de 1920 y “se nutrió en sus atributos esenciales”, definidos por él mismo: “Había entonces ideales, no consignas. Nadie abdicaba de su autonomía moral, de su independencia intelectual, de su derecho a juzgar libremente las ideas, los sucesos y los hombres”. En ese ambiente –anota J.C. Jobet– se amasó el fondo sustentador de su calidad intelectual e ideológica, de la inagotable originalidad y vitalidad de su pensamiento y de sus actividades sociales y políticas. “Al pasar revista a los grandes líderes de la brillante promoción sintetiza (se refiere a Eugenio González) en Domingo Gómez Rojas las cualidades humanas y los anhelos de sus integrantes: «Gómez Rojas ha quedado como el mejor símbolo de aquella época y aquella generación. Tuvo de ellos, en su carácter y en su obra, el exaltado romanticismo, la patética osadía, el ardiente afán de plenitud humana, el visionario sentido de una vida superior de libertad, de justicia, de belleza». Eugenio González, militante de aquella generosa y vibrante pléyade universitaria, es uno de sus más altos exponentes”.⁵⁰

Pero esta generación, con el transcurso del tiempo, no conservó la cohesión de pensamiento, sino que se dispersó tanto en el orden ideológico y en su integración a los proyectos de clase como en las diversas opciones que le ofrecieron sus formaciones profesionales, con signos políticos diferentes. De aquella generación surgieron políticos, académicos, burócratas y profesionales que ejercieron libremente su carrera, separados por distintas tendencias. El Dr. Juan A. Epple señala el único caso que rompe esta tradición. “Eugenio González (1903-1976) es, en este sentido, un caso de excepción en el grupo intelectual de izquierda, logrando desarrollar una valiosa trayectoria en el ámbito de la Universidad a la vez que contribuía decisivamente a la consolida-

ción y fortalecimiento político del Partido Socialista de Chile, del que fue uno de los fundadores. Su sostenida labor y entrega a esa doble tarea evidencia una preocupación constante por unir la experiencia social que permite y canaliza la vida política y la producción cultural (en este caso centrada preferentemente en el camino pedagógico), que puede desenvolverse en la Universidad".⁵¹ Por cierto, también con su obra literaria, que tiene un profundo contenido social.

Esta unidad de pensamiento y acción en su vida se hace presente en todo momento y se proyecta como un ejemplo. "Es el compromiso social –agrega Epple– entendido no como actividad parcializada, excluyente, sino como tarea que debe asumirse consecuentemente en todos los planos de la vida social y, en el caso del intelectual, es la necesaria relación entre la experiencia sensible de la historia que se obtiene compartiendo la vida social y política del país y la producción de un conocimiento, sea en la esfera científica, técnica, humanística o artística".⁵² En política y educación, el pensamiento de Eugenio González no cambia esencialmente, sino que experimenta sólo un proceso de maduración y enriquecimiento.

Posteriormente, este maestro inició su carrera docente en 1928, en el Liceo Amunátegui, y en el año siguiente se trasladó al Barros Arana. En el primero de estos años fue detenido y desterrado a la Isla Más Afuera del archipiélago de las Juan Fernández. Después del término de la dictadura del general Carlos Ibáñez, profesores y alumnos de la Universidad de Chile trataron de resolver problemas acumulados, durante la lucha contra aquella tiranía. Entre ellos, la elección de nuevas autoridades de la corporación, la reorganización de la propia Federación de Estudiantes de Chile y el estudio de un nuevo Estatuto Universitario, ya que el aprobado por la dictadura, el 20 de mayo de 1931, no había entrado en vigencia y, además, no daba satisfacción a los interesados. En la mañana del 27 de Julio una asamblea general de estudiantes proclamó como nuevo rector, cargo que estaba vacante, al profesor de filosofía Pedro León Loyola, siendo aceptado por el profesorado y por el gobierno. Igual determinación se adoptó respecto a los decanos y directores de escuelas, proponiéndose a Eugenio González como Director del Instituto Pedagógico, lo que éste no aceptó. El tenía entonces 28 años.

El movimiento estudiantil luchaba, en los años treinta, por la reforma universitaria, mediante un nuevo Estatuto Orgánico, que asegurara representación en los principales institutos en forma proporcional a los profesores, a los alumnos y a los egresados de aquella casa de estudios superiores. Conjuntamente con lo anterior, se exigía la más amplia autonomía universitaria, la que aparecía entonces, después de sufrir una dictadura, como condición indis-

pensable. Para avanzar en esta campaña estudiantil, se convocó una Asamblea Constituyente, que fue elegida a fines de 1931 y funcionó durante los primeros meses de 1932. Durante ella se elaboró el proyecto de Estatuto Universitario, que fue promulgado más tarde por la República Socialista del 4 de junio de ese mismo año.

Sobre la base del espíritu de la reforma universitaria que se había impulsado en el período 1920-1930, en esos 12 días de revolución se avanzó mucho más. “La política educacional y cultural que se esbozó tuvo un carácter reivindicativo y visionario, ya que procedió a la reposición en sus cargos de los profesores expulsados por motivos políticos por los gobiernos anteriores; se devolvió su calidad de alumnos universitarios a los que fueron también expulsados por decisión arbitraria del Consejo Universitario; se buscó la reorganización total de la Universidad, democratizando la generación del poder al delegar su autoridad máxima en un consejo compuesto de profesores, alumnos y egresados, elegidos por sus respectivos estamentos; se intentaría la reforma sobre la base de comisiones paritarias de alumnos y profesores para aplicar los cambios, ya que el movimiento social de los universitarios ha repercutido con particular intensidad entre los pueblos de nuestra raza, porque él se relaciona con nuestra condición de países semi coloniales en el terreno de la economía y la cultura. La generación presente tiene el deber de impulsar nuevas formas de vida y organización”.⁵³ La presencia de Eugenio González en el Ministerio de Educación de la República Socialista fue, pues, notoria, cuando tenía sólo 29 años.

Después del retorno del régimen constitucional, con la elección de Arturo Alessandri Palma como Presidente de la República, se reanudó la labor educacional de Eugenio González en el Barros Arana y en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Desde entonces y hasta 1957 se desempeñó como maestro. En este último año, después del término de su mandato de senador por Santiago, fue elegido Director del Instituto Pedagógico y en 1959, por unanimidad, Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, siendo reelegido también por unanimidad en 1962. En el curso de ambos períodos de decano impulsó reformas importantes que permitieron generar una verdadera comunidad universitaria, integrada por autoridades, profesores, alumnos y miembros del personal administrativo, contribuyendo todos a las reformas.

La Facultad de Filosofía y Educación, de este modo, se modernizó, para lo cual se revisaron los planes de estudios y programas, así como se aprobó una nueva estructura, dividida en tres departamentos centrales: de Filosofía y Letras, de Ciencias Matemáticas y Naturales y de Ciencias Sociales, divididos cada uno en las necesarias secciones. Estos departamentos estaban destina-

dos a los estudios especiales, y para los alumnos que iban a ser profesores se dejó el Instituto Pedagógico, con dos años de estudios educacionales. Para este establecimiento se consultó una dirección separada de los departamentos centrales. La reforma comprendió, por último, un sistema de trabajo que integró la docencia y la investigación por medio de los departamentos, secciones, institutos y escuelas.

Este maestro culminó, por último, su carrera de educador en el cargo de rector de la Universidad de Chile, durante el período 1963-1968, desde el que promovió la cristalización de su concepto educacional tantas veces expuesto en múltiples estudios y oportunidades, cuya aplicación más adelante se explicará. Por ahora sólo debo anticipar su idea central sobre los fines de la enseñanza superior. Ellos son preparar profesionales, fomentar la investigación científica y realizar labores de extensión cultural. Pero estuvo también de acuerdo, con un criterio moderno, es decir, actual, a contribuir con estudios e informes especiales a la solución de los grandes problemas nacionales, como los económicos, los sociales, los laborales, los habitacionales, los urbanísticos, etc. La Universidad de Chile es una institución nacional al servicio del pueblo que la sustenta, por lo que promovió la relación de los estudiantes con los trabajadores a través del Departamento de Acción Social, que se fundó durante su gestión como rector.

La educación y la sociedad

Eugenio González se ocupó de la educación pública desde su juventud. Durante su vida estudiantil vivió la experiencia de la enseñanza en sus distintos niveles –primaria, secundaria y universitaria–, y desde los cargos directivos de Presidente de la Federación de Estudiantes Secundarios, primero, y de la Federación de Estudiantes de Chile, después, y se refirió a esta temática tanto en forma oral como escrita. Es una línea de trabajo que continuará hasta el fin de su existencia, por lo que no es posible, por las limitaciones de este ensayo, considerar toda su obra sobre esta materia, pero si se mencionarán algunos estudios e iniciativas realizados por él entre las décadas de 1920 y de 1960, las que cubren su vida activa de estudiante y maestro. Estos trabajos revelan una característica poco común entre los trabajadores intelectuales: la continuidad y profundización de su pensamiento.

El 10 de enero de 1928, cuando tenía 25 años, publicó en la revista *Atenea* un trabajo titulado “Algunos aspectos del problema educacional”. Conviene

recordar que en ese año se promovió un proceso de reforma de la enseñanza que, por razones políticas contingentes –la dictadura del general Ibáñez–, no se perfeccionó, por lo que también su análisis representa una crítica a ciertos parámetros de reforma.

La primera cuestión que plantea es la “falacia de los expertos”. Cualesquiera que sean las actividades humanas, el peligro de apreciaciones exclusivas y optimismos ligeros reside principalmente en los especialistas, quienes carecen, por lo común, de amplias perspectivas espirituales. El especialista “vive encerrado en un círculo de conceptos, de preocupaciones y de hábitos que lo privan de agilidad para una comprensión integral y profunda de los hechos circundantes”. Agrega en seguida: “Para él, la complejísima vida social con sus problemas, sus intereses y sus valores, gira en torno al ejercicio de su peculiar actividad y depende, en su adelanto posible, de la eficiencia de la función que él ejecute. Así, el industrial, el educador, etc. cultivan la ingenua vanidad de creerse los dueños de una especie de palanca de Arquímedes para sacudir la sociedad y fijarle la ruta de su porvenir”.⁵¹ Esta falacia de los expertos se contrapone con las grandes reformas sociales, precisamente, por la parcialidad de la visión, por su falta de coherencia con la realidad total. Esta falacia se percibe actualmente, al término del siglo XX, es decir, 60 años después, cuando los economistas de derecha (los neoliberales), sostienen que el país está muy bien, por unos cuantos indicadores macroeconómicos, con desprecio de los otros sectores de la comunidad, como los sociales, políticos y culturales. Además, él define lúcidamente esta relación entre la parte y el todo, que explica hoy también las “modernizaciones” de la dictadura (1973-1989), que enriquecen a los impulsores de ellas, pero agudizan la pobreza de la mayoría de la sociedad, de una economía que produce e importa para los sectores ricos –burguesía y clase media alta–, pero que no satisface las necesidades mínimas de la mayoría de la sociedad. “Una reforma de cualquier institución de alcance social no es fecunda –acota–, sin una valorización previa, desapasionada y realista de las posibilidades del ambiente y del momento. La sociedad es una unidad orgánica en la que ninguna de las partes puede desarrollarse autónomamente. Cada una está condicionada por las demás y, a su turno, las condiciona. Ningún problema puede, pues, ser resuelto eficazmente sin el estudio de las condiciones generales de la colectividad y de sus potencialidades de progreso. De otro modo pueden resolverse problemas locales, o gremiales, o individuales, pero se crean, paralelamente, problemas sociales de proyecciones lamentables”.⁵² Es el caso de Chile “moderno”, en el que, paradójicamente, crece la economía, pero se incrementa la desigualdad.

Cada sociedad tiene un sistema educacional condicionado por ella y que

sirve sus necesidades e intereses, por lo que constituye una ilusión de ideólogos pretender imponer ideales en esta materia en busca de virtudes nacionales. Por la misma razón, la reforma de la educación no es un asunto de pura pedagogía, sino que constituye un problema sociológico que requiere un profundo conocimiento de las realidades colectivas, una sensibilidad capaz de percibir las múltiples conexiones de los fenómenos que se verifican en la misma sociedad. Más que eso todavía: supone la capacidad de captar “el ritmo vital de ella” y de la época. “Cuando la educación –nos referimos a la educación sistemática, directa– se ha quedado atrás, ha dejado de responder a las exigencias sociales, se convierte en una rémora del proceso colectivo, en una fuente de males que afectan la vitalidad del organismo nacional. Entonces se impone una modificación que ponga la educación a tono con las variaciones que se han operado en el medio ambiente, devolviéndole de esta manera su eficacia en el servicio de los intereses del Estado”.⁵⁶ Era lo que entonces estaba sucediendo en Chile, a fines de la década de los veinte.

Por otra parte, la educación mantiene –anota Eugenio González– la continuidad histórica de la cultura y prepara a los individuos para la realización de las propias potencialidades en el servicio de los intereses permanentes de la sociedad y de sí mismos. “Proporciona, a las generaciones que se suceden, una síntesis del pasado cultural y las adiestra convenientemente para el mejor aprovechamiento de la vida. Naturalmente, estos fines de adaptación y de superación no se cumplen por la mera acción oficial de las escuelas e institutos públicos –ya sean del Estado o de los particulares–, sino por la influencia que ejercen los múltiples factores que se manifiestan en el área social que envuelve al ser en crecimiento”.⁵⁷ La pedagogía moderna se orienta en un sentido social, siendo la voz de orden acercar la escuela a la realidad. De esta manera, la educación debe ser práctica, en el sentido de poner al educando en contacto con realidades tangibles y no con abstracciones teóricas, con hechos coordinados y no con explicaciones discursivas. “La escuela elemental buscará en el medio físico y social los elementos que atraigan el interés del niño y provoquen sus actividades espontáneas; los establecimientos secundarios serán preferentemente institutos técnicos que preparen a los Jóvenes para faenas profesionales, provechosas a la colectividad; la Universidad basará la eficacia de su labor en las iniciativas individuales de investigación, en los trabajos de laboratorio y de seminario”.⁵⁸ Esto lo expresa hace más de medio siglo.

Para él, corresponde al Estado propiciar el desarrollo de la eficiencia individual y colectiva y generar las perspectivas de la cultura. Se trata, por cierto, del Estado democrático, lo que vincula la educación con la lucha por la demo-

cracia, la que, a su vez, abre la posibilidad de que la preparación profesional, es decir, la capacitación del individuo para el ejercicio de una función social útil, contribuya en cuanto fin de la educación a la dignificación moral del trabajo, a combinar su interés individual con el interés social. “Sin embargo, es preciso insistir en que las síntesis culturales no deben dejarse nunca de mano en el proceso educativo. Las sociedades jóvenes y mercantiles están muy propensas a equivocarse el rumbo, confundiendo los medios con los fines de la educación. El proceso de división del trabajo, de multiplicación de las funciones, que caracteriza la evolución del industrialismo, ha invadido también el campo de la educación”.⁵⁹

Esta última cuestión venía planteándose desde fines del siglo XIX y continúa presente hasta hoy, aunque no todos la entienden de la misma manera. En el Congreso de Educación Secundaria de 1912 estuvo en el centro de la controversia entre Francisco A. Encina y Enrique Molina, hasta convertirse en un axioma: la cultura general es tan indispensable a los individuos y a la sociedad como la formación profesional. “El ideal educacional será unir el perfeccionamiento técnico con el desenvolvimiento cultural. Generalmente se objeta la insuficiencia económica del Estado para atender a tan amplias finalidades; pero esa argumentación no es valedera. No es precisamente en la escuela donde se realiza el proceso educativo de la mayoría de la gente, sino en la vida social misma. Ahí debe seguir el Estado al individuo poniendo a su alcance las sugerencias de la buena lectura, los espectáculos, los museos de arte, los conciertos de las grandes orquestas nacionales”.⁶⁰ Servicios culturales que no deben ni pueden depender del “mercado” en los sectores de bajos ingresos.

Cuatro años después, en 1931, cuando había cumplido 28 años de edad, publicó un nuevo ensayo titulado **Ortega y Gasset y la Universidad**, basado en una conferencia dictada por el maestro español, a petición de los estudiantes de Madrid, sobre la Misión de la Universidad, cuyas ideas se relacionan con los problemas de la enseñanza superior en la América Latina y, en el marco de ésta, en Chile. En la introducción de ese ensayo parte de la desoladora realidad de un mundo que carecía de auténticos valores espirituales, en el que el hombre y la sociedad vivían distinguiendo precisamente este período de civilización de un período de cultura. En este entorno, vuelve a tratar el problema de las falacias de los expertos, es decir, los defectos o factores negativos de la época no se abordan de manera integral por pensadores que analizan la realidad totalizadora, sino por especialistas. Esta oposición entre pensadores (intelectuales) y especialistas (expertos) es hoy más profunda que antes.

En el marco de este análisis por sectores, él expresa que “los temperamentos religiosos imaginan que todo el malestar del mundo se debe a la pérdida

de fe en las potencias cósmicas, sin reparar en que esa falla del alma contemporánea es un síntoma y no una causa de nuestra pobreza espiritual; el economista, por su parte, mira el problema a través de las formas del capitalismo, culpando a las imperfecciones del sistema de producción y reparto de la riqueza por la trágica tensión de las fuerzas históricas; a su turno, el político atribuirá los más complejos a una simple cuestión de técnica administrativa y de organización de los poderes del Estado. Y así otros”.⁶¹ En seguida, completa el cuadro, señalando que quizás el especialista que con más petulante frecuencia se considera en el eje del problema es el pedagogo. Existe –anota– una verdadera superstición pedagógica, a cuya luz o a cuya sombra las posibilidades de conjurar la crisis del mundo moderno residen en los organismos educacionales. Pero no es sólo una apreciación de muchos profesores, sino también de amplios sectores de la sociedad. En este ensayo, Eugenio González trata de diversas cuestiones de interés permanente; la tendencia a la imitación, los fines de la Universidad, la necesidad de hombres cultos, la racionalidad de la enseñanza y otros aspectos del problema. Todos estos temas tuvieron importancia en el desarrollo de la educación, desde la Colonia hasta hoy y continuarán teniéndola en el futuro. Por eso, conviene hacer un análisis del pensamiento del profesor y escritor español y de los juicios de Eugenio González al respecto.

La primera de esas cuestiones se hizo presente desmesuradamente en el pasado, cuando los gobiernos encomendaron a educadores salir al extranjero para estudiar los sistemas educacionales de los países europeos, quienes recomendaban, después, los modelos más atrayentes. Este espíritu de imitación ha sido patético, especialmente en las universidades, al estudiar el problema de la enseñanza superior en abstracto, desligando sus múltiples fases de las peculiaridades del propio ambiente que dan original e intransferible vitalidad a las instituciones. Luego, Eugenio González señala, de acuerdo con Ortega y Gasset, los argumentos que usan aquellos especialistas imitadores, que se han escuchado en muchas oportunidades. Inglaterra debe la disciplina de sus grupos sociales, la eficacia de sus instituciones políticas y la voluntad emprendedora de su juventud, a la índole de sus colegios secundarios, lo mismo que la grandeza de Alemania, los avances de su ciencia y la cohesión de sus fuerzas nacionales son el producto de sus universidades. Repiten –las viejas frases del siglo XIX– “la batalla de Waterloo fue ganada por los campos de juego de Eton”; “la guerra del 70 fue la victoria del maestro de escuela prusiano y del profesor alemán”.⁶² Hoy, algunos ideólogos de centroderecha comparan los resultados de la enseñanza en Chile con los de países de alto desarrollo económico-social, sin tomar en cuenta debidamente esta diferencia. No es

ésta, exactamente, la característica de nuestro proceso educacional, pero hubo diversas manifestaciones de imitación. Eugenio González cita a Ortega y Gasset: “Ciertamente, cuando una nación es grande, es buena también su escuela. No hay nación grande cuya escuela no sea buena. Pero lo mismo debe decirse de su religión, de su política, de su economía y de mil cosas más. La fortaleza de una nación se produce íntegramente. La escuela, como institución normal de un país, depende mucho más del aire público en que íntegramente flota que del aire pedagógico artificialmente producido dentro de sus muros. Sólo cuando hay ecuación entre uno y otro aire la escuela es buena”.⁴⁵³ Téngase presente hoy por quienes desean mejorar la escuela en todos sus niveles que ello no será posible plenamente sin mejorar al conjunto de la sociedad, sin resolver la pobreza mediante el empleo y salarios justos y asegurar la libertad, los derechos humanos y la justicia. Mientras subsista una sociedad de clases, que se sustenta en la fuerza, que llega hasta el genocidio, la escuela no será buena. Lo mismo puede decirse sobre la economía, en cuanto a que no serán las recetas de la Universidad de Chicago o de Harvard las que resolverán la pobreza en Chile, porque ésta es el producto del capitalismo salvaje existente en el país, subordinado al capitalismo transnacional.

Eugenio González sostenía a su vez, en esos lejanos años, que debía existir una debida adecuación entre la institución docente –escuela, liceo, universidad– y el medio social, es decir, mientras más fielmente identificados estén ambos elementos, será mejor la calidad de los resultados. De aquí nace la falla sustantiva de las imitaciones: “Es posible trasladar, imitar la institución en lo que ésta tiene de estético, de formal, pero lo que le da sentido y eficacia, espíritu, sólo le anima cuando está arraigada al medio histórico que la ha generado”. En seguida, afirma: “Al imitar, imitamos lo externo: estructura, reglamentaciones, etc.; el contenido vital de una institución es parte integrante de una realidad colectiva”. Es, por eso, intransferible.

El segundo problema que analiza es el de los fines de la Universidad, a partir de los objetivos primordiales que trataba de alcanzar, según Ortega y Gasset, la Universidad española en aquellos años, esto es, la formación de profesionales, fin fácil de obtener, y el desarrollo de la investigación científica, que presenta mayores dificultades. Eugenio González acota: “Nadie parece percatarse de que la investigación científica, floreciente y admirable en muchos institutos superiores de Europa, no es el resultado de disposiciones administrativas o de técnicas docentes, sino la manifestación de fuertes vocaciones y capacidades individuales. El espíritu científico, necesario para toda constante y fecunda labor investigadora, no es algo que se pueda crear a voluntad, mediante esfuerzos del profesorado o aplicación de métodos

novísimos”.⁶⁴ La investigación científica no puede practicarse por todos los estudiantes, sino por un sector selectivo de las universidades, basado en una vocación firme y sostenida.

No obstante, “si la Universidad no puede ni debe tratar de hacer de sus alumnos sabios, hombres de ciencia, investigadores, debe en cambio esforzarse porque sean hombres cultos, conocedores de su época”. Caracterización por demás importante. “Cada época, anota Ortega y Gasset tiene un sistema de ideas dominantes, una concepción del mundo y del destino que expresa la actitud de su alma. Ese sistema de ideas relativas a los problemas profundos de la existencia constituye la cultura. Poseerlas, es ser hombre culto”.⁶⁵ Eugenio González describe el sistema de ideas en cada una de las épocas, a lo menos de las últimas, de la historia de Occidente. “Para el hombre de la Edad Media la cultura era la teología; de ella extraía sus convicciones sobre el mundo, sobre la vida, sobre sí mismo; ella le daba, en medio de la oscura Realidad, caminos seguros –métodos– que lo llevaban a fines trascendentales. Más tarde ya no es el teólogo el hombre culto. Deja de estar a la altura de su época. Las búsquedas del pensamiento se han apartado del ancho camino que, partiendo del corazón del hombre, conducía hasta Dios”.⁶⁶

La evolución del pensamiento humano continúa incesantemente. Anarquizado y emancipado por el racionalismo, el espíritu occidental se va apartando, poco a poco –agrega Eugenio González– de las especulaciones metafísicas, y termina por entregarse de lleno a la conquista técnica de la naturaleza. “Aparecen el hombre de ciencia, los métodos experimentales. Los fenómenos se agrupan en series y se estudian hasta el agotamiento. Se multiplican las ciencias, cunde el especialismo, decrece la cultura”. Desde el siglo XIX se ha desarrollado lo que Ortega y Gasset denomina la barbarie del especialismo, parcelando el campo de la ciencia y el trabajo social. “El sabio y el experto representan los dos aspectos –el espiritual y el técnico– de un mismo fenómeno de civilización: la racional mecanización de la vida y del trabajo. Así como el experto desconoce casi siempre el total funcionamiento de la maquinaria o de la empresa a que sirve en una función circunscrita, el especialista de una ciencia ignora la estructura espiritual de su época: es un inculto, un bárbaro. Estos son, hoy día, los tipos dominantes”.⁶⁷ Desde 1931, en que esto fue escrito, hasta ahora, no ha cambiado este “espíritu” de la burguesía moderna, después de lo visto durante la dictadura. Para estos expertos, Chile es hoy un país avanzado (por unos cuantos indicadores macroeconómicos manipulados). “Adiós Latinoamérica”, dicen los más reaccionarios, mientras la mitad de los chilenos vegetan en la más indigna pobreza.

La tercera cuestión analizada es, pues, la necesidad de hombres cultos, los

cuales deberían formarse en las universidades, pero éstas no lo hacían en el inicio de la tercera década del siglo XX y, por cierto, mucho menos hoy, al comenzar el siglo XXI. Los estudiantes universitarios recibían, por lo general, algunas nociones de filosofía e historia, pero ellas son apenas vagas, inconexas y ornamentales nociones sobre tales materias, a veces mero ejercicio de repetición de anacrónicos manuales y, por lo mismo, no constituyen cultura. Después de este fin, el de transmitir cultura a la juventud, Ortega y Gasset considera la enseñanza de profesiones, la promoción de la investigación científica y la educación de nuevos hombres de ciencia, una actividad de excepción, posible en forma seria e integral a una mínima parte de los estudiantes.

La enseñanza debe racionalizarse. Esta es otra de las cuestiones planteadas por Eugenio González, cuya clave se extrae de “la desproporción entre el material de ciencia y la aptitud del espíritu”, que alcanza hoy día una forma extrema. De una vez por todas –expresa–, hay que hacer girar la enseñanza en torno al estudiante. “Sólo debe enseñarse lo que éste pueda convenientemente aprender y no perpetuar una absurda mistificación, desarrollando vastísimos y diversos programas, de los cuales apenas si una mínima porción es aprovechable para la vida. Un criterio de estricta economía se impone en la selección de las materias de enseñanza”.⁶⁸ Esta última afirmación tiene una explicación racional porque la enseñanza está condicionada por la capacidad de aprender que posee límites insalvables. “Si la vida humana se prolongase normalmente y en el pleno goce de sus complejos recursos de aprendizaje más de una centuria, es claro que la cantidad de materias que un hombre medio podría asimilar aumentaría extraordinariamente. Pero éste no es el caso y la ciencia pedagógica es nada más que un resultado de la necesidad de escoger entre el enorme material del conocimiento aquello que es indispensable”.⁶⁹ Se trata, precisamente, de los contenidos mínimos de los programas de estudio que hoy se discuten. Constituyen excepciones relativas los grandes sabios, de larga vida, que continúan estudiando hasta el fin de sus gloriosos días.

Eugenio González explica que durante las épocas primitivas, preculturales, la capacidad humana de saber superaba en mucho al saber acumulado, que se reducía a fórmulas tradicionales, no habiendo propiamente pedagogía. Pero esa desproporción va disminuyendo con el tiempo histórico hasta que se invierten los términos. Mientras el saber alcanza dimensiones portentosas, la capacidad humana de aprender permanece invariable, surgiendo entonces la urgencia de una técnica de la enseñanza, de una pedagogía, la que se expresa en planes de estudio, programas, métodos. Todo debe partir del estudiante, de su capacidad de aprendizaje, de su conveniencia cultural y profesional, convirtiéndose, la Universidad, en una prolongación institucional del estu-

diante. Es la concepción de Ortega y Gasset y con la cual Eugenio González concuerda.

Pero no se acaba aquí la Universidad. Ella está relacionada con otros elementos que condicionan su vida interna y externa, sin atender a los cuales no puede adquirir el espíritu de una casa de estudios superiores. El primero de todos es la preocupación por la ciencia, sin cuyo impulso de renovación aquella degeneraría en “rígido escolasticismo, juego de caducas fórmulas, de ideas desprovistas de eficacia vital”. Pero advierte que, para beneficio de ambas, conviene no confundir la enseñanza superior con la investigación científica, si bien la primera recibe los aportes de la segunda, “se vitaliza y renueva con ellos, adquiere el tono de actualidad que necesita”. Más todavía. Es necesario que en torno a la Universidad funcionen laboratorios y seminarios donde las ciencias puras y especializadas continúen su búsqueda incesante, donde aquellos profesores y alumnos que sientan una vocación sólida podrán recibir también las sugerencias e incitaciones que los mantendrán en actividad. “Sobre ella, sobre sus resultados, se apoya la enseñanza superior”.⁷⁰

El otro elemento fundamental que influye en la vida y misión de la Universidad es la preocupación por la “atmósfera del tiempo”, en la inquieta actualidad. Eugenio González la caracteriza de manera concisa. “Las ideas, los anhelos, las congojas, los problemas, los movimientos todos del alma nacional deberán encontrar en ella un eco oportuno. Para cumplir su destino de eficacia, toda institución tiene que seguir el ritmo de su época. De lo contrario se anquilosa, se convierte en obstáculo. Si la Universidad se encierra en sus muros, sin contacto con los demás problemas actuales, deja de servir a la colectividad”.⁷¹ Confirma estas observaciones una cita lúcida de Ortega y Gasset: “Para ello tiene la Universidad que intervenir en la actualidad como tal Universidad, tratando los grandes temas del día desde su punto de vista propio –cultural, profesional y científico–. De este modo no será una institución sólo para estudiantes, un recinto **ad usum delphinis**, sino que, metida en medio de la vida, de sus urgencias, de sus pasiones, ha de imponerse como un poder espiritual superior frente a la prensa, representando la serenidad frente al frenesí, la seria agudeza frente a la frivolidad o la franca estupidez. Entonces volverá a ser la Universidad lo que fue en su hora mejor: un principio promotor de la historia europea”.⁷² Él estaba hablando entonces de la Universidad en España y, por lo tanto, en Europa.

De acuerdo a la relación educación y lucha de clases, Eugenio González llevó su preocupación constante por la enseñanza al Senado, en el período 1949-1957, en que representó al Partido Socialista Popular, formulando un proyecto de reforma educacional, de transición hacia una completa reorgani-

zación del sistema. “Su base filosófica –expresa Julio C. Jobet– tendía a acentuar el valor de la persona humana y la dignidad del trabajo productor, como fundamentos del orden democrático; su estructura pretendía simplificar los servicios técnicos y administrativos, adaptada a las necesidades de la sociedad y a las orientaciones de la educación científica; su organización establecía el carácter orgánico de la educación nacional que debía desenvolverse como unidad funcional desde las actividades preescolares hasta los estudios universitarios, sin perjuicio de su descentralización administrativa y técnica, de acuerdo con las zonas geográfico-económicas del país”.⁷³ Era ésta una concepción global de la educación pública.

Este proyecto reformaba, por eso, completamente el sistema educativo nacional. “Para dar forma práctica al principio de la correlación entre las diversas ramas de la enseñanza, agrega Jobet, establecía las unidades educacionales sobre la base de las ya existentes y de las que se irían creando para impartir, bajo una misma dirección, la enseñanza primaria, media y profesional, a objeto de simplificar el mecanismo administrativo y técnico, aprovechar mejor los medios de trabajo, y realizar una amplia labor de extensión cultural en las respectivas localidades. Contemplaba la educación sistemática y la educación extraescolar. Para los fines de la descentralización administrativa consideraba directores y consejos locales, y la representación genuina del profesorado en funciones; como organismo máximo se constituía la Superintendencia de Educación, con personeros del magisterio”.⁷⁴ Una concepción moderna y plenamente actual.

Evolución de la Universidad

Eugenio González, como rector de la Universidad de Chile no ocultó nunca su condición de socialista. Precisamente, al iniciar sus funciones en 1963, expuso su pensamiento político y propósitos programáticos, desde una posición de izquierda, señalando que este movimiento promueve el avance de la sociedad, porque “el deseo de hacer las cosas mejor, antes generador de utopías, se convierte en la condición del progreso e incluso de la prudencia. Ahora bien, esta confianza en las posibilidades humanas es el alma de la izquierda”. En seguida, agrega que “ella se ha expresado ora con torpeza, ora con clarividencia, tomando partido por la ciencia contra el oscurantismo, por la democracia contra el autoritarismo, por el cambio contra el statu quo. Ella ha suscitado doctrinas, pero también combates, que han marcado profundamen-

te la historia de nuestro país”. Por último, afirma: “El conservantismo profesional que se ha apoderado de los medios de enseñanza no debe hacer olvidar que fueron hombres de izquierda quienes sostuvieron, en el momento más difícil, la batalla por la difusión del saber, fuera de la élite que trataba de conservar lo existente”.⁷⁵ Esta constelación de hombres de izquierda, comprende a figuras estelares que van desde Diego Barros Arana a Valentín Letelier, en el siglo XIX y de Enrique Molina al propio Eugenio González, en el siglo XX.

Este maestro fue un luchador incansable por la reforma universitaria, desde su vida de estudiante hasta su elección como rector de la Universidad de Chile. En las páginas anteriores ya me referí a su pensamiento educativo. Ahora me propongo presentar la continuidad de ese pensamiento y su acción en el cargo mencionado (1963-1968). Este doble sentido de su ejecutoria en el rectorado estuvo presente siempre en su espíritu, expresándolo en todos sus escritos y discursos, agregando explicaciones didácticas para asegurar su comprensión, en una lucha constante por evitar la decadencia y la deformación de la enseñanza superior y, en cambio, avanzar en su perfeccionamiento y superación. Esta es su lección permanente a los estudiantes.

Le correspondió a Eugenio González ejercer el cargo de rector de la Universidad de Chile en un período de crisis, entendida ésta como un proceso de ruptura en el funcionamiento del sistema de relación colectiva, nacional e internacional, heredado por la humanidad al comienzo del siglo XX y puesto a prueba en medio de guerras mundiales y locales, de la descolonización y recolonización de los países atrasados y dependientes, revoluciones y contrarrevoluciones y, por último, la amenaza nuclear. Para este maestro, la humanidad experimentaba una crisis crucial. “Nunca en la historia se había dado una coyuntura revolucionaria tan profunda en sus motivaciones orgánicas y de tan trascendente significado para el destino humano. La sociedad, el Estado, la cultura, están en crisis. Es que el hombre mismo está en crisis, abriendo su conciencia, entre desgarramientos y esperanzas, a nuevas posibilidades de superación y de grandeza”⁷⁶ Se refiere aquí a la crisis que conmovió al mundo en los años sesenta, en China, Unión Soviética, Vietnam, Cuba, Europa, etc. y que en Chile se expresó en la ocupación de universidades y catedrales, desde donde se difundieron las ideas revolucionarias.

Anticipándose a lo que sucederá en las décadas siguientes, agrega nuevas reflexiones. “Los procesos históricos –materiales y espirituales– que condujeron a la extinción del Imperio Romano y de la cultura antigua, se realizaron a lo largo de siglos, pero ahora sólo en el curso de algunas décadas estamos viendo esenciales cambios en las condiciones de vida que han de reflejarse en acelerados cambios de las actitudes de conciencia, es decir, del orden de la

cultura. Estamos, como lo han intuido grandes pensadores, asistiendo al oscuro y dramático germinar de una nueva humanidad”.⁷⁷ La crisis se expresa en el mundo, en la América Latina y en Chile de manera integrada. Sólo así se explican las situaciones existentes en la década de los sesenta –cuando habla Eugenio González– y las que se precipitaron en las siguientes y hasta hoy.

¿Cuáles son estas situaciones? Él mismo las señala. “Grandes y complejos son los problemas del mundo –super población en aumento y anarquía económica, degradante miseria de masas innumerables, peligrosas tensiones entre los centros de poder–, grandes y complejos son los problemas de la América Latina, en lucha contra los factores diversos de su desarrollo insuficiente, grandes y complejos son los problemas de Chile, que se esfuerza por encontrar mejores formas de convivencia y de trabajo; grandes y complejos son los problemas de nuestra Universidad, institucionalmente vinculada a la evolución del país”.⁷⁸ La influencia de la crisis en la cultura superior ha impuesto una revisión de la idea de Universidad. Por eso, él se pregunta qué debe hacer este centro de educación superior consigo mismo para cumplir mejor su tarea corporativa, qué función le corresponde en la transformación de las instituciones, qué deber es particularmente suyo, conforme a su naturaleza y tradición.

Las respuestas a estas interrogantes se encuentran en las nuevas funciones que va asumiendo la Universidad en la época contemporánea, que este rector se encargó de ir explicando durante su mandato en la enseñanza superior. Ella tiene que adaptarse al proceso de cambio social que está adquiriendo una aceleración extraordinaria en países como Chile y en un estado de cosas como el actual, así como también debe contribuir a impulsarlo desde su propia área de acción constructiva y con la objetividad que corresponde a su espíritu de libre crítica, “a fin de alcanzar la forma de vida justa a que el pueblo aspira”.⁷⁹ La realidad, constituida por el medio ambiente, condiciona el cambio en un doble sentido, es decir, tanto en su apremiante necesidad como en la calidad de los medios.

La Universidad contemporánea, según Eugenio González, se singulariza por caracteres que le confieren una personalidad nueva, correlativa a la renovación de la sociedad, dentro del marco del desarrollo incesante de la cultura. La Universidad debe estar al servicio de la cultura, es decir, de la formación total del hombre, porque toda actividad universitaria, por lo mismo de serlo, tiene que girar alrededor del hombre y de su destino dentro de la sociedad. En efecto, si la cultura “es el sistema vital de las ideas de cada tiempo”, la misión de la Universidad supone la transmisión de la cultura, conjuntamente con la enseñanza de profesiones y la investigación científica, con un sentido integrador y unitario.

La cultura está marcada, en su pensamiento, por el humanismo. Toda su gestión educacional, así como también su actividad política, estuvieron impregnadas por este concepto, entendido como la búsqueda o formación de “el tipo de hombre y el régimen de vida que las fuerzas históricas configuran en cada época, sin menoscabo de los valores permanentes de la condición humana”. Se refiere, como él mismo expresa, a un humanismo actualizado que, conservando la esencia del humanismo clásico, implique la comprensión de las ciencias matemáticas y naturales y las altas tecnologías como factor indispensable para la formación del espíritu. “El humanismo, reconstruido desde la actitud intelectual del hombre moderno, requiere un nuevo planteamiento de la unidad de la ciencia, la convergencia de los conocimientos en una concepción integrada del mundo, de la sociedad y de la vida. Ello supone, dentro de la Universidad, un desarrollo armónico de las distintas disciplinas del saber”.⁸⁰

La Universidad está igualmente unida a la concepción de la ciencia, correspondiendo a ella conservarla como tradición cultural, transmitirla en su actividad educativa y acrecentarla por medio de la investigación. “El conocimiento en todas sus formas, su desinteresado cultivo y –lo diremos con palabras de Bacon– su «dignidad y aumento» ha sido y es objetivo primordial de la actividad universitaria. Puede haber –y las hay– otras instituciones que cumplan alguna de estas vitales tareas, pero la Universidad tiene de ellas una responsabilidad integral”.⁸¹ Estas tareas las viene cumpliendo la Universidad de Chile desde su fundación, aunque en forma limitada por las insuficiencias de financiamiento. Estuvo tan presente esta preocupación que, durante su rectorado, se creó la Facultad de Ciencias, en cuya inauguración precisó su pensamiento al respecto.

Durante mucho tiempo, en el siglo XX, prevaleció en la principal casa de estudios superiores la conservación y transmisión del conocimiento, especialmente de aquel indispensable para la buena formación de profesionales no dándosele, en sus Facultades al menos, “pareja importancia a la búsqueda de nuevas ideas científicas, a la indagación crítica y creadora, como tampoco a la difusión sistemática de la ciencia en amplios círculos de la sociedad. La aplicación profesional de la ciencia imprimió carácter a nuestra enseñanza superior”.⁸² Esta situación, por cierto, experimentó modificaciones, a veces de manera acelerada, superando el rezago con respecto a las tendencias y cambios de la Universidad moderna, alcanzando la ciencia la función que le corresponde.

La creación de la Facultad de Ciencias marcó un punto de nuevo desarrollo, un hecho importante para el futuro científico de la Universidad y, a través

de ella, del país. Así lo expresa Eugenio González: “La Facultad de Ciencias es la expresión institucional de la voluntad de dar impulso, en nuestra Universidad, al espíritu científico, organicidad y fuerza a sus manifestaciones aún dispersas y débiles, cauce y perspectiva a los esfuerzos de quienes se consagran, a menudo sin reparar en renunciaciones materiales, a la patética aventura del conocimiento”.⁸³ Esta última afirmación no es simplemente una frase, porque patética aventura es, en efecto, la que emprende el espíritu en su búsqueda de la verdad y que, mientras más avanza en el camino de la ciencia, más se ensancha el horizonte de lo desconocido. “En todos los modernos progresos científicos –advertía Max Plank–, la solución de un problema hace aparecer el misterio de otro”.

La oportunidad era propicia para caracterizar debidamente la ciencia y, por cierto, la aprovecha. Entonces destaca que el hombre de nuestro tiempo está lejos del restringido concepto de la ciencia que tuvo el positivismo del siglo XIX, revivido bajo novedosos atuendos lógicos en el nuestro. “La ciencia, en sus audacias teóricas, va mucho más allá de la simple descripción del orden de los fenómenos en busca de una explicación que satisfaga la ansiedad racionalizadora de la inteligencia”. La claridad de sus ideas y la atracción de su lenguaje nos conducen irresistiblemente a la reproducción textual. Eugenio González avanza en su análisis. No cabe poner límites, separándola de la especulación trascendental, al afán esclarecedor de la razón científica. Ciencia y filosofía se encuentran unidas frente a los grandes problemas del hombre. Quizás sea oportuno recordar palabras de un físico eminente, Werner Heisenberg, para quien “las vulgares divisiones del universo en objeto y sujeto, mundo interior y mundo exterior, cuerpo y alma, no sirven ya más que para suscitar equívocos. De modo que en la ciencia el objeto de la investigación no es la naturaleza en sí misma, sino la naturaleza sometida a la inteligencia de los hombres, con lo cual, también en este dominio, el hombre se encuentra enfrentado a sí mismo”.⁸⁴

En este discernimiento acerca del sentido de la ciencia moderna, Eugenio González agrega que tampoco puede pretender validez en la actualidad la distinción formal –tan frecuente en los textos de filosofía, siempre inclinados a las sutilezas didácticas– entre ciencia pura y ciencia aplicada. “La ciencia se hace por el “honor del espíritu”, pero se hace también para favorecer a nuestra industria. El valor teórico del conocimiento y su valor instrumental son inseparables, como lo muestra en su impresionante curso la revolución científica y tecnológica que se opera a nuestra vista. La ciencia como sistema de símbolos conceptuales que traducen el orden real del mundo físico, y la técnica como constructora de instrumentos que perfeccionan la acción y el traba-

jo, son manifestaciones estrechamente correlativas de la misma voluntad de poder sobre las cosas”.⁸⁵

Él mismo cita, en su análisis sobre la ciencia, algunas reflexiones de Henri Poincaré contenidas en el prólogo de su obra, de actualidad permanente, **El valor de la ciencia**, acerca de la relación de ésta con la moral. “La moral, piensa él, nosotros diríamos la filosofía, concebida como reflexión sobre la totalidad de los valores de la cultura nos muestra el objeto adonde debemos encaminarnos y la ciencia los medios de llegar a él, una vez conocido. No pueden, por lo tanto, estar en oposición y así como no puede comprenderse una moral científica, tampoco es posible imaginar una ciencia inmoral”. Lamentablemente –expresa Eugenio González– no es así. No puede concebirse, es cierto, una ciencia inmoral, pero sí un aprovechamiento inmoral de la ciencia. Termina su comentario diciendo: “Tenemos recientes y terribles ejemplos de lo que es la barbarie científica de una civilización sin brújula espiritual. Todos los avances culturales están en peligro, si no se encauza la revolución científica y tecnológica de nuestro tiempo en un sentido de superación humana... La ciencia sólo será valiosa en la medida que contribuya a proporcionar a la Humanidad los fundamentos de una vida digna”.⁸⁶ La llamada “guerra del Golfo” de 1991, es un nuevo ejemplo del uso inmoral de la ciencia y la técnica, donde el poder imperial de Estados Unidos exterminó, en una semana, a centenares de miles de seres inocentes, ante los ojos estupefactos del mundo. Hecho inmoral que se repitió en el 2003 con una segunda guerra del golfo para apoderarse del petróleo de Irak.

La otra relación importante de la Universidad es con la política, y ésta con la ética. La Universidad debe ocuparse también de contribuir a generar las necesarias innovaciones en la sociedad y en el Estado, así como actuar en cuanto factor dinámico en el desarrollo nacional. Él se refiere, por cierto, a política universitaria y, en puridad del concepto, a política en el estricto sentido de la palabra. “Los intereses beligerantes de la política partidista, traducidos en pugnas, a menudo sórdidas, por alcanzar pequeñas ventajas para determinados grupos, deben ser apartados de nuestra convivencia y de nuestro trabajo”. Esta posición es clara y compartida por muchos. “Pero ello no supone –agrega Eugenio González– pretender, porque sería contrario a su naturaleza institucional, que la Universidad sea ajena a la política, es decir, al permanente y objetivo examen de los problemas públicos, a los grandes movimientos de ideas y a las tendencias espirituales de la época, al deber de sustentar y defender principios y valores sin cuyo imperio el individualismo pierde su rango moral y la nación es degradada”.⁸⁷ Esto lo expresó antes de la dictadura burguesa, de 1973 a 1989, en Chile, como un anticipo de lo que podría suceder y sucedió.

La política no sólo se relaciona con la ética, sino también con la educación. Esta relación identificadora está presente en la evolución de la enseñanza en el mundo y, por lo tanto, en Chile. Eugenio González reafirma esta verdad. “No olvidemos –expresa– que para los griegos, de quienes derivan muchos cánones de la cultura moderna, la ética y la política se identifican, ni que la educación es, en cuanto proceso formativo y orientador de las nuevas generaciones, una forma superior de la política”. En seguida concluye: “Corresponde a la Universidad el cultivo y enseñanza de las ciencias y las artes, en sus esferas y manifestaciones de mayor categoría intelectual sin olvidar a la política, dentro de la cual podría decirse que es justo lo que hace prevalecer el interés social sobre el interés privado, eliminando falsas oposiciones entre los derechos y los deberes del hombre”.⁸⁸

La Universidad, como institución nacional colabora, desde luego, con el Estado en el análisis científico y técnico de los diversos problemas concretos, como los económicos, financieros, agrícolas, sanitarios, educacionales, administrativos, etc., que se presentan en el país. Esta es una relación real de la Universidad con la política. La Universidad de Chile ha cooperado, desde su nacimiento, en 1842, al progreso nacional, mediante sus distintas funciones y en el marco de sus fines y objetivos concretos. Pero existe otra relación, en un plano más elevado, de dicha casa de estudios superiores con la política. “La Universidad no es sólo un conjunto de organismos y servicios capaces de proporcionar asesoría técnica y científica a una política del Estado. Es también la Universidad –y debiera serlo principalmente– una persona moral que toma debida y oportuna conciencia, en cada circunstancia histórica, de las fuerzas renovadoras que aparecen como impulsos ciegos de la voluntad colectiva”. Esta conciencia genera en ella la voluntad de contribuir a orientar hacia objetivos valiosos el movimiento social, “defendiendo siempre las conquistas dignificadoras de la personalidad humana”.⁸⁹

En el siglo XX, la Universidad de Chile asumió un nuevo deber, el de tomar como suyos los problemas de nuestro pueblo y proponer para ellos soluciones trascendentes. Esta corporación “es una institución nacional, es un órgano del Estado, que debe estar al margen de la política partidista, de las disensiones ideológicas y confesionales, pero, por su condición de entidad moral no puede estar al margen de los “imperativos de justicia que impulsa el progreso social”. La justicia es –según él– “en el alma y en la ciudad de los hombres, armonía lograda: el ideal de inaccesible vigencia que propuso la sabiduría antigua”.⁹⁰ En relación con el deber de tomar como propios los problemas del pueblo, la Universidad de Chile, bajo el rectorado de Eugenio González, asumió las reformas conducentes a cumplir la acción social.

Él mismo explicó este proceso en diversas oportunidades, sosteniendo que la preparación de profesionales y científicos que realiza la Universidad, aunque llegue a ser integral desde el punto de vista teórico, mantendrá grandes deficiencias, si los estudiantes no entran, durante su formación educativa, en contacto directo con los múltiples problemas de la realidad nacional. “Como exigencia de sus planes de trabajo, deben ir hacia los sectores de la sociedad en que las situaciones críticas sean más agudas, para recoger experiencias vivas, insustituibles por los ejercicios de cátedra, prestando a la vez, como parte de su plan educativo, la asistencia técnica que esté a su alcance, bajo la dirección responsable de miembros del cuerpo docente”.⁹¹ Él asignaba, a esta forma de actividad estudiantil, una extraordinaria importancia por sus efectos educacionales y sociales, por lo que hizo en esta ocasión el anuncio de la creación de un Departamento de Acción Social, “destinado a elaborar y realizar, de acuerdo con la directiva estudiantil, proyectos de conjunto en que intervengan todas las Facultades”.

Como rector de la Universidad de Chile, en esta materia fue más lejos todavía, tan lejos como nadie hubiera planteado antes. “Dentro de este mismo orden de cosas, nuestra Universidad tiene que ampliar y reforzar sus vínculos con las organizaciones sindicales y cooperativas de nuestro país, aportándoles la ayuda técnica que requieran para la solución de sus problemas y ofreciendo a sus miembros especiales programas de extensión educativa y artística. Al hacerlo, nuestra Universidad cumple un perentorio deber: el deber de servir al pueblo que la sustenta”.⁹² La Universidad, sin descuidar sus específicas tareas, debe colaborar además con las iniciativas educacionales del Estado, llevando a los centros urbanos y rurales de la vida popular los mejores incentivos de superación cultural. Para eso, tiene que adaptarse al proceso de cambio social que, en un país de lenta evolución estructural como Chile y en una época de crisis histórica como la de entonces, estaba adquiriendo una aceleración considerable. Una previsión de lo que sucedería en los años 1970-1973. Esta casa de estudios superiores, en su condición de entidad moral orientadora de la conciencia colectiva, debe, por último, promover una política de desarrollo nacional, fijando desde su propia área y con la objetividad que le corresponde objetivos de progreso social, económico y cultural, a la vez que los métodos eficaces para alcanzarlos dentro de planes de conjunto concebidos en función de un nuevo tipo de sociedad justa, a la que el pueblo aspira y a cuya realización se orienta la voluntad democrática de la nación”.⁹³

Fines y medios en la educación

Eugenio González destaca, una vez más, los objetivos fundamentales de la Universidad moderna, que continúan siendo los que había señalado Max Scheller hacía algunos decenios y que ahora él recordaba en rápida síntesis de sus propios términos. “La mejor y más fácil conservación de los supremos bienes del saber y la cultura; la enseñanza e instrucción metódica, pedagógica y economizando fuerzas hasta donde sea posible de lo que constituye la preparación profesional; la continuación sistemática de la investigación científica; la formación y cultivo espirituales más completos posibles de la personalidad humana; la correcta, sencilla y adecuada difusión, entre los diversos estratos del pueblo, del saber y la cultura”. Remarca estos fines con las palabras de un intelectual de esta categoría, “porque hay en la Universidad espíritus sobre manera entusiastas que quisieran convertirla en una especie de huerto cerrado, de torre de marfil, donde sólo se cultive la ciencia pura, por el honor del espíritu humano. Lo demás, el progreso social en su conjunto, sería una mera consecuencia del progreso científico”.⁹⁴ La teoría del “chorreo”, convertida en filosofía, como sucede hoy, en los comienzos del siglo XXI, en la economía del capitalismo salvaje.

Los maestros han discutido durante el siglo XX sobre los fines de la educación prevaleciendo, en los sectores conservadores, la tendencia a destacar los fines económicos de la enseñanza nacional, pero Eugenio González señala que no residen en ellos los males de aquélla. “No son, pues, los fines o ideales económicos los que han faltado a la enseñanza nacional. Lo que ocurre es que todo sistema de fines no puede realizarse si no se cuenta con un adecuado conjunto de medios, es decir, con los recursos humanos, financieros y materiales que han sido reiteradamente señalados a las autoridades correspondientes y a la opinión pública. La educación se realiza por medio de la escuela y la escuela no es una institución abstracta sino un organismo concreto, un ambiente especial, que se compone de edificios amplios, de mobiliarios higiénicos, de maestros eficientes y bien remunerados, de alumnos satisfactoriamente vestidos y alimentados, etc.”⁹⁵ Para que la escuela pueda cumplir con sus objetivos, ella tiene que transformarse, en verdad, en “un ambiente” propicio para sus fines.

Más adelante agrega, para completar su pensamiento sobre la enseñanza. “¿De cuántas escuelas primarias y secundarias, a lo largo del país, podríamos decir, sin ruborizarnos, que se encuentran dotadas para constituir un ambiente educativo? Todos son testigos de la inmensa lucha que estamos dando para hacer siquiera, de nuestras distintas escuelas universitarias, verdaderos am-

bientes de enseñanza superior. Creo que la enseñanza chilena ha estado haciendo lo que es posible dentro de sus medios (se refiere a 1967). Reitero de que no son los ideales económicos los que, a partir de sí mismos, le han faltado a la escuela. Habría que localizar los focos de resistencia que le han impedido cumplir con su misión. Uno es el **adanismo**, propio de algunas reformas educativas latinoamericanas, que creen encontrarse en el «primer día de la creación pedagógica» y comienzan desconociendo la realidad del esfuerzo cumplido por las generaciones anteriores. Existen otros más, pero no es dable en esta oportunidad referirme a ellos”.⁹⁶ Si se quiere mejorar hoy la escuela deben, pues, considerarse los elementos constitutivos del “ambiente educativo”, deteriorados por la dictadura.

Estos elementos constitutivos se expresan en un mayor presupuesto, sobre todo a partir de la última década del siglo XX, después de las reducciones experimentadas durante los 17 años de dictadura, de acuerdo al desprecio de la clase dominante por la educación popular. El creciente presupuesto permitirá construir, ampliar, reparar y mantener los locales escolares, dotarlos de mobiliario indispensable, proporcionar textos y útiles de enseñanza, alimentar a los niños de menores recursos y mejorar las remuneraciones de los maestros. Por otra parte, el Estado debe ocuparse de la formación y perfeccionamiento del magisterio, para que éste recupere el nivel de preparación que había alcanzado en democracia hasta 1973, en las escuelas normales del Estado y en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Sin costo para los profesores.

Este último es un tema en el que insiste, una y otra vez, como preocupación constante en la educación: la formación integral de los maestros y, en general, de todos los profesionales egresados de las escuelas universitarias. “Para serlo de veras, el profesor debe tener una personalidad fuerte, debidamente integrada, capaz de comprender a sus alumnos y de convivir con ellos. Debe tener también una conciencia abierta a las ideas creadoras y la voluntad de servir las, en la avanzada del movimiento histórico, como orientador y promotor del progreso”. En este sentido, el profesor debe cuidar, en las diversas instancias y formas de la enseñanza sistemática la espontaneidad de los educandos y afirmar la eficacia insustituible de la personalidad del educador. “Porque educar será siempre suscitar en los seres humanos la revelación de lo mejor de ellos mismos, por virtud de la incitación magistral, como en el diálogo socrático. La técnica no podrá reemplazar al espíritu en ninguna empresa del hombre, menos en la educación”.

Eugenio González destacó la trascendencia que tuvo el Instituto Pedagógico, donde se realizó plenamente su vida de estudiante, maestro y autoridad

superior, en un discurso pronunciado en el 75° aniversario de este plantel, el 4 de agosto de 1964. Esta intervención tuvo, como él mismo señalara entonces, “cierto acento de intimidación evocadora indiscerniblemente vinculada y, en el caso mío, ya larga trayectoria vital”. No podía ser de otro modo. Él menciona que llegó al Instituto Pedagógico en 1920, “año al que se ha llegado a dar el carácter de un hito histórico en el curso de nuestra evolución nacional”. Eran otros tiempos. “Eran hermosos tiempos, de anhelante vigilia. Diversos caminos se abrían para nosotros, todos ellos orientados hacia el mismo horizonte de plenitud humana, todavía imprecisamente destacado sobre un fondo de matinal claridad, que creíamos era la del inmediato porvenir, aunque sólo era la proyección de nuestra esperanza”.⁹⁷ Sin olvidar que ésta se proyecta en el tiempo porque no podemos vivir sin esperanza.

Aquellos tiempos eran también duros y cargados de contradictorios impulsos, en los cuales había que superar el caos interior de la adolescencia, siempre atribulada, en medio del derrumbamiento de los soportes institucionales y morales de la sociedad tradicional. Es éste un momento de recordación, en el que se juzga los sentimientos de la juventud a la luz de la experiencia y se extrae una conclusión positiva: la sabiduría que no se agota. El amor al servicio público, que entonces se expresaba en la voluntad de ejercer, desde los liceos, la función social de enseñar, sin que haya intercedido orientación alguna acorde con su personalidad, como se usa y abusa actualmente, “mediante el empleo de sutiles procedimientos exploratorios, aprendidos en institutos foráneos”, se conjugó entonces con la carencia de “excesivas novedades didácticas”. Más claro todavía. “El prurito de mecanización racionalizada, es decir, de radical despersonalización, que afecta a todos los órdenes de la sociedad contemporánea, no se advertía en la preparación científica y técnica del personal docente. Un equilibrado sentido de los valores que deben conformar la actividad educativa, prevalecía en nuestro Instituto, dando a su enseñanza un carácter ejemplar dentro de la Universidad de Chile”.⁹⁸

La educación ¿había cambiado desde esos tiempos hasta la década de los sesenta? Quizás no tanto como para perder aquella orientación, porque el Instituto Pedagógico se desarrolló, según Eugenio González, en la dirección señalada. “Ha dado a la Pedagogía –uso el término en su amplio alcance científico y técnico– la condigna importancia, sin desconocer que, siendo el proceso educativo un proceso vital y la relación educativa una relación humana, la educación debe servirse de los instrumentos de la vida, tan afines a los del arte, ceñirse a las modalidades cambiantes de la compleja realidad sobre la cual se opera: el alma de los educandos, refractaria, por su esencial dinamismo cualitativo, a cualquier presuntuoso intento de cuantificación mecánica”.⁹⁹

La honda connotación, el espíritu emocionante de estas palabras, están presente en todos los seres humanos que pasaron por la escuela y escucharon con atención a sus maestros.

Lejos de haber agotado la obra educativa de Eugenio González, deseo llamar la atención sobre un problema tratado por él en 1967, que reaparece hoy, como trabas o dificultades en el funcionamiento de la Universidad de Chile, a través de rígidos controles ejercidos por la Contraloría General de la República. En efecto, las universidades estatales se hayan sometidas a estos controles, mientras que las universidades particulares tradicionales se financian principalmente con aportes fiscales y, sin embargo, están fuera de todo control presupuestario.

En una entrevista periodística expresa entonces: “Permítame usted una breve digresión anecdótica que tiene atinencia con su pregunta. Conversando en cierta ocasión con un distinguido catedrático en cierta Universidad particular sobre las reformas que deseo introducir en la Universidad de Chile, al referirme a las disposiciones legales que la entraban me dijo: la solución es muy sencilla. Procure usted que le tramiten un proyecto de ley que diga simplemente: «La Universidad de Chile estará sometida al mismo régimen legal de las universidades particulares».¹⁰⁰ Aparte el sentido humorístico de esta afirmación, él plantea otra cuestión de fondo. “¿No sería lógico, dentro de un buen ordenamiento de las instituciones, que las universidades financiadas en parte sustantiva por el erario público fueran incorporadas a este sistema nacional del Estado? Hacerlo ¿no sería de conveniencia educacional y social? La situación actual es, como usted muy bien destaca en su pregunta, evidentemente anómala. Tenga usted en cuenta, además, que al financiar el Estado corporaciones universitarias que invierten con entera libertad fondos fiscales –a veces en crear institutos paralelos y similares a los de la Universidad de Chile–, el Estado entra pintorescamente en competencia consigo mismo”.¹⁰¹ Vicisitudes del “mercado” en la educación, que actualmente se ha acentuado aun más en nuestro país, no sólo con la educación básica particular, financiada por el Estado, sino también con centenares de institutos técnicos y una cincuentena de universidades privadas que “venden” una enseñanza de baja calidad.

Definidos los fines y funciones de la Universidad, Eugenio González se pregunta si ella cumple en Chile con aquellos requisitos, dentro de la doble tarea de adaptación y anticipación que, en el fondo, es una sola, porque “si quiere actuar realmente sobre el espíritu de la juventud, tiene que estar siempre proyectando en el porvenir sus empresas del presente”. Él mismo responde: “Sólo la cumple en parte, de manera dispersa y arbitraria, a través de iniciativas no siempre convergentes, sin conexiones armónicas y regulares con el resto del proceso educacional y social”. En seguida, menciona las causas de esta últi-

ma situación, clasificándolas entre las de orden interno y las de orden externo. Las primeras se derivan de la misma Universidad, “de su tradición y de su régimen, de sus estructuras y orientaciones, de las actitudes, hábitos y conceptos de quienes en ella conviven y trabajan”. Las segundas provienen “del atraso del sistema educacional, de los desniveles económico-sociales, propios del sistema social vigente, que limitan las perspectivas de gran número de jóvenes chilenos, de la insuficiencia de los recursos presupuestarios que el Estado proporciona a la Universidad”.¹⁰²

Este notable maestro señala además que la Universidad de Chile podrá introducir serias reformas en sus estructuras, en sus funciones y en sus métodos siempre que cuente con una Ley Orgánica adecuada y con un presupuesto suficiente. “Pero ellas no alcanzarán la totalidad de su eficacia social si no se afirman –como tanto se ha dicho– en una reforma integral de la educación nacional que, a su vez, es correlativa de cambios fundamentales, que son ya impostergables en la organización económico-social y en el sistema institucional. El derecho a la educación es esencial en una verdadera democracia y el Estado tiene el deber de garantizarlo, prestando efectiva asistencia económica a quienes la necesitan”.¹⁰³ En esta perspectiva de cambio y perfeccionamiento de la vida de relación, reitera la política de colaboración de la Universidad a las profundas transformaciones del sistema educacional y social que el país requiere, participando en la elaboración de los planes generales de reforma y desarrollo de la educación nacional, aportando las investigaciones y estudios de sus organismos competentes y presentando al Estado los requerimientos de la enseñanza superior”.¹⁰⁴

Para contribuir a las reformas necesarias, hizo elaborar durante su rectorado un proyecto de Estatuto Orgánico de la Universidad, que fue aprobado en el Consejo Universitario después de su discusión en las distintas Facultades, así como promovió la formulación de las Bases para un Plan de Desarrollo de esta casa de estudios superiores, documentos que, como él mismo lo expresara con ironía, tuvieron “incierto fortuna”. La Universidad de Chile debe, sostenía el rector, aún con las limitaciones financieras y su atrasado Estatuto, superar sus deficiencias y llegar a ser “una realidad viva, un organismo auténtico, con espíritu y sentido que trascienda las rutinas administrativas y proyecte su acción creadoramente en la sociedad y en el porvenir”.¹⁰⁵ De este modo, podrá ella avanzar mucho más que en el pasado.

Como lo dijo tantas veces, la Universidad debe auscultar el sentido profundo del tiempo en que se vive y adaptarse a las nuevas funciones que este tiem-

po requiere. “El progreso científico y tecnológico que nos asombra y a menudo nos abruma está poniendo en evidencia, después de un frenético especialismo, la necesidad de una formación espiritual integrada de quienes lo promueven, no sólo por los peligros que implica la neutralidad de la ciencia y de la técnica frente a los valores, sino también por las relaciones de creciente interdependencia entre las distintas esferas de la ciencia y de la técnica, y de todas ellas con las demás formas de vida cultural, de la vida propiamente humana”.¹⁰⁶ Ante esta realidad sostiene que, para realizar el propósito mencionado de formación integral del universitario, no se requiere modificar la estructura de las Facultades entonces existentes, sino modificar los planes de estudio, los métodos de trabajo y el sentido de las cátedras. En ese tiempo expone las preocupaciones fundamentales de la Universidad, de acuerdo a una política de ordenamiento y planificación de las actividades corporativas en todos sus aspectos. Se trata de reformas urgentes para adecuarla a las necesidades de ese tiempo y del país que, por su importancia, requieren estudios de las realidades y posibilidades y sin renunciar “a la imaginación creadora y a la audacia realizadora”. Anunció, entonces, que habían comenzado los estudios para preparar un planeamiento de la expansión de la Universidad proyectado para un período no menor de 15 años, en el que se definirían las metas, objetivos y prioridades y, sobre estas bases, las demandas presupuestarias anuales. “Constituye una dificultad considerable para esta empresa de planeamientos la falta de investigaciones correctas y completas acerca de las necesidades actuales del país y estimaciones hacia el futuro próximo en cuanto se relaciona con las funciones que a la Universidad conciernen”.¹⁰⁷ Por lo que señala que deberá, la misma corporación, buscar esa información.

En esta misma dirección, destaca las tareas de extensión cultural y de acción social. En el primer caso, tanto las que realiza el Departamento respectivo como las que efectúan las Facultades, son muy importantes, a tal punto que en otros países están a cargo de organismos estatales y municipales y, a veces, de ministerios de cultura, entre los cuales cabe considerar al Instituto del Teatro, la Orquesta Sinfónica, el Ballet Nacional, etc. En el segundo caso, esto es, a la acción social, indica que pronto se someterá a la consideración del Consejo Universitario la reglamentación de un Departamento en el que tendrá activa ingerencia la Federación de Estudiantes de Chile. Relacionado con lo anterior, afirma de que está consciente “de que hay que llegar a un estado de cosas en el que no haya –ahora abundan– deserciones ni fracasos estudiantiles por causas económico sociales: es de conveniencia nacional que todo estudiante apto y responsable pueda terminar sus estudios en la Universidad contando, para ello, con la ayuda del Estado, porque al prepararse para

el desempeño de una profesión útil, está cumpliendo una función social que, como tal, interesa al Estado".¹⁰⁸ Esta es una demanda por la que todavía lucha el movimiento estudiantil, situación agravada por la comercialización de la enseñanza universitaria a partir de la dictadura de la derecha civil y militar.

Evaluación y reforma

En 1966, Eugenio González hizo un balance del desarrollo del sistema educativo nacional, señalando sus progresos, pero también sus limitaciones e insuficiencias. Para partir se planteó la interrogante: ¿está la Universidad en crisis?, y la respuesta surge de los antecedentes que analiza. En 1865, Chile, con una población de 1 millón 800 mil habitantes tenía aproximadamente 52 mil alumnos en el conjunto de establecimientos de enseñanza. Un siglo después, mientras la población nacional había aumentado más de cuatro veces, la población escolar lo había hecho en 40 veces. Más todavía. "Si se examina el crecimiento de la matrícula de la educación primaria, media y superior en los últimos años, y las proporciones de la matrícula total que corresponden a cada uno de los tres grados, puede comprobarse que la del primero, incluida la educación parvularia, está próxima a la población en edad de recibirla y que, al mismo tiempo, ha crecido con gran rapidez la del grado medio, y con mayor rapidez aún la del grado superior".¹⁰⁹

No obstante, la situación del sistema nacional de educación no estaba resuelta. La apreciación anterior sólo revela que para la fecha en que se hizo ese balance (1966), estaba casi solucionado el problema cuantitativo de la educación primaria y se había obtenido una expansión importante de la educación media. Pero indicaba, además, que el desarrollo de la educación superior era todavía insuficiente. No obstante, se anotaba que el desajuste entre el número de egresados de la enseñanza media y la capacidad de las universidades para recibirlos era menos de lo que antes se pensaba. La matrícula total del primer año de las universidades, entre 1961 y 1965, representaba, en efecto, el 80% de la matrícula total del último año de las escuelas de educación media con seis años de estudio, entre 1960 y 1961, aunque habría que descontar el porcentaje de repitentes del primer año universitario (aproximadamente entre 20 y 30%).

De acuerdo con este ritmo de crecimiento de la educación en las últimas décadas (anteriores a la de los años sesenta), Eugenio González formuló una proyección para el inmediato porvenir, a partir, precisamente, del fundamento de ese crecimiento: la elevación del nivel económico social de importantes sectores de la población. Este rápido desarrollo es la mejor garantía de que las metas esbozadas para 1975, –agrega– han de ser alcanzadas, a menos que

se frene deliberadamente la tendencia a la cual corresponden. Concluye el rector: “De lograr tal resultado, y dando por supuesto que la Universidad de Chile mantendrá en sus aulas, en los próximos años, alrededor del 55% del total de los estudiantes (secundarios) del país, habremos llegado en 1975 a una proporción de 80 universitarios por cada 10 mil habitantes, y una matrícula de la enseñanza superior equivalente al 3.5% de la matrícula total del sistema escolar, objetivo no extraordinario, pero sí realista”.¹¹⁰ Habría que ver hoy si esta meta se alcanzó en las universidades dignas de ese nombre.

Pero este gran educador no se detuvo en la evaluación de la enseñanza universitaria, sino que además se adelantó a plantear la reforma que requería ésta para cumplir con las exigencias del futuro. Afirmó, por eso, que “el notable incremento cuantitativo de nuestra educación superior sería un beneficio ilusorio y podría crear nuevos y mayores problemas, si no fuera acompañado de una radical reforma de la Universidad y de la organización de los estudios, en orgánica correlación con una reforma completa de todo nuestro sistema educacional y con un efectivo cambio en la situación económica y social de Chile”.¹¹¹ Esta concepción representa una lejana resonancia del grito de Córdoba de 1918, que él recibiera cuando se incorporó como estudiante al Instituto Pedagógico. En seguida, como ningún otro maestro, él había vinculado toda su vida a la renovación del sistema educativo nacional: nadie lo aventajó en esta materia.

Eugenio González no esperó, por eso, que los estudiantes plantearan, una vez más, la reforma universitaria porque, según él, “debe producirse desde adentro, desde la raíz misma de su realidad operante, como natural desarrollo de nuevas virtualidades de esencia secular”, de suerte que “los profesionales y científicos que prepare sean personalidades cultas, que todos los que a ella ingresen y en ella trabajen tomen conciencia de los valores –intelectuales y éticos– que confieren sentido humano y social a las disciplinas que cultiven”. Precizando aún más su pensamiento, agrega que “para lograrlo, no se requiere, en primer término, cambios formales y administrativos: lo que importa son cambios fundamentales y convergentes en la actitud y conducta de profesores y estudiantes, que hagan real la Universidad como conjunto orgánico, capaces de imprimir carácter a todos sus miembros; un definido estilo de pensamiento y de vida”.¹¹²

La política de reforma y el estilo de diálogo, que constituía una de las características de su personalidad (como se verá en el capítulo cuarto), atrajo desde los inicios de su rectorado a los estudiantes, a lo menos a la mayoría de ellos. El presidente de la FECH de entonces Luis Maira así la destacó en ese tiempo: “A las autoridades encargadas del gobierno universitario queremos reiterarles que nos sentimos parte integrante de una comunidad universitaria que nos estimula y

nos comprende y que anhelamos cada día mas perfecta. Especialmente quisiéramos señalar la comprensión, generosidad y apoyo que hemos encontrado en el señor Rector de la Universidad, cuyo espíritu progresista compromete ya el reconocimiento permanente del movimiento estudiantil”.¹¹³ Esta relación de diálogo y colaboración entre el rector y la FECH hizo posible la creación del Departamento de Acción Social, a través del cual se canalizaron numerosas iniciativas de los estudiantes en beneficio de los sectores mas pobres y explotados de la sociedad. Había, además, una plena coincidencia entre ambas partes sobre el diagnóstico y la crítica de la Universidad.

Esta realidad ha sido reconocida por personeros estudiantiles de dicho movimiento de reforma universitaria, no sólo en los días de lucha, sino también con posterioridad, mirándola retrospectivamente. “La estrategia de la FECH de diálogo con las autoridades –expresa Carlos Huneus– era válida sólo para la Universidad de Chile, pues en las otras, las autoridades no tenían el espíritu de cambio y de relación directa con los dirigentes estudiantiles, como en la Casa de Bello... Mientras en la Universidad de Chile las autoridades superiores y la FECH dialogaban para impulsar la reforma, en las Universidades Católica de Valparaíso y Católica de Chile no se produjo esta situación por rigidez o por una errada decisión política de los rectores, el profesor Arturo Zavala y Monseñor Alfredo Silva Santiago, respectivamente, produciéndose conflictos que conducirían a la toma de las casas centrales de una y otra, el 20 de julio y el 11 de agosto de 1967”.¹¹⁴

El cogobierno, planteado primero en las universidades católicas, donde la reforma universitaria había adquirido el carácter de una lucha por la democratización del poder, se proyectó en seguida por las Juventudes Comunistas en la Universidad de Chile, en la cual la situación era distinta. Ante dicha exigencia, el rector Eugenio González y la FECH, presidida por Antonio Cavalla, emitieron una declaración conjunta en la que afirmaron la necesidad de participación de los estudiantes “en los cuerpos colegiados que adoptan decisiones, sosteniendo al mismo tiempo que la intervención de los alumnos en el claustro elector dentro de una universidad regularmente constituida es contraria, en principio, a la naturaleza de las funciones propias de las autoridades académicas y nada tiene que ver con una efectiva democratización de la Universidad; en la práctica, significaría introducir Inevitablemente, en su generación, procedimientos electorales reñidos con el orden de valores que dan sentido a la vida universitaria”.¹¹⁵

No obstante, cruzado por dos fuegos –la Facultad de Filosofía y Educación y el Consejo Universitario– se vio obligado a renunciar al cargo de rector antes del término de su mandato. La Facultad de la que había formado parte y

dirigido con anterioridad, estableció la participación estudiantil en las propuestas de los Jefes de secciones y directores de escuelas (el llamado cogobierno universitario), vulnerando de este modo los acuerdos del Consejo Universitario. Este cuerpo colegiado resolvió la reorganización inmediata de dicha Facultad, precipitando la renuncia del rector, por no compartir tal determinación y hacerse insostenible, en un proceso de crisis, el desacuerdo en la conducción de la Universidad. No estábamos acostumbrados en Chile a este tipo de “dignidad representativa”, según el lenguaje emersoniano, que él le atribuyera a Valentín Letelier. Esta renuncia tuvo, por cierto, el carácter de indeclinable aún ante los ruegos de profesores, personal de administración y estudiantes, que le pidieron que desistiera de su dimisión. Igual posición tuvo ante el Consejo Universitario.

El año 1968 representó el punto más alto de la rebelión de los estudiantes en diversas partes del mundo. En Chile comenzó en la Universidad Técnica del Estado, luego en la Pontificia Universidad Católica de Santiago y en la de Valparaíso, extendiéndose, en seguida, a la Universidad de Chile. “En el Fondo, dice Julio C. Jobet, la rebelión de la juventud universitaria chilena empalma con el movimiento juvenil mundial de repudio a la sociedad dominante, tanto a la sociedad industrial opulenta como a la sociedad primitiva indigente y, por lo tanto, de rechazo al poder abrumador de las oligarquías económicas y políticas, al industrialismo masificador y su alienación creciente, al atraso y miseria en los países pobres, expoliados y saqueados por las potencias industrializadas”.¹¹⁶ De este modo, el proceso de cambios en las universidades, con profundas proyecciones en la lucha social, se universalizó.

Estas manifestaciones de rebelión política, en efecto, cruzaron los océanos y tuvieron una explosión profunda y extensa, entre otros países, en Francia. Los estudiantes franceses, quienes dieron el ejemplo más contundente de rebelión, afirmaron posiciones anticapitalistas y antimperialistas, combatiendo contra una sociedad “que funda su prosperidad en la opresión del proletariado y de los países subdesarrollados. El inolvidable movimiento del 68 proyectó sus resplandores en el mundo. No pudo ser menos. Puso en discusión la sociedad capitalista y la civilización industrial, negando la sociedad en que vivía, de la cual aquella casa de estudios superiores es su emanación. “Por eso, a juicio de ellos, la Universidad no pasa de ser una mera usina entre las demás y su razón de ser actual se limita a producir los cuadros que la sociedad industrial, o preindustrial, necesita para perpetuar su opresión. Es decir, de las aulas de las universidades de los países capitalistas únicamente salen los futuros cuadros de profesionales y técnicos guardianes de la sociedad burguesa”.¹¹⁷

Los estudiantes universitarios chilenos asumieron similar posición, seña-

lando que sus centros de enseñanza superior estaban comprometidos con el sistema capitalista, que sólo se interesaban por profesionales y técnicos a su servicio, inspirados en el individualismo y el conformismo. Consideraron entonces que aquéllos no se habían preocupado de las demandas de desarrollo económico y cambio social del movimiento popular y de la enseñanza superior. La juventud planteó, por lo tanto, su lucha por una reforma completa de las universidades, en cuyo proceso reclamó una participación democrática. En este marco, el cogobierno era, pues, sólo la parte instrumental de una lucha más profunda, que alcanzaba al conjunto de la sociedad e hizo explosión en los siguientes años, es decir, entre 1970 y 1973.

La posición de Eugenio González fue positiva, porque los objetivos principales y de fondo del movimiento estudiantil eran coincidentes con los expresados por él durante toda su actuación universitaria. En efecto, habiendo abandonado el cargo de rector, hizo público un documento que reviste el carácter –aunque negado por él mismo– de “testamento universitario”. En él resumió su pensamiento de educador. “El tema de la reforma universitaria es de actualidad permanente y, a pesar de que en torno a él proliferan los tópicos, siempre resulta provechoso destacarlo”. Desde este punto de vista, expresó que el movimiento de reforma de la Universidad, planteado en ese momento, tenía –más allá de la participación estudiantil en la elección de las autoridades del plantel– una significativa trascendencia dentro del movimiento progresista de nuestro pueblo, en el marco de la crisis mundial”.¹¹⁸

En su visión del mundo, en efecto, la sociedad, el Estado y la cultura estaban en crisis. “Es que el hombre mismo, en los fundamentos de su propio ser histórico, está en crisis, abriendo su conciencia –entre frustraciones y esperanzas– a nuevas posibilidades espirituales y materiales”. Su concepto de esta crisis es profundo y, por lo mismo, actual. “Nunca se había dado –junto con la universalización de las formas de vida de la civilización técnica– una coyuntura revolucionaria tan cargada de virtualidades positivas y negativas para el destino humano”. Su personalidad une indisolublemente al maestro y al político, lo que le permite precisar su idea socialista. “La revolución social, reiteró, no es para las nuevas generaciones un vago ideal de teóricos y utopistas, situado siempre más allá de un cambiante horizonte histórico, sino una realidad vivida en la experiencia cotidiana, tanto en la inmediata y propia como en la ajena y distante. Nada de lo que hoy día sucede en cualquier parte del mundo puede ser extraño para nadie en el mundo”.¹¹⁹ Es la concepción ecuménica de la revolución según el marxismo. Con una concepción similar a la de Marcuse, afirmó entonces que uno de los fenómenos reveladores de la crisis orgánica de las sociedades modernas era “la rebelión de los estudiantes”. Este

maestro visionario precisó su pensamiento. “Ella ha comenzado generalmente en lo inmediato, como protesta contra instituciones demasiado vetustas de la vida académica, para convertirse pronto en la lucha abierta contra los poderes conservadores y anónimos que gobiernan desde la sombra a los estados, al servicio de los intereses deshumanizados y deshumanizantes de la sociedad industrial”.¹²⁰ La juventud latinoamericana, a la que él se refería entonces, ya había realizado la revolución cubana y en poco más de una década inauguraría otro proceso revolucionario semejante en Nicaragua, abriendo frentes de lucha en numerosos países del continente. En Chile estaría presente esa misma juventud rebelde junto al gobierno popular de Salvador Allende y en contra de la dictadura burguesa de Pinochet, derramando su sangre generosa, e incorporándose muchos de sus miembros en el contingente de héroes populares.

Ante la rebelión estudiantil, Eugenio González planteó la apertura de la Universidad de Chile hacia el proceso revolucionario, convirtiéndose en “un factor dinámico y radicalizador del cambio social”, preparando moral, intelectual y técnicamente a la juventud de sus aulas “para asumir responsabilidades en el mundo que será suyo, el del inmediato porvenir, cuyas bases se están echando en el convulso presente”. La Universidad ha de cumplir, por eso, una doble función. La función ética, consistente en suscitar en los jóvenes una toma de conciencia de “los auténticos valores, individuales y colectivos, de la vida humana”. La función social, haciendo suyos los problemas de nuestro pueblo”. Por desgracia, como él lo advirtió “... la Universidad forma excelentes profesionales y técnicos, pero no podría aseverarse que forma también hombres cultos”.¹²¹ Tenía entonces 65 años y, como sucede con todo hombre digno, no había cambiado su pensamiento con las modas. Pasarían sólo siete años desde que formulara esta advertencia para que muchos de estos “excelentes profesionales y técnicos”, algunos de ellos profesores universitarios, colaboraran irracionalmente desde la dictadura, las fuerzas armadas, los tribunales, las empresas, los partidos, las jerarquías eclesiásticas y todas las instituciones burguesas en el genocidio de 1973 y de los siguientes años.

El contenido de ese “testamento universitario” es sólo un resumen de las concepciones expuestas durante su mandato de rector sobre reforma de la educación nacional, en la última etapa de su vida de maestro. La reforma universitaria no era ya, en la década de los sesenta, la vieja idea sostenida en los países latinoamericanos de simple modificación de la estructura de los servicios docentes y, sobre todo, de incorporación de los estudiantes a los organismos directivos de estas corporaciones. “Se trata de la necesidad de un cambio radical en la actitud de conciencia de los universitarios –catedráticos,

investigadores, alumnos-, en relación con las dramáticas urgencias del mundo actual”. La Universidad siempre tuvo para él, como máximo imperativo, la “preservación de los valores que dan sentido de superior dignidad a la vida humana, individual y colectiva, en cada circunstancia histórica”. Por eso, ella no sólo se ocupa de tareas específicas, como la preparación de profesionales, el estímulo a la creación intelectual y artística, el fomento de la investigación científica y tecnológica, la difusión de los bienes culturales, sino que debe “preocuparse fundamentalmente de la formación del hombre en la plenitud de su condición moral”.¹²²

En esta labor, la Universidad debe aplicar todos sus recursos docentes para, por una parte, “atenuar en sus alumnos las deformaciones espirituales que produce en ellos la sociedad actual, con su mezquina visión económica de la vida” y, por la otra, “cumplir cabalmente la misión humanista que le es propia, que siempre ha sido la suya principal y que ahora, más tal vez que en otras épocas, es un compromiso de honor con el destino humano amenazado, como nunca lo estuvo, por las aterradoras energías que ha develado la inteligencia científica”.¹²³ La Universidad, en cuanto institución cultural –manifiesta Eugenio González–, depende en su estructura, contenido, orientación y funcionamiento, de las condiciones concretas de una situación determinada en tiempo y lugar, y se transforma, como dice Jaspers, juntamente con la vida de los pueblos. Existe entre ella y su contexto histórico-cultural, social y nacional, una correspondencia orgánica de cuya consideración hay que partir para elaborar cualquiera política trascendente sobre la educación superior. “Esto parece obvio, pero también lo es que siendo –o debiendo ser– la Universidad el centro en que la sociedad adquiere más lúcida conciencia de sí misma, mediante el examen científico de sus problemas vitales, del movimiento de las ideas y de las fuerzas que operan en el complejo mundo de las relaciones humanas, del sentido de las metas y perspectivas que se diseñan en el inmediato porvenir, le corresponde a la Universidad cumplir –por natural efecto de sus tareas específicas– una gran misión orientadora de los grupos dinámicos de la comunidad nacional, especialmente de la juventud y del pueblo”.¹²⁴

NOTAS

49 Astolfo Tapia Moore. *Personalidad Universitaria de Eugenio González*, Editorial Nascimento, Santiago, 1980, pág. 11.

50 Julio César Jobet, *La personalidad de Eugenio González Rojas y su rectorado de la Universidad de Chile*, ibidem, págs. 85 y 86.

51 Juan A. Epple, “La narrativa de Eugenio González”, en *Eugenio González, maestro del socialismo*, Centro de Estudios del Movimiento Obrero Salvador Allende, México, 1981, pág. 30.

52 Ibidem.

- 53 Fernando Casanova y Manuel Fernández, *El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile*, Editorial Quimantú, Santiago, 1973, pág. 36.
- 54 Eugenio González, “Algunos aspectos del problema educacional”, revista *Atenea* n°8, Concepción, 10 de enero de 1928, pág. 271.
- 55 Ibidem, pág. 273.
- 56 Ibidem
- 57 Ibidem, pág. 275.
- 58 Ibidem, págs. 275 y 276.
- 59 Ibidem, pág. 277
- 60 Ibidem, pág. 278
- 61 Eugenio González, “Ortega y Gasset y la Universidad”, revista *Atenea* n°72, febrero de 1931.
- 62 Ibidem
- 63 Citado por Eugenio González, Ibidem.
- 64 Ibidem
- 65 Ibidem
- 66 Ibidem
- 67 Ibidem
- 68 Ibidem
- 69 Ibidem
- 70 Ibidem
- 71 Ibidem
- 72 Ibidem
- 73 Julio César Jobet, *La personalidad de Eugenio González Rojas y su rectorado de la Universidad de Chile*, Centro de Estudios del Movimiento Obrero Salvador Allende, México, 1981, pág. 95.
- 74 Ibidem
- 75 Ibidem, pág. 98
- 76 Eugenio González, Discurso pronunciado en la inauguración del año académico, en la Escuela de Derecho de Valparaíso, el 30 de abril de 1965.
- 77 Ibidem
- 78 Ibidem
- 79 Ibidem
- 80 Eugenio González, Discurso pronunciado en la ceremonia académica realizada en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, el 2 de septiembre de 1963, con motivo de asumir sus funciones de rector.
- 81 Eugenio González, Discurso pronunciado en la sesión inaugural de la Facultad de Ciencias, celebrada en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, el 16 de marzo de 1965.
- 82 Ibidem
- 83 Ibidem
- 84 Ibidem
- 85 Ibidem
- 86 Ibidem
- 87 Ibidem
- 88 Ibidem
- 89 Ibidem
- 90 Eugenio González, Discurso pronunciado en la ceremonia académica realizada en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, el 2 de septiembre de 1963, con motivo de asumir sus funciones como rector.

- 91 Ibidem, Discurso pronunciado en la inauguración del año académico de 1964.
- 92 Eugenio González, Discurso pronunciado en el Seminario de la Federación de Estudiantes de Chile sobre Reforma Universitaria, celebrado el 27 de junio de 1964.
- 93 Ibidem
- 94 Ibidem. Discurso pronunciado en el acto inaugural de la Semana de Reforma Universitaria, celebrada en Valparaíso, el 9 de agosto de 1966.
- 95 Eugenio González, "Página abierta". Revista *Ercilla* n°1669 del 31 de mayo de 1967.
- 96 Ibidem
- 97 Eugenio González, Discurso pronunciado en el 75º aniversario del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, conmemorado el 4 de agosto de 1964.
- 98 Ibidem
- 99 Ibidem
- 100 Erika Vexler, Entrevista, revista *Ercilla* n°1681, de agosto de 1967.
- 101 Ibidem
- 102 Ibidem. Discurso pronunciado en el acto inaugural de la Semana de Reforma Universitaria, celebrada en Valparaíso, el 9 de agosto de 1966.
- 103 Ibidem
- 104 Ibidem
- 105 Ibidem
- 106 Ibidem
- 107 Ibidem
- 108 Ibidem
- 109 Eugenio González, "El problema de la Universidad es un problema de la nación". *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, enero-marzo de 1966.
- 110 Ibidem
- 111 Ibidem
- 112 Eugenio González, Discurso, *Anales de la Universidad de Chile*, vol. 130, 1964, págs. 250 y 252.
- 113 Luis Maira, Discurso, *Anales de la Universidad de Chile*, vol. 130, 1964, pág. 263.
- 114 Carlos Huneus, *La reforma universitaria, veinte años después*. Corporación de Promoción Universitaria, Santiago, 1988, pág. 87.
- 115 Eugenio González, rector de la Universidad de Chile, y Antonio Cavalla, presidente de la FECH, "Declaración conjunta", *Anales de la Universidad de Chile*, N°146, pág. 196.
- 116 Julio César Jobet, "La personalidad de Eugenio González Rojas y su rectorado de la Universidad de Chile", *ibidem*, pág. 129.
- 117 Ibidem, pág. 130.
- 118 Eugenio González, "Consideraciones sobre la Universidad", *El Mercurio*, Santiago, 2 de junio de 1968.
- 119 Ibidem
- 120 Ibidem
- 121 Ibidem
- 122 Eugenio González, Discurso pronunciado en la ceremonia académica realizada en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, el 2 de septiembre de 1963, con motivo de asumir sus funciones de Rector.
- 123 Ibidem
- 124 Eugenio González, Discurso pronunciado en el acto inaugural de la Semana de la Reforma Universitaria, celebrada en Valparaíso el 9 de agosto de 1966.

Capítulo tercero

EL VUELO DE LA PALABRA

Prosas juveniles

Eugenio González fue una especie de reencarnación del hombre del Renacimiento, asimilador de la cultura de su tiempo y abierto al disfrute de todas las satisfacciones varoniles de la vida, en el marco del debido equilibrio de estas gratificaciones en los hombres activos. Se pareció mucho, por tales tendencias, a Giordano Bruno, sin exponerse, como éste, al fuego lacerante de las inquisiciones modernas. En más de medio siglo de fecunda actividad intelectual dejó un legado de ideas y obras que, por su profundidad y belleza, habrán de perdurar durante mucho tiempo como parte integrante de nuestra cultura nacional. Su personalidad fue multifacética, destacando en las más variadas actividades intelectuales, siempre al servicio de los intereses populares e interpretando los más altos valores culturales, hasta alcanzar el rango de una de las figuras más ilustradas y brillantes del siglo XX en Chile.

Dominado por una vocación irresistible, cultivó sus dotes naturales de escritor, entre 1920 y 1942, escribiendo prosas de juventud, que comprendieron ensayos sociopolíticos y divagaciones líricas, cuentos y novelas y, por último, discursos pronunciados en el ejercicio de las funciones docentes y políticas que desempeñó en el curso de su vida. Los ensayos juveniles se publicaron preferentemente en la revista *Claridad*, de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, fundada en 1920 y que tuvo una activa labor política y artística en los años 1920-1932, porque difundió el ideario de la juventud de ese período. Las prosas líricas aparecieron principalmente en la revista *Atenea*, de la Universidad de Concepción, la que le otorgó el premio anual de 1931. Escribió también en la revista *Índice* y otras de ese tiempo de la vida literaria chilena, donde se encuentran “enterrados”, dice

Ricardo Latcham, diversos y medulares ensayos de un exigente estilista que nunca se ha prodigado.

En sus ensayos sociopolíticos de juventud (1920-1922) trata una variada temática, en la cual destaca uno sobre José Vasconcelos que, por su calidad, pudo escribirlo también en su madurez. “Se admira –dice en este opúsculo de 1922, es decir, cuando tenía sólo 19 años–, a los que nunca se descubren. El cálculo utilitario, la preocupación de las conveniencias, el prudente “saber vivir” de nuestros moralizadores amengua los caracteres, deshace en embrión los ímpetus viriles, ahorra las afirmaciones altaneras y las negaciones creadoras. Estamos habituados a lo indeciso, a lo vago, a lo que nada significa, a los hombres amorfos, a las frases hechas, a las actitudes académicas... Somos incapaces de exaltación, pobres de rebeldía, sumisos hasta lo extraordinario y desmesuradamente resignados. Por eso, cuando alguien sacude nuestra modorra espiritual, con una palabra encendida o con un gesto de noble audacia ideológica, nuestro estupor es sólo comparable al de un ciego que, por inesperado y bienhechor milagro, entreviese el día”.¹²⁵ Como si estuviera hablando hoy, en los primeros años del siglo XXI.

¿Para qué es esta introducción. El mismo lo explica, como reflexión sobre la visita a Chile de Vasconcelos. “Vino, sencillo y sincero. A pesar del estiramiento protocolar y oficial de su misión, su sencillez de maestro, su sinceridad de hombre libre, resaltaron con firme y austera pureza en nuestro ambiente de pacata solemnidad. Desde la tribuna universitaria, con palabras que tenían el místico color de la fe, expuso recios conceptos de humanidad, habló de las anunciadoras inquietudes del mundo, del imperativo social que descansa sobre los encargados de velar por la continuidad de la cultura”. Destaca también con júbilo que Vasconcelos “declaró que las oriflamas de las patrias ya casi no movían su pecho”.¹²⁶ Palabras, esta vez de Vasconcelos, que tienen hoy también plena validez, al término de la cruenta dictadura de los altos mandos de las Fuerzas Armadas al servicio de los intereses de las clases dominantes internas y externas.

Después de esta caracterización, se pregunta: ¿Quién es, pues, el hombre que en la ciudad de Santiago, suntuosa y tradicionalista, pudo atreverse, en pública reunión, a expresar pensamiento semejante? La respuesta es obvia. Un visionario del porvenir de nuestra América y el maestro de una juventud, visionario del porvenir de esta América que fue, en el pasado, escenario de resonante heroicidad; refugio, hoy, de la atribulada esperanza del mundo. Maestro de una Juventud enaltecida en un constante empuje renovador, vigorosa en los designios de su actividad idealista, guardadora en el Norte, frente a una civilización mecánica y exorbitante, de la libertad latina y del sentido de

la tierra”.¹²⁷ Eugenio González tuvo entonces –hacia comienzos de la década de los años veinte– la percepción intelectual para descubrir, en ese maestro de la juventud latinoamericana, al más grande pensador y escritor de México hasta hoy, por encima de las contradicciones en su vejez.

Entre los años 1922 y 1925 publicó numerosos ensayos breves en el periódico *Claridad* y en *Justicia*, con su nombre y con los seudónimos de “Juan Cristóbal” y “Ariel”. A veces aparecían sendos artículos bajo esas autorías. No voy a analizar estos trabajos, pero puedo generalizar la alta calidad de todos ellos. Las temáticas eran muy variadas. Aparte el dedicado a Vasconcelos, discurría sobre inquietudes tales como “al margen de lo cotidiano”, “escarceos en la política”, “el imperativo de la libertad”, “el santo oficio de la democracia”, “el peligro yanqui”, “la amenaza imperialista”, “la máscara del imperialismo”, “una alianza espiritual”, “la conferencia de la mentira”, “vivir la reacción clerical”, “del ambiente nacional”, “el desquiciamiento de un régimen”, “saludo a los nuevos parlamentarios”, “el problema del divorcio”, “en torno al movimiento militar”, “afirmando posiciones”, “¿dónde está la salvación?”, “glosas de un año triste”, “la necesidad de admoniciones”, “la comedia infinita”, “saludo a Ana Banker”. ¡Interesantes las temáticas!

Podría comentar algunos de estos artículos del joven Eugenio González que, por sus contenidos, lo convierten en “contemporáneo del porvenir” –cita de Romain Rolland, que nuestro compañero utiliza en uno de esos análisis– como “En torno al movimiento militar”, publicado en *Justicia*, Santiago, N°1.300 el 3 de noviembre de 1924, “Glosas de un año triste”, I y II, publicados en el mismo periódico, en los números 1.378 y 1.379, de 21 y 22 de enero de 1925, cuando tenía 21 años. Como tantas ideas expuestas por él constituyen anticipos de lo que sucederá medio siglo después, con el golpe militar de 1973, porque la historia, en su esencia, efectivamente se repite. Las bayonetas han tenido aquí, como en todos los países civilizados, –dice Eugenio González– una misión esencial: mantener intacto ese andamiaje de mentiras, de explotación y de violencia arbitraria que es el Estado”. Se refiere al golpe militar de septiembre de 1924, que obligó al Presidente Arturo Alessandri a abandonar el gobierno y el país.

¿Qué se propuso ese golpe militar? “Reemplazarán mentiras decrepitas por mentiras más viejas aún, adornarán la fachada de la casa colonial con decoraciones atrayentes; embaucarán al pueblo con dos o tres leyes que no perjudiquen en mucho, a la oligarquía y a la burocracia, de quienes, acaso sin que muchos se den cuenta cabal, ofician como habilidosos servidores”. ¿Por qué sucede esto? Eugenio González lo explica en aquellos años perdidos en la segunda década del siglo XX. “Nuestro estado social, político y económico

reposa sobre irritantes privilegios. Unas cuantas familias de abolengo colonial, unidas a otras de advenedizos democráticos y a unas cuantas empresas extranjeras, son dueños de la tierra chilena y de sus riquezas pródigas. La gran mayoría, en cambio, es miserable; en los campos, el inquilino, vestigio de servidumbre oprobiosa, es un ser en el que difícilmente se reconoce un semejante; en las ciudades, el obrero rueda su vida en talleres infectos y en los tugurios dantescos de conventillos edificadas por clérigos y burgueses de discutibles inclinaciones filantrópicas”.¹²⁸ Un retrato sociológico de la segunda década del siglo XX.

Esta situación era justificada, entonces, por figuras distinguidas de la derecha. Por eso, Eugenio González concluía con amarga ironía: “Los ricos y los pobres existen desde que existe la sociedad constituida; luego, se trata de una división necesaria, de origen divino, y el que así no lo juzgue tiene que ser un ente peligroso y absurdo. Para resguardar la tranquilidad de los que tienen, el Estado vela como una Providencia terrestre, por intermedio de la Policía, el Ejército y la Magistratura”.¹²⁹ Como en el tenebroso período de 1973 a 1989, cincuenta años después. En la Convención de 1933 del Partido Conservador, su presidente, Héctor Rodríguez de la Sotta, corroboró esta explicación. “Es ciertamente una gran desgracia que haya un reducido número de ricos frente a una muchedumbre de pobres, pero también es una gran desgracia que haya un reducido número de hombres inteligentes frente a una muchedumbre de necios... Que haya pocos ricos y muchos pobres es un hecho natural inevitable, que existirá siempre. Está dentro del plan providencial que así sea y todos nuestros esfuerzos por evitarlo resultarán infructuosos”. Y si esos tuvieran éxito, alteraríamos en tal forma el orden, natural, que la humanidad quedaría condenada a desaparecer”.¹³⁰ Esta concepción providencial rigió la política de la clase que apoyó a Pinochet durante casi dos décadas de dictadura.

De igual manera, esta clase dominante, que definió las políticas de la dictadura y la “nueva” institucionalidad que proyectó como herencia hasta hoy sustituyó, como expresara Eugenio González, las “mentiras decrepitas por mentiras más viejas”. Para mencionar sólo dos ejemplos, habría que señalar que los abogados del Opus Dei volvieron su mirada hacia la constitución de 1833, cuando redactaron la propia, retrocediendo aún más cuando designaron a Pinochet por ocho años después de ejercer el poder durante siete años, apoyado en las armas, pudiendo ser reelegido por un nuevo período. Los “constituyentes” de Pinochet reprodujeron, en la constitución de 1980, la misma norma contenida en la constitución de 1822, que dio por elegido a Bernardo O’Higgins como Director Supremo (cargo equivalente al de Presidente de la

República) por seis años más, después de haberlo ejercido ya durante el mismo lapso y con el “derecho” a ser reelegido por cuatro años más.

¡Pinochet, convertido en padre de la patria! Por las dudas que pudiera suscitar esta comparación, cito a Francisco A. Encina: “El fondo teórico de la Constitución (se refiere a la de 1822) no despertó oposiciones violentas. Las primeras en manifestarse surgieron del artículo 84, que disponía “por primera elección, la que había hecho del actual Director la presente legislatura de 1822”. O’Higgins era designado, de este modo, por seis años que, con los cuatro de la posible reelección y los casi seis ya cumplidos, hacían un total de dieciséis”.¹³¹ Algo similar sucedió con la ley de elecciones dictada por la tiranía, aunque en este caso no se remontó tanto en el pasado, sino que reprodujo una reforma electoral de la segunda década del siglo XX que limitó la cantidad de diputados a dos por circunscripción, exigiendo a la mayoría una votación superior al 66% en cada una de ellas para elegir ambos diputados, con lo que los conservadores pudieron obtener una sólida posición parlamentaria. Esto es llamado –no sé por qué– “modernidad”, cuando lo único que representa es la limitación de clase de la democracia, es decir, la falsa democracia, basada en maniobras del pasado.

El ensayo aludido del joven Eugenio González nos ofrece también reflexiones para comparar a los políticos e intelectuales de 1924 con los de 1973. Dos generaciones sucesivas. Alessandri, Presidente Constitucional de Chile, a quien reconoce como la “única figura digna y de algún relieve que presenta el paupérrimo panorama de nuestra política, terminó por abandonar el poder para irse a lloriquear, primero a la embajada yanqui y después a la Argentina y Europa, “entregado a la piedad internacional”, como él dice en su estilo pintoresco y emotivo. Allende, en cambio, prefirió morir combatiendo en defensa del gobierno que le había encomendado el pueblo, en una elección libre y democrática. Pero a éste cabría aplicar el juicio sobre las deslealtades experimentadas por Alessandri. “Vio a los mismos –dice– que él levantara muchas veces hasta del estiércol, marcar el paso tras el penacho de los generales insurrectos, oyó de labios de sus propios conmlitones y de los oficiales que le habían jurado respeto, las palabras falaces de la traición; sintió derrumbarse en su alrededor la ilusoria defensa de los agradecimientos a que se imaginaba acreedor y de las amistades de que se consideraba depositario”.¹³² Allende alcanzó a calificar a uno de ellos como “general rastrero”, pero no tuvo tiempo para ver cuántos políticos e intelectuales callaron sobre los crímenes de la dictadura o colaboraron con ella o le rindieron homenaje después de ella o compartieron la mesa en “democracia”.

Por último, la afirmación del espíritu revolucionario que surgía en este

hombre, maestro del socialismo, quien enarbolaba la bandera de “la libertad ganada a golpes de audacia y de energía, por una generación heroica que, al parecer, se llevó sus virtudes a la tumba”. Son también palabras del ensayo mencionado. ¿Dónde, pues, está la salvación? se pregunta, contestando como un revolucionario: “Abajo, como siempre, en el pueblo mismo, en la acción enérgica de los elementos libres y progresistas agrupados en torno a propósitos claros y concretos”. Rechaza la indiferencia e inactividad por creer que se trata de una disputa burguesa. “No, el pueblo debe actuar, éste es el momento propicio; estamos en un período revolucionario, y hay que hacer valer en forma revolucionaria las aspiraciones de libertad y de justicia que, dentro del estado de nuestra evolución colectiva, se pueden realizar”. Con verdadera percepción social, agrega que “si no somos un pueblo decrepito, irremediablemente perdido, dentro de poco habrá en Chile una revolución. Hay que agitar el pensamiento y la voluntad de esa revolución”.¹³³ Es el anuncio anticipado de la República Socialista de 1932, en la que él participará.

No faltarán, sin embargo, quienes procuren distinguir, como en el caso de Marx, entre el joven y el viejo González, con olvido de que la vida digna es un proceso constante de maduración –no de acomodo– en el que el hombre va tomando conciencia de los cambios en la naturaleza, en la sociedad y en sí mismo, aportando sus propias creaciones a este constante devenir. Eugenio González citaba con frecuencia, cuando hablaba sobre el marxismo en sus clases y conversaciones, el aforismo de Heráclito sobre el flujo perenne o el incesante devenir del mundo y de las cosas: “No es posible sumergirse dos veces en el mismo río ni tocar dos veces una substancia mortal en el mismo estado, debido a la velocidad del movimiento, todo se dispersa y se vuelve a componer de nuevo, todo viene y va”.¹³⁴

Heráclito fue calificado como el filósofo de la búsqueda. La misma naturaleza impone, según él, la búsqueda, la naturaleza “ama esconderse”, pero ve abrirse a ella el más vasto horizonte: “Si no esperas, no encontrarás lo inesperado, siendo éste imposible de hallar e inaccesible”. La búsqueda no sólo se dirige al mundo natural, sino que primero alcanza al propio hombre y a la comunicación entre los hombres y, además, supone tensión y lucha. Eugenio González también esperaba, en medio de la lucha, de acuerdo al principio de la dialéctica, primero, la República Socialista y, después, la República Democrática de los Trabajadores, y el hecho de no haber encontrado la victoria no debe llevarnos hacia la desesperación porque el hombre no puede vivir sin esperanza.

Su vocación literaria no se detuvo, en su juventud, en los ensayos sociopolíticos, sino que también se expresó en prosas líricas, de carácter poético-filosófico. Entre ellas cabe mencionar “Cenizas del tiempo” (1924), “Prosas

breves” (1925) y “El buscador de si mismo” (1926). Javier F. Campos, doctor en literatura hispanoamericana en la Universidad de Minesota, caracteriza estas prosas breves como dominadas por un “profundo sentimiento de desolación y ambiente poscrepuscular, imágenes en estado de claro-oscuro, la hora de la semi-penumbra, a un paso de la noche”. Expresiones que estarán presentes, también, en sus cuentos y novelas, escritos más tarde. Coetáneo de Neruda, se conocieron y trataron en el Instituto Pedagógico. Entre ellos –dice Campos– “hay secretas comunicaciones, idénticos lazos políticos, casi parecidos ojos y oídos para la atmósfera juvenil de aquellos años. Neruda hablará constantemente de crepúsculos, Eugenio González de estados poscrepusculares; pero en este último será más dominante el desgarramiento interior”.¹³⁵

Estas prosas –como señala el profesor Campos– tienen, pues, aquellas dos características determinantes. La primera –la desolación– se encuentra expresada en “Prosas breves”: “¿Dónde dirigirse en busca de la verdad más cierta, del impulso más puro? Todo es absurdo y efímero, mis amigos, loco es el que pretende trazar figuras de espanto en el telón de la lejanía; loco es el que quiso fijar los perfiles de los árboles en la impetuosa superficie del río, y más que ellos, locos nosotros, amigos míos, que ansiamos traspasar los límites de nuestra soledad sembrando palabras que buscarán, en vano, el eco imposible de otras almas”. La segunda característica –el estado poscrepuscular– se presenta en “El buscador de sí mismo”: “Viene la hora lenta y triste en que no se sabe a dónde ir, la hora en que el espíritu alarga raíces hambrientas a lo desconocido y lo lejano. No enciendas todavía la lámpara, deja que el espíritu, se lleve las voces olvidadas y vague de nuevo por senderos imaginarios, por mares de sueños al abrir los ojos, al lado de esa lámpara que encendiste para siempre en la noche sin aurora de mi desamparo”.¹³⁶ Parodiando a los navegantes venecianos, es posible atribuirle a él la divisa: vivir no es necesario... discurrir sí lo es, porque esta ocupación es como navegar por los “mares de sueños”.

La narrativa mayor

Juan Armando Epple, doctor en literatura, docente de la Universidad de Oregón, Estados Unidos, escribió un trabajo sobre la narrativa de Eugenio González, inspirado en un sentimiento de simpatía hacia nuestro camarada, proyectado por su padre, que esperaba estas páginas sobre su amigo y compañero de generación, a quien precisamente las dedica. Este análisis literario lo enmarcó en una perspectiva general titulada “Eugenio González: la vida

como pedagogía”, en el que pasa revista al desarrollo histórico-social, desde la primera década a la tercera del siglo XX, remarcando la presencia del maestro en algunos de los acontecimientos que sucedieron en el país. No obstante, en el presente análisis me referiré, en este apartado, sólo a la temática de su literatura, siguiendo la interpretación de nuestro compatriota Epple, que es un especialista.

Eugenio González trabajó como escritor de 1930 a 1942, y en este período presentó una breve producción compuesta de cuatro libros, de los cuales destaca la novela “Noche”, por su apreciable calidad estética. Esta producción literaria aparece “en el momento de transición del naturalismo, que se clausura en los años 20 en el país (el año de publicación de “El roto”, de Edwards Bello) y la consolidación del realismo social”. Es el comienzo de un período en el que algunos escritores enfrentan la “historia presente! desde una visión que traslada el énfasis de la realidad exterior hacia la realidad interior del hombre, tendencia que ya había fructificado en grandes obras literarias en Europa. “Para la crítica y la historiografía literaria formalista –anota Epple– ha resultado un difícil problema el poder deslindar las diferencias estéticas entre esta nueva expresión realista y el naturalismo finisecular (puesto que hay, en muchas de estas obras, un claro remanente de las concepciones deterministas que orientaban los “estudios sociales” de la novela naturalista), y explicar, por otro lado, la coexistencia de tipos de novela “regionalista”, “criollista” y obras centradas en la vida social urbana”.¹³⁷

El Dr. Juan A. Epple caracteriza la formalización del neorrealismo en Chile en el ensayo sobre “La Narrativa de Eugenio González Rojas”, en el que formula observaciones muy lúcidas, entre las cuales destacan las siguientes: “La concepción de la historia de la literatura como una evolución de “escuelas” o “estilos” artísticos producidos por la actividad intelectual del hombre, y que generan una determinada historia cultural, tiende a soslayar el hecho de que toda producción intelectual es la expresión sensible de la experiencia del hombre en la sociedad, esto es, que está condicionada por una realidad histórica específica”.¹³⁸ No es posible ver en la literatura, ni en ninguna expresión de arte, una simple reproducción de la realidad o de reducirla a un simple planteamiento ideológico, sino de considerar la compleja relación dialéctica entre realidad y representación artística. Así lo establece Epple y agrega: “La producción literaria es una actividad específica de conocimiento del mundo, cuya formalización se identifica con un sistema socialmente determinado de ideas, imágenes y representaciones que constituyen la “visión del mundo del escritor”, y que se modela a partir de una conciencia ideológica, pero sin que la obra sea reductible a sus nuevos contenidos ideológicos”.¹³⁹

El analista destaca la temática social de la narrativa en referencia. “En la obra de Eugenio González se advierte una especial preocupación por revelar la dimensión íntima de aquellos estratos sociales y humanos que la tradición literaria aún no ha destacado en su dinamismo actual: el mundo lumpen, el proletariado emergente y, en forma especial, la crisis de valores de la clase media”. Esta preocupación está evidentemente relacionada con su inquietud política, que lo llevó desde su Juventud a ocuparse de los sectores populares en la fórmula dinámica de educación y lucha de clases. “Pero, tanto en sus novelas como cuentos, esos sectores aparecen como entidades separadas, y su obra aparece así como una radiografía que sectoriza diversas zonas de un cuerpo social, sin que se alcance una suma comprensiva del mundo racional como totalidad”. Concluye esta caracterización con una síntesis de esa comarca de su novelística: es un “mundo aislado, donde los personajes buscan superar sus limitaciones existenciales, pero terminan siempre prisioneros de barreras que no pueden comprender cabalmente”.¹⁴⁰

Dentro de este perfil dominado por “el destino”, Eugenio González escribió sus novelas y cuentos. En *Más afuera* (1930) –la primera novela– “elige, ante lo dado como experiencia, no el relato cronístico de su experiencia personal y su situación de preso político, sino el mundo aledaño que descubre de pronto ante sus ojos, el submundo del lumpen cuya realidad es tanto o más dramática y opresiva que la del duro mundo proletario, y que ni siquiera es reconocida como parte del cuerpo social. Un mundo que está más allá, más abajo, que el mundo obrero y campesino incorporado a la literatura por Baldomero Lillo en *Sub-terra y Sub-sole*”.¹⁴¹ De esta novela, el crítico literario Hernán Díaz Arrieta (Alone) expresó que “enriquece nuestra literatura... y debe contarse entre el pequeño número de libros nacionales dignos de sobrevivir”. Esta novela la concibió durante su residencia en esa isla como preso político de la dictadura del general Ibáñez.

El mismo analista describe las características de esta novela. “El relato está dispuesto como una crónica –expresa– donde desfilan y desaparecen, sin dejar huellas, diversos personajes que forman un conglomerado humano, un remedo degradado de sociedad marginal, cuyas historias parecen configurar una suerte de fatal involución. Cada preso tiene tras sí, como única experiencia, una historia de miserias y delitos que termina por encarnarse en la constitución biológica”. Cito en seguida un párrafo de la novela donde se confirma esa caracterización. “Había rostros imberbes, jóvenes, y rostros de hombres maduros en el delito, pálidos y aviesos, y rostros de ancianos en los cuales la albura de las canas semejava un sarcasmo de pureza. Y todos se parecían como hermanos porque la herencia de la miseria, las adversidades de la aven-

tura y las noches trágicas del hampa, había impresos, desde niños, sus rasgos fatales”.¹⁴²

Juan Armando Epple agrega que “Lo que en cierto modo le otorga unidad y propone un sentido a esta obra inicial de Eugenio González es ese proceso de involución que se manifiesta en ese mundo cerrado, en ese infierno monótono rodeado de mar. La obligada reducción a un estadio a-social, es decir, la separación de estos hombres de su habitat humano natural, origina un proceso de involución que los precipita fatalmente a un estadio animal”. “Vivir de ese modo –dice el novelista– no era en verdad vivir... Para aquella torva multitud el mundo se había reducido y era sólo una pequeña planicie, afirmada contra altos cerros de piedra, frente a un paisaje de mar, cielo e invierno. La vida verdadera se hacía interior, imperceptible. Por debajo de los hechos habituales se cruzaban las pasiones más hondas, las más siniestras, y estrujaban las entrañas con furia silenciosa que no tenía desahogo... ¡Ah, qué destino! Miserias que se amontonan, angustia que no tiene calma, instintos sórdidos que se revuelven sin tregua”.¹⁴³

En *Hombres* –su segunda novela y que recibió el Premio Municipal de Santiago–, la trama se centra en el mundo obrero de los años treinta y restrictivamente en un grupo anarquista que se propone transformar el descontento social y la rebeldía de las masas en fermento revolucionario, para llevar adelante una transformación radical de la sociedad. Es la fabricación de sueños que, por falta de relación con la realidad social, se convierten en “derrotas personales”, en medio de una contradicción ideológica en la que “los extremos se tocan”, es decir, el sueño utópico tropieza con la provocación policial, con lo que resulta que “la culpa era, en realidad, de todos, es decir, de nadie”.¹⁴⁴ Esta novela es un anticipo de la experiencia que vivirá la juventud revolucionaria chilena en los años 1973-1989, con la infiltración de la DINA y la CNI en las organizaciones en que aquella militara.

El Dr. Epple explica, en su análisis crítico, el fondo en que se desarrolla esta novela, señalando que “... la novela busca definir una contradicción ideológica que ha sido frecuente en la experiencia política de los sectores ultraizquierdistas, cuando “los extremos se tocan”: esos puentes que van del idealismo utópico, de la formulación de un proyecto de sociedad en la que está ausente el pueblo como creador de su historia, a las concepciones reaccionarias que lo ven como simple naturaleza condenada a mantenerse siempre en las mismas condiciones de miseria. La imposibilidad de que se adecuen al sueño abstracto de futuro que elaboraran desde una concepción idealista del mundo los hace reformular esa realidad social como producto de una noción también idealista, su cara negativa: la “fatalidad”, o el “destino”. Por su

parte, Eugenio González concluye en la novela: “Los soñadores de la revolución, puestos en el torbellino de los hechos, habían calculado mal la potencia humana de las masas que pretendían dirigir. Las habían considerado como entidades abstractas, colmadas de virtudes absolutas, con las cuales es posible trazar de antemano, como quien resuelve un problema matemático de fuerzas, la dirección de los acontecimientos, el sentido inmediato del porvenir”.¹⁴⁵ Pero las masas humanas no actúan así, porque son “susceptibles, tanto de la pasión como el desaliento y, sobre todo, abrumadas por un instinto animal, de la fatalidad”.

Destinos, que comprende cinco cuentos, concentra sus tramas narrativas en la clase media, y la mayoría de ellos “capturan un momento de la vida de seres que arrastran una existencia monótona, oscura, con breves encuentros potenciadores de cambio personal que resultan simplemente ilusiones defraudadas”. Esta colección de cuentos constituye “el primer intento de acercarse al mundo interior de la clase media chilena en ese período y en ese intento lo que busca poner de manifiesto es su sino antiheroico, la crisis de valores que arrastra, su patético vacío”.¹⁴⁶ Este es otro anticipo del comportamiento de aquellas “capas” medias que, desoyendo la convocatoria del movimiento popular, se pusieron al servicio de la dictadura en 1973. El relato titulado “La mujer” es una especie de adelanto de su novela *Noche*. Estos relatos, señala el Dr. Epple no tienen, en verdad, la hondura y complejidad de una obra acabada, suficientemente con figurada como producción estética, sino que representan ejercicios de acercamiento a una zona del mundo social que será tratada con mayor rigor y consistencia en su última novela”.¹⁴⁷

Noche, su última obra (1942), presenta como “ley de estructura del mundo narrativo... una oposición entre el día y la noche: el primero representa el orden cotidiano, degradado, inauténtico, el espacio donde los personajes deben sobrellevar la vida social; el segundo es el espacio íntimo, donde anidan los impulsos primarios y los sueños, donde el hombre revela su verdadero rostro, descubriendo sus obsesiones y sus opciones de modificar el horizonte que vuelve a revelarse a la salida del sol”. Esta novela presenta la historia de un joven profesor que, deseando huir de un destino mediocre, se va a un pueblo de provincia en busca de estímulos distintos para hacer su vida ideal. Pero no los encuentra, porque el ambiente del pueblo elegido no es mejor al capitalino, que abandona. No obstante, destaca en él una muchacha: Aura. “Sin duda, lo más notable de la novela, anota Epple, es la caracterización de Aura, una figura inusual en la narrativa chilena, que representa una voluntad de emancipación personal que rompe con los cánones pacatos con que se veía a la mujer en la literatura anterior. La muchacha se ha destacado en la

vida pueblerina por una actitud que el común de la gente comenta con extrañeza, sorna y admiración; una vida amorosa desprejuiciada, en que ha aceptado y rechazado a varios amantes, sin sentirse afectada por la opinión de los demás”.¹⁴⁸ Un anticipo de cierto feminismo que se presenta hoy, tanto en el mundo del espectáculo y la farándula como en la vida real, y que proyecta heroínas en la novela de la existencia cotidiana.

Este encuentro ofrece a ambos seres “la posibilidad de fundar una relación humana liberada de las ataduras del mundo tradicional, una especie de fundación adánica en que el mundo, lo presentido como verdad íntima, se rechace a partir del sueño personal de liberación, y donde se funde a la vez la relación física y espiritual”. Para eso, nada es mejor que la huida. “Este proceso de huida es, necesariamente, un proceso de enajenación, que la novela presenta con notable coherencia. Alfredo, a la vez que se aleja con Aura hacia el Sur, para vivir en la zona de los lagos..., se aísla de la colectividad a la que está atado por relaciones de clase y trabajo, la clase media que vive en función del Estado”.¹⁴⁹ Después, el asesinato de Aura y él desaparece entre el día y la noche, en medio de su locura.

En su estudio titulado “La narrativa de Eugenio González Rojas”, resume su interpretación Juan Armando Epple en términos claros. “Es una literatura de transición en el sentido que se abre hacia un mundo social en que aparecen distintos sectores definiendo conflictos y modos de existencia específicos. La insularidad de estos mundos, que explicablemente el autor presenta en novelas distintas, es el modo en que se formula estéticamente un proyecto de representación de la realidad histórico-social del país en un momento en que la sociedad chilena está en crisis, sin que se definan históricamente las opciones de transformación que forja idealistamente cada grupo social oprimido. Al centrarse, separadamente, en el mundo marginal del lumpen, el mundo obrero y el mundo de la clase media, lo que hace el autor es describir esa sociedad como “totalidad extensiva”, usando el término de Lukacs, sectorizando los espacios sociales tal como aparecen en un período determinado de la historia nacional. La perspectiva central, en este caso, es fundamentalmente descriptiva: es el imperativo básico de revelar lo que está dado como realidad”.¹⁵⁰ Su obra no define un proyecto histórico de futuro porque esa opción de futuro no se ha vivido como virtualidad histórica en Chile todavía, sino más bien comienza a desarrollarse recién la nueva conciencia social. Como ya se mencionó, se trata de los años 1930 a 1942, en los que escribió sus novelas y cuentos, donde se proyecta un mundo literario como anticipo de la sociedad soñada.

El discurso como obra de arte

Los discursos de Eugenio González son también manifestaciones artísticas, con la advertencia de que no sólo se distinguió en la palabra escrita, sino igualmente en la oral. Tenía la virtud, en efecto, de improvisar de tal manera que todo lo que expresaba parecía un texto escrito y depurado para deleite de quienes le escuchaban. Estos discursos incursionaron en las tres áreas de su preocupación intelectual: la política, la educación y el arte. No pretendo referirme a todos sus discursos, sino sólo a algunos de ellos, como ejemplos de su valor cultural, en el más amplio significado de este último concepto, como él mismo lo definiera en diversas oportunidades. En el conjunto de sus discursos se distinguieron las tres temáticas centrales que él trata en el curso de su vida pública. Son todos muy interesantes, tanto por su fondo como su forma, en los cuales se aprecia una comprensión intelectual de la vida y la acción de los hombres y los hechos históricos, expresados en una bella prosa.

Entre sus exposiciones políticas hay tres que tienen una significación especial. La primera se refiere a “El socialismo frente al liberalismo”, en la cual establece las diferencias entre ambos movimientos, en el curso de una polémica producida en el Senado, entre él y Raúl Marín Balmaceda, un hombre dogmático, pero de infinita generosidad. Esta temática es importante porque hasta hoy tiene plena actualidad. Como buen marxista, comenzó por fijar las diferencias de método entre ambos. El punto de vista “de nuestro severo impugnador es dogmático, es decir, se basa en consideraciones abstractas, absolutas, acerca de la condición del hombre y la naturaleza de las cosas; el nuestro es histórico, es decir, se basa en consideraciones realistas, relativas, inspiradas en la experiencia del continuo transcurrir de la vida humana y de las condiciones en que se desarrolla”.¹⁵¹

En seguida ofrece una clase de cultura con brillo sin igual. “El sentido de la historicidad de lo humano, de su esencial temporalidad, tan característico del espíritu de nuestra época, lleva –dice– a una interpretación relativista de la cultura en todos sus órdenes: de las ideas y de las instituciones, de las formas del arte y de las modalidades del Estado, de los sistemas filosóficos y de los regímenes políticos, de las creencias religiosas y de las categorías económicas”. Escuchando con atención y respeto, Eugenio González prosiguió. “Toda ideología –bien lo han puesto de relieve Mannheim y Scheller, entre los contemporáneos y, antes de ellos, Marx– es producto de una determinada situación histórico-social, como toda política es el resultado de una determinada correlación de las fuerzas y los intereses. Para juzgar, entonces, correctamente una doctrina y una política, hay que comprenderlas, penetrar en su intimi-

dad viva, aprehender los valores que entrañan, lo que jamás puede conseguirse si se prescinde de las circunstancias en que ellas aparecen”.¹⁵² Como diría Ortega y Gasset, siempre hay que considerar al hombre y su circunstancia.

Este discurso es de concreto armado (como él, en otro momento, caracterizara una intervención de Raúl Ampuero), en el cual combina armoniosamente, sin pedantismo intelectual, una rica fundamentación filosófica e histórica. “La manera racionalista, abstracta, de juzgar las cosas históricas conduce a esas extrañas tergiversaciones a que alude Spengler –autor por el que nuestro colega manifiesta laudable devoción– cuando critica ‘el culto tributado por el club de los jacobinos a Bruto, millonario y usurero que, en nombre de una ideología oligárquica y con aplausos del Senado patricio apuñaló al hombre de la democracia’. Son frecuentes estas tergiversaciones derivadas de una falta de comprensión histórica. Los ideólogos de la Revolución Francesa y, en general, los representantes del racionalismo político, los políticos “metafísicos” –como diría Comte–, incurren en ellas con atolondrada complacencia. Aplican sus esquemas lógicos y valorativos –que modestamente, estiman de alcance universal y eterno–, a las más disímiles circunstancias para equiparar –valgan los ejemplos por lo repetidos–, la democracia antigua a la democracia moderna, con olvido de las bases reales de la una y la otra...”.¹⁵³ Concepto, este último, que reviste plena actualidad, cuando se presenta a la democracia en términos abstractos y absolutos.

Analiza, a continuación, otra diferencia de enfoque del liberalismo y del socialismo, que la dictadura de Pinochet puso al rojo vivo: ¿es inmutable la naturaleza humana? “Para justificar su defensa del capitalismo, nuestro honorable colega –expresó Eugenio González– ha recurrido, no obstante, a las características de la naturaleza humana, entre las cuales, el afán de utilidad, de ganancia, de lucro, el afán egoísta de bienestar individual serían el motor insustituible del progreso económico. ¿Existe una naturaleza humana tan inmodificable en su primitivismo ético, ajena al devenir histórico, la misma sean cuales fueren las condiciones sociales y culturales? ¿Qué sentido tendría, entonces, el mensaje de superación moral del cristianismo, la voluntad de lucha contra el mal que se afirma en su fe militante”? Después de variadas consideraciones sociales, el senador socialista agrega como conclusión: “La tan mentada naturaleza humana no es una entidad intemporal, inmutable; es también, en gran medida al menos, una variable histórica. “La historia entera –escribía Marx, en su conocida crítica a Proudhon –no es más que una constante transformación de la naturaleza humana”.¹⁵⁴

Define con propiedad el significado del liberalismo económico, que hoy tiene interés resaltar: “¿Qué puede aceptarse, a la luz de la experiencia social

y del análisis científico, de las teorías del liberalismo económico? Juzgado desde el punto de vista nuestro, ellas fueron la expresión “ideológica” de una situación histórica: constituyeron, en el plano intelectual, una impostergable reacción contra las ya caducas concepciones mercantilistas que orientaban la política económica de los modernos estados nacionales. Eran fórmulas adecuadas para la expansión de las nuevas fuerzas de la economía capitalista y correspondían, además, a tendencias predominantes en el pensamiento científico”.¹⁵⁵ De acuerdo a este criterio, él señala que la sociedad, como la naturaleza, se rige por leyes de estructura y de funcionamiento, pero que no pueden reducirse a esquemas mecánicos, como las que expresan las relaciones del ámbito físico.

En este sentido, la economía liberal formuló las “leyes” del capitalismo y estableció las bases de su desarrollo en una etapa inicial, pero que los ideólogos del neoliberalismo defienden hoy como permanentes. No han cambiado, en efecto, si observamos que de nuevo se reclaman propiedad privada sobre los medios de producción, explotación de los trabajadores, libre manejo de las empresas, respeto a la iniciativa individual y a la competencia, el mercado convertido en regulador supremo de la vida humana, limitación de la actividad del Estado a la seguridad pública”. En este marco de hierro, “el bienestar colectivo surgiría –expresa Eugenio González– como efecto natural del juego libre de los esfuerzos individuales; la armonía económica se lograría espontáneamente, suprimiendo cualquiera ingerencia perturbadora del poder político. Pronto –puede decirse que en cuanto comenzó a difundirse como doctrina y a practicarse como política– el liberalismo económico fue objeto de impugnaciones teóricas y de ataques concretos, en sus bases y en sus consecuencias”.¹⁵⁶

El rechazo surgió desde distintos ámbitos. Desde el punto de vista filosófico, la “escuela histórica” impugnó el carácter universal y eterno de las leyes de este capitalismo industrial, sosteniendo que ellas y las teorías en que se afirmaban debían cambiar con las “alteraciones históricas producidas en la constitución económica de la sociedad”. El poder espiritual de las iglesias cristianas y otras expresiones del campo de las ideas modernas –el socialismo– remarcaron la contradicción de este capitalismo con la dignidad humana. “Pero la gran reacción contra los males del industrialismo capitalista tenía que producirse en las masas obreras que el nuevo régimen económico condenaba –en razón de las inflexibles leyes de la producción y del intercambio de la riqueza–, a una situación en muchos aspectos más terribles que la del esclavo antiguo y la del siervo medieval. A lo largo del siglo XIX, sobre todo a partir de la revolución de 1848, se suceden los movimientos obreros, se constituyen

grandes organizaciones sindicales y aparecen los partidos socialistas”.¹⁵⁷ Carlos Marx marcó un corte, en este período, con el Manifiesto Comunista de 1848, y el movimiento obrero combatió a un sistema que sustentaba su explotación de la mano de obra en la represión del Estado. La Iglesia Católica se demoró medio siglo en formular su crítica a este sistema a través de la encíclica *Rerum Novarum*, de León XIII, sobre la condición de los obreros (1891), en la que reitera su ataque contra el socialismo, del que ya se había ocupado en la encíclica *Quod Apostolici Numeria* (1878) y volverá a insistir en *Centesimo Anno* (1991).

En este discurso, Eugenio González procuró, por último, explicar el sentido del socialismo chileno. Partió del reconocimiento del valor de la libertad en la vida social, a propósito de “una cita primorosa” del senador liberal: “El pájaro prefiere la libertad a la jaula de oro”. “¿Quién, sin ser un retrógrado obtuso, de frágil conciencia moral o un sectario de místicas delirantes, podría estar en desacuerdo con el señor Marín en este punto? Los socialistas no tenemos, sin embargo, de la libertad, un concepto metafísico, como los ideólogos de la burguesía liberal, lamentablemente aficionados a suplantar las realidades de la historia por entidades de la razón”. Cita, a continuación, a la Fundamentación Teórica del Programa del Partido Socialista de Chile, que ya se analizó en este mismo ensayo. Rechaza también la identificación de la política socialista con el intervencionismo estatal, con la burocratización de la economía y con la absorción del hombre por el Estado. “Ni en la teoría, ni en la práctica, ni como doctrina, ni como política, corresponde el auténtico socialismo a esta deformada imagen que de él propalan sus detractores”.¹⁵⁸

Durante su desempeño en la rectoría de la Universidad de Chile le correspondió a Eugenio González recibir las visitas de dos de los más importantes políticos del siglo XX: el general Charles De Gaulle, Presidente de la República Francesa y el mariscal Josip Broz Tito, Presidente de la República Socialista Federativa de Yugoslavia. En ambas ocasiones debió pronunciar sendos discursos para recibir a tan eminentes personalidades mundiales, en los que puso de relieve las relaciones de Chile con las naciones europeas representadas y los sentimientos de admiración y amistad hacia esos preclaros estadistas, ejemplos de visión universal del porvenir de la humanidad, después de la segunda guerra mundial, en la que murieron millones de seres humanos.

En el caso del general de Gaulle destacó su “personalidad de firmes contornos intelectuales y morales”, valiosa en sí misma pero que, además, “es una de las más distinguidas y representativas de nuestra época por su actitud y su acción en el curso de los acontecimientos mundiales”. Señaló, además, la influencia de Francia en el desarrollo de la nación chilena, desde los días de

nuestra independencia, a comienzos del siglo XIX. En efecto, llegamos a constituir una república soberana por obra de la voluntad de minorías valerosas, inspiradas en las ideas fuerzas de la Revolución Francesa y hemos seguido entrañablemente vinculados a Francia por las influencias que de ella recibimos en nuestra formación cultural y por los designios que han orientado nuestra evolución política. Pero advirtió que en esta época, llena de sombríos interrogantes acerca de la supervivencia misma de la humanidad, esperamos de Francia mucho más”.¹⁵⁹ Una esperanza plenamente cumplida por el gobierno de Mitterand con su solidaridad hacia el pueblo de Chile, en su lucha contra la dictadura de la burguesía (1973-1989).

Puso término a su discurso con un reconocimiento especial para esta gran nación. “Francia es grande y noble. Muchas veces ha representado, con sabiduría, honor y heroísmo, superiores aspiraciones de la conciencia humana. ¿Qué nación, entonces, podría exhibir títulos más esclarecidos que los suyos para reemplazarla en la histórica tarea de ser alta inspiradora de los esfuerzos encaminados a superar las tensiones internacionales y a estabilizar la paz, eliminando los peligros que gravitan sobre el destino de los hombres”. Este reconocimiento lo hizo extensivo al ilustre visitante. “La Universidad de Chile, por mi intermedio –expresó– saluda en usted al hombre de pensamiento y acción, escritor, político y soldado, que en horas aciagas alentó la fe y la dignidad de su pueblo y supo infundirle una resolución de victoria; al estadista creador cuyas ideas pueden ser discutidas, pero cuyos propósitos se caracterizan por su inobjetable honestidad cívica, al valeroso conductor de Francia que ha sabido devolverle la confianza en su misión nacional y renovar en ella la voluntad de ser grande para servir mejor a la humanidad”.¹⁶⁰ De Gaulle fue, sin duda, una figura estelar en Francia, a mediados del siglo XX.

Por su parte, en el caso del mariscal Tito, al recibirlo en un acto académico y otorgarle la máxima distinción de la Universidad de Chile, puso de relieve su recia personalidad de revolucionario, señalando su papel protagónico en la lucha contra el fascismo, en la proyección del socialismo en Yugoslavia y en la lucha por la paz mundial. Respecto a la primera de estas tareas históricas, dijo: “Nadie ignora el apasionado patriotismo con que él condujo la resistencia nacional frente al invasor prepotente, durante la segunda guerra mundial; supo imprimirle un carácter que la hizo legendaria. Bajo su valerosa dirección, hombres y mujeres de las más diversas clases y condiciones, mantuvieron, a lo largo de años aciagos, con precarios recursos pero con indómita voluntad, una campaña heroica para recuperar la independencia perdida. Durante ella, se identificó con su pueblo sufriente en el peligro compartido de todos los días, en la entrega sin regateo de los mayores esfuerzos en la “alen-

tadora esperanza de un porvenir donde el hombre con su trabajo libre hiciera más bellas la tierra y la vida”.¹⁶¹ Es la imagen del héroe nacional .

La segunda gran tarea de Tito fue también precisada por el orador con palabras que, a fuerza de ser justas, adquirieron claridad meridiana. “Lograda, al final, la liberación nacional, fue necesario liberar también al pueblo yugoslavo de otro enemigo, tan funesto para su dignidad como el que fuera abatido por las armas: la injusticia social”. Para terminar destacando la lucha por la paz mundial de uno de los fundadores del movimiento de países no alineados. “Junto a los Jefes de Estado de Occidente y Oriente que tienen la responsabilidad mayor en las grandes decisiones que afectan el curso de los acontecimientos mundiales –agregó– el señor Presidente de Yugoslavia está contribuyendo, en importante medida, a determinar la fisonomía histórica de nuestra época”.¹⁶² Es la visión del arquetipo del revolucionario.

Son dignos de mencionar, también, tres discursos referidos a destacados educadores: Andrés Bello, Valentín Letelier y Enrique Molina, los dos primeros, rectores de la Universidad de Chile, y el último, fundador y rector vitalicio de la Universidad de Concepción. El primero de estos discursos lo pronunció en la ceremonia conmemorativa del centenario de la muerte de Bello, realizada en el Salón de Honor de la Universidad, el 15 de octubre de 1965. El segundo, en la sesión 5ª del Senado, el 16 de diciembre de 1952, como homenaje al centenario del nacimiento de Letelier. El tercero, fue la expresión de homenaje póstumo, en los funerales de Enrique Molina, rendido en representación de la Universidad de Chile, el 9 de marzo de 1964. Se trata del análisis de tres figuras estelares del proceso de la educación pública en nuestro país.

Andrés Bello, venezolano de nacimiento, prestó servicios intelectuales de extraordinaria trascendencia a Chile cuando daba sus primeros pasos como nación independiente. Formado en Inglaterra, asimiló “las más variadas y fértiles ideas de la cultura europea” y las aplicó en nuestra América para sacudir el polvo de la herencia colonial. “Mentalidad la suya –dice Eugenio González– por excelencia reflexiva, de fuerte vocación empirista y crítica, inclinada al examen sereno de las situaciones concretas, de los hechos bien establecidos, desenvolverá entonces sus mejores virtualidades, reforzando su natural realismo para juzgar la historia y la política, como se advierte desde sus primeros hasta sus últimos escritos”. Completa la caracterización del sabio: “Clásico por su contextura espiritual, acogió y sostuvo las nuevas ideas de libertad y de progreso que agitaban la conciencia burguesa, eludiendo, sí, en el pensamiento y en la conducta, las posiciones extremas y las fórmulas simplificadoras”.¹⁶³ Bello, desde su posición burguesa, no se ocupó, sin embargo, de los sectores subordinados en la sociedad, particularmente de los “indios”.

Su Código Civil, derivado del Código de Napoleón, proveniente a su vez, del derecho romano, regulaba sólo las relaciones de los sectores pudientes. Por eso se ha repetido mucho en Chile que el Código Civil se aplica a los ricos y el Código Penal a los pobres.

Describe, enseguida, la armonía producida entre el Chile que nacía como nación independiente y el peregrino que venía de lejos. “El encuentro de don Andrés Bello con Chile fue el feliz encuentro de un talento civilizador con el medio propicio para su provechoso despliegue. Desde poco después de su llegada a nuestro país, en junio de 1829, hasta su muerte, en octubre de 1865, don Andrés Bello vivió al amparo de un régimen concordante con su sentido de la política y de la historia, que le permitió realizar su obra magnífica”.¹⁶¹ Esta obra cristalizó en diversos servicios al Estado en actividades legislativas y de política exterior, cuyas expresiones más notables fueron el Código Civil y el Tratado de Derecho Internacional. Mención particular merece su preocupación por el fomento de la enseñanza en todos sus grados, en estrecha colaboración con Manuel Montt, tanto en sus funciones de Ministro de Instrucción Pública como de Presidente de la República.

Bello y la Universidad es otra relación que define en este discurso. “Nace la Universidad de Chile –expresa Eugenio González– no como alta academia, propia de países adelantados en saber y riqueza, donde se ostenta el lujo de las ciencias y donde los hombres eminentes muestran la recompensa de una larga colaboración, sino como un centro vivo donde se cultivarán las ciencias, las artes y las letras para impulsar y sostener toda la acción educacional del Estado, irradiando la cultura sobre la sociedad entera y estimulando el progreso social”.¹⁶⁵ Esta orientación central la ha venido cumpliendo, desde entonces, la Universidad de Chile. Termina la invocación al gran venezolano, que recibiera la nacionalidad chilena por sus servicios devotos prestados a nuestra patria. “Conforme a su visión de la historia y del progreso, éste sería el designio actual de don Andrés Bello, que siempre estará presente entre nosotros: enseñando”.¹⁶⁶

Valentín Letelier es uno de esos hombres –expresa Eugenio González en su discurso de homenaje– que “por la importancia de su obra en los dominios del pensamiento y de la acción alcanzan, lo que podría llamarse en lenguaje emersoniano, dignidad representativa. Luego agrega: “Pocas vidas como la suya, consagrada por entero, con sostenido esfuerzo, al trabajo intelectual y a la educación pública; pocos caracteres como el suyo entregado sin desfallecimientos, con indeclinable consecuencia, a la defensa de sus ideales de civismo y de cultura. Caso eminente, además, en el que se dio la plenitud humana, tan escasa, de una congruencia feliz entre la capacidad teórica del

pensador, que elabora concepciones de excepcional amplitud y la voluntad realizadora de un político en el legítimo sentido de servicio que el término implica”.¹⁶⁷ Letelier fue la figura intelectual más brillante entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX en Chile.

No es posible –advierte Eugenio González– analizar la obra de Letelier en un discurso necesariamente breve, sino apenas es dable formular alusiones rápidas a su labor científica y magisterial y a su actuación política y civil. Respecto a su formación filosófica “Letelier no fue, estrictamente hablando, un positivista en el sentido doctrinal que tiene el término ya que, como lo hizo Littré, prescindió de los aspectos subjetivos que dieron a la doctrina de Comte, en la segunda fase de su actividad intelectual, el carácter un tanto peregrino, aunque no desprovisto de cierta grandeza, de una nueva religión humanitarista. Lo que aprovechó Letelier del maestro fue la primacía del ‘espíritu positivo’, siempre sujeto a los hechos en sus sistematizaciones conceptuales, sobre el espíritu dogmático de la filosofía meramente especulativa y la aplicación del ‘punto de vista sociológico’ al examen de los complejos procesos de la convivencia humana. Ambas posiciones metódicas dieron el tono fundamental, inusitado en nuestro medio, de toda la obra de Letelier, múltiple en sus aspectos y convergente en sus propósitos”.¹⁶⁸ Tal es la base de la formación filosófica de este pensador y maestro ejemplar.

Con esta armadura cultural estuvo presente en el debate nacional de entonces. Lo primero fue la educación en todos sus aspectos y niveles. “La laicización de las instituciones civiles y el principio constitucional del Estado docente fueron –recuerda González– temas centrales de la polémica periodística y parlamentaria en los agitados años de la juventud de Letelier, quien tomó en ella la participación que le imponían sus convicciones. Hubo de conocer, durante sus viajes a Europa, el conflicto que se desarrollaba tanto en Alemania como en Francia, entre la Iglesia y el Estado, y propugnaba para Chile las reformas que correspondían, desde su punto de vista sociológico, al estado de las ideas y a las tendencias del movimiento social”. Su posición en estas polémicas estaba, pues, condicionada por la herencia intelectual recibida. “Como Lastarria, creía en la ciencia y el progreso, los dos principales factores dinámicos de la conciencia burguesa del siglo XIX, y, por lo mismo, exigía una tolerancia sin restricciones como base insustituible del orden moral de la sociedad y de la paz interna del Estado”.¹⁶⁹

Desde esta posición, atribuyó necesariamente “una función de máxima importancia a la educación pública en el progreso social”, dedicando su existencia a la reforma de la educación secundaria y superior, en estudios como los contenidos en *Filosofía de la Educación*, y en proyectos sobre estos nive-

les del sistema educativo y, por último, en el ejercicio del cargo de rector de la Universidad de Chile. Fue él, además, el promotor principal de la fundación del Instituto Pedagógico, “cuya trascendencia en el mejoramiento de nuestra enseñanza secundaria y, por lo tanto, en el desarrollo de la cultura nacional, ha sido extraordinaria. Letelier vivió siempre en actitud política, es decir, en actitud de servicio público. Era un filósofo al cual, como los antiguos, nunca dejó de preocupar el destino del Estado. Permanecía atento a los giros de las corrientes sociales, tratando de desentrañar su complejo dinamismo”.¹⁷⁰

Entre sus innumerables méritos políticos, cabe señalar que fue uno de los primeros intelectuales de ese tiempo que percibió el significado del movimiento obrero y de los partidos de clase, “hechos a los cuales se refirió, con su acostumbrada claridad de conceptos y su enérgica forma de expresión, en 1896, bajo el título de *Los Pobres*. En este libro, Letelier formulaba juicios importantes citados por Eugenio González. Confrontando los principios jurídicos emanados del Derecho Romano, propio de una sociedad esclavista, con las necesidades concretas de la sociedad moderna, fundada sobre la libertad, establecía su radical anacronismo que favorece el carácter unilateral de la legislación dictada por el liberalismo dueño del poder”.¹⁷¹ En el proceso de la cultura, los grandes hombres, mirando siempre hacia el futuro, procuran –a veces inconscientemente– superar a sus predecesores. Es el caso de Letelier respecto a Bello.

Letelier tradujo su pensamiento político en iniciativas concretas en esta área de su vida pública. En este sentido, propició la incorporación del Partido Demócrata –el único partido que entonces defendía los intereses de los trabajadores– a la Alianza Liberal, que conquistaría el gobierno en 1920, al tiempo que luchó por hacer que su partido –el Partido Radical– asumiera, en esta misma coalición, la tarea de abrir cauces legales al movimiento de la clase obrera, mediante reformas oportunas de política social”. Eugenio González sintetiza este combate político. “Mientras Valentín Letelier exponía estas ideas, el más elocuente vocero del Partido Radical, Enrique Mac Iver, afirmaba en la Convención de 1899 que el Partido Radical ‘tenía por base el individualismo y había nacido de la filosofía de Adam Smith’. Más tarde, sostuvo categóricamente que en Chile ‘no existía la cuestión social’. Como es sabido, la vieja corriente individualista defendida por Mac Iver fue abatida por la nueva corriente de orientación socialista, representada por Letelier, en la Convención Radical de 1906”.¹⁷²

He dejado para cerrar este apartado el discurso de homenaje a Enrique Molina, cuya vida se apagó en su venerable ancianidad, pronunciado el 9 de marzo de 1964, en representación de la Universidad de Chile. Eugenio González

dejó constancia en esa ocasión que “siendo un inquieto joven en busca de su propio camino, en época lejana, escuchó de él palabras de orientación y estímulo, y después, a lo largo de años numerosos, tuvo la honra de ser su amigo, recibiendo de él muchas veces incitaciones cordiales”. Agregó que no intentaría esbozar siquiera el elogio ceremonial de su vida, personalidad y obra, aunque lo hizo de manera por demás somera. “Ahí está su vida, vida de pensamiento esclarecedor y de acción fecunda, consagrada por entero a la defensa de los valores morales en un mundo donde tienden a prevalecer los valores meramente utilitarios, vida plena de dinamismo creador en la lograda armonía de ideas renovadoras y realizaciones eficaces, dispuesta siempre a prodigar energías y entusiasmos en empresas de interés social”.¹⁷³ En suma, una hermosa vida intelectual y creadora.

Como ya se dijo, en esa vida se distinguió el gran hombre que fue el maestro Enrique Molina, la grandeza de su espíritu. “Ahí está su personalidad que destacó –expresa el orador– por la superior aptitud de la inteligencia, por la firmeza de su voluntad laboriosa, por la capacidad de comprender y servir, que es el mayor signo de excelencia, porque es la capacidad de amar, la vocación de bondad sin la cual nadie puede alcanzar la plenitud interior, ni la grandeza verdadera”. La personalidad, por fin, produce creaciones intelectuales, que el orador señala también. “Ahí está su obra. La obra suya de maestro de tantas generaciones que por la cultura en que él las introdujo y su inspirador ejemplo tomaron conciencia de su responsabilidad social. La obra suya en alerta vigilia ante los grandes problemas del conocimiento y de la vida. La obra suya de constructor perdurable en ésta, su expresión máxima –suficiente por sí sola para abrillantar un destino– que se llama Universidad de Concepción”.¹⁷⁴ La gran obra del maestro que ha gravitado profundamente hasta ahora en el desarrollo cultural de Chile.

De este modo señaló Eugenio González, “la vida, la personalidad y la obra de don Enrique Molina se integraron en serena armonía”, para terminar con un elogio al maestro. “Como pensador, don Enrique Molina buscó afanosamente el huidizo destello de la verdad en las diversas instancias de lo real hasta llegar –como tantos otros– al límite en que el espíritu trasciende a lo absoluto. Estaba, pues, preparado por su vida –como el estoico antiguo– para enfrentarse con su muerte. Ya no está con nosotros. Y nosotros, ante su partida sin retorno, sentimos el desgarramiento de una pérdida entrañable, porque con don Enrique Molina algo muy valioso de nuestro Chile se ha ido para siempre”.¹⁷⁵ ¿De cuántos hombres se puede emitir un juicio como éste? Sin duda, de pocos, si se considera que él entregó siempre bienes y nunca males a sus compatriotas: el record del sabio y del educador.

En el Senado ejerció, Eugenio González, una suerte de crítica de arte, algo insólito en un político. En uno de sus discursos, rindió homenaje al pintor Juan Francisco González con palabras transparentes y plenas de emoción estética, destacando a quien fuera, como él mismo, un maestro. “Hombre, en la cabal excelencia del concepto, alcanzó también Juan Francisco González por el ejemplar cumplimiento de su vocación entrañable, la rara dignidad de maestro”. Por cierto, no cualquier maestro, sino un maestro superior. “Enhiesto carácter el suyo, como forzado para sobreponerse con impetuosa gallardía, a las adversas circunstancias en que han de realizarse, por lo común, los mejores destinos; inagotable su vitalidad, siempre en tensión creadora, desbordándose cotidianamente sobre la materia indócil para animarla con la pasión de un sueño y el pulso de su sangre; generosa la capacidad de amor que él hacía revelar, en su propio mundo de formas y colores, la oculta armonía y el enigmático simbolismo de los seres y de las cosas”.¹⁷⁶ Es el retrato espiritual de uno de los más grandes pintores chilenos.

En este discurso se esfuerza, además, por caracterizar la obra de este artista. “Acercarse a la pintura de Juan Francisco González provoca la impresión de ir descubriendo una comarca de maravilla que es, sin embargo, la de nuestros diarios afanes”. En seguida describe los rostros, las casas, los árboles, las frutas, las flores, los muros que pinta el artista como se presentan en la naturaleza y la realidad. Pero, en verdad, no son los mismos. ¿Por qué? Eugenio González responde. “Vienen al encuentro de nuestros ojos con algo que no habíamos percibido, porque nuestra conciencia funciona habitualmente dentro de angostos marcos determinados por las necesidades de la acción práctica. Ahora los rostros, las cosas, los árboles, las flores, las frutas, todas las diversas y familiares presencias del mundo circundante despiden un fulgor que parece provenir, más que del espacio exterior, de su recóndita intimidad”.¹⁷⁷ ¡Qué prodigiosa forma de expresar la reproducción de la naturaleza por la imaginación en la obra pictórica!

El literato concibe, por fin, el elogio del pintor. “Grande, con esa grandeza inmarcesible que en la perspectiva espiritual de la cultura, contrariamente a lo que sucede en la perspectiva física de la naturaleza, se hace mayor a medida que se aleja en el tiempo. Por virtud de esa grandeza suya, tan auténtica, hoy día su obra de artista –única en la historia de la plástica chilena y americana, cargada de valores que el transcurrir de los años abriga– está más viva que nunca, y su personalidad de maestro promueve el desarrollo de nuestra pintura acaso con más eficacia que durante su larga, espléndida y fecunda existencia”.¹⁷⁸ En seguida, reafirma la perdurabilidad de la obra artística, en la que ésta, una vez más, ha vencido a la muerte.

De nuevo exalta el valor del arte en el Senado, personificado en Gabriela Mistral. Esta vez, describe primero el retrato espiritual de la escritora. “Desde su briosa juventud hasta su vejez resignada, marca su obra una trayectoria vital y poética de intensa humanidad: al comienzo, el hervor de pasionales impulsos que la llevan al borde de las negaciones violentas, amoroso afán exasperado por un adverso destino, tristeza cósmica y humana, apenas atenuada por un destello de fe religiosa; más tarde, angustia y reverencia ante el misterio de cada ser y de cada cosa, anhelo de infinitud en medio del desamparo acerbo, secreto fervor sublimado en efusiones maternas; por último, soledad del alma que espera, en vigilancia de renunciamientos, la ‘cierta muerte’ búsqueda de la liberación definitiva y del perfecto júbilo. Cuanto ella expresó en su original lenguaje –áspero y quemante casi siempre, aunque también capaz de máxima ternura– le dio sentido de trascendencia y universalidad que finalmente la consagró ante el mundo”.¹⁷⁹ Es la enunciación de las virtudes de mujer, maestra y literata, condiciones humanas que él consideró sobre manera.

No es posible transcribir todas sus palabras de hechizo emocionante, pero el párrafo final de su sucinta oración es de una belleza inusual: “Lo que soñó en la vida, lo vivió en el sueño. Ahora, mientras su carne se disgrega cerca de nosotros, viaja en tinieblas innumerales, dentro del sueño más hondo, hacia la excelsitud del conocimiento y del amor”. En seguida, ante la imagen de ella, sugiere el silencio. “No promovamos demasiado ruido en torno a quien gustó del silencio en donde germinaban las verdades eternas; no turbemos el tránsito de la taciturna solitaria con la agitación de muchedumbres fraternales que ella comprendió, amó y sirvió, pero desde lejos; no contrariemos la sobria nobleza de su sencilla existencia con excesos de congoja ceremonial. Un espíritu como el de ella no requiere homenajes”. Por eso, dice: “...lo que hacemos por enaltecerla revela el deseo de enaltecernos a nosotros mismos, porque su voz nuestra –su voz de patético acento– se ha unido al coro egregio de aquellos seres excepcionales que magnifican con sus creaciones y sus actos la condición humana y son, en el curso de los siglos, testimonio vivificante de la grandeza del espíritu”.¹⁸⁰

Eugenio González no fue poeta, sino autor de una prosa bella. Él mismo reconoció lo primero en su discurso de recepción de Pedro Prado como miembro académico, en la Facultad de Filosofía y Educación. “Hablar sobre Pedro Prado implica referirse a la poesía; tarea de suyo sutil y siempre arbitraria, tanto por la imprecisión de límites de los dominios que abarca la creación artística como por la rigidez de las palabras usadas, moldeadas, indóciles para ceñirse a la fugitiva materia viviente del sueño y del símbolo. Alguien ha escri-

to que sólo la vida comprende a la vida. Pudiera agregarse, glosando este justo pensamiento, que sólo el poeta comprende al poeta. De antemano resulta, entonces, la inanidad de cualquier análisis y que da por anticipado en evidencia el fracaso de toda tentativa de crítica".¹⁸¹ Con estas sencillas palabras pone al descubierto esa quemante realidad de la general incomprensión de la poesía, que atrae a pocos lectores y a menos editores.

Pero él habla del poeta y ¡de qué manera lo hace! "Poeta verdadero, la expresión de una vivencia profunda adquiere en Pedro Prado una sugerencia simbólica. Por encima de cualquiera otra, y él así lo comprendió, el poeta tiene una misión generosa, de universal fraternidad: a él le correspondía superar la radical soledad de las almas humanas, uniéndolas, a pesar de los abismos y las distancias que las separan, en una comunión inefable. Más todavía: a él le está reservado operar el milagro de que los espíritus embotados en el sopor de la rutina y el hábito, se abran a las huidizas verdades que se esconden detrás de las concretas apariencias que acaparan nuestra pobre atención utilitaria, a los secretos llamamientos que vienen de las cosas que creemos inertes, al invisible mando, de insospechadas relaciones y sentido inescrutable, en que se nutren las raíces de nuestra vida y de nuestro destino".¹⁸² En seguida, examina la espontaneidad creadora, el afán de plenitud humana y la emoción cósmica en la obra de este poeta chileno. Más tarde, pronunciará otro hermoso discurso con ocasión de la muerte de Pedro Prado, porque él, no siendo formalmente un poeta, todo lo que pensaba y expresaba tenía una connotación lírica.

En los escritos de Eugenio González está presente la relación de la naturaleza y el amor, lo que es particularmente ostensible en sus discursos, en los cuales no sólo centra su atención en el hombre y la vida, sino también en la tierra y la naturaleza. Cuando se refiere a la hazaña de Josip Broz (Tito), inspirada en la "alentadora esperanza de un porvenir donde el hombre, con su trabajo libre hiciera más bella la tierra y la vida"; o en su homenaje al pintor Juan Francisco González en el que, uniendo espacio e intimidad, se refiere otra vez a expresiones de la naturaleza y de las cosas, que "despiden un fulgor que parece provenir más que del espacio exterior, de su recóndita intimidad". Esa relación abre la comunicación hacia el amor, que en Gabriela Mistral se expresa en "angustia y reverencia ante el misterio de cada ser y de cada cosa, enmarcada dentro de las emociones del amor desgraciado, sublimado luego en el amor maternal y por último... viaja en tinieblas inenabrigables, dentro del sueño más hondo hacia la exaltitud del conocimiento del amor".

El amor entre los seres humanos es un prodigio natural, capaz de generar las mayores energías en su consumación. Esta concepción explica que ador-

nara su sala de trabajo, en su hogar, un hermoso cuadro que representa a *Leda y el cisne*, del pintor Juan Francisco González, temática expresada en el arte, en repetidas ocasiones, como confirmación de la potencia del amor que transfigura a los dioses y semidioses para lograr sus objetivos de suprema fecundación. Es el sentido erótico de la vida, que Eugenio González comprendió cabalmente. Pero el amor para él no es sólo eso –la unión íntima de dos seres–, sino también, como manifiesta en el discurso de homenaje a Enrique Molina, “por la capacidad de comprender y servir, que es el mayor signo de excelencia, porque es la capacidad de amar, la vocación de bondad sin la cual nadie puede alcanzar la plenitud interior, ni la grandeza verdadera”. Idea que se repite en su discurso de homenaje a Juan Francisco González, en el que lo describe “... desbordándose cotidianamente sobre la materia indócil para animarla con la pasión de su sueño y el pulso de su sangre; generosa la capacidad de amor que él hacía revelar, en su propio mundo de formas y colores. ...” El amor es, pues, puente de unión entre los seres, como lo dice respecto a Pedro Prado, “... a él le correspondía superar la radical soledad de las almas humanas, uniéndolas a pesar de los abismos y las distancias que las separan, en una conexión inefable...”

Esta concepción del amor, de Eugenio González, es una expresión del marxismo, en cuanto éste tiene de romanticismo, en su intento de unir al hombre y la naturaleza, para hacer más feliz la vida, mediante el uso racional de la tierra y de las cosas. Proceso que empieza con el conocimiento más profundo de las ciencias naturales –como se observa en la evolución de la educación durante el siglo XIX– y continúa con la protección y conservación del equilibrio ecológico, que se ha convertido hoy en una de las preocupaciones más generalizadas de los hombres. Este mismo entendimiento del amor explica su vocación por la comunicación oral, a través de un diálogo constante con otros seres humanos, como una capacidad distinta de servir y amar. Por último, en su sueño y en su vida, persiguió el amor en cuanto símbolo de unión íntima entre el hombre y la mujer.

NOTAS

125 Eugenio González, “Vasconcelos”, *Claridad* n°77, Santiago, noviembre 11 de 1922.

126 Ibidem

127 Ibidem

128 Eugenio González, “En torno al movimiento militar”, *Justicia*, Santiago, n°1.300, 3 de noviembre de 1924. Todo un retrato sociológico de la segunda década del siglo XX.

129 Ibidem

- 130 Héctor Rodríguez de la Sotta, "Sobre la desigualdad social", en Alberto Edwards y Eduardo Frei, *Historia de los partidos políticos chilenos*. Editorial del Pacífico, Santiago, 1949.
- 131 Francisco Antonio Encina, "Resumen de la Historia de Chile", Zig-Zag, Santiago, 1954, pág. 748.
- 132 Eugenio González, "Glosas de un año triste", I, *Justicia*, n°1378, Santiago, 21 de enero de 1925.
- 133 Eugenio González, "Glosas de un año triste", II, *Justicia* n°1379, Santiago 22 de enero de 1925.
- 134 Nicolás Abbagnano, "Historia de la Filosofía", Instituto del Libro, La Habana, Cuba, 1957, Año del Vietnam Heroico, pág. 16.
- 135 Javier F. Campos, "Noche: una novela de Eugenio González Rojas", en *Eugenio González, maestro del socialismo chileno*, Centro de Estudios del Movimiento Obrero Salvador Allende, México, 1981, pág. 72.
- 136 Ibidem
- 137 Juan A. Epple, "La narrativa de Eugenio González Rojas", en *Eugenio González, maestro del socialismo chileno*, Centro de Estudios del Movimiento Obrero Salvador Allende, México, 1981, págs. 34 y 35.
- 138 Ibidem, pág. 35.
- 139 Ibidem, págs. 35 y 36.
- 140 Ibidem, pág. 49.
- 141 Ibidem, pág. 51
- 142 Ibidem, pág. 51.
- 143 Ibidem, págs. 51 y 52.
- 144 Ibidem
- 145 Ibidem, pág. 55 y 56
- 146 Ibidem, pág. 56.
- 147 Ibidem
- 148 Ibidem, pág. 58.
- 149 Ibidem, pág. 59 y 60.
- 150 Ibidem, págs. 61 y 62.
- 151 Eugenio González, "El socialismo frente al liberalismo", en el libro titulado *Pensamiento teórico y político del Partido Socialista de Chile*, Quimantú Ltda., Santiago, 1972, pág. 95.
- 152 Ibidem, pág. 96.
- 153 Ibidem
- 154 Ibidem, pág. 98.
- 155 Ibidem, pág. 100.
- 156 Ibidem, pág. 101.
- 157 Ibidem, pág. 102.
- 158 Ibidem, pág. 105.
- 159 Eugenio González, "Discurso pronunciado en la recepción del general Charles de Gaulle, Presidente de la República de Francia, el 30 de septiembre de 1964, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile.
- 160 Ibidem
- 161 Eugenio González, "Discurso pronunciado para recibir al mariscal Josip Broz Tito, Presidente de la República Socialista Federativa de Yugoslavia, el 25 de septiembre de 1965, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile".

- 162 Ibidem
- 163 Eugenio González, "Discurso" pronunciado en la ceremonia conmemorativa del centenario de la muerte de Andrés Bello, el 15 de octubre de 1965, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile.
- 164 Ibidem
- 165 Ibidem
- 166 Ibidem
- 167 Eugenio González, "Discurso pronunciado en homenaje al centenario del nacimiento de Valentín Letelier", en la sesión 5ª del Senado, el 16 de diciembre de 1952.
- 168 Ibidem
- 169 Ibidem
- 170 Ibidem
- 171 Ibidem
- 172 Ibidem
- 173 Eugenio González, "Discurso pronunciado en los funerales de Enrique Molina, en representación de la Universidad de Chile, el 9 de marzo de 1964.
- 174 Ibidem
- 175 Ibidem
- 176 Eugenio González, "Homenaje póstumo al pintor Juan Francisco González, con motivo del primer centenario de su nacimiento, pronunciado en sesión 1ª del Senado, del 14 de octubre de 1953.
- 177 Ibidem
- 178 Ibidem
- 179 Eugenio González, "Homenaje a la memoria de Gabriela Mistral", pronunciado en sesión 25ª del Senado, de 22 de enero de 1957.
- 180 Ibidem
- 181 Eugenio González, "Discurso pronunciado con ocasión de la incorporación de Pedro Prado a la Facultad de Filosofía y Educación como miembro académico", Santiago.
- 182 Ibidem

Capítulo cuarto

LA COMUNICACIÓN ORAL: ARTE MENOR

El dominio de la oralidad

Eugenio González poseía lo que suele denominarse el dominio de la oralidad hasta el punto de que quizás la mayor parte de su vida se dedicó a este ejercicio de comunicación, principalmente en los establecimientos de enseñanza donde trabajó, no sólo en sus clases diarias, sino también en las conversaciones con profesores y estudiantes. Este hábito se extendió en el Partido Socialista con sus compañeros, en el Senado, con sus colegas y en las cafeterías y los restaurantes con sus amigos. No he conocido a ninguna otra persona que haya dedicado tanto tiempo a esta forma de comunicación, aunque la regla general en los seres humanos es la práctica de ella, con excepción de los solitarios, reminiscencias de los anacoretas que, durante la época medieval, se aislaban de sus semejantes y se sumergían en profundas meditaciones religiosas. En Estados Unidos se han realizado encuestas en nuestros días, que revelan que las personas destinan seis horas diarias a esta práctica, pero reducida principalmente a la chismografía.

Como Eugenio González no escribió sus memorias en las que pudo transmitir por escrito lo que plasmó en la palabra oral, quizás sería una buena iniciativa que sus amigos y compañeros las escribieran. Constituiría un hecho insólito: las memorias de Eugenio González y escritas por quienes le conocieron. La idea no es peregrina, porque he leído textos de valorización de su obra de Julio César Jobet, Javier F. Campos, Ricardo A. Latcham, Juan Armando Epple y otros, de las más honda apreciación conceptual, aunque ninguno toca su dominio de la oralidad. No obstante, existe la limitación de que la mayoría de sus coetáneos están muertos, pero aún así valdría la pena el intento entre los

que sobreviven. Por mi parte, deseo hacer ahora un escarceo en este sentido, aunque limitado sólo a sus relaciones con el Partido Socialista.

Conocí a Eugenio González en 1943 en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, ubicado en la Avenida Bernardo O'Higgins con Cummings, donde yo estudiaba filosofía, teniéndolo a él como profesor, pero entonces no lo traté personalmente ni tuve otra relación que la de estudio. Más tarde, en 1946, poco antes del XI Congreso General del Partido Socialista, celebrado en octubre de ese mismo año, lo invité a que dictara algunas charlas sobre el marxismo en una sala del local del Comité Central, localizado en ese tiempo en la calle Moneda, a la Brigada Universitaria Socialista, que yo dirigía. Después no lo volví a ver hasta la constitución del nuevo Comité Central elegido por el mencionado congreso, en el cual participamos ambos, entre 1946 y 1948.

Desde entonces y hasta 1957 mantuvimos una estrecha relación de trabajo político y una amistad que se expresaba en un trato diario en el Partido, donde nuevamente estuvimos juntos en el Comité Central, de 1948 a 1950, dirigido por él mismo como Secretario General; en el Congreso Nacional, donde él representó a nuestro partido en el Senado, entre 1949 y 1957, y yo en la Cámara de Diputados, de 1953 a 1957, y en la vida cotidiana, donde cultivamos aquella amistad tan apreciada. Posteriormente, él reanudó su carrera universitaria, ocupando el cargo de Director del Instituto Pedagógico, hasta cuya oficina en Macul concurríamos con el ex diputado Fernando Pizarro para continuar el debate iniciado hacia ya más de una década.

Los grandes habladores, precisamente por hablar tanto, se hacen, muchas veces, daño con lo que expresan, como es el caso de Oscar Wilde, cuando en el proceso por sodomía, preguntado por el fiscal si había besado a un muchacho que actuaba como testigo en su contra, dijo: "No, por Dios, era muy feo". Más grave es aún el caso de Jorge Luis Borges, que expresó tantas brutalidades en favor de las dictaduras y en contra de las víctimas, hasta el punto que comió con Pinochet en la Moneda y lo calificó de fino caballero, aunque tiene la excusa de que estaba ciego. No es este el caso de Eugenio González porque, por el contrario, todo lo que expresó oralmente fue serio, por su contenido y gracioso por su forma.

¿Cómo era Eugenio González? De su juventud hay que considerar el juicio de sus coetáneos o, quizás mejor, de sus alumnos de ese período. "Eugenio González –expresa Fernando Alegría– era un joven muy apuesto, alto, pálido, vestido rigurosamente de negro cuando le conocí. A sus alumnos nos miraba con serenos ojos picassianos sin jamás involucrarnos en los anillos de humo que le seguían siempre sus pasos. Hablaba paseándose, llenando el aula de sonoridades calmas y amplias, engastando sus largas frases en precisas co-

lumnas de un materialismo histórico aprendido con rigor. Escucharlo era como exponerse a un día de sol suave, sin mayores contrastes ni sorpresas; era como saber que, de perdernos en devaneos, se iría con el humo lo más medular de su pensamiento, la proyección poéticamente mesurada de su razonamiento filosófico”. Este profesor de vastas clases y de escogidos alumnos ya no era olvidado por quienes sabían escucharle. “Sonriente y bondadoso –agrega Fernando Alegría– para mí tuvo siempre la imagen, el tono y el estilo del auténtico maestro”.¹⁸³

Por mi parte, puedo decir que cuando yo le conocí tenía la figura de un hombre alto, macizo, de tez pálida, lento para caminar, muy sólido cuando permanecía de pie. Era un tipo atractivo para las mujeres. Tenía una “hermosa voz lenta” desde su juventud, como lo recordara el escritor José Santos González Vera, participando en los encendidos debates de los años veinte. Poseía una risa fácil que, a veces, autogeneraba con su propia gracia, en la expresión del chiste y de la anécdota. No bailaba. En su vejez se puso delgado, al parecer por la sabia recomendación “quien desee prolongar su vida debe mantenerse esbelto”. Vestía trajes negros, también corbatas, sombreros y zapatos de este color, camisas blancas y abrigos de colores sobrios. Como San Vicente de Paul, dormía poco, pero ignoro si ya próximo a la muerte se haya arrepentido, como el santo misericordioso, de no haber dormido menos para servir a sus semejantes. Su vida transcurría tanto de día como de noche, disfrutaba de las comidas y bebidas, pero no fue un gran fumador, aunque lo hacía con moderación. La conversación fue el motor que dinamizaba su vida.

Constituyó un hogar abierto a los amigos, quizás por esa necesidad de comunicación oral. Casado con la señora Graciela Villablanca, profesora en la Escuela Normal de Mujeres N°2 de Santiago, tuvieron tres hijos. El mayor, Eugenio, se graduó de médico y falleció prematuramente, circunstancia aciaga que le produjo un gran dolor y desasosiego. En seguida, dos gemelos: Daniel, que estudió derecho y vivió su exilio en Venezuela, y Flora, vinculada a la enseñanza, como sus padres. Conocí a toda la familia en su hogar. El hijo mayor participó en el Partido Socialista desde su período de estudiante secundario, pero se dedicó más tarde exclusivamente a su profesión. Daniel, militó también en la misma organización política. Por último, la práctica de aquella comunicación oral dio lugar a caracterizaciones deformantes de su personalidad real por quienes no le conocieron cabalmente.

La primera lo consideró como un escéptico, en el sentido vulgar de la palabra, esto es, un individuo que no creía en nada, confundiendo, dicho concepto con lo que había en él de antidogmatismo y de actitud crítica, característica de la ciencia moderna. Por el contrario, su vida estuvo coronada por el respe-

to a los principios. En efecto, toda su múltiple carrera se rigió por éstos y nunca los supeditó a ambiciones por escalar posiciones. Cuando un grupo distinguido de profesores le pidió que aceptara la postulación de su nombre como rector de la Universidad de Chile, definió su pensamiento claramente por escrito y, una vez designado para ese cargo, hizo un elogio de la izquierda, donde siempre militó, para repetir lo mismo cuando renunció al cargo, en 1968. Similar posición ejemplar tuvo en el Partido Socialista, donde reafirmó con profundidad y sin dogmatismo, su pensamiento marxista, en la Fundamentación Teórica del Programa de 1947.

Desde el punto de vista filosófico, había más bien en él una raíz socrática, que en la máxima de “sólo sé que nada sé” traduce lo que el escepticismo, en tanto corriente filosófica post aristotélica, representa como apertura hacia el enriquecimiento de las ideas. La palabra escepticismo significa búsqueda y ésta corriente filosófica tiene por objeto la consecución de la felicidad por ataraxia, pero mientras el epicureísmo y el estoicismo ponen la condición de la misma en una doctrina determinada, el escepticismo pone tal condición en una indagación sobre la inconsistencia de cualquier posición teórico práctica. Aun en esta perspectiva “la indagación escéptica ha impuesto un contenido histórico notable, apartando a las escuelas filosóficas contemporáneas de su estancamiento dogmático y estimulándolas incesantemente a la indagación de los fundamentos de sus postulados”.¹⁸⁴ En este sentido ¿Eugenio González tenía algo de escepticismo? Es posible, en cuanto el marxismo supone también búsqueda e indagación a partir de la duda, para lo cual nos legó un método, que es el “arma de la verdad”. Él, como profesor de filosofía, poseía el conocimiento de que la búsqueda recorre el pensamiento humano desde Heráclito, pasando por Sócrates, hasta Marx, superando la falsa conciencia, en tanto imagen alterada de la realidad por las ilusiones para descubrir la verdadera realidad.

La segunda caracterización equivocada es la de considerar a Eugenio González como una personalidad no revolucionaria por razones meramente formales. Quien expresó esta idea, en cierto modo peyorativa, es el escritor Fernando Alegría, en un artículo sin embargo cariñoso sobre su maestro y amigo, en el cual afirma que no se imagina a nuestro compañero como un revolucionario porque nunca lo vio correr ni pegar un grito. Lo mismo se podría decir de Marx, sin que por ello le neguemos su carácter revolucionario, a menos que apreciemos como el mayor mérito de éste las borracheras en las tabernas de Bonn, en su juventud, mencionadas su padre en una carta de 9 de diciembre de 1837 en la que se queja de los gastos de su hijo, o un paseo en burros realizado en Godesberg con Bruno Bauer, recordado por este último,

desde los que “lanzábamos gritos de alegría, a los cuales los burros respondían con rebuznos”.¹⁸⁵ Como Fernando Alegría, yo no vi nunca a Eugenio González correr ni pegar gritos, ni tampoco pasear en burro, pero eso no me lleva a negar su pensamiento revolucionario.

La tercera caracterización falsa, en el caso de su carácter, se refiere a una supuesta abulia que habría condicionado su existencia. Nada más lejos de su trayectoria personal si consideramos que como maestro trabajó sin interrupción, durante 40 años (1928-1968), realizando una carrera profesional brillante. Como novelista publicó cuatro libros, en el curso de una década, que no es poco para un hombre que no se prodigó en cuanto escritor, y como político dejó una huella profunda en el Partido Socialista y en el Senado a través de una de esas formaciones culturales humanistas que ya no se exhiben en Chile. Él mismo me dio una explicación sobre el origen de esta falsa caracterización de su personalidad. En el tiempo de lucha Juvenil, desde la FECH, en una ocasión, se realizaron reuniones durante toda la noche en su local, debido a huelgas y movilizaciones, por lo que no tuvo posibilidad de “arreglarse” por la mañana siguiente, presentando un aspecto descuidado. Esta situación condujo a un compañero que había dormido en su casa a decir que Eugenio González era un “abúlico”, concepto que después se repitió.

Como última de estas caracterizaciones podría agregarse la apreciación superficial de algunos, que lo conocieron ocasionalmente y, por lo mismo, lo juzgaron en forma negativa por carecer hasta del sentido del humor necesario para disfrutar la gracia de su anecdotario y del chiste a flor de labios. Son los “tontos graves” que sólo vieron en él al hombre conversador que, escondiendo su amplia y profunda cultura, era capaz hasta de escucharlos a ellos sin proferir un sentimiento de rechazo. Eugenio González tenía, en efecto, esa virtud superior, humanamente generosa, de ponerse al nivel de sus interlocutores, para practicar el diálogo, como un verdadero maestro, es decir, hablaba y escuchaba, y por mi experiencia personal, creo que de todos aprendía algo en su conocimiento de los seres, en su múltiple variedad psicológica y cultural. Él era, por eso, un profundo conocedor del “alma” humana.

Por cierto, sus interlocutores inteligentes también aprendían. No existe un testimonio más expresivo de esta capacidad de enseñar en sus conversaciones, que el recuerdo del Dr. Juan Armando Epple, de la única entrevista que tuvo con él en los días en que egresaba del liceo y elegía carrera universitaria. “Cuando, empujado muy paternalmente por mi viejo, fui a ver a Eugenio González a su oficina de rector de la Universidad de Chile, y lo único que pude explicar con claridad fue que me interesaba la literatura, tuvo la paciencia de explicarme que había gente que escribía narrativa, poesía y teatro, y que a

veces podía convertir esa tarea en oficio exclusivo (que no requería la Universidad), y había otra gente que se preparaba para conocer científicamente la lengua y la literatura y luego explicarla en la comunidad (estaba, por ejemplo, el Pedagógico)".

El Dr. Epple agrega. "Me explicó enseguida que eran dos modos de conocimiento muy emparentados, pero que diferían en relación al objeto de atención: en el primero se trataba de tipos que se lanzaban a contar como veían experiencialmente el mundo, y que sus obras mostraban, como verdad literaria, el resultado de esa experiencia; en el segundo caso se trataba de personas que analizaban y explicaban, buscando un método más riguroso, lo que los escritores habían definido en su acercamiento inmediato a la realidad. Como quizás pensaba que la distinción era demasiado engorrosa, y que al final buscaría una profesión más segura (como la medicina) me explicó que los escritores tratan de hacer una radiografía de la realidad vivida, y los estudiosos de la literatura explicaban la misma realidad utilizando la radiografía de los escritores, incluyendo a la vez al escritor como material de estudio. Por la claridad de esta explicación, este joven pudo conservarla en su memoria.

La explicación fue, por otra parte, lo suficientemente novedosa como para decidir a su interlocutor a entrar a este oficio confuso. La impresión producida por el rector de la Universidad de Chile, en este joven estudiante, fue tan profunda que más tarde le permitió unir el amor a su padre y el recuerdo de ese maestro, cuando escribió su ensayo *La narrativa de Eugenio González*, agregando al final de su trabajo: "Me habría gustado que Eugenio González supiera que el primer intento de conocimiento crítico de lo que él elaboró como experiencia literaria lo haría alguien formado en los mismos principios teóricos y de organización estimulado a convertir esos principios en un modo de conocimiento de la realidad y explicación de los problemas ideológicos y culturales de la sociedad. La aplicación de esos principios al campo de la literatura es, en gran medida, resultado de la formación teórica a la que contribuyó en el Partido Socialista. La elección de su obra como objeto de estudio, constituye un homenaje, un homenaje en la forma que él hubiera querido: como evaluación crítica".¹⁸⁶ No fue posible este conocimiento porque nuestro camarada ya había muerto cuando publicó su ensayo el Dr. Epple.

La personalidad intelectual de Eugenio González tuvo, como ya lo señalé, una tríptica expresión: la de educador, la de político y la de escritor. Su ocupación fundamental fue, pues, la de reflexionar para lo cual su vida estuvo dedicada de manera principal al estudio. Aficionado a la lectura como vocación natural, adquirió una cultura excepcional, pero él no fue, como muchos, un simple repetidor de conocimientos que ya, por sí, tiene valor, sino más

bien un asimilador que los vertía en sus propias creaciones. No se limitó tampoco al éxtasis del conocimiento, como contemplativo, sino que enfrentó el quehacer de la vida en todas sus manifestaciones restándole tiempo al sueño para dedicarlo a la vigilia, generadora de satisfacciones espirituales y también materiales. Al revés de lo que parecía, no fue un solitario, sino más bien un hombre vinculado a las multitudes, precisamente, a través de sus acciones de maestro, político y escritor.

Las rutinas políticas

Como los predestinados, nada se hizo imposible para él, aunque no buscó ascensos en su vida profesional y política, todo se le ofreció, pudiendo, incluso, haber sido candidato a la Presidencia de la República, por quien muchos habrían votado. Fernando Alegría lo expresa fervorosamente: “Quienes lo queríamos hubiésemos deseado que Eugenio González ambicionara ser Presidente de la República, cualquier cosa, ¡todo! para haber votado por él. Lejos de eso, se preocupaba sólo porque nosotros progresáramos”. Él tuvo un concepto distinto de la política, quizás influenciado por el comportamiento de Valentín Letelier. En un discurso de homenaje pronunciado en el Senado, le atribuyó a ese gran maestro y político caracteres que bien podían aplicarse a él mismo. La política aparece así desvinculada de la demagogia y el oportunismo, nutriéndose del conocimiento teórico y de la interpretación de la realidad por el método científico, como él lo definiera lúcidamente en la Fundamentación Teórica del Programa de 1947.

Se equivocan, pues, quienes pretenden asimilarlo a las posiciones reformistas. El concibió, precisamente, al socialismo como lo que es en su esencia: un proyecto de emancipación social de los trabajadores. Por lo mismo, hoy, cuando un modelo, que siempre criticamos los socialistas chilenos, experimenta una crisis profunda, llegando en algunos países a su derrumbe, podemos sostener la validez y vigencia de nuestro proyecto histórico, porque el capitalismo, en cualquiera de sus variantes, no ofrecerá soluciones definitivas a las necesidades sociales de los trabajadores. Mucho menos en los países atrasados o subdesarrollados como el nuestro. Eugenio González definió el método revolucionario de la conquista del poder y la transición al socialismo, pensamiento que lo llevó a posiciones contrarias a la colaboración ministerial en gobiernos de hegemonía burguesa. No participó, por eso, en los gobiernos del Frente Popular, criticando su política y la supeditación de los

objetivos socialistas, así como nunca promovió ese tipo de colaboración en el período posterior, en el que tuvo una ingerencia decisiva en el Partido.

En la efímera República Socialista de 1932, cuando tenía 29 años, desempeñó el cargo de Ministro de Educación durante los doce días que conmovieron a Chile, en los cuales tuvo tiempo suficiente para tomar diversas iniciativas, como la aprobación del Estatuto Universitario, que confería autonomía a la Universidad de Chile. Según sus propias revelaciones orales, se preocupó además de vigilar el comportamiento de los militares con los estudiantes. Al respecto, conviene recordar que militantes comunistas habían instalado, en la Casa Central de la Universidad de Chile, ubicada en Av. Bernardo O'Higgins, un soviét de estudiantes, obreros, campesinos, soldados, marineros e "indios" –estos últimos en representación del problema de las nacionalidades– a imagen y semejanza de la Revolución de Octubre. Carlos Charlín recordó más tarde que éste fue un problema que inquietó a la Junta de Gobierno.¹⁸⁷

Por su parte, Eugenio González, contaba con gracia que una delegación del "soviét", presidida por Bernardino Vila, estudiante de ingeniería, quien más tarde sería profesor en la escuela donde hizo sus estudios superiores, solicitó audiencia al Ministro de Defensa Nacional, Comodoro del Aire Marmaduke Grove, para exigir el retiro de un grupo militar estacionado frente a la casa central de la Universidad de Chile. Grove abandonó un consejo de gabinete que se realizaba a la hora convenida para esa audiencia, a fin de recibir al "soviét", seguido del Ministro de Educación, que temía conflictos mayores. Pero, cuál no sería el asombro de éste cuando Grove le aseguró a los estudiantes que ese cuerpo militar se había estacionado en dicho lugar, no para amenazarlos a ellos, sino para protegerlos de una conspiración burguesa que pretendía atacarlos por la noche, partiendo del Club de la Unión, ubicado frente a la Universidad.

La representación del soviét se retiró –decía Eugenio González– profundamente agradecida por los cuidados que le había asegurado Grove. En los días siguientes, la República Socialista, con la intervención del Ministro de Educación, proporcionó un local fiscal, ubicado en la calle Nataniel, para que se instalara el "soviét", desocupando, de este modo, la casa central de la Universidad de Chile. En esa nueva sede oficial, funcionó dicho grupo comunista, bajo la tolerancia de las autoridades, que sólo se habían ocupado de él en tanto perturbaba las actividades universitarias, hasta que un golpe militar derrocó al gobierno socialista, el 16 de Junio de 1932, terminando también la actuación del "soviét" en la vida política del país. Cualquiera podría creer hoy que este episodio es una invención mía, pero realmente sucedió de la manera expuesta, según la versión oral de Eugenio González y la versión escrita de Carlos Charlín".¹⁸⁸

Nunca más Eugenio González ocupó un cargo ministerial. La República Socialista justificó esa experiencia personal, pero las colaboraciones gubernativas posteriores no, con excepción del gobierno de Allende, de 1970-1973. Él relataba, entre muchas anécdotas, que Juan Bautista Rosetti, inspirador de una nueva aventura ministerial, lo visitó en su casa, en el mes de febrero de 1946, para persuadirlo que aceptara el cargo de Ministro de Educación en el nuevo gabinete que había de constituir el Vicepresidente de la República Alfredo Duhalde. Se trata de aquel breve interludio político conocido en el Partido Socialista como Tercer Frente. El requerido para el mencionado cargo no aceptó por considerar que el paso que pretendía dar la dirección del Partido era una aventura inconsistente, que sólo traería consigo perjuicio a nuestra causa pero, ante la insistencia de Rosetti, le dijo: “¿Por qué no asume el ministerio usted?”, a lo que éste contestó con brutal agudeza: “Porque no soy huevón”. Entonces, Eugenio González contrarreplicó: “Yo tampoco lo soy”, terminando la conversación entre risas y sin proveer el cargo de ministro.

En el Partido Socialista es donde más pude conocerlo. Su desempeño en él fue realmente ejemplar. Formó parte de esa generación clarividente que fundó dicho partido, sin integrar su dirección hasta 1946, cuando se uniera a la generación siguiente conducida por Raúl Ampuero, que rescató a la mas grande organización de masas de Chile que, habiéndose alzado como el Partido del Pueblo, los oportunistas la habían convertido en un estercolero. Lo he dicho otras veces. Ampuero, como Moisés, llevó a esa parte del pueblo elegido por el desierto de la resistencia al sistema capitalista y a sus gobiernos de turno, durante una generación, proceso en el que los jóvenes de entonces aprendimos a luchar siempre en la oposición. Siguiendo ese sino dramático, Ampuero y también Eugenio González pudieron ver desde su “Monte Nevo”, la tierra prometida en 1970, producto auténtico de la larga marcha conducida durante un trecho por ellos mismos.

Eugenio González introdujo en la dirección del Partido Socialista el sentido del humor, reduciendo así la pesadez y grandilocuencia que caracterizaban la vida de esas organizaciones políticas. En el Comité Central elegido en el XI Congreso General, estaban representadas tres generaciones. Ramón Sepúlveda había pertenecido a la primera dirección del Partido Comunista, compañero y amigo de Luis Emilio Recabarren, ya tenía más de 60 años. En el medio, estaban Eugenio González (44 años), Isidoro Godoy, dirigente panificador (40 años), Humberto Soto, dirigente ferroviario, Héctor Gajardo, sastre (aproximadamente 35 años) y Oscar Waiss, periodista (34 años). Todos los demás, con Raúl Ampuero a la cabeza, éramos veinteañeros. Recuerdo que Eugenio González me dijo una vez que nosotros cuando tuviéramos la

edad de don Ramón pasaríamos los días junto a la chimenea, cubiertos de frazadas y con un vinito caliente a mano. Era, sin duda, una broma, por lo que la vida, que es más sabia que el humor, determinó que nos mantuviéramos al pie del cañón hasta el último minuto de nuestra vida.

Con don Ramón solíamos también realizar jornadas muy celebradas. En una oportunidad, el Comité Central nos designó, a ese cuadro veterano y al más joven de sus miembros, para asistir a un ampliado de la segunda comuna, constituida por trabajadores tranviarios, que eran bastante moderados (por no decir de derecha), pero tan belicosos que nos insultaron y casi nos sacaron a patadas de la reunión. Don Ramón, al dar cuenta en el Comité Central de nuestra misión, sólo expresó que había estado dura la “crítica”. Eran los días previos a la división del Partido Socialista de 1948. En otra ocasión, fuimos juntos también a una comida de aniversario del Partido Demócrata, donde se recordaron a todos sus próceres, desde el fundador, Malaquíás Concha, hasta los más recientes. Cuando le correspondió hablar a don Ramón, expresó que los oradores anteriores se habían olvidado de un hombre muy importante en la historia del Partido Demócrata: don Bonifacio Veas, con lo cual arrancó grandes aplausos. Eugenio González disfrutaba de estos resplandores de ingenio partidario.

En las sesiones del Comité Central, de 1946-1948 (compuesto de pocos miembros), presididas por Raúl Ampuero, con sus ardorosos 28 años, Eugenio González y Oscar Weiss escribían coplas festivas sobre sus propios compañeros trenzados en debates interminables, los que circulaban entre quienes no eran aludidos y se saltaban también a Raúl Ampuero, por respeto reverencial. Recuerdo algunas, pero no creo conveniente reproducirlas. Eugenio González tenía un sentido gráfico para caracterizar a las personas, tanto del Partido como del Senado, todas muy graciosas, pero tampoco puedo reproducirlas porque la mayoría de los caricaturizados ya fallecieron y los vivos podrían disgustarse. No resisto la tentación, sin embargo, de mencionar dos por ser muy inocentes. En 1948, propuso en el Comité Central como candidato a diputado por Ñuble a un compañero militar retirado (era su amigo) y ponderando sus virtudes con la coronación final de que pertenecía a esa “benemérita institución de la patria: la Asociación de las Fuerzas Armadas en Retiro”. Ironía aparte, está de más advertir que eran otros tiempos. En 1952, apoyando una propuesta para nombrar gobernador de San Bernardo, dijo que el compañero tenía “aspecto de gobernador”, y era cierto, desde el punto de vista de la imagen generalizada, en cuanto a aspecto físico, vestuario y cuidados de su persona, de una autoridad de este nivel.

En los años cuarenta, en el Partido Socialista vivíamos a palos con el águila-

la. No disponíamos de financiamiento para pagar un servicio eficiente de mecanografía, por lo que Eugenio González, como Secretario General, contestaba la correspondencia en forma manuscrita. No quiero decir que lo hiciera en todos los casos, pero en varias seccionales del país me mostraron años más tarde, cartas manuscritas de él, lo que hacía por pudor intelectual para evitar la rubricación de correspondencia con errores ortográficos o de otro orden, transcritas a máquina por compañeros de buena voluntad. Por la misma razón económica, en un aniversario del Partido propuso en el Comité Central la redacción de un discurso breve por él mismo, con la indicación que lo leyera en la radio el compañero Demetrio Aymans, entonces Secretario General interino de la Federación de la Juventud Socialista, quien tenía la virtud de hablar normalmente con una velocidad insuperable. Con esta especie de humor, pretendía reducir el costo de la transmisión radial en esos días de “ajustes presupuestarios”.

Durante su período de Secretario General (1948 –1950), no teníamos recursos para pagar el alquiler del local del Comité Central, al menos después de conducir a la ruina al compañero Héctor Gajardo, miembro de la dirección, de profesión sastre quien, conjuntamente con proporcionar vestuario a algunos de sus compañeros pagaba a veces el arrendamiento del local. Además, caso curioso, era aficionado a la ópera y, a través de una amiga soprano destacada, nos proporcionaba entradas, en platea, en el Teatro Municipal, donde los más jóvenes presumíamos de este gusto aristocrático para el medio chileno, si bien no lo era en sus lugares de origen, ante las “noviecitas”. Milagros del socialismo chileno.

Eugenio González, como otros compañeros, era masón aunque permaneció largos períodos en “sueño”, por lo que solía comparar a “la orden” con el Club deportivo Colo-Colo en todo aquello de la solidaridad entre los hermanos, ilustrando su comparación con ejemplos. Por dicha circunstancia fortuita, Roberto Aldunate León, entonces serenísimo gran maestro de la masonería, reunía cuotas entre algunos de sus “hermanos” para contribuir al pago del arrendamiento del local partidario, ubicado en Londres 33. Eran los gajes de la pobreza. Aldunate militaba en el Partido Socialista y además era amigo de nuestro Secretario General. Este constituía, por cierto, un secreto ignorado por las bases, que siempre sintieron desdén por la masonería cuando no un absoluto rechazo, olvidando que sus principales fundadores, por una ironía del destino, fueron miembros de ella, como Grove, Matte (también “serenísimo”) y Allende.

Algunas veces, Eugenio González cubría con sus propios recursos, en casos de emergencia, gastos partidarios, pero aquellos eran desafortunadamen-

te muy escasos. En esos años, los profesores universitarios percibían sueldos bajos, debido a que en las principales carreras, como la abogacía, la medicina, la ingeniería, la arquitectura, etc. quienes desempeñaban docencia eran, por lo general, profesionales de éxito que no necesitaban los estipendios universitarios, no siendo el caso de los maestros del Instituto Pedagógico. Recién en el rectorado de Juan Gómez Millas, proveniente de ese mismo plantel, se corrigió en parte dicha situación a fines de la década de los cincuenta, elevándose las remuneraciones del personal académico de la Universidad de Chile.

En el año 1948, Eugenio González escribió un hermoso manifiesto del Partido Socialista en contra de la dictadura legal de Gabriel González Videla. En ese tiempo era difícil conseguir una imprenta que se atreviera a editar un documento político de esa clase, por el control policial que se ejercía sobre ellas. Pero nosotros obtuvimos que dos compañeros lo hicieran en una imprenta que prestó sus máquinas, ubicada en el subterráneo de un pasaje que estaba frente al cine Metro, en la calle Bandera. Por la noche de un frío día de invierno, en que se imprimió ese manifiesto, nos comprometimos a llevarles a los compañeros unas botellas de vino para estimular sus espíritus, pero no teníamos dinero, por lo que Eugenio González visitó a un primo que trabajaba, por las noches, en *El Mercurio*, y le pidió el préstamo necesario, con el cual nos bebimos en un bar cercano una botella de vino tinto (el dinero conseguido sólo alcanzaba para una) y les llevamos dos a los compañeros de la imprenta.

Eugenio González conocía el alma de los socialistas. Siempre aseguraba que los congresos aprobarían los votos políticos más rojos. Por lo general, los delegados provenientes de las distintas regiones del país visitaban, durante los días del congreso, los restaurantes en busca de los más apetecidos platos y bebidas, como un buen congrio frito en Valparaíso o longanizas en Chillán o chicha dulce, pero picadora, en Talca, y al término del torneo jugaban invariablemente al rojo –que siempre ganaba– muchas veces, sin haber intervenido en los debates. Quizás el mejor ejemplo de esta práctica fue el XXII Congreso General celebrado en Chillán, donde se adhirió al marxismo-leninismo y la lucha armada, designándose Secretario General a Aniceto Rodríguez. Era un sortilegio que me ha hecho pensar que, así como los soldados franceses, según Napoleón, llevaban el bastón de mariscal en sus mochilas, los militantes socialistas guardábamos celosamente un “mayoneso” en nuestros corazones, como expresión de la rebeldía connatural del socialismo. Altamirano fue, por eso, popular en su tiempo de “decisión revolucionaria” (divisa de su campaña senatorial en 1973) y no ahora convertido en paloma de la paz.

El propio Eugenio González celebraba este ritual socialista. Él solía hacer comentarios humorísticos sobre la militancia en el Partido, burlándose, por

ejemplo, de los cambios que experimentaban los cuadros: el paso del “plano juvenil” al “plano adulto”, sobre todo cuando alguno de ellos se pasaba del límite de edad en el primero. Yo cumplí estrictamente con la norma: a los 25 años pasé al “plano adulto”, integrando el Comité Central. En el período en que él fue Secretario General señaló, con gracia inigualable, que la composición social del Partido Socialista estaba constituida principalmente por maestros, ferroviarios y chilotes. Entonces, habíamos tres chilotes en el Comité Central (incluido Raúl Ampuero). Además, clasificaba a los miembros del Comité Central entre monógamos y polígamos, existiendo sólo uno de los primeros, cuyo nombre no puedo dar, porque pondría en descubierto a los otros ante sus esposas.

Todavía, a fines de la década de los sesenta, cuando le llamaba por teléfono a la rectoría de la Universidad de Chile, después de mi identificación ante la secretaria, contestaba invariablemente mi “aló” con los primeros versos de la marsellesa socialista, esto es, “Contra el presente vergonzante, el socialismo surge ya...” Al XI Congreso General del Partido, lo mencionaba en las conversaciones como el “célebre” Congreso de Concepción, para ponerse en la onda nuestra –de los jóvenes de ese tiempo– que conferíamos una extraordinaria importancia a dicho torneo partidario. En él, Raúl Ampuero, que había sido Secretario General de la Federación de la Juventud Socialista, ya había pasado al “plano adulto”, desempeñándose como Secretario Regional de Santiago y miembro del Comité Central, derrotó a Salvador Allende por siete votos. Eugenio González, que provenía de la generación de los fundadores, nos acompañó en esta “parada”.

Durante todos esos años de actuación en el Partido Socialista, contó con el respeto y la simpatía de dirigentes y militantes y él, a su vez, tuvo relaciones cordiales y amistosas con todos ellos. Con Raúl Ampuero estableció una línea de trabajo político constante y estrecha, cuya expresión más constructiva fue la redacción de la Fundamentación Teórica del Programa del Partido Socialista y la realización de la única Conferencia Nacional de Programa celebrada en su historia. Participó activamente en el Comité Central dirigido por aquél, de 1946 a 1948 y, en seguida, asumió el cargo de Secretario General en el período siguiente. Elegido senador por Santiago en 1949, se encontró con Ampuero en 1953 en la cámara alta, año en que éste fue elegido senador por Tarapacá y Antofagasta, continuando las tareas comunes iniciadas en 1946. Por condiciones de carácter y hábitos de vida, ambos eran distintos, pero compartían similares principios en el orden político. Eugenio González siempre deseó una relación política directa y personal más allá del Comité Central con Raúl Ampuero, pero eso no pudo suceder entre un hombre que, después

de las reuniones se recogía en su hogar, con otro que continuaba los “debates” en las mesas de los restaurantes.

Algunas relaciones personales

Como los antiguos griegos, la vida de este hombre se deslizaba entre el “agora” y el “banquetes”, escenarios en los que proyectó su larga trayectoria intelectual y política, sin olvidar tampoco los “pórticos” y el “hogar”. No fue un orador de masas, pero sus deberes de dirigente del Partido Socialista lo condujeron a las concentraciones públicas en plazas y teatros, así como a las tertulias nocturnas en restaurantes y otros lugares, acompañado de algunos jóvenes. Por mi parte fui un concurrente constante. Durante muchos domingos me invitaba a su casa, donde una empleada chilota preparaba empanadas y almejas, cuyo nombre corregía ella por el de “tacas”, como se las designaba en nuestra tierra lejana. No faltaba, desde luego, un buen vino chileno. Entonces, conversábamos sobre lo humano y lo divino y, siendo 20 años mayor que yo, influyó en mi carácter, condicionando, en cierta medida mi modo de pensar y actuar. Cuando me casé me dio un sabio consejo: habituar a la esposa a mi llegada a casa tarde por la noche. Así ella no experimentaría ni inquietudes ni sobresaltos, pudiendo dormir tranquila, cuando ciertas obligaciones me mantuvieran fuera del hogar hasta avanzadas horas de la madrugada. La política se practicaba entonces después de las horas de trabajo y sin toque de queda.

Tuvimos, entre otros, un amigo común con quien participábamos en muchas tertulias políticas en restaurantes: Eudaldo Lobo, de origen chilote como yo. En el año 1947, Lobo se trasladó a la ciudad de Antofagasta por razones de trabajo. Desde entonces, Eugenio González me planteaba constantemente que debíamos “evacuar” a Lobo, lenguaje derivado de la segunda guerra mundial. Años más tarde, Lobo tuvo una intervención muy celebrada por nuestro maestro y amigo. En la cámara alta un senador pronunció un discurso crítico contra el gobierno del Presidente Carlos Ibáñez del Campo (1952-1958), cuyo lenguaje sonó, al fino oído de Eugenio González, como del siglo XIX, y así lo hizo notar en un comentario, en la misma sesión, a lo que respondió el senador aludido que él no se cubría con plumas ajenas.

Posteriormente, Eudaldo Lobo, asiduo lector de la historia de Chile y poseedor de una portentosa memoria, descubrió que ese discurso era una copia casi textual de otro pronunciado por Enrique Mac Iver, cuando tenía 19 años,

a raíz de una acusación constitucional contra el Presidente de la Corte Suprema, Manuel Montt (ex Presidente de la República). Con el hallazgo de nuestro amigo, Eugenio González escribió un comentario de crónica en el periódico *La Calle*, que entonces editábamos en Santiago, en el que relataba ese episodio de la oratoria congresista, y concluía diciendo que el senador, tras afirmar que no se vestía con plumas ajenas, había desplumado nada menos que al “cisne de la elocuencia radical”.

Eugenio González, de acuerdo a la tradición griega, transmitió inconscientemente a Lobo la idea de una novela hablada, que después celebraba mucho. En el período en que con Lobo fuimos diputados (1953-1957), realizamos numerosos viajes juntos. Por su origen chilote, él tenía la costumbre de buscar coterráneos dondequiera que arribáramos, encontrándolos en todas partes por la condición de eternos migrantes de éstos, con quienes establecía animadas conversaciones. En estas giras políticas tuve la oportunidad de conocer la “novela hablada” que mi amigo, como precursor del realismo mágico, había concebido y desarrollado en el curso de muchos años. Sí, en efecto, se trataba de una novela perfectamente delineada en torno a las vivencias y experiencias propias y de sus compañeros de la primera generación de la Juventud Socialista, con sus capítulos y personajes moviéndose en el mundo emotivo del recuerdo.

Como toda novela inédita, ésta era objeto de constante revisión, en busca y rebusca de nuevas facetas en la vida de los personajes; su carácter inconcluso le permitía enriquecer la trama con nuevos acontecimientos, la que reunía realidad y fantasía. La singularidad de esta novela residía en el hecho de que los personajes eran de carne y hueso, algunos de los cuales convivían a diario con el autor y los “conocedores” de la novela, se trataba de seres que “soñaron la vida y vivieron el sueño” al unísono con aquel que también participaba como personaje, autor y protagonista. Su trama no se refería, por cierto, sólo a la épica socialista, sino que también comprendía la subjetividad sublimada por los sentimientos más puros de aquella juventud. Había en ella acción y romance, ideales y realidad, en el marco de la situación angustiosa de una generación que se asomó a la historia de ese difícil período de guerra mundial. Esta novela, por la circunstancia de no estar escrita, experimentaba grandes mutaciones, no sólo por consideraciones estéticas sino muchas veces por sentimientos encontrados, diferencias de opiniones y simples disgustos del autor con sus personajes. Estas alteraciones, además, no se limitaban a los hechos presentes, sino que se retrotraían también a los del pasado. Ella se convertía, así, en una formidable arma en la lucha interna en el partido y, por lo mismo, algunos de sus personajes, conscientes de este poder secreto de

Lobo, procuraban mantener buenas relaciones con él para no correr el riesgo de convertirse de héroes en villanos en una obra de creación que algún día podía escribirse y publicarse.

En 1955 hicimos un viaje a Alto Patena a estudiar en el terreno un problema de límites con la República Argentina, en el valle de California. Por ser la vía aérea la única posible entonces, el piloto Ernesto Hein, amigo de Eudaldo, nos trasladó desde Puerto Montt en un pequeño avión Cesna, pero no pudo rescatarnos hasta después de quince días debido a las adversas condiciones climáticas de la zona. Mientras cumplimos nuestra misión nos hospedamos en el club de los carabineros y, entonces, noche tras noche, Lobo me relató la versión completa de su novela hablada. Quizás soy el único con vida que tiene registrada en su memoria esta obra tan peculiar y de la cual también soy protagonista.

Durante esos días, Eudaldo estaba disgustado por cuestiones políticas contingentes con los dirigentes máximos del Partido Socialista: Raúl Ampuero, protagonista central de la novela y Aniceto Rodríguez, personaje menor en la misma, por no pertenecer a la primera generación de la heroica Juventud. Por eso, la versión que me dio a conocer estaba distorsionada, pero también me “mostró” el original, por lo que pude apreciar que los cambios eran notables. Batallas políticas victoriosas y romances felices de la primera versión se invertían en la segunda, quedando aquellos protagonistas en posiciones desmedradas. Para qué decir cómo reducía el papel de algunos seguidores de los líderes; como Kafka, de seres humanos los convertía en escarabajos.

La vehemencia, en verdad, trastocaba la razón. Esta expresión de locura literaria era tan brutal que, al despedimos de cada uno de los carabineros, cuando Hein volvió por nosotros, dos de ellos, que dormían en un cuarto contiguo al nuestro y que, por esa razón escucharon también la novela hablada y mis comentarios críticos, nos expresaron discretamente: “Si los dirigentes de su partido los hubiesen oído como nosotros, de seguro que serían expulsados, pero no teman porque no diremos nada. Eran otros tiempos, cuando la lealtad constituía una virtud entre los carabineros. El respeto por el silencio que guardó Lobo con posterioridad, me inhibe develar mayores detalles por ahora, lo que tampoco significa que no lo haga más tarde.

Sólo quiero agregar un hecho registrado muchos años después en mi exilio en México, cuando conocí a la heroína más destacada de la novela hablada. De nacionalidad argentina y víctima de un temprano destierro en las postrimerías de los años treinta, cuando apenas era una adolescente, ella perteneció a esa primera generación de la Juventud Socialista e integró su Comité Central. Era la vedette de esos tiempos. Todos suspiraban por ella, particular-

mente uno, que no voy a nombrar ahora, estuvo muy enamorado, pero la joven estudiante de medicina no aceptó a ninguno y retornó a su país, donde constituyó una familia inspirada en el idealismo socialista. Mujer extraordinaria, por su espíritu de lucha, vivió un segundo exilio en México, (cuando ya había superado los 60 años), donde al referirle la novela hablada de Lobo y recordarle la corte de sus enamorados en la F.J.S. el rubor encendió sus mejillas como aquella niña de Santiago. ¡Son los hechizos de una novela que nunca se escribió!

Dichosos tiempos aquéllos. Con Eudaldo Lobo, como sucediera antes con Eugenio González, desapareció un socialista integral. Alma, corazón y vida de una generación que asumió un estilo alegre de experimentar la vivencia del mejor tiempo de todos: el porvenir convertido en sueño. Sin droga. Precisamente, más allá de la distancia y del tiempo –ahora también de la muerte– quiero rendirle hoy el homenaje del recuerdo a Eudaldo Lobo, actor y testigo de lo que él llamara la “fiesta de la democracia”, de los avances y retrocesos, victorias y derrotas del movimiento popular de nuestro tiempo, en cuya existencia se dieron cita tantos ideales plasmados en su incomparable (por ser la única) novela hablada. No faltará alguien, sin embargo, que preguntará qué tiene que ver todo esto con Eugenio González. La respuesta está en el hecho de que incorporamos secretamente a nuestro maestro y amigo, como protagonista en la novela hablada, en el papel de patriarca otoñal, enriqueciendo la trama erótica, pero él nunca lo supo. Además, fue el inspirador de esta obra de ficción aunque sin proponérselo, a través de su anecdotario que, por su penetración de la condición humana y la vivacidad de su expresión, configuraba tramas de novelas habladas. En otras palabras, él fue una especie de impulsor de este insólito género literario.

Sin concesión alguna en los principios, Eugenio González tuvo un trato llano y cordial en el Congreso, donde tenía amigos del liceo, como Eduardo Alessandri, quien había sido campeón universitario de box, en peso máximo, el que en su vida adulta se había acentuado. En 1955, el diputado por Tarapacá Emilio Tamayo y yo fuimos al norte del país para visitar especialmente las Azufreras de Aguas Calientes, propiedad de Eduardo Alessandri. Yo no pude llegar hasta ellas porque se encuentran a 5.000 metros de altura y no resistía la “puna”, pero contribuí en la preparación del discurso de Tamayo, quien denunció la explotación de los obreros, las condiciones inhumanas de trabajo a esa altura, con elevadas temperaturas en el interior de la mina y cubierta de nieve en su exterior, así como la represión que habían sufrido los trabajadores por constituir un sindicato. La representación de derecha interrumpió constantemente al diputado Tamayo, pero más serio fue el enojo del senador

Eduardo Alessandri, quien buscó por los pasillos del Congreso, en repetidas oportunidades, al diputado socialista para castigar “su insolencia”. Ante esta situación, yo recurrí a Eugenio González para que tranquilizara a su amigo, cuya intervención, como siempre, fue convincente. Le dijo a Eduardo Alessandri que Tamayo era un obrero joven, de más de 1,90 mts. de estatura y de 100 kilos de peso, lo que interrumpió la búsqueda, porque los datos eran verídicos y naturalmente “pesaban” en cualquier encuentro.

Gregorio Amunátegui, senador liberal, se refirió con respeto y simpatía a Eugenio González en la cámara alta, reconociendo sus méritos literarios, que éste rechazaba con modestia. Don “Goyo” se sentía próximo a él porque también fue novelista y, como se sabe, terminó su carrera política con el apoyo público a la campaña presidencial de Salvador Allende, en 1964. Eduardo Moore, un hombre culto, pero con posiciones muy de derecha, solía pasar por el cubículo de Eugenio González a conversar sobre libros. En una oportunidad en que éste revisaba un texto que yo le había prestado, sobre los constituyentes españoles en 1931, le ofreció los tomos que nos faltaban. Entre esos constituyentes estuvieron Unamuno y Ortega y Gasset, este último fue quien redactó la definición contenida en el artículo primero de la Constitución aprobada entonces: “España es una República Democrática de Trabajadores...”, de donde, consciente o inconscientemente, la tomó en 1947 el Partido Socialista de Chile.

Este comportamiento explica el homenaje de despedida que le rindiera en la cámara alta el senador liberal Raúl Marín, en 1957. Con él no había tenido relaciones de amistad, sino más bien tuvieron polémicas, pero este político de derecha fue también un personaje insólito. Yo le conocí de cerca cuando integré la Comisión Bicameral de Límites, presidida por él, que estudió los problemas surgidos en la década de los cincuenta con la República de Argentina. Tuvo un desempeño excepcional por su dedicación y eficiencia, hasta el punto que destinó a un sobrino, sin remuneración alguna, en los archivos de la Cancillería, para rescatar y ordenar documentos maltratados por el “pajerío” que, trabajando en ella, no se ensuciaba las manos en esa clase de tareas. Muchos de estos documentos fueron útiles 20 años después, cuando el gobierno de Allende convino con el del general Lanusse someter la disputa sobre el Canal Beagle al arbitraje de la Corona Británica, la que reconoció, en su resolución del problema, los derechos de Chile, que el régimen de Pinochet no supo defender.

Este hombre expresó en el Senado, como despedida a Eugenio González, entre otros conceptos, los siguientes: “Sin odios ni resentimientos, sin pasión y sin violencia, sin actitudes inútiles, que sólo contribuyen a cavar un abismo

entre los partidos antagónicos, en lenguaje singularmente castizo y hermoso, supo él dar elevación, seriedad, a todos los debates en que tomó parte. Me es inmensamente grato así decirlo y rendir por ello al noble adversario, público homenaje de admiración y respeto”. No fue por amistad la expresión de este acto de distinción, como el senador liberal se encargó de señalarlo en esa misma intervención. “No es, pues, un sentimiento de amistad el que me mueve a rendirle este homenaje de despedida, sino el reconocimiento a su cultura, a su caballerosidad y a su alta apostura moral en el desempeño de su representación popular”.¹⁸⁹ Aparte de su valor intrínseco, estas palabras de un adversario político representan una distinción especial si se tiene presente que, junto con Eugenio González, dejaban el Senado también destacadas figuras de la derecha, como Joaquín Prieto Concha, Arturo Matte Larraín, Eduardo Cruz Coke y Jaime Larraín García Moreno, sin recibir homenaje alguno.

Eugenio González no buscó puestos o lugares de preeminencia en el Partido Socialista, sino más bien resistió muchas veces su designación. Así sucedió con el cargo de Secretario General, en 1948 y de senador, en 1949. En este último caso amenazó con no inscribirse como candidato hasta la víspera del vencimiento del plazo para hacerlo. Cuando ya había terminado su mandato parlamentario, un grupo de compañeros lo postuló, de nuevo, para Secretario General en el Congreso de Unidad del Socialismo, en 1957. Durante semanas rechazó esta postulación hasta que una noche, en su hogar, Oscar Weiss hizo el milagro de convencerlo. En esa ocasión, cuando ya habíamos bebido varias teteras de vino caliente, porque era invierno, sonó el teléfono y Eugenio González, después de atender la llamada, fue a la cocina a poner otra tetera, porque –dijo– viene Johel. Era el compañero Johel Sánchez, quien había sido durante muchos años Secretario Regional de Cautín. No obstante, teniendo ganada su elección por los compromisos existentes con las delegaciones, no asistió al congreso, provocando el cambio de posición de varias de ellas, y su derrota por unos pocos votos. Nunca se supo si fue un acto deliberado para producir ese efecto o sólo el simple comportamiento voluntarioso.

No he mencionado el nombre de Johel en vano, sino porque este compañero estaba condenado por el destino a la exclusión del Partido Socialista. A comienzos de la década de los sesenta, fue expulsado por razones políticas, y –cosa insólita pero absolutamente cierta– sus compañeros le ofrecimos una comida de despedida en el Centro Republicano Español, en la cual habló el diputado de nuestro partido Rigoberto Cossio. Recuerdo que en la tarde de ese día, Eudaldo Lobo y yo pasamos a conversar con el diputado demócrata cristiano Jaime Concha Baraño, un hombre inteligente y bondadoso, que tenía su oficina contigua con la de Narciso Irureta y, en presencia de ambos,

recordamos de improviso que estábamos sobre la hora de inicio de la mencionada comida. Cuando le expresamos a nuestros amigos que teníamos que retirarnos para ir a una despedida de un compañero recién expulsado del Partido no lo creyeron, pero era cierto. No eran cosas de Ripley, sino del Partido Socialista. Asistieron a la comida de despedida más de 200 compañeros, el diputado Cossio fue sancionado por el Comité Central y Johel, naturalmente, se reincorporó a su partido poco tiempo después. Este episodio se inscribía en el espíritu de Eugenio González por lo que él, aunque ya no participaba de estos juegos políticos porque se dedicaba exclusivamente a la Universidad, los celebraba con entusiasmo.

Con Salvador Allende, tuvo una relación cordial, pero no coincidían en la manera de apreciar los problemas políticos. Solían hacerse bromas. Cuando Eugenio González concurrió a jurar al Senado, en mayo de 1949, vestía un abrigo de gabardina recién comprado y, al encontrarse con Allende, quien se distinguía por su elegancia sobre lo que él mismo hacía bromas, le miró el abrigo, dio vuelta a su solapa, y le dijo con simulado desdén: “Es gabardina española”; agregándole: “Pasarán cinco años para que usted use un abrigo de gabardina inglesa, diez para uno de pelo de camello y veinte para uno de vicuña, naturalmente legítimos, como los que yo uso”. En ese período, se reunieron en cierta ocasión los tres senadores socialistas para programar una ofensiva oratoria en la cámara alta. Allende afirmó, con la suficiencia acostumbrada, que él se iba a referir en el hemiciclo al panorama económico, al panorama social, al panorama político, al panorama educativo, al panorama internacional y, en seguida, señaló que Carlos Alberto Martínez podía ocuparse del problema sindical. A esta altura del “debate”, Eugenio González le preguntó con sorna: ¿Qué me deja a mí, Salvador?” “Bueno –le contestó Allende– usted puede referirse al aspecto filosófico”. Estas son anécdotas contadas por Eugenio González.

En la campaña presidencial de 1964, muchos adversarios de Salvador Allende, diseminaban la idea de que éste, como Gabriel González Videla, traicionaría el programa aprobado por la izquierda. Eugenio González siempre negó tal posibilidad, cuando tales comentarios llegaron hasta él. Por el contrario, afirmaba que no sólo cumpliría ese programa, sino que trataría de impulsar un verdadero proceso revolucionario, lo que no sucedió entonces, por su derrota en las urnas, pero sí se cumplió, como profecía, en 1970. Como yo he rescrito en otra oportunidad, Allende poseía las virtudes de la magnanimidad, que lo llevaron siempre a proyectarse en la historia, y sintió una profunda amistad y solidaridad con Fidel Castro y Ché Guevara, correspondida plenamente por ellos. En Cuba, el nombre de Salvador Allende es honrado permanentemente

y lo llevan un hospital, una avenida, varias escuelas y un barco de la marina mercante, lo que no sucede todavía en su propio país.

Durante el gobierno presidido por Salvador Allende, Eugenio González no aceptó ningún cargo, pero consintió en que se propusiera su nombre para Presidente del Consejo Nacional de Televisión ante el Senado, por ser el suyo, el único nombre que estaba dispuesto a aprobar este cuerpo legislativo, donde había mayoría opositora. Designado en el cargo, no lo asumió, permitiendo que lo ejerciera el periodista Augusto Olivares durante los tres años del gobierno de la Unidad Popular. Desde entonces y hasta su muerte, en 1976, se mantuvo retirado de la actividad pública, quizás frustrado por la crisis universitaria de 1968 que lo obligó, antes del término de su mandato, a renunciar al cargo de rector de la principal casa de estudios superiores: la Universidad de Chile.

Durante su rectorado se otorgó el Premio Nacional de Literatura al poeta Pablo de Rokha. Aunque este premio lo confería un jurado, entonces presidido por él mismo, influyó en esta decisión. En conversaciones, me dijo que apreciaba la obra creativa de este escritor y su condición humana, quien por su autonomía personal, libertad de expresión y espíritu revolucionario venía siendo preterido. No fue el único caso. Gabriela Mistral tampoco había sido digna de ese reconocimiento cuando recibió el Premio Nobel de Literatura en 1945, debiendo esperar todavía siete años más. Para qué hablar del caso del pintor Roberto Matta, uno de los artistas más destacados en el mundo, durante el siglo XX, que recibió el Premio Nacional de Arte, sólo en 1991, a la edad de 80 años. Pablo de Rokha fue un poeta formado en la soledad, silenciado, no incorporado a las antologías ni premiado, pero, tuvo el reconocimiento de grandes valores, como León Felipe, quien dijo: Pablo de Rokha es no sólo el más grande poeta de América, sino el más gran poeta de la lengua castellana en el siglo veinte”.¹⁹⁰

Después de un mes de haber recibido el Premio Nacional de Literatura, el Secretariado de la Seccional de La Reina del Partido Socialista, que yo dirigía, fue a expresarle su felicitación, en su modesta casa de madera ubicada en esa comuna. Al entrar en ella, nos dijo, con su humorismo acostumbrado: “No puedo ofrecerles nada, porque quienes vinieron antes que ustedes se comieron 100 kilos de carne y se tomaron 250 litros de vino (recordar su libro *Epopéya de las comidas y las bebidas de Chile*), consumiendo de esta manera la totalidad del premio recibido. Nosotros nos excusamos diciéndole que no lo visitábamos con ese propósito, sino que sólo lo hacíamos para expresarle nuestra alegría por el reconocimiento a su obra, aunque tardío, pero al fin justo. Yo lo había conocido personalmente en un viaje de Santiago a Chiloé,

donde iba a vender cuadros y libros de él y su familia, apreciando su sentido del humor.

Este gran poeta chileno, ya “viejo, enfermo, pobre, envidiado y calumniado se suicida en la mañana del 10 de septiembre de 1968, dice Carlos Droguett en el prólogo de una selección de la obra de Pablo de Rokha publicada por Casa de las Américas, en su Colección Literatura Latinoamericana, en octubre de 1986”.¹⁹¹ Así, lo que se le negó en su país se lo reconoció la Revolución Cubana, dejando de ser un “desconocido internacionalmente”. Su casa de la comuna de La Reina fue sede, después de su muerte, de la cuarta campaña presidencial de Salvador Allende. ¿Qué afinidades tuvo Pablo de Rokha con Eugenio González? Quizás fueron muchas, entre ellas, sus raíces populares y su devoción revolucionaria, el gusto por la epopeya de las comidas y bebidas de Chile y, sobre todo, el uso de la comunicación oral como arte menor, destacando en ambos el ingenio.

No obstante su condición de marxista y de masón, Eugenio González nunca tuvo posiciones anticlericales. La cuestión religiosa, al parecer, no le preocupó. Sólo conozco un texto, de sus veinte años, en que se expresa contra el clericalismo: “La reacción clerical”, publicado en la revista *Claridad*, de la Federación de Estudiantes de Chile”¹⁹². Conversamos muchas veces sobre la religión en cuanto uno de los sectores de la cultura, conjuntamente con la filosofía, la ciencia, el arte y la política. A través de estas conversaciones me interesé por la literatura sobre dicho tema, desde Strauss y Feuerbach del siglo XIX, hasta Kautzky y Guignebert, del siglo XX. Después, él solía prestarme otros libros sobre este tema.

En el período en que fuimos parlamentarios, una vez me visitó en mi casa un sacerdote de Aconcagua a pedirme que yo, en mi carácter de Jefe de la Brigada Parlamentaria Socialista, retirara una oposición nuestra a la aprobación de un proyecto de ley que liberaba del pago de derechos de internación a un conjunto de vitrales franceses. Esta oposición era una represalia a actitudes similares de sectores de derecha hacia proyectos que interesaban a los trabajadores. El sacerdote traía una carta, apoyando su petición, de mi querido amigo Sergio Urquiza, quien era, además de socialista y sanfelipeño, masón, como Eugenio González, por lo que yo, junto con comprometerme a buscar un acuerdo para retirar la oposición le envié una carta a Urquiza comunicándole mi decisión y felicitándolo por su espíritu piadoso, con copia a Eugenio González, quien disfrutaba el sentido del humor de este acto, en que todos quedábamos, además, demudados ante la emoción provocada por los vitrales que estaban destinados a decorar la catedral de San Felipe o la iglesia de Los Andes.

Si de arte se trata, cabe recordar que en los primeros años posteriores al XI Congreso General de 1947, el Partido Socialista contó con la militancia de muchos intelectuales, entre los cuales se distinguió Yolando Pino Saavedra, filólogo, doctorado en Alemania, quien ya había sido Decano de la Facultad de Filosofía y Educación. Era de temperamento tímido y retraído, pero con la compañía de su amigo Eugenio González y de otros compañeros aprendió a trasnochar y libar en nuestras tertulias políticas. Cuando el escritor alemán Hermán Hesse recibió el Premio Nobel de Literatura en 1947, ningún crítico literario chileno, muerto ya Armando Donoso, estaba al día con la literatura de ese gran país, en ese tiempo de la posguerra y, por lo tanto, no analizaron al autor de *Juegos de Abalorios*. La revista *Espartaco*, órgano oficial del Comité Central del Partido Socialista, que yo dirigía, golpeó la cátedra con un excelente ensayo del camarada Pino.¹⁹³

Yolando Pino Saavedra (1901-1992), fue profesor de castellano y alemán, titulado en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, recibió también el posgrado de doctor en Filosofía en la Universidad de Hamburgo, Alemania. Desempeñó labores docentes y de investigación en la Facultad de Filosofía y Educación, así como escribió y publicó una destacada obra literaria, como *La poesía de Julio Herrera y Reising, Reiner María Rilke* (poesía, traducción y prólogo), *Antología de poetas chilenos del siglo XX* y *En torno del problema universitario*. Como lingüista, se dedicó en la última etapa de su vida a la narrativa popular, a partir de su obra “Crónicas de un soldado de la Guerra del Pacífico”, dando a conocer las más importantes tradiciones orales de Chile: *Cuentos folclóricos de Chiloé*, *Cuentos orales chileno-argentinos* y *Cuentos mapuches de Chile*. En 1989 fue nombrado profesor emérito de la Universidad de Chile y en 1991 recibió el Premio Juvenal Hernández Jaque. Su larga y creadora vida se extinguió en abril de 1992.

He querido presentar este perfil de la comunicación oral de Eugenio González en el Partido Socialista, en un área de la intimidad, donde exhibe su ingenio y sentido del humor, pero no deseo proyectar una imagen liviana de su personalidad política. Todo lo contrario. En los tres primeros capítulos procuré demostrar la profundidad de su pensamiento y la belleza de su obra creativa en los tres aspectos centrales de su vida, a lo que puedo agregar, ahora, la seriedad de su comportamiento político. El Presidente Gabriel González Videla invitó al Comité Central del Partido Socialista a La Moneda para exponer las razones que había tenido presente para romper las relaciones diplomáticas con los países socialistas en 1948. Mientras esperábamos el ingreso a esta audiencia, Oscar Waiss, que tenía también un gran sentido del humor, le atribuyó a un compañero muy comedor, presente en la delegación,

que deseaba tomarse un consomé en uno de los jarrones de porcelana, de más de dos metros de altura, que se encontraban en la antesala de la oficina presidencial, provocando un ataque de risa colectiva. Eugenio González nos llamó severamente la atención por esta falta de compostura, actitud de respetabilidad formal que mantuvo igualmente en el Senado. En suma, lo que he pretendido en este capítulo es sólo presentar al hombre de “carne y hueso” que conocí, mas allá del bien y del mal, aunque confieso que tampoco he contado todo.

Juicios de sus contemporáneos

La personalidad, la vida y la obra de Eugenio González han sido juzgadas por muchos intelectuales de su tiempo, así como por periodistas que analizaron sus ideas y sus actos. No es posible referirme ahora a todos ellos, sino sólo a unos pocos. El que más se ocupó de él fue Julio César Jobet, a quien he citado en repetidas oportunidades en el presente texto, por lo que ahora sólo me limitaré a señalar su juicio más general o global. “Las concepciones y los problemas, su examen y su crítica, en el tratamiento de Eugenio González, alcanzan siempre una alta dimensión, un luminoso ensanchamiento. Jamás se reducen o estrechan sin formas dogmáticas y sectarias. Todo debate o polémica donde participe se traduce en un serio esclarecimiento y en un fecundo enriquecimiento del asunto discutido. De esa virtud ha surgido la ancha gravitación de su personalidad intelectual, haciéndose acreedor al respeto y la estimación generales. Hombre de ideología definida y de convicciones firmes es, sin embargo, la antítesis del fanático, porque su amplio espíritu sabe comprender y aquilatar las ideas y actitudes de los demás, confrontándolas con las suyas, con inteligencia y elegancia”.¹⁹¹ En el marco del realismo, su obra educadora, enriquecida con la experiencia política y su intuición de artista, le dieron un profundo conocimiento de la naturaleza humana y de la sociedad.

Ricardo A. Latcham, profesor del Instituto Pedagógico y decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, ensayista y crítico literario, lo recuerda desde los años veinte, tiempo que aparece en su memoria “medio borroso”, pero “fecundo en esperanzas de rebeldía”. Destaca su participación en el Senado, donde se “distinguió por la fluidez de su estilo y por la forma elevada con que intervenía al encarar los problemas nacionales”. En seguida agrega: “Pero lo más imborrable de la personalidad de González se ha vertido en la cátedra, primero, en su calidad de profesor de castellano y

de filosofía, en el Liceo Barros Arana y, más tarde, en la Universidad de Chile. A la caída de la dictadura, en 1931, interviene en un conato de duelos con Roberto Meza Fuentes, pero por suerte la sangre no llegó al río. Se refiere además Latcham a la obra de Eugenio González como escritor y, por último, señala que con su nombramiento de rector del principal centro de estudios superiores del país “Entra una ráfaga de humanismo a las viejas aulas”.¹⁹⁵

En “El Mirador de Próspero” del diario *Las Noticias de Última Hora*, de 10 de abril de 1954, destaca la silueta parlamentaria de Eugenio González: “Es un senador por el Partido Socialista Popular, pero eso casi no tiene importancia, fuera del acierto del partido de destacar hombres de esa dimensión moral e intelectual, porque en una democracia cualquier ciudadano puede llegar a ocupar esa alta representación popular. Pero lo que cualquier ciudadano no puede hacer, es tener el talento y la cultura de Eugenio González, ser un profesor universitario de primera magnitud y estar considerado como uno de los mejores escritores del país, a través de una obra densa, de contenido filosófico y social. Este comentario fue escrito a raíz de un discurso pronunciado por él en la cámara alta. “Eugenio González habla lo necesario y cuando es necesario. Siempre en lenguaje de altura. No obstante pertenecer a un partido de combate y de avanzada social, donde es frecuente la dialéctica apasionada y casi agresiva, jamás sus palabras o sus gestos pierden ese tono elevado y sereno, característico de la verdadera superioridad espiritual. Luis Alberto Sánchez decía que hablaba en el Senado con la misma ponderación, el estilo y la razonadora claridad con que dicta sus cátedras. El acierto de esa aseveración es indudable, porque la voz, el ademán y la persuasiva insinuación tienen la jerarquía que sólo los maestros dan a sus actuaciones”.¹⁹⁶

El escritor Luis Enrique Délano lo recuerda desde joven en las luchas estudiantiles. “Creo, expresa, que Eugenio González estaba recién recibido de profesor, cuando lo conocí, un día lejano de 1924. Nos presentó el poeta Romeo Murga, que había sido su compañero de aulas en el Pedagógico, y yo lo saludé con entusiasmo porque conocía ya su historial de estudiante rebelde”. En el curso de los años, siguió con admiración su carrera literaria y su actividad política. “He leído sus libros y sus discursos universitarios, en los que la cuestión social va inseparablemente ligada a los problemas específicos de la Universidad”. Con este conocimiento de la personalidad de Eugenio González, destaca Délano que ese maestro es el más ligado a nuestra educación superior, el que por más tiempo y de un modo más intenso ha vivido en las aulas, el que parece más preparado para afrontar los problemas de la Universidad, que van tornándose más difíciles y profundos a medida que ciertas ramas de la ciencia alcanzan desarrollos fantásticos y que las contradicciones de la socie-

dad se acentúan”.¹⁹⁷ Confía, por lo dicho, que será un gran rector de la Universidad de Chile.

El escritor y autor teatral Antonio Acevedo Hernández entrevistó a Eugenio González, para un diario de Santiago, en 1957, cuando desempeñaba el cargo de Director del Instituto Pedagógico. Es una entrevista insólita porque ambos preguntan y responden sobre un período dramático de la historia de Chile. “He ido una tarde cualquiera –dice Acevedo– a conversar con él al Instituto Pedagógico. Hemos estado juntos en una sala donde hay una gran mesa y una biblioteca. Nos hemos mirado un rato sin hablarnos. En realidad, yo no sabía qué decirle. De repente, no sé desde dónde cayó una fecha: 1920, y esa fecha, que es más que un romance, desató el recuerdo. ¡1920! El proceso de los “subversivos”. Los nombres de Juan y Pedro Gandulfo Guerra, Julio Valiente, Roberto Meza Fuentes, Manuel Rojas, José Santos González Vera, Santiago Labarca, Arturo Zúñiga Latorre, Domingo Gómez Rojas... El incendio de los libros de la Federación de Estudiantes. La tremenda represión contra aquellos hombres que soñaban en establecer la posible felicidad del pueblo, que se agolpaba a las puertas de la Federación, que concurrían desde las fábricas y talleres, de los conventillos oscuros, húmedos y fríos, que alzaban sus puños y sus voces en demanda de un bienestar. Eugenio González me dice:

–Yo estaba allí, sufrí la represión. Allí te conocí a ti, pero tu venías de más atrás, tú dabas esos dramas que pintaban la vida del pueblo, tú eras una avanzada del dolor del suburbio.

Me quedo silencioso y contesto: -

–Sí, Eugenio González. Yo había llegado años antes que tú, desde el campo. Traía en mi garganta la presión del dogal del inquilinaje, en el corazón una protesta imprecisa, en los labios una protesta en germen. Yo no sabía hablar, yo no sabía decir mi dolor ni expresar mis esperanzas. Es más, me parecía tan natural aquel dolor que no hubiera protestado jamás si no hubiera oído la voz de los llamados “subversivos”. Ha pasado mucho tiempo y se me aparecen claros los momentos en que sin más propósitos que la curiosidad, asistí a los mítines, a los movimientos que pedían el mejoramiento del pueblo. Asistiendo a las asambleas del grupo Panthesis, donde estaban D’Halmar, Pedro Godoy y otros hombres, comprendí que era algo más que un ser dotado de fuerzas para darlas en un trabajo humilde, sin compensaciones. En 1905, el 23 de octubre, vi a mi lado la muerte, tuve miedo y me sentí rebelde por primera vez. Era tan simple, tan claro lo que pedíamos. ¿Lo recuerdas tú?

–Sí. Se pedía la abolición del impuesto al ganado argentino. El pueblo quería alimentarse. ¿Te parece poco? Yo entonces era muy niño. Para mí ese movimiento corresponde a la historia social de Chile. Después fui un estudiante

y comprendí lo que significaba el derecho a vivir. Asistí a los locales obreros, vi cómo estudiaban, cómo se preparaban para exponer, con claridad, con lógica, científicamente, sus demandas, vi cómo se les arrastraba a las cárceles y se les castigaba. Comprendí la lucha de clases. Me sumé a esos movimientos que florecieron en tragedia en 1920.

Yo lo escucho –expresa Acevedo– y sigo organizando aquellas gestas en las cuales en algunas ocasiones era Manuel Rojas quien abría la manifestación, y veo al pueblo dispuesto a morir, perdido todo temor y hecha carne la esperanza de una pronta liberación. Hablamos muchas cosas”.¹⁹⁸ Pero dejo hasta aquí esta conversación.

El mismo Fernando Alegría, que ya he citado, caracteriza globalmente su prosa, su afición de escribir, como un hábito intelectual. “Su prosa continuó lenta, suave, creando ambientes un tanto desleídos, personajes reacios a afirmarse en ninguna cosa, en ninguna parte. Decía, como Alberto Romero dijo de España, el mundo está un poco mal. Y escribía novelas, no muchas, historias de un barrio que nos saldría al encuentro algo más tarde, ni tan brillante como Manuel Rojas, ni tan irónico, como González Vera, pero hondo, conmovedor, recio. Fue el precursor de Sepúlveda Leyton y de Nicomedes Guzmán. Qué duda cabe. Nadie lo dice. Ni los profesores ni los críticos. Y esto carece de importancia. Porque Eugenio González, quien presidía el jurado de ese Premio Nacional de Literatura, que él mereció más que nadie, nunca pensó en glorificarse de ningún modo, escribió sus bellos libros y simplemente los dejó un poco abandonados en alguna mesa de cierta casa que no solía visitar”.¹⁹⁹ Perfecta y breve caracterización de su comportamiento como escritor.

En los últimos años de su vida reveló otro aspecto de su personalidad: su comunión con la soledad en plena lucidez mental. “Con los años –dice Fernando Alegría– se fue retirando aún más, por las mismas razones que a otros les llevan al fragor de la batalla: conocía los límites de sus poderes, la fragilidad y efímera pasión de los combatientes a su alrededor. Pero, en vez de impacientarse y provocar desenlaces violentos, prefirió guardar sabio y respetuoso silencio, defender su soledad con la tranquila fe de quien vivió para observar la ruina creciente con ligera sonrisa en los labios y profunda seriedad en los ojos. Rehusó levantar fronteras personales. Guardó la amistad de aquellos que se iban cargando de presentimientos igual que él. Pudiera decirse que don Eugenio presidió la época de más claro humanismo de las universidades chilenas y, cumplida su misión, se retiró a esperar logros que nada ni nadie podían negarle”.²⁰⁰ Él salió tres veces fuera de su país, dos de ellas contratado por el gobierno de Venezuela, en la década de los cuarenta; y un viaje de vacaciones a Europa, en la década de los sesenta.

Eugenio González murió el 28 de agosto de 1976, a los 74 años, en su casa de calle Cauquenes de Santiago donde se había recluido, sin abandonar las tertulias practicadas siempre con sucesivos grupos de amigos y compañeros. Según cartas enviadas a mi exilio, en México, por Julio César Jobet, se reunía con él y Oscar Schnake, haciendo reminiscencias de sus respectivos “tiempos” de los acontecimientos en los que habían sido actores y testigos, de los amigos y camaradas, de las situaciones objetivas que entonces vivían y de las probables perspectivas del mundo que los rodeaba. En suma, el balance en la vejez de los grandes ideales de la juventud, y su confrontación con la sombría realidad de entonces. Su muerte se produjo en medio del silencio sepulcral que había impuesto la dictadura en la sociedad chilena por lo que, dominado quizás por ese ambiente, él pidió a sus familiares y amigos que no se pronunciaran discursos en sus exequias, por lo cual “tras la paletada, nadie dijo nada...”. Tampoco en los siguientes días, con excepción de un breve comentario en *El Mercurio* y un artículo periodístico del escritor Alfonso Calderón, en la revista *Hoy*. Algunos años después, su compañero de lucha en el Partido Socialista y de trabajo en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, nuestro camarada Astolfo Tapia, publicó un opúsculo sobre su obra universitaria, y el Centro de Estudios del Movimiento Obrero Salvador Allende, de México, editó una recopilación de estudios, bajo el título *Eugenio González, maestro del socialismo chileno*. Por mi parte, he cumplido con el impulso de destacar, en el presente ensayo, la enseñanza siempre viva de este hombre de excepción.

NOTAS

183 Fernando Alegría, “Don Eugenio”, artículo comprendido en el libro *Eugenio González, maestro del socialismo chileno*, ibidem, pág. 12.

184 Nicolás Abbagnano, “Historia de la Filosofía”, Tomo I, Estudios, Instituto del Libro, La Habana, Cuba, 1967, pág. 157.

185 Augusto Cornú, *Carlos Marx y Federico Engels*, Editorial Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, Cuba, 1973, Tomo1, págs. 88– 89– 198.

186 Juan Armando Epple, ibidem, pág. 66.

187 Carlos Charlín, “Del avión rojo a la República Socialista”. Editorial Quimantú, Stgo., 1970, pág. 403.

188 Ibidem

189 Raúl Marín, Diario de Sesiones del Senado, martes 14 de mayo de 1957.

190 Citado por Carlos Droguett, “Introducción al libro *Epopéya de las comidas y bebidas de Chile*”, Colección Literatura Latinoamericana, Casa de las Américas, La Habana, 1986.

191 Ibidem

192 Juan Cristóbal (Eugenio González) "La reacción clerical". La visita del cardenal Benllech, Claridad No108, Santiago, 6 de octubre de 1923

193 El maestro Yolando Pino Saavedra recibió, a los 90 años, un último galardón de la Universidad de Chile, en 1991.

194 Julio César Jobet, "La personalidad de Eugenio González Rojas y su rectorado de la Universidad de Chile", *ibidem*.

195 Ricardo A. Latcham. "Algo sobre Eugenio González Rojas", diario La Nación, Santiago, 25 de agosto de 1963.

196 Próspero, "Eugenio González Rojas", diario *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 10 de abril de 1954.

197 Luis Enrique Délano, "Eugenio González", diario *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 22 de julio de 1963.

198 Antonio Acevedo Hernández, "Nuestros artistas"; Eugenio González, entrevista en *Las Últimas Noticias*.

199 Fernando Alegría, "Don Eugenio", artículo comprendido en el libro *Eugenio González, maestro del socialismo chileno*, *ibidem*, pag. 12.

200 *Ibidem*, pág. 13.

Algunos trabajos publicados por Eugenio González Rojas

Nº	TITULO	MEDIO	FECHA
I. LIBROS			
1.	MAS AFUERA, novela	Editorial Nascimento, Santiago	1930.
2.	HOMBRES, novela	Editorial Ercilla, Santiago	1935.
3.	DESTINOS, cuentos	Editorial Ercilla, Santiago	1940.
4.	NOCHE, novela	Editorial Orbe, Santiago	1942.
II. ENSAYOS Y DISCURSOS			
1.	JOSÉ VASCONCELOS	Revista Claridad nº 77	11/11/1922
2.	EL SANTO OFICIO DE LA DEMOCRACIA	Revista Claridad nº 79	25/11/1922
3.	EL PELIGRO YANQUI (A propósito de la próxima Conferencia Panamericana)	Revista Claridad nº 84	30/12/1922
4.	DE LA ACTUALIDAD AMERICANA. LA CONFABULACION DE LA MENTIRA	Revista Claridad nº 101	18/8/1923
5.	EL CARTEL DE HOY VIVIR	Revista Claridad nº 101	18/8/1923
6.	LA REACCION CLERICAL. LA VISITA DEL CARDENAL BENLLECH.	Revista Claridad nº 108	6/10/1923
7.	DEL AMBIENTE NACIONAL	Revista Claridad nº117	8/12/1923
8.	DEL AMBIENTE NACIONAL	Revista Claridad nº 118	15/12/1923
9.	EL DESQUICIAMIENTO DE UN REGIMEN	Revista Claridad nº 119	22/12/1923
10.	DEL AMBIENTE NACIONAL	Revista Claridad nº 120	29/12/1923
11.	SALUDO A LOS NUEVOS PARLAMENTARIOS	Revista Claridad nº 122	junio de 1924
12.	EL PROBLEMA DEL DIVORCIO	Revista Claridad nº 124	agosto de 1924
13.	EN TORNO AL MOVIMIENTO MILITAR	Revista Claridad nº 126	octubre de 1924
14.	"CLARIDAD" FRENTE AL MOVIMIENTO MILITAR	Revista Claridad nº 126	octubre de 1924
15.	AFIRMANDO POSICIONES A PROPÓSITO DEL MANIFIESTO DE "CLARIDAD"	Revista Claridad nº 127	noviembre de 1924
16.	EN TORNO AL MOVIMIENTO MILITAR	Revista Justicia nº 1300	3/12/1924
17.	GLOSAS DE UN AÑO TRISTE. LA NECESIDAD DE ADMONICIONES	Revista Claridad nº 129	enero de 1925
18.	GLOSAS DE UN AÑO TRISTE – I	Revista Justicia nº 1378	21/1/1925
19.	GLOSAS DE UN AÑO TRISTE – II	Revista Justicia nº 1379	22/1/1925
20.	DE LA MEZQUINA ACTUALIDAD	Revista Claridad nº 130	mayo de 1925
21.	FUNDAMENTACION TEORICA DEL PROGRAMA DEL PARTIDO SOCIALISTA	Folleto especial	1947
22.	EL SOCIALISMO FRENTE AL LIBERALISMO	Discurso en el senado	
23.	SOCIALISMO, LIBERALISMO Y DEMOCRACIA	Discursos en el senado. Prensa Latinoamericana, Santiago	1958
24.	EL SOCIALISMO, UNICO FUNDAMENTO DE LA DEMOCRACIA Y CARACTER DE LA REVOLUCION CHILENA	En colaboración con Raúl Ampuero. Prensa Latinoamericana, Santiago	1961
25.	CENIZAS DEL TIEMPO	Revista Atenea nº 3	junio de 1924
26.	PROSAS BREVES	Revista Atenea nº 2	mayo de 1925

27.	EL BUSCADOR DE SI MISMO	Revista Atenea	1926
28.	ALGUNOS ASPECTOS DEL PROBLEMA EDUCACIONAL	Revista Atenea nº 8.	10/1/1928
29.	ORTEGA Y GASSET Y LA UNIVERSIDAD	Revista Atenea nº 72	febrero de 1931
30.	EL SENTIDO COMUN ANTE LA CIENCIA FISICA	En colaboración con H. Parodi. Revista Atenea nº 77	julio de 1931.
31.	RECUERDO DE MONTALVO	Revista Atenea nº 84	abril de 1932
32.	CARTA EN QUE ACEPTA POSTULACION A LA RECTORIA DE LA UNIVERSIDAD	Archivo personal y prensa	16/4/1963
33.	DISCURSO EN EL SALON DE HONOR DE LA UNIVERSIDAD CON MOTIVO DE ASUMIR SUS FUNCIONES DE RECTOR	Archivo personal y prensa	2/9/1963
34.	INSTITUTO ANTARTICO CHILENO Discurso Inaugural	Archivo personal y prensa	29/5/1964
35.	LA TECNICA NO PODRA REEMPLAZAR AL ESPIRITU, MENOS EN LA EDUCACION. Discurso en Aniversario del Instituto Pedagógico de la Universidad	Archivo personal y prensa	4/8/1964
36.	ESTAR SIEMPRE POR LA RENOVACION. DISCURSO PRONUNCIADO EN LA INAUGURACION DEL AÑO ACADEMICO 1964	Archivo personal y prensa	1964
37.	LA REFORMA UNIVERSITARIA SUPONE LA TRANSFORMACION DE LA SOCIEDAD. DISCURSO EN EL SEMINARIO DE LA FEDERACION DE ESTUDIANTES DE CHILE SOBRE REFORMA UNIVERSITARIA	Archivo personal y prensa	27/6/1964
38.	MEXICO Y CHILE: DOS PUEBLOS UNIDOS EN LA CONCIENCIA DE SU DEBER HISTORICO. DISCURSO PRONUNCIADO AL RECIBIR EL CENTRO DE CULTURA DONADO POR EL GOBIERNO DE MEXICO, UBICADO EN EL CERRO SAN CRISTOBAL	Archivo personal y prensa	4/11/1964
39.	LA CIENCIA: PATETICA AVENTURA DEL CONOCIMIENTO. DISCURSO EN LA SESION INAUGURAL DE LA FACULTAD DE CIENCIAS, CELEBRADO EN EL SALON DE HONOR	Archivo personal y prensa	16/3/1965
40.	LA UNIVERSIDAD DEBE CONTRIBUIR AL CAMBIO SOCIAL. DISCURSO EN LA INAUGURACION DEL AÑO ACADEMICO EN LA ESCUELA DE DERECHO	Archivo personal y prensa	30/4/1965
41.	LA UNIVERSIDAD Y LA PRENSA EN LA FORMACION DE UNA NUEVA CONCIENCIA. DISCURSO EN LA ASAMBLEA DE LA ASOCIACION NACIONAL DE LA PRENSA EN LA BIBLIOTECA NACIONAL	Archivo personal y prensa	7/9/1965
42.	ANDRES BELLO ESTARA SIEMPRE ENSEÑANDO ENTRE NOSOTROS. DISCURSO EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE BELLO, REALIZADO EN EL SALON DE HONOR DE LA UNIVERSIDAD EL 15-10-1965	Revista chilena de Educación Física	ener-66
43.	EL PROBLEMA DE LA UNIVERSIDAD ES UN PROBLEMA DE LA NACION. DECLARACION FORMULADA A LA PRENSA SOBRE LA SITUACION Y PERSPECTIVAS DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE	Anales de la Universidad de Chile	enero-marzo 1966

44.	CORRESPONDE AL ESTADO PLANIFICAR LA ENSEÑANZA. CARTA AL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA SOBRE NORMA ABUSIVA APROBADA POR LA CAMARA DE DIPUTADOS	Archivo personal.	18/5/1966
45.	ACTUALIDAD DE LA REFORMA UNIVERSITARIA. CARTA AL PRESIDENTE DE LA FECH CON MOTIVO DE UNA CONVENCION	Archivo personal	24/6/1966
46.	LAS UNIVERSIDADES LATINOAMERICANAS DEBEN SERVIR A SUS PUEBLOS. ENTREVISTA	Archivo personal	
47.	LA UNIVERSIDAD DEBE ORIENTAR A LA JUVENTUD Y AL PUEBLO. DISCURSO EN EL ACTO INAUGURAL DE LA SEMANA DE REFORMA UNIVERSITARIA EN VALPARAISO	Archivo personal	9/8/1966
48.	LA EDUCACION ES ATENCION PREFERENTE DEL ESTADO. CARTA A LOS RECTORES DE LAS UNIVERSIDADES SOBRE FUNCIONES DEL CONSEJO DE RECTORES	Archivo personal	23/9/1966
49.	EL ESTADO TIENE LA FUNCION DE PLANIFICAR Y REGULAR LA ENSEÑANZA SUPERIOR. CARTA A LOS RECTORES DE LAS UNIVERSIDADES	Archivo personal.	11/10/1966
50.	PLANEAMIENTO DE LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA, UNA VEZ MAS. DECLARACION DEL RECTOR EN "EL MERCURIO"	Archivo personal,	23/10/1966
51.	LA UNIVERSIDAD DE CHILE DEBE PRESTAR AYUDA A LAS ORGANIZACIONES DEL PUEBLO. DISCURSO EN LA FIRMA DEL CONVENIO ENTRE LA UNIVERSIDAD Y EL INSTITUTO NACIONAL DE CAPACITACION PROFESIONAL	Archivo personal	6/12/1966
52.	LA EDUCACION DEBE CONSERVAR Y RENOVAR LA CULTURA DEL PAIS. ENTREVISTA DE LA REVISTA ERCILLA	Archivo personal	31/5/1967
53.	UNA EPOCA REVOLUCIONARIA EXIGE UNA - EDUCACION REVOLUCIONARIA. Declaración publicada en la Revista Ercilla	Archivo personal.	5/10/1967
54.	LAS JERARQUIAS ACADEMICAS DEBERIAN CONSIDERARSE SEVEROS MANDATOS ENTREVISTA PUBLICADA EN LA REVISTA ERCILLA	Archivo personal.	23/8/1967
55.	CRISIS DE LA UNIVERSIDAD EN UNA COYUNTURA REVOLUCIONARIA. DECLARACION FORMULADA DESPUES DE RENUNCIAR AL CARGO DE RECTOR PUBLICADA EN EL MERCURIO	Archivo personal.	2/4/1968
56.	VALENTIN LETELIER O LA DIGNIDAD REPRESENTATIVA. DISCURSO EN LA SESION 5ª DEL SENADO	Diario de sesiones del senado.	16/12/1952
57.	GOBIERNO ACTUAL DE VENEZUELA. DISCURSO EN LA SESION 6ª DEL SENADO	Diario de sesiones del senado	16-6-1953.
58.	DECIMA CONFERENCIA INTERAMERICANA DE CARACAS. PRINCIPIO DE NO INTERVENCION. DISCURSO EN LA SESION 6ª DEL SENADO	Diario de sesiones del senado	16-6-1953
59.	VALMORE RODRIGUEZ MURIO SU MUERTE COMO VIVIO SU VIDA. DISCURSO EN LA SESION DECIMA DEL SENADO	Diario de sesiones del senado	12/7/1955

60.	JUAN FRANCISCO GONZALEZ, PINTOR DEL ALMA Y DEL PAISAJE DE CHILE. DISCURSO EN LA SESION 1ª DEL SENADO	Diario de sesiones del senado.	14/10/1953
61.	GABRIELA MISTRAL: LO QUE SOÑÓ EN LA VIDA LO VIVIÓ EN EL SUEÑO. DISCURSO EN LA SESION 25ª DEL SENADO	Diario de sesiones del senado	22/1/1957
62.	PEDRO PRADO: PERFIL ESPIRITUAL DE UN POETA. DISCURSO EN LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y EDUCACION. DE RECEPCION COMO MIEMBRO ACADEMICO	Diario de sesiones del senado	22/1/1957
63.	HOMENAJE POSTUMO A PEDRO PRADO. DISCURSO EN LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y EDUCACION	Diario de sesiones del senado	
64.	JOSIP BROZ TITO, PATRIOTA Y COMBATIENTE POR LA PAZ. DISCURSO PARA RECIBIRLO EN EL SALON DE HONOR DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE	Diario de sesiones del senado	25/9/1963
65.	ENRIQUE MOLINA. PENSADOR EN ALERTA VIGILIA. DISCURSO EN HOMENAJE POSTUMO EN LOS FUNERALES DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION	Diario de sesiones del senado	9/3/1964
66.	CHARLES DE GAULLE, VALEROSO CONDUCTOR DE FRANCIA. DISCURSO DE RECEPCION EN EL SALON DE HONOR DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE	Diario de sesiones del senado.	30-9-1964.

En torno al pensamiento político de Eugenio González Rojas

Oswaldo Cazanga Moncada*

Una sociedad sin historia es inconcebible. Un individuo sin memoria no tiene identidad. Todos los grupos humanos afinan su identidad y su existencia en el conocimiento de su pasado. Ningún grupo es amnésico. Acordarse, para él, es existir; perder la memoria es desaparecer.

Los Partidos Políticos conservan sus insignias y consignas como parte de su pasado. Pero también deben conservar la memoria de sus militantes y los pensamientos de aquellos, en los cuales los jóvenes encontrarán motivos de inspiración para afrontar los nuevos problemas que plantea el presente. No hablamos de conocer el pasado de las organizaciones, sólo por conocerlas, sino para que nos ayude a interpretar más cabalmente el presente.

El pensamiento político de nuestro tiempo ganaría mucho si se apoyara en el conocimiento crítico de los que construyeron, en un pasado no tan lejano y en nuestra propia sociedad, algunos hombres de talento y cultura superiores, que aportaron sin medida, al engrandecimiento de Chile.

La historia no es una actividad que concite mucho interés en los círculos políticos. No estaremos muy equivocados, si afirmamos que la historia es algo que molesta, pues a veces, ella nos muestra lo lejos que caminamos de los senderos que trazaron nuestros antecesores.

Para los jóvenes que hoy buscan con seriedad y honestidad aportar a la historia del país, es importante conocer el pensamiento de Eugenio González Rojas, intelectual, político, educador, pensador y literato, que dedicó su vida al servicio público.

* Profesor de Estado en Historia y Geografía y Educación Cívica. Coordinador general del Centro de Perfeccionamiento, experimentación e investigaciones pedagógicas (1970-1973). Profesor Universidad de Concepción, Universidad Técnica del Estado y Universidad de Costa Rica

Vuelta de hoja

Nacido en 1904, Eugenio González tenía 16 años de edad para 1920, fecha crucial para la historia política y educacional de Chile. Ese año, en el mes de agosto, se promulga la Ley de instrucción primaria obligatoria, que pone al Estado chileno entre los países con perspectivas políticas más democráticas de América Latina. Ese año, asimismo, la tradicional política conservadora, que la aristocracia nacional ha impuesto en el país, será sometida a un quiebre, que significará la incorporación de los sectores medios de la población a los altos cargos del estado y de la administración pública.

Para los años veinte, la crisis del modelo colonial agroexportador, resultaba irreversible y la participación de nuevos sectores sociales, medios y populares, era una necesidad histórica, si de verdad se deseaba la superación progresista de dicha crisis. Los partidos políticos tradicionales, enfrascados en conflictos por conservar o reclamar mayores cuotas de poder burocrático, no supieron reconocer que los tiempos estaban cambiando y serán arrastrados por las vigorosas corrientes sociales que han empezado a cuestionar al liberalismo económico y el positivismo decimonónico, tanto en Chile, como en América Latina, y en forma más radical en Europa y el resto del mundo. Se trataba, entonces, no sólo de transformar el estado nacional, sino de reestructurar, sobre nuevas bases económicas a la sociedad entera.

Punto y aparte

El segmento social que primero se incorporó a la nueva tarea es el de los estudiantes universitarios, organizados en la Federación de Estudiantes de Chile (FECH). No podemos detenernos en el análisis de sus luchas, pero tenemos que señalarla, porque es en ella donde Eugenio González Rojas hará su primeras armas en la política, junto a una pléyade de jóvenes de distintas procedencias sociales y de variadas inspiraciones intelectuales y morales, pero todos ellos animados de patriótico fervor juvenil.

La FECH remonta sus orígenes al año 1906, y se vincula a un incidente ocurrido en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile. Las autoridades de dicha Escuela quisieron premiar a sus alumnos por su abnegación en una campaña contra la viruela en Valparaíso. Para ello organizaron una ceremonia que se realizaría en el Teatro Municipal de Santiago. Hubo muchos invitados, por supuesto las grandes familias y lo más granado de la vida social y económica de esos años. A los familiares de los alumnos premiados, se pre-

tendió acomodarlos en algunas localidades altas del Teatro. Los estudiantes, ya muy sensibilizados con su experiencia profesional en los barrios pobres de Valparaíso, tomaron a mal la decisión del Director de su Escuela, el Dr. Orrego Luco, y decidieron, finalmente, no participar en el supuesto homenaje, lo que provocó un incidente con la Dirección de la Escuela. El Director renunció y los estudiantes de las distintas facultades de la Universidad suspendieron las clases, reemplazándolas por reuniones y asambleas, que culminaron con la fundación de la Federación de Estudiantes de Chile (FECH).

La primera directiva estuvo constituida de la manera siguiente: Presidente: José Ducci (Medicina); Vicepresidente: Carlos R. González (Leyes); Secretario: Guillermo Labarca H; (Pedagogía); Pro-Secretario: Carlos E. Valdivia (Matemática); Tesorero: Javier Montero (Instituto Agrícola).

El conflicto fue desactivado por el buen criterio del Rector, señor Valentín Letelier, quien se negó a tomar represalias contra los estudiantes.¹

Desde entonces la FECH se erigió en una instancia importante de la política nacional. Con el transcurrir del tiempo todos los sectores sociales y políticos tuvieron que reconocer en la organización estudiantil una valiosa plataforma para muchas y valiosas carreras políticas en la historia del país.

Construyendo estructuras y pensamientos

La Junta Militar impuesta en Septiembre de 1924, intentará divulgar la recientemente dictada legislación laboral, entre los patrones y empresarios. El Ministerio de Higiene, Asistencia y Previsión Social había establecido una Comisión de Previsión Social y Trabajo. Representantes de esta Comisión visitan locales sindicales de los panificadores, ferroviarios, profesores, choferes, incluso las sedes de la Federación Obrera de Chile (FOCH), y locales de la Internacional de Trabajadores del Mundo (I W W)

Esta Comisión Extraordinaria de inspectores del trabajo tuvo la tarea de divulgar las diferentes leyes sociales entre patrones y obreros y proponer al gobierno las medidas que estimaran necesarias para solucionar los conflictos laborales que originaran su aplicación. Entre estos inspectores se encuentran Eugenio González Rojas y Roberto Meza Fuentes, el poeta, así como el sacerdote sociólogo Guillermo Viviani Contreras² quienes deberán preocuparse de convencer, tanto a los trabajadores como a los patrones y empresarios de la conveniencia de dar existencia real a la legislación laboral que se había aprobado en septiembre de 1924.

El Código del Trabajo y la ley del Seguro Obrero Obligatorio habían sido redactados pensando en una sociedad que reconocería los derechos de una clase productora, que serviría de fundamento a una economía moderna y dinámica, que haría de la industrialización el eje central de su desarrollo.

Hay algo en común en la historia de los países latinoamericanos de estos años. El nacionalismo, como opuesto al liberalismo. Sus manifestaciones son distintas en cada uno de nuestros países, pero en cada uno de ellos encontramos sus manifestaciones. En algunos, de acuerdo a su especificidad histórica, el nacionalismo se tiñe de indigenismo, como en Perú y Bolivia. En otros, se hace retórico, y busca en la historia un derrotero para un futuro superior. Hay destellos de antiimperialismo, sobre todo antinorteamericanismo, como en México, si hace falta dar un ejemplo.

En 1926, el Coronel Ibáñez, empieza a diseñar su camino a la Presidencia. Para ello cuenta con el apoyo de la mayoría de sus compañeros de armas, pero “el peso de la noche” en el país es real, y habrá de salvar muchos obstáculos antes hacer realidad aquel propósito. Para la clase política es un período difícil. Ha asistido al quiebre de un régimen político y al desmoronamiento de un modelo económico que debe ser reemplazado por otro, si se quiere evitar un desastre político y social mayor.

Ya hemos señalado que una situación semejante se observa en Europa, EEUU y en el resto de América Latina. Circulan ideas nuevas y novedosas, aunque algunas de ellas tengan una vieja data en la historia de la humanidad. Los estamentos juveniles de nuestra clase política, serán desafiados por las nuevas utopías con las que se quiere superar los sufrimientos de las guerras y las crisis económicas. La juventud estudiosa y trabajadora es deslumbrada por los brillantes apologistas de las nuevas visiones que se ofrecen a la humanidad, con visos de realidad, y puestas al alcance de las masas, con sólo que se lo propongan.

En el país, las organizaciones obreras estaban hegemónicas por la ideología anarquista, de procedencia principalmente europea, llegada al país junto con los emigrantes que, desde fines del siglo XIX, han empezado a llegar a América. Tiene presencia la Internacional de Trabajadores del Mundo (I. W. W.) de inspiración norteamericana.

La otra matriz que se esfuerza por potenciar las organizaciones sindicales, gremiales y mutualistas que los trabajadores chilenos de la época logran constituir, a pesar de la feroz oposición del estado parlamentario y de la parte patronal, es la Federación Obrera de Chile (FOCH), de inspiración comunista. El Partido Comunista, fundado en 1922, asume una fundamentación teórica marxista, que sólo está en la comprensión de unos cuantos cuadros intelectuales trabajando en situaciones muy difíciles.

Los partidos tradicionales no tienen ninguna participación en la callada y soterrada actividad político-sindical que se viene dando en el Chile de comienzos del siglo XX. Algunas voces se han dejado oír para denunciar las carencias sociales y económicas que prevalecen en los segmentos populares.

Para llenar el vacío que se observa en el espectro político chileno de la época, inicia su gestación, a partir de Diciembre de 1925, la Unión Social Republicana de Asalariados de Chile, USRACH, con la elección de un Comité Organizador, cuyo objetivo será preparar una Convención Nacional en septiembre de 1926. La USRACH contó con una estructura nacional y empezó a disputar el apoyo popular con otros partidos. Esto va a provocar el retiro de los militantes comunistas que se habían incorporado a su seno, quienes la critican por reformista.³

La nueva organización política tiene sus orígenes en el Frente Social Republicano, que se crea en mayo de 1925, con el propósito de apoyar el programa del Golpe de Estado militar del 5 de septiembre de 1924, frente a los intentos por detener o distorsionar la legislación social que se había conseguido. Otro antecedente de la USRACH es el movimiento generado en torno a la campaña del Dr. José Santos Salas a la Presidencia de la República, iniciada en octubre de 1925, y apoyada por importantes grupos de trabajadores, empleados, pequeños comerciantes, profesionales y estudiantes, provenientes de distintas vertientes políticas e ideológicas. En diciembre de 1926, USRACH realiza otra convención en Santiago, a la que asisten, entre otros, el poeta Roberto Meza Fuentes, ex presidente de la FECH: Filidor Clever, Jorge Dowling, Carlos Alberto Martínez, Oscar Schnake y Eugenio González Rojas.

La Convención aprobó la siguiente declaración de principios:

“El Partido de los asalariados es una colectividad social política constituida por individuos que viven de una profesión u oficio y de los que simpatizan con la reivindicación total del proletariado y acepten en todas sus partes el programa del Partido. Sus finalidades son:

- Combatir el régimen capitalista de producción y la organización actual del estado y cambiarlo por una de cooperación y sindicalismo.

- Propiciar la liberación económica de los asalariados mediante la socialización de los medios de producción, la transformación de las instituciones políticas y administrativas del estado en organismos funcionales de base gremial.

- Sostiene que la realización de estas aspiraciones no será posible por el predominio de una clase en la dirección del estado, sino por la organización sindical de los asalariados y por su capacitación técnica y moral.

Consecuente con estas declaraciones, el Partido de los asalariados propicia la integridad del sindicato

- Mientras subsista el régimen capitalista luchará dentro de los organismos políticos del Estado como un medio para defender los intereses de los asalariados y abrir paso al cumplimiento de sus ideales.¹

- Los postulados de la nueva organización política eran, de este modo, una mezcla de principios anarquistas, seguramente aportados por los participantes de esa procedencia como Oscar Schnake, Eugenio González y Ramón Alzamora, y otros provenientes de la vertiente corporativista. Sus reservas en cuanto a definirse como partido político rebela la desconfianza anarquista respecto a dichas organizaciones.

- Frente a la aspiración capitalista proponía una organización socialista (propiedad socialista de los medios de producción) pero con una estructura gremial o funcional en la que cada sector participará según la actividad económica desarrollada. Si por una parte llamaba a la liberación de los asalariados, en un programa de acción inmediata, por otra, convocaba a la creación de un Consejo Económico Nacional, con representantes obreros, patronales y técnicos, además de asambleas provinciales de carácter funcional y económico, y proponía la supresión del Senado.

- Una Administración Nacional de Subsistencias fijaría los precios de los productos de consumo.²

Como se puede apreciar, en esta declaración de principios se reunían ideas y aspiraciones que se encontraban, tanto en el socialismo marxista como en el fascismo, que seguramente llegaba de Italia cuando aún no se registraban los atropellos a los derechos humanos, que terminaron con sus simpatizantes en estas latitudes.

El movimiento mantenía un periódico en Valparaíso, "El Nacionalista", en el cual se intentó dar una explicación acerca del régimen económico social que se propiciaba y que lo hacía más cercano al corporativismo que al socialismo. En el artículo se expresaba que el régimen funcional tenía como divisa la armonía, jamás la preeminencia de grupos, la coordinación de aspiraciones y de labor de éstos; nunca el predominio de unos sobre otros; la convivencia social a base de verdadera solidaridad (es decir, la cooperación, la justicia, la abnegación y el sacrificio), jamás la subyugación de una clase por otra, "situación repudiable y repugnante para todo espíritu liberado y bien puesto". Quizás en estas ideas se encontraba la influencia de varios miembros anarquistas de la USRACH.

En otra edición del mismo periódico, Eugenio González Rojas, afirmaba

que la institución repudiaba las fórmulas políticas tradicionales (conceptos metafísicos, teoría democrática, cámaras políticas, sistemas de sufragios, partidos políticos). Según Eugenio González, lo que en la realidad existía, y sobre lo que se debía actuar, era “un conglomerado viviente de fuerzas sociales, que es necesario coordinar en provecho de la prosperidad nacional, una agitación permanente de intereses que es imprescindible encauzar dentro de una severa justicia.”⁶ A continuación y consecuentemente propiciaba la constitución de una “Cámara Funcional” con representantes de todas las actividades vitales de la sociedad. Este punto del programa vincula derechamente a la USRACH con el Partido APRA, del Perú, sobre el cual nos referiremos más adelante.

Estas definiciones políticas eran, claramente, contrarias a lo que conocía nuestra política nacional, dado su contenido antiliberal y anticapitalista.

Las doctrinas político-económicas que llegan a Latinoamérica desde Europa son asimiladas de distintas formas por los intelectuales y políticos latinoamericanos. Además del socialismo marxista de inspiración soviética, estaban llegando también a Latinoamérica, las concepciones “corporativistas” y “funcionalistas”, como se decía en aquella época.

Para comprender la simpatía que este pensamiento despierta en esos años en importantes sectores de nuestra sociedad, especialmente entre la juventud, debemos recordar, que a esa fecha, ese movimiento ideológico no tenía la carga de violencia irracional, con que es recordado en el presente.

Nos referimos a este aspecto de la actividad política nacional de esos años, para hacer resaltar que los sectores más lúcidos de aquella sociedad, buscaban renovarla categóricamente.

En el Perú se dio un caso distinto con José Carlos Mariátegui, uno de los fundadores de un Partido Socialista y que posteriormente a su muerte pasó a llamarse Partido Comunista. Como no podemos hacer un estudio extenso del pensamiento de este político y pensador peruano, diremos que se esforzó por adecuar la teoría del marxismo leninismo a la realidad latinoamericana, producto de lo cual fue su notable investigación que publicó, en 1928, con el título de “*Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*”.

Mariátegui consideraba, *contrario sensu* del pensamiento de los clásicos del marxismo, que las sociedades que aún no habían completado su desarrollo capitalista, no podían realizar la revolución socialista. Sostenía que las masas indígenas que constituían el material para la realización de cualquiera transformación social, por explotadas que estuvieran, bajo la dirección de una élite o vanguardia fuertemente convencida de ciertos valores, llevados quizás hasta el fanatismo, por sus hábitos de cooperación social adquiridos desde el Incanato, serían capaces de comprometerse en una revolución clasista.

También en el Perú, otra ideología que pretende responder a la realidad de nuestros países pero con raíces en el marxismo, es presentada por Raúl Haya de la Torre, fundador de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, (Apra) un partido que debía establecerse en toda Latinoamérica, y actuar como un núcleo ideológico, que debía competir con las internacionales: la socialdemócrata (II Internacional) y la comunista (III Internacional) a las que consideraba demasiado rígidas para el medio americano. A diferencia de los postulados de las Internacionales mencionadas, el nuevo movimiento se basaría en una alianza multiclasista con apoyo obrero y campesino, aunque, dada la debilidad de esas clases en nuestros países, bajo la dirección de un tercer componente, la clase media. En América Latina, a diferencia de Europa, ésta era parte de los sectores desposeídos y no furgón de cola de los dominantes.

Raúl Haya de la Torre explicitó su pensamiento y se esforzó en divulgarlo a través de sus escritos, que fue elaborando a partir de los años treinta del siglo XX. Este proyecto, como muchos otros de la época, tuvo profundas raíces en el marxismo, pero también en el corporativismo y la socialdemocracia. Haya de la Torre hablaba de un “Estado de los cuatro poderes”, como una fórmula para acelerar el desarrollo económico. El cuarto poder de ese Estado lo constituiría una cámara corporativa, con representación “cualitativa” del capital y el trabajo, además de otros sectores de la cultura, incluso las FF.AA.

Resulta fácil reconocer en la declaración de principios de la USRACH chilena su influencia. En ese manantial de ideas, así como muchos otros, abrevaron su sed de conocimientos los jóvenes chilenos y latinoamericanos de esa época.⁷ Desde esos años se puede afirmar, que todo el espectro político chileno, que en los próximos años se decantará de ripios y escombros, logra una definición democrática con un fuerte acento social, que permite que, durante los próximos cuarenta años, se venga diseñando una sociedad y un estado nacional, de acentuado dinamismo social y económico.

El año 1927, es electo Presidente el General Carlos Ibáñez, como candidato de los Partidos Radical, Liberal, Democrático Nacional, la Usrach, la Unión de Empleados de Chile, (UECH) y un sinnúmero de pequeñas organizaciones sociales. Su programa ofrecía la modernización material y política de Chile. Este período presidencial es uno de los peor estudiados por nuestra historiografía, tal vez, debido a la confusión política imperante en esos años y a los muchos intereses políticos posteriores que estuvieron vinculados a este gobierno, al cual nuestros historiadores mayores, han tildado de dictadura. Las investigaciones realizadas en los últimos años han puesto en evidencia que, hay que hurgar con mucho cuidado para encontrar un grupo político, gremial o social que de algún modo u otro pueda presentarse sin responsabi-

lidades por la elección de Ibáñez. No es nuestro objetivo entrar en este campo, por lo cual sólo dejamos constancia de ello.

El desastre del parlamentarismo y la quiebra económica del modelo primario exportador, a partir de 1929, fueron de tal magnitud en el país, que todos los caminos que se abrían al futuro parecían sensatos, siempre y cuando se apartaran del pasado tradicional de nuestra política.

Por otra parte, junto con la economía y la política que hacían crisis, una clase política se eclipsaba para dar paso a otros sectores sociales, como los profesionales universitarios y los obreros organizados. Era necesario constituir una nueva economía y una nueva clase política. Nos encontramos en el período con un rejuvenecimiento de los cuadros políticos y un “aggiornamento” del escenario partidista del país.

La USRACH tuvo, desde sus primeras participaciones en el campo electoral, un acogida muy positiva por el electorado nacional. En noviembre se realizó una elección parlamentaria, y presentó una lista unitaria para diputados, formada por comunistas, demócratas y asalariados. Estos últimos se presentaron como representantes de sus respectivos gremios: Luis Ayala (rodado); Alfredo Montecinos (empleados); Angel Mella (ferroviario); Ricardo Celis (arrendatarios); y Juan B. Corral (pequeños industriales y comerciantes). Lograron totalizar 2400 Votos, es decir un 5,3%⁵ de los votos emitidos. Pero más importante que el éxito electoral de la USRACH, fue su trascendencia política como movimiento que prefiguró el ideario político del Partido Socialista, que será fundado algunos años más tarde, por algunos militantes de la USRACH, como los varias veces citados Oscar Schnake Vergara, Eugenio González Rojas Carlos Alberto Martínez y otros, que sería largo mencionar y que llevaron a la nueva tienda política muchos de sus principios doctrinarios, como fueron el estado interventor, la planificación económica, el antiimperialismo y funcionalismo, etc. Muchas de estas personalidades son, de verdad, representativos de esa generación que se vio enfrentada a la gran tarea de levantar de las ruinas el edificio económico, social, político e intelectual de Chile.

Nuestro personaje, don Eugenio González, sufrió como muchos otros simpatizantes del Gobierno del General Ibáñez, la persecución política, siendo relegado a la Isla de Más Afuera. Después de la caída del gobierno militar y desilusionado con la actitud de la Unión Republicana de Asalariados de Chile, va a participar, junto a otros, en la creación de la “Acción Revolucionaria Socialista” (ARS) y como uno de sus dirigentes participará, como Ministro de Educación, en el gobierno de la efímera República Socialista de Trabajadores, en la cual su amigo desde la FECH, Oscar Schnake, desempeñaba el cargo de Secretario General.

El 2 de octubre de 1932, el país vuelve a la constitucionalidad y el Vicepresidente don Abraham Oyanedel, convoca a elecciones presidenciales. En esta elección los grupos socialistas, aún sin constituir un partido único, llevarán por primera vez un candidato a la primera magistratura. Este candidato será el Comodoro Marmaduke Grove Vallejos, líder de la República Socialista que, tras su derrocamiento, había sido relegado en la isla de Pascua y puesto en libertad, un día antes de las elecciones, junto a Eugenio Matte H., Jorge Grove, Carlos Millán y Carlos Charlín.

La campaña se inició y se desarrolló con mucha espontaneidad y entusiasmo. Se constituyó un Comité Ejecutivo Nacional integrado por Eugenio González R, Carlos Alberto Martínez, Alfredo Lagarrigue, Augusto Pinto y Oscar Schnake, todos los cuales serán, posteriormente, los fundadores del Partido Socialista de Chile.

Había que proclamar al candidato, pero no se conseguía un medio de transporte para rescatarlo de la relegación en Pascua. Tanto el gobierno como los grupos conservadores no estaban dispuestos a facilitarle la tarea a los partidarios de quien había sido el inspirador de la República Socialista. Sin embargo la proclamación se realizó en el Estadio Nacional y hubo varios oradores, personas todas que venían actuando en la política popular desde los inicios de la crisis del régimen en 1924: Oscar Schnake, por la Acción Revolucionaria Socialista; por los estudiantes del grupo *Gómez Rojas*, don Mario Hermosilla; por la NAP (Nueva Acción Política) don Rudencio Salas, por la Alianza Revolucionaria Socialista, la señora Humilde Figueroa y don Luis Saavedra; por la industria del cuero, don Alberto Baloffet, por los intelectuales, don Ricardo Latcham, por la Orden Socialista, don Eugenio Orrego; por el Partido Comunista, sector hidalguista, don Carlos López; por los profesores universitarios, don Eugenio González Rojas; por los profesores don Juan Gómez Millas, por los metalúrgicos don Manuel Romero; por los carpinteros don Roberto Pinto⁹.

Había que proclamar al candidato que continuaba en Pascua y había que dar a conocer el programa presidencial. El diario "La Nación" en su edición del 4 de Octubre daba cuenta del acto. En ausencia del candidato, hizo una síntesis del programa presidencial, el profesor Eugenio González Rojas, ex Ministro de Educación de la fenecida República Socialista. Su intervención fue notable, pues, sin rehuir los compromisos de la candidatura con el ideal revolucionario socialista, expresó lo esencial del mismo, con un lenguaje simple y directo:

"El movimiento socialista que levanta la candidatura presidencial de don Marmaduke Grove se funda en las necesidades reales del país en este

momento crítico de su evolución histórica. No aspiramos a encajar la complejidad viviente de los fenómenos nacionales en una doctrina abstracta, sino, por el contrario, hemos extraído nuestro programa de acción del estudio honrado de los hechos y posibilidades ... El desordenado individualismo de la economía capitalista ha conducido a las naciones occidentales a una situación trágica y paradójica en que al lado de los esplendores del progreso técnico, las muchedumbres sin trabajo se consumen en la angustia de la miseria ... Aspiramos, pues a una transformación verdadera de la actual economía capitalista en un régimen socialista ... Junto con la transformación del régimen económico, tiene que producirse un cambio en las estructuras del Estado. Dentro de la República de Trabajadores que propugnamos, los actuales partidos políticos, conglomerados inorgánicos de intereses contradictorios, deben ser reemplazados por las agrupaciones sindicales de los elementos trabajadores manuales e intelectuales, cuyos representantes constituyen el cuerpo legislativo y los consejos técnicos del estado que coordinen y dirijan la vida nacional.”¹⁰

Según el propio González, de acuerdo al testimonio de Julio César Jobet, “un partido político nuevo aparece en el seno de una sociedad democrática cuando responde a los intereses y a los anhelos de un sector social sin cabal expresión en los organismos existentes”¹¹. Y al parecer estaba bastante acertado, porque en la próxima elección en que participa el recién fundado Partido, (1937) logra elegir 19 diputados, la mayor representación que el PS tuvo en la Cámara Baja, hasta la legislatura de 1973.¹²

Desde su fundación el Partido Socialista de Chile, será un protagonista importante en la historia política del país. Un animador entusiasta del proceso de concientización de las grandes agrupaciones obreras y trabajadoras de nuestra sociedad. Las estructuras orgánicas del partido, orientadas por directivas juveniles, convencidas de la verdad de las consignas que levantaban, se dieron a la tarea, empleando la escasa tecnología conocida en esos años, a una ardua tarea de divulgación y socialización de la realidad nacional y mundial, y de los puntos medulares de las reivindicaciones sociales que planteaban al Estado. Cada núcleo, en que se organizaba la militancia, elaboraba documentos, que eran impresos en mimeógrafos caseros y distribuidos en las barriadas populares, en las cuales vivían los trabajadores, a quienes se dirigían las consignas y el proselitismo partidario.

El conflicto entre liberalismo y las nuevas manifestaciones ideológicas desarrolladas en Europa, se manifiestan en América Latina y en nuestro país, en los conflictos entre los partidos que dicen representar a los trabajadores y pobres de la sociedad. Luchas entre comunistas, socialistas y nacional-

socialistas, quiebran la posibilidad de una acción unitaria, para obtener la real aplicación de las leyes obtenidas en los años veinte.

En Europa, surge la idea de que es posible, para los partidos populares, hacer alianzas con los sectores más progresistas de la burguesía, a objeto de continuar avanzando por el camino del desarrollo democrático. Al igual que en España y Francia, el Frente Popular se constituye también en Chile. El Partido Socialista, después de algunas resistencias preliminares, se hace el campeón de la idea, y junto a los partidos, Radical, Democrático, Comunista y organizaciones sociales diversas, contribuye a elegir al profesor don Pedro Aguirre Cerda, Presidente de la República, en Octubre de 1938, en brazos del Frente Popular.

Vienen años de éxitos para el Partido Socialista; Ministerios, Jefaturas de Servicios, Intendencias, Gobernaciones y Embajadas. Todo ello en desmedro de la educación política de las masas y la organización de los trabajadores. El Partido que había sido tan exitoso en sus primeros pasos en la arena política nacional, pierde la confianza de su electorado y en 1941, baja su representación a 15 diputados y para 1945, apenas consigue elegir 6.

Por estos años, Eugenio González y otros educadores chilenos son contratados, por un gobierno democrático de Venezuela, para participar en una reforma educacional de largo alcance. En 1946, desprestigiado y dividido, el Partido Socialista se embarca en la aventura presidencial de su "líder obrero" Bernardo Ibáñez Aguila, y consigue sólo 12 mil votos.

Desde este año cayó en una profunda decadencia, hasta la década de los cincuenta del siglo pasado.

La explicación de esta circunstancia, la encontramos en el envejecimiento de su dirigencia, en el plano partidario: en el fracaso del modelo nacionalista popular, que impulsaba la industrialización del país, sin tocar la estructura de la propiedad rural y sin haber conseguido la unidad de los trabajadores en el plano político.

Por otra parte, la historia se hace universal. Los problemas nacionales reconocen causas externas, sobre las cuales los países no tienen posibilidad de intervenir. La política interna de los países escapa de las decisiones de su propio gobierno. A pesar de las declaraciones con que finalizan las conferencias internacionales, que se esfuerzan en reorganizar el mundo de post Segunda Guerra Mundial, los países latinoamericanos deben alinearse tras la política imperialista de los EUA, que disponen, la incompatibilidad del comunismo con el sistema interamericano.

Recuperando una moral para una política socialista

En 1946, se inicia al interior del Partido Socialista una suerte de renovación ético-doctrinaria que culmina al año siguiente en una Conferencia Programática, en la cual se elaboran las bases teóricas del socialismo. En ella tuvo participación central Eugenio González.

En Junio de 1948, el socialismo realiza, en Valparaíso, su XII Congreso General Ordinario, en el cual se presentan dos posiciones. Una, favorable a participar en el Gobierno de Gabriel González Videla, sostenida por Bernardo Ibáñez y Juan Bautista Rosetti. Otra posición, defendida por Raúl Ampuero, fue por completo contraria a participar en ese gobierno, al que consideraban dictatorial. Se impuso esta última y Eugenio González es electo Secretario General.

La fracción acaudillada por Ibáñez y Rosetti, plantea la división del partido y obtienen del Registro Electoral que le reconozca el mejor derecho a emplear el nombre histórico del Partido, por lo cual, la mayoría tuvo que inscribirse como Partido Socialista Popular. Con este nombre el Partido llevará a cabo la dura tarea de reconstruirse para volver a ganar la confianza de los trabajadores.

El Partido Socialista Popular participará en una alianza electoral con la Falange Nacional, el Partido Agrario Laborista, el Partido Radical Democrático y el Partido Radical Doctrinario, que hacen oposición al gobierno de Gabriel González Videla, y que fue conocida con la sigla FRAS. Esto le permitirá llevar al Senado de la República a don Eugenio, uno de sus militantes con mayor trayectoria política y de una cultura superior. Como Senador de la República tendrá oportunidad de plantear sus conceptos sobre la política nacional y los problemas de la época y de la sociedad chilena, con la madurez que ha conseguido con sus tempranas experiencias políticas.

El Partido Socialista Popular está representado, en este Senado por tres de sus militantes: Salvador Allende, Carlos Alberto Martínez y Eugenio González. Recién incorporado al Senado, en la sesión del martes 14 de junio de 1949, el senador González dará cuenta de la posición del Partido Socialista Popular frente a la política general del Gobierno, de la cual citaremos algunos párrafos:

“Como lo anticipé en mi breve intervención de la semana pasada- hecha exclusivamente para expresa la protesta de mi partido por la conducción del Gobierno frente a los trabajadores. Y creo conveniente exponer al Senado, para el mejor desarrollo de nuestras labores comunes en el plano de la convivencia parlamentaria, el sentido general de la política socialista, y los objetivos inmediatos de mi partido en esta confusa etapa de nuestra evolución republicana.

“Me impulsa fundamentalmente el deseo de contribuir al esclarecimiento de una situación política que perturba en forma seria a la opinión ciudadana, en razón de las contradictorias actuaciones de las jefaturas partidistas, de los ajetreos intrascendentes de los grupos parlamentarios y de las palabras casi siempre enfáticas con que el Jefe del Estado suele favorecer a sus contemporáneos. Si se quiere preservar el normal desarrollo de la vida democrática, es indispensable que tanto los gobernantes como los partidos afronten el juicio público en actitudes de máxima responsabilidad, lo que implica en primer término una cabal definición de sus propósitos”

“Uso de la palabra para cumplir este deber de rectitud política en representación del Partido Socialista Popular

...Sin desconocer el alcance internacional de la solidaridad del proletariado y la necesidad de coordinar también internacionalmente su acción, fenómenos derivados de la universalización de las formas de vida y de trabajo que impone el desarrollo del capitalismo, el Partido Socialista emerge como producto natural de las circunstancias económico-sociales dentro de la continuidad orgánica de nuestra evolución democrática

...Como en todas partes el socialismo representa en Chile la proyección hacia el futuro inmediato del proceso creador de valores que constituye la cultura. De ahí que los socialistas experimentemos muy acentuadamente el sentimiento de la solidaridad de las generaciones y sepamos apreciar los aspectos positivos de cada etapa de nuestro pasado nacional

...Colocada en cierto modo al margen del Estado democrático liberal, la clase obrera fue determinando sus objetivos específicos en consonancia con los progresos del industrialismo y canalizando su fuerza en organizaciones políticas y sindicales a cuya creciente influencia se ha debido principalmente el perfeccionamiento de los sistemas jurídicos con nuevos conceptos de naturaleza social, la modificación de la estructura democrática en términos que aseguren su eficacia representativa y la ingerencia reguladora del poder público en el proceso económico

...El autoritarismo presidencial no se concilia con las exigencias del progreso democrático y el hecho de que fuera eliminado en proceso que culmina con la Revolución de 1891 denota que ya entonces había dejado de corresponder al estado real de las fuerzas políticas. Las restauraciones son imposibles. El curso de la historia no se puede remontar. El no comprenderlo es característico de los románticos del pasado, lo que no entraña peligro alguno si son poetas, pero sí y muy serios si son estadistas....” “¿Qué sucedería en Chile, por ejemplo, si algún estadista vehemente, al tomar contacto en cualquiera amena tertulia de sobremesa, con los cultores del mito

portaliano cayera en el empeño de tomarlo como modelo para sus actuaciones públicas?...

“Nuestro partido apoyará en el parlamento todas las iniciativas vengan de donde vinieren, tendientes a mejorar los niveles de vida de obreros y empleados, y está dispuesto también a concertar sus iniciativas y sus esfuerzos con todas las colectividades políticas que propongan emprender de inmediato, a través de su acción política, las siguientes tareas:

1º Restauración de la plena vigencia del régimen democrático, devolviendo sus derechos ciudadanos a todos los que se encuentren privados de ellos por efecto de la Ley de Defensa de la Democracia, que debe ser derogada.

2º Restablecimiento de las libertades, garantías y derechos sindicales para todos los trabajadores y eliminación de las influencias oficiales y partidistas en la vida de las organizaciones y en el proceso de formación de la Central Única de la Clase Obrera Chilena

3º Rectificación de la política económico-financiera, con vistas a una transformación técnicamente planificada de nuestra estructura económica, hecha con sentido social y nacional para desarrollar nuestras fuerzas productivas y elevar el nivel de vida de los trabajadores

4º Revisión de nuestra política exterior, a fin de que ésta contribuya a consolidar las instituciones democráticas en los países latinoamericanos y a favorecer su independencia con respecto a las presiones imperialistas que se ejerzan para los fines de cualquiera política de dominación mundial

5º Reorganización de los servicios de seguridad y asistencia sociales, de manera que se facilite su ulterior unificación en un régimen que dé a los trabajadores de las distintas categorías y a sus familias, los mismos beneficios.

6º Realización de un vasto plan de reforma educacional, correlativo del plan económico, que permita capacitar a las nuevas generaciones para el trabajo social productivo, a la vez que les dé una auténtica formación cultural. Dicho plan debe considerar en forma especial la extensión de la cultura en las masas.

7º Recuperación del sentido de servicio de la actividad pública, subordinando los intereses electorales y administrativos de los partidos a los grandes fines de una política creadora.”

Palabras y pensamientos que confirman su trayectoria de intelectual con compromisos permanentes y de largo plazo. Esta intervención, además de plantear un duro enjuiciamiento a un gobierno que hacía política de derecha con posiciones de izquierda, adelantaba las ideas matrices para un programa de gobierno verdaderamente popular.

Si fuera necesario destacar algún rasgo de la ideología socialista de Eugenio González, nos atreveríamos a llamar la atención hacia su constante preocupación por el respeto, que los partidos y el Estado debían observar con relación a las organizaciones de los trabajadores, de todas las categorías.

En el Senado, pasa a formar parte de su Comisión permanente de Educación, en la cual aportará con el conocimiento que tiene de los problemas educacionales del país y de los problemas económicos, sociales y profesionales del magisterio nacional, al perfeccionamiento de los proyectos de leyes que se impulsan en esos años y representará en el hemiciclo senatorial, las posiciones de las organizaciones gremiales del magisterio, en cada oportunidad que éstas se enfrentaron a las políticas gubernamentales.

En la sesión del 4 de julio de 1951, al presentar el proyecto de Ley Orgánica de la Educación, señaló:

“Reiteradamente he sostenido que la educación, siendo una función social, tiene que desarrollarse en correlación permanente con las demás funciones sociales y que, por lo tanto, toda reforma educacional profunda, requiere una reforma también profunda del régimen social. Una extensión en amplia escala de la educación rural, por ejemplo, ha de ser paralela a serias modificaciones del sistema de propiedad y trabajo de la tierra, así como el progreso de la enseñanza técnico-profesional dependerá de las condiciones económicas y sociales que hagan efectivas la industrialización del país.

... El fomento planificado de la educación pública tiene, pues, que realizarse paralelamente al fomento planificado de la economía nacional, recibiendo de ésta estímulos y recursos, y proporcionándole, por su parte, recursos humanos y técnicos. A veces propiciarán los establecimientos educacionales el empleo de nuevos métodos de producción y trabajo; pero, con mayor frecuencia tal vez, las empresas particulares y del Estado indicarán, de acuerdo con sus necesidades técnicas, las escuelas que conviene establecer. Mientras más expeditas sean las correlaciones entre las actividades económicas y los organismos educacionales más fecundo será el rendimiento común”.

Después de realizar un objetivo análisis de la situación de nuestra educación en ese momento, termina diciendo:

“De este rápido examen de nuestra realidad educacional, puede inferirse:

1º Que es necesario elaborar sin tardanza un Plan de Fomento de la Educación Nacional, que, puesto en práctica mediante el esfuerzo mancomunado de los Poderes Públicos y de toda la ciudadanía responsable, per-

mita superar el atraso material de nuestra educación, especialmente en las ramas primaria y técnica.

2° Que el sistema de nuestra educación pública debe ser reajustado en su estructura y en su funcionamiento, a fin de hacerlo concordar con las exigencias del medio y de la época, lo que es materia de una ley orgánica de la Educación Nacional y de sustantivas modificaciones, hechas por vía reglamentaria, de los planes y programas de estudio.”

La crítica al régimen represivo instaurado por el gobierno de Gabriel González Videla, estuvo en el centro de los debates propuestos por el joven senador socialista. Son bien conocidos los antecedentes de la elección de ese gobernante, y los factores que lo llevaron al categórico cambio de frente que le imprimió a su gobierno, a los meses de haber asumido el poder presidencial.

Cuando González Rojas, asume como Senador de la República por Santiago, el país soportaba una crisis económica y política muy extensa y profunda. Todo el aparato productivo del país vacilaba en medio de la especulación, la inflación, los paros y huelgas que afectaban al sector público y privado.

El gobierno se había atrincherado, tras los fosos y almenas de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, y enfrentaba tales dificultades, a partir de una represión policíaca y de una mayoría parlamentaria conseguida a base del más descarado cohecho.

En la sesión del miércoles 24 de Agosto de 1949, nuestro Senador planteó en la Sala y de cara al país, la posición política del Partido Socialista Popular.

“Nuestro País está viviendo una etapa de angustiosa incertidumbre. Bajo la aparente normalidad que se logre por el empleo sistemático de las leyes represivas, seguirán actuando los factores profundos que motivan el descontento popular. Por lo mismo, si no se quiere convertir en permanente el régimen de excepción, hay que obrar sobre tales factores, más que sobre los síntomas con que ellos se manifiestan en la superficie del cuerpo social. A juicio de nuestro partido, la situación de Chile se caracteriza:

1° Por una crisis en el orden material, reflejo, en parte de fenómenos mundiales y, en gran medida, efecto del atraso de nuestra estructura económica.

2° Por una crisis en el orden social, determinada por la injusta distribución de la riqueza y la falta de organismos eficaces que aseguren los derechos humanos esenciales.

3° Por una crisis en el orden político derivada del quebrantamiento de nuestro régimen democrático y de la falta de concordancia entre los partidos políticos y las fuerzas sociales.

4° Por una crisis en el orden sindical provocada por las restricciones discriminatorias introducidas en el derecho del trabajo y por la desarticulación del movimiento de obreros y empleados mediante la acción que en él ejercitan, para sus propios fines, los organismo oficiales y los grupos políticos.

5° Por una crisis en el orden moral, resultante de la ausencia de principios rectores en los círculos dirigentes del Estado, lo que hace prevalecer, en la acción pública, el oportunismo irresponsable.

Las intervenciones parlamentarias de este Honorable Senador, constituyen piezas oratorias, siempre muy bien estructuradas, fundamentadas en un previo estudio del tema central a desarrollar, el empleo de un cuidado lenguaje, apoyado en una elocuencia simple y natural, sin afecciones, que concitaban la atención de los honorables senadores y de los asistentes a las tribunas y galerías del Senado, a las que era siempre fácil acceder en aquellos movidos años.

Los que lo conocieron, recuerdan su fina ironía, que a veces era mordacidad, sin llegar jamás a la expresión descomedida o hiriente.

Vamos a citar parte de una breve intervención que hace en una sesión que corresponde a la legislatura extraordinaria, celebrada el martes 28 de noviembre de 1950.

En la Hora de incidentes Allende se ha referido a los resultados de una elección senatorial complementaria, a los que la prensa y parlamentarios derechistas, pretendieron interpretar como un triunfo del espíritu y de la divina providencia. (había resultado electo don Arturo Matte Larraín, en reemplazo de don Arturo Alessandri Palma)

“El señor González.- Quiero hacer una breve acotación a las palabras que acaba de expresar el Honorable señor Allende, respecto del acto electoral del domingo pasado. Soy un convencido de que estamos viviendo un momento de crisis profunda del régimen capitalista. Más aún, creo que atravesamos por un crisis orgánica de lo que se puede llamar la cultura moderna.

No es extraño que en una situación de esta especie se altere sustancialmente la jerarquía de los valores y que, incluso, se llegue a eso que alguna vez llamara Nietzsche “la prostitución de las palabras”. A pesar de eso, no ha dejado de causarme una penosísima extrañeza escuchar a algún calificadísimo personaje de la derecha, comentar el sentido de la elección que acaba de realizarse y referirse a ella como si se hubiera tratado de una gran jornada del espíritu. Me parece realmente excesivo confundir el espíritu con el dinero. Y más todavía: escuchar también atribuir intervención en ese resultado de las urnas a la Divina Providencia.

No pertenezco a ninguna confesión religiosa, pero las respeto a todas, porque las considero expresión de sentimientos muy profundos del alma humana y formas históricas superiores del espíritu y de la cultura. De ahí que me parezca verdaderamente digno de reproche que para referirse a un actor desarrollado en una forma que constituye un verdadero baldón para nuestras instituciones se pretenda hacer intervenir en ellas al espíritu y atribuirle también alguna participación a los designios de la Divina Providencia.

Por supuesto, hubo muchos senadores que se unieron a las expresiones de Allende y González. Eduardo Cruz Coke, señaló la necesidad cada vez más urgente de una reforma de la Ley de Elecciones.

Al completar su período senatorial, Eugenio González R. fue despedido por sus colegas, de una forma muy cordial. Todos ellos reconocieron en él a un verdadero humanista y a un político de una estirpe moral extraordinaria.

Ya en una discusión sostenida en el hemiciclo senatorial, acerca de un Convenio de Ayuda Militar con el Gobierno de los EUA, el senador por Atacama y Coquimbo, señor Raúl Marín Balmaceda, le solicitó una interrupción a González Rojas, para decir: *Sr. Presidente, yo siempre he escuchado con mucho interés al Senador socialista por Santiago señor González. La profundidad poco común de sus conceptos, la sinceridad de sus convicciones y su indiscutible cultura, merecen el respeto de esta Alta Corporación*”, a lo que el senador por Santiago, al reanudar su discurso apuntó que, además de demostrar su fina cortesía para con su-adversario, contiene un valioso aporte a una correcta comprensión del marxismo:

“Agradezco mucho los términos con que el señor Sanador se ha servido juzgarme. Pero yo, también, conocedor de la ilustración sociológica de Su Señoría, me atrevo a decirle que las doctrinas tienen que adaptarse a las condiciones de los pueblos que las reciben. Así, el marxismo, doctrina emanada o, mejor dicho, resultante de la evolución económica y social de los países europeos, tomó forma peculiar en el medio ruso, derivada de condiciones objetivas muy precisas”

Pese al importante rol teórico, ético y político desempeñado por Eugenio González llama la atención que su Partido no lo postuló para reelegirlo como Senador por Santiago. Quienes lo conocimos en la Universidad, como Decano de la Facultad de Filosofía y Educación y como rector de la Universidad de Chile, podemos entender con mayor flexibilidad este alejamiento de la arena política y parlamentaria, como una decisión personal, vinculada a su concepción de la política como actividad que se funda en una posición filosófica y ética frente a la vida.

Eugenio González, el universitario

Después de estudiar Castellano, ejerció la docencia en el Internado Nacional Barros Arana y en varios otros Liceos y colegios de Santiago.

En los comienzos de la década de los años treinta, trabajó en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Tuvo a su cargo las materias de Introducción a la Sociología, Filosofía de la Educación y Filosofía antigua.

Su presencia en las letras nacionales fue también de gran relevancia. Es autor de cuatro novelas; “Más Afuera”, inspirada en su relegación en la isla del mismo nombre; y que tuvo un gran éxito literario y editorial; “Hombres”, “Destinos” y “Noche”. En 1945, junto a otros colegas universitarios viaja a Venezuela contratado por el gobierno de Rómulo Betancourt, para trabajar en una reforma educacional de largo aliento.

Al completar su período parlamentario, es designado Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, cargo desde el cual impulsa una serie de reformas del currículo con que se forman los profesores secundarios del país.

El año 1962 es reelecto para esa misma dignidad universitaria y el año 1963 es electo Rector de la Universidad de Chile. Bajo su conducción y a pesar de fuertes limitaciones presupuestarias, la Universidad creció en cuanto a Centros, Institutos y Escuelas, que significaron actualizar la investigación universitaria al servicio del desarrollo del país.

González, vive como estudiante, la agitación que desde 1918 sacude a las universidades latinoamericanas, desde que estalla en Córdoba, Argentina, la lucha en contra de la universidad profesionalizante, herencia de la universidad napoleónica del siglo XIX. Todos sabemos, que aquella manifestación de la rebeldía estudiantil, fue manipulada por los políticos de turno y quedó postergada, pero no olvidada, y, cuando la Revolución Cubana y los conflictos derivados de la Guerra Fría remueven las estructuras del pensamiento latinoamericano, serán los estudiantes universitarios, otra vez, como en 1918, los que levanten las banderas de la reforma universitaria.

El Rector de la Universidad de Chile, desde las primeras manifestaciones del conflicto, tomó posiciones entre los reformistas.

Por esos años, como dirigente de la juventud universitaria socialista, en más de una ocasión tuve la oportunidad de conversar con él al respecto. En una de ellas, como le manifestara mi confusión, me declaró, que en su concepto, los estudiantes socialistas debíamos plegarnos, con todo entusiasmo, al resto de las juventudes que levantaban las consignas reformistas.

En 1967, para el ingreso a las universidades se eliminó en el país, “el bachillerato en humanidades” y se le reemplazó por la “Prueba de aptitud académi-

ca”. Los primeros resultados de la experiencia, pusieron al descubierto, algunos problemas de la educación media, por lo cual, se promovió un interesante debate, entre autoridades de gobierno, universitarias, de las organizaciones gremiales de docentes y de las Federaciones de Estudiantes.

En una entrevista publicada por la Revista *Ercilla*, en 1967 el Rector Eugenio González es consultado: **¿La educación chilena está cumpliendo con su deber de ponerse al servicio de la liberación económica del país?**

Responde:

“No quisiera verme obligado a incrementar el repertorio de lugares comunes con que periódicamente se responde a esta cuestión que se nos reitera bajo una u otra especie, y que, por lo demás, los respectivos técnicos han analizado ya de una manera exhaustiva. Sólo quiero recordar que la educación es un fenómeno social, en íntima solidaridad con una serie de hechos sociales y que la eficacia de un sistema educativo para transformar la vida de un pueblo –de la escuela primaria a la Universidad– depende mucho más “de la atmósfera cultural en íntegramente flota, que del aire pedagógico artificialmente creado en sus aulas”. Por eso es que ella no se conforma a los deseos individuales de quienes aspiran a reformarla: filósofos o estadistas. La educación no puede diseñarse de una manera utópica como un comienzo absoluto, sino que se desenvuelve como un viviente instrumento de continuidad en la existencia de un pueblo. Su delicada y compleja estructura supone una doble y contradictoria tarea de conservar y al mismo tiempo renovar la cultura del país.-Cualquiera desarmonía en sus orientaciones esenciales puede conducir a un estagnamiento infecundo o a un caos de iniciativas contradictorias. Entrelazada a todos los procesos vitales de una nación, cuanto se refiera a una modificación de sus estructuras debe realizarse con gran pericia y una especial cautela”

Párrafo denso, que reúne en expresiones decantadas y directas, ideas y conceptos, que la filosofía, y las ciencias de la educación, han venido elaborando, a partir de la experiencia histórica, sobre el significado del fenómeno educativo, con de validez permanente

Hasta el fin de sus días, Eugenio González siempre se mantuvo atento al acontecer de la historia del país. Instalada ya la Dictadura Militar, a las personas que lo visitaban para conocer su interpretación de aquellos hechos, les adelantaba, que la vuelta a la democracia sería muy difícil, porque la clase dominante, no perdonaba, al movimiento popular el que se hubiese constituido en una fuerza capaz de disputar la hegemonía con la minoría oligárquica aliada del capital extranjero.

BIBLIOGRAFÍA

- Di Tella, Torcuato S. *Historia de los partidos políticos en América Latina, siglo XX*. Fondo de Cultura Económica Chile S.A. 1997
- Rojas Flores, Jorge. *La Dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)*. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Colección Sociedad y Cultura, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, Chile, 1993
- Jobet Julio César. *Doctrina y Praxis de los Educadores Representativos chilenos*, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1970.
- Durán Ponce, Pedro. Oscar Schnake, *Comienzos del socialismo chileno (1933-1942)*, Instituto de Ciencia Política, Universidad de Chile, Ediciones Documentas, Santiago, Chile, 1994
- Yocelevzky R. Ricardo. *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura 1970-1990*, Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 2002
- Revista *Ercilla*, Ediciones de Abril y Mayo de 1967, Santiago, Chile
- Senado de la República de Chile. *Versiones taquigráficas de las sesiones del Senado*. Años 1949 a 1957.

NOTAS

- 1 Pedro Ponce Durán, Oscar Schnake, comienzos del socialismo chileno (1933 – 1942). P:23
- 2 Jorge Flores R. 1995, pág 64
- 3 Jorge Rojas Flores, 1993, pág 78 -79
- 4 Jorge Flores Rojas. Op. cit págs. 79, 80.
- 5 *Ibidem*, pág 80
- 6 *Ibidem* pág 81.
- 7 Torcuato S Di Tella 1997, pág 51 – 52 – 53 - 54
- 8 Jorge Rojas Flores. Op.cit pág. 85
- 9 Pedro Ponce Durán. Op. cit. Pág 64
- 10 *Ibid.* Pág.65
- 11 Julio César Jobet, 1970. pág 584.
- 12 Ricardo A Yocelevzky R, 2002, pág.49.



Belarmino Elgueta Becker es uno de los intelectuales chilenos que conoce con mayor profundidad el pensamiento político, la obra literaria, la personalidad y el aporte cultural de Eugenio González Rojas. Fue su alumno en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, su compañero en el Comité Central del Partido Socialista, trabajaron juntos en el parlamento y fueron amigos personales hasta la muerte, en 1976, del gran guía y precursor del socialismo chileno, todo lo cual queda de manifiesto con la lectura de este riguroso ensayo.

Entre 1942 y 1973 Belarmino Elgueta Becker fue dirigente nacional de la juventud y del Partido Socialista de Chile. Durante su exilio en México (1973-1989) fue profesor de Historia Económica de América Latina en la Universidad Nacional Autónoma de México y profesor investigador en el Centro de Investigación y Docencia Económica, CIDE de ese país. Fue coautor, con el ex senador Alejandro Chelén Rojas, de una "Breve Historia de Chile". Junto con el economista Pedro Vuskovic escribió el ensayo "Ché Guevara en el presente de América Latina". En 1997 publicó "LA CARA OCULTA DE LA HISTORIA. El legado intelectual de Julio César Jobet".

En este libro "El sueño y la vida en Eugenio González Rojas" se incluye un prólogo de Enzo Faletto, sociólogo y profesor de la Universidad de Chile fallecido el año 2003, y un epílogo del profesor Osvaldo Cazanga Moncada.

Ediciones Tierra Mía